

Manuel Rivas

Lo más extraño



Lo más extraño reúne los cuentos de Manuel Rivas escritos entre 1990 y 2011. Incluye los libros *Un millón de vacas* (Premio de la Crítica española), *Los comedores de patatas*, *¿Qué me quieres, amor?* (Premio Torrente Ballester y Premio Nacional de Narrativa), *El secreto de la tierra*, *Ella, maldita alma*, *La mano del emigrante*, *Las llamadas perdidas* y *Cuentos de invierno*.

Rivas presenta con este volumen una constelación narrativa singular, donde cada relato es un avance de la mirada, un logro sensorial.

Los miedos, las pasiones, la emigración, la guerra, los naufragios, la religión, la culpa, la depredación, el arte y la vida, el poder y sus máscaras, el humor insurgente, la incomunicación, la resistencia de las voces bajas, el andar vagabundo del ser y las palabras a la búsqueda de una segunda existencia... *Lo más extraño* ahonda en el enigma humano, con un lenguaje incandescente e indócil.



Manuel Rivas

Lo más extraño

ePub r1.0

Titivillus 14.02.17

Manuel Rivas, 2011

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en ePubGratis

Es ist die Seele ein Fremdes auf Erden.
[Un extraño es el alma sobre la Tierra.]

GEORG TRAKL

Un millón de vacas

Primer amor

Gaby, Gabriela, es mayor que yo. Creo que mucho mayor. Me lleva, por lo menos, dos años. Después de tanto tiempo, no esperaba encontrarla en la aldea, en Aita, pero allí estaba, sentada lánguidamente en la bancada de piedra de los Brandariz, entre dos tiestos de geranios.

—Hola.

—Hola.

—¿Qué tal?

—Bien. ¿Y tú?

—Bien. Muy bien. Bueno, fatal.

En realidad, era mucho mayor que yo. Tres años, quizá.

—Estás muy delgada.

—Tú también estás muy delgado.

Llevaba una falda larga y tenía los pies desnudos. Eran unos pies grandes, de hombre.

—Estuviste fuera.

—Sí.

—A lo mejor yo también me marchó.

—¿Ah, sí?

—Sí. Voy a marcharme. Estoy pensando hacer un viaje. Pero muy lejos, ¿sabes? A Australia o a un sitio de éstos —digo yo.

—Sería fabuloso.

—Sí, casi seguro que me voy a Australia. Un amigo mío tiene allí a sus padres. Se hizo radioaficionado y habla con ellos por la noche.

—Yo estuve en Barcelona, ¿sabes? Viví con gente y así.

—Ah, Barcelona, claro. Nunca he hecho un viaje, ¿sabes? Me gustaría

hacer algo importante. Australia, o algo así.

—Debe de ser alucinante. Tan lejos.

—Mi amigo dice que si hiciéramos desde aquí un agujero que atravesara toda la Tierra, saldríamos a Australia. ¿Qué tal en Barcelona?

—Bien. Bueno, regular. Mal.

—Mi amigo me regaló un reloj. Te despierta con la música de *Cumpleaños feliz*. *Happy birthday to you*. También tiene la hora de Tokio, y de Londres, y de Nueva York. Y puedes anotar teléfonos y guardarlos. Es como un ordenador. Mira, mira, fíjate.

—¡Qué bien, es fantástico!

En el reloj, parpadeaban los segundos. De repente, ella dijo:

—¿Sabes? Yo tengo una hija.

—¿Una hija?

—Sí, ¿quieres verla?

Y me invitó a pasar, sonriendo, como si le doliera sonreír.

Que no quede nada

Había jurado no comprarle jamás un arma de juguete al niño.

Había pertenecido a Greenpeace, aún cotizaba con un recibo anual, y sentía una simpática nostalgia cuando veía en la televisión una marcha pacifista desafiando la prohibición de internarse en el desierto de Nevada, donde los ingenieros nucleares se extasiaban sembrando en los cráteres hongos monstruosos. Su trabajo de representante comercial lo absorbía totalmente. También se había casado. Y había tenido un hijo.

—¿Un hijo? —le preguntó Nicolás con ojos de espanto. Era un antiguo compañero de inquietudes, con el que acababa de encontrarse en el aeropuerto.

—Pues sí —había dicho él, sintiéndose algo incómodo.

Nunca pensó que estas cosas hubiera que explicarlas. Uno tiene un hijo, y ya está.

—No, ¿sabes?, si lo digo es por la valentía que supone. Creo que hay que ser valeroso para tener un hijo. Yo no sería capaz de tomar una decisión así. Me daría vértigo.

En realidad, nunca había pensado en el significado de tener un hijo. Se había casado porque le apeteció y había tenido un hijo por lo mismo. Pero Nicolás no dejaba de mirarlo como un confesor atormentado por los pecados ajenos.

—¿Sabes? Creo que hay que tomarlo sobre todo como un hecho biológico, sin darle muchas vueltas trascendentes. Es como asumir nuestra condición animal. Un hijo hace que te sientas bien, así, como un animal. Recuperamos nuestra animalidad como condición positiva.

Nicolás se rió. Al fin y al cabo, era biólogo.

—No sé. Para mí es como si decidierais convertirnos por un instante en Dios. Traer a alguien a este mundo debe de ser hermoso, pero... es también tan terrible. No sé.

—¿Terrible? ¿Por qué?

—De una terrible inconsciencia.

—Bueno... Él se despierta muchas veces por la noche. Nos llama y vuelve a quedarse dormido. Así, varias veces por la noche. Puedes ser un dios, pero un dios hecho polvo. Él, hostias..., duerme cuando quiere.

Ahora se rieron los dos.

—¿Le cuentas cuentos?

—No veas. Le llevo contados miles. Bueno, cuando estoy. Ya sabes, ando de aquí para allá, con este maldito trabajo. Hay noches en que le cuento tres o cuatro, y me quedo dormido antes que él.

—¿Cómo son? ¿Qué es lo que le cuentas? —preguntó, divertido, Nicolás.

—Buff. Sobre todo, de animales. Le encantan los cuentos de animales. Animales que tienen hijos, y vienen los cazadores, y todo eso. Procuro que el lobo sea bueno —y dijo esto con un guiño también divertido.

—Me gustaría verlo alguna vez —dijo Nicolás, cuando ya se despedían.

El amigo hizo una última señal de adiós tras la puerta de cristal, y él se dirigió a una de las tiendas del aeropuerto. Siempre llevaba algún regalo para el niño. No había mucho donde elegir. El mayor surtido era de imitación de armas de fuego. Las había de todas clases. El *colt* vaquero, una pistola de agente especial con silenciador, un rifle de mira telescópica, una ametralladora de rayos láser. Y luego estaba toda la artillería, y los blindados, y sofisticadísimos adelantos de la guerra de las galaxias. Los evitó con un ademán de repugnancia, y finalmente eligió un paraguaitas de tela plástica transparente y con pegatinas de graciosos animalillos.

Cuando llegó a casa, el niño estaba durmiendo.

—Le traje esto —dijo él con una sonrisa.

—Es bonito —dijo la mujer.

Por la mañana, el niño preguntó: ¿Vas a trabajar? Él contestó con pena que sí y el hijo lo miró con enojo, a punto de llorar.

—Te he traído una cosa —dijo él saltando de la cama. El niño se calló y esperó expectante a que desarrollara el regalo.

—Mira, tiene dibujos de Snoopy —dijo satisfecho, alargando el paraguïtas.

El niño miró el regalo, le dio vueltas para ver todos los animales, y parecía contento.

Antes de marcharse, le dio un beso y le acarició la cabeza. Cuando iba a abrir la puerta, oyó que el hijo lo llamaba. Se volvió y lo vio allí, con una pierna adelantada y el paraguas apoyado en el hombro con perfecto estilo de tirador.

—¡Pum! Estás muerto, papá.

Mi primo, el robot gigante

Me subía a sus espaldas y cogía cerezas.

A veces me preguntaba si Dombodán no sería un robot comprado por la tía Gala en algún mercadillo de rebajas. Un robot de esos viejos que el tiempo va haciendo humanos, como hace humanos a los árboles, a los animales de casa, a la radio con caja de madera, que habla ronca en el desván, o al televisor que también hace de peana para un santo. Pero Dombodán, según el secreto compartido por la familia y por el resto del mundo, era un hijo que la tía tuvo de soltera.

Aun así, cuando me tenía sobre los hombros, allá en lo alto, casi besando los frutos rojos del verano, yo le tiraba de las orejas con la secreta esperanza de que mostrase un haz de cables pequeñito, de colores diferentes, como esos que tienen los juguetes eléctricos destripados. En ese momento, a Dombodán le hervían las orejas y eso era para mí la señal de que los circuitos ocultos estaban a punto de reventar. Y, ciertamente, lo estaban. Me dejaba caer al suelo de pronto, como a un saco molesto, se quejaba como un perro herido y se echaba las manos a las orejas.

Nada más. Nunca reaccionaba con violencia. Únicamente se desentendía de mí y yo aterrizaba en el suelo desde la altura de sus espaldas, que era tanto como caer del cielo. La estúpida docilidad del primo gigante no hacía más que confirmar mis sospechas de que Dombodán, en realidad, era un robot. A la siguiente oportunidad, después de hartarme de cerezas, volvía con renovada fuerza a los tirones de orejas, convencido de que esta vez descubriría fácilmente los disimulados mecanismos que accionaban la inteligencia artificial de Dombodán. Siempre en vano.

En casa había pilas eléctricas, guardadas en un rincón del chinero, entre

aspirinas y esquelas recortadas del diario. Era un hecho por demás normal, pero que en mi lógica no cuadraba. Me fijé en todos los aparatos electrodomésticos de la hacienda del abuelo y ninguno requería, según mis investigaciones, pilas de aquel voltaje. A la hora de comer, entre bocado y bocado, observaba con sigilo a Dombodán. La tía Gala cuidaba sospechosamente su dieta. No podía probar huevos fritos con patatas —algo incomprensible para mí, que los tenía por plato preferido—, le estaba prohibida la carne de cerdo —alimento obligado de los demás mayores—, y lo alejaba de los dulces como si fuesen comida del diablo. Mi extrañeza iba en aumento, pues ya me dirán cómo se puede sostener un cuerpo de gigante con caldo de gallina. En los postres, la tía se acercaba a Dombodán con un frasco del color que tienen los cristales ahumados, y le daba una cucharada de un líquido aceitoso, de aspecto repugnante, que el gigante aceptaba de buen grado. Evidentemente, cavilaba yo, se trataba de una sustancia para engrasar circuitos. Y funcionaba. Dombodán saltaba el primero de la mesa, se ponía a trabajar en las labores más fatigosas, y no tenía la maldita obligación de dormir la siesta.

Todos mis sentidos estaban alerta, en aquellos veranos de la infancia, ante el comportamiento de Dombodán. Jamás hablaba, pero supe que no era completamente mudo, pues, según mi madre, en ocasiones sonadas decía cosas ininteligibles, propias evidentemente de marcianos. ¿Qué cosas? Cosas raras, dijo mi madre. Mis esfuerzos por ampliar información no lograron éxito. Pregunté a otros de la familia y me di cuenta de que todos rehuían el tema. Sólo un tío mío, sevillano, casado con una hermana de mamá y de la tía Gala, me contó que Dombodán había dicho un día correctamente la expresión Pi-Pi. Después de la confidencia, se echó a reír, pero para mí aquél era un dato de la máxima importancia. ¿Qué otra cosa coloquial podía decir un robot?

No le quitaba el ojo de encima a Dombodán. Me fui dando cuenta de que su principal contacto en este mundo era el abuelo, quien mantenía a distancia al resto de los nietos, yo entre ellos, por no hablar del resto de la familia, a la que parecía odiar sin disimulo. El abuelo Manuel estaba totalmente sordo y tenía un bastón tallado que hacía girar constantemente, razones suficientes las dos para vivir en un universo propio e inaccesible. Sólo Dombodán salvaba

sin permiso aquella barrera de malhumor.

El abuelo no oía, o eso aparentaba, pero con Dombodán hablaba por los codos. Sólo se le escuchaba a él, con preguntas y respuestas, mientras Dombodán miraba con atención y asentía, como quien comparte una sabiduría extraña. Un día le habló de la guerra —asunto que encendía el ánimo de los mayores y que estaba prohibido en las tertulias— y le contó que él sabía desde mucho antes que todo aquello iba a suceder, pues en una mañana de invierno vio pelear en un camino a dos pájaros desconocidos, con colores chillones y ojos sanguinarios. Dombodán decía que sí con la cabeza y yo, en mi escondite, me preguntaba cómo podía compartir un mozo, por muy gigante que fuese, semejante visión de viejo loco.

Un momento importante en mis investigaciones era el de la hora de acostarnos. A los más pequeños nos ponían el pijama, nos hacían rezar el Ángel de la Guarda, y luego nos mandaban a dormir si no queríamos llevarnos unas tortas de las que no nos libraría ni el mismísimo Ángel protector. Yo, bajo las sábanas, permanecía al acecho. Una de aquellas noches me deslicé con el sigilo de un indio y esperé el momento decisivo en que Dombodán sería desnudado, convencido de que iba a descubrir un muñeco articulado al que le quitaban las pilas para dormir. Pero entonces sucedió algo muy extraño. El gigante se limitó a descalzarse las botas y se dejó caer en la cama con la ropa puesta. Para mayor misterio, debajo de su cama no había orinal y si esto era así, podía ser porque Dombodán no meaba. Luego llegó la tía Gala y lo fue desnudando lentamente, como quien trata con un muñeco. También ella se quitó la ropa y luego lo acarició, lo acarició dulcemente, de arriba abajo, de una manera que me dio envidia.

Había un día a comienzos de septiembre en el que siempre llovía. Encendían por primera vez la chimenea, y el abuelo, sin decir nada, con su bastón giratorio como el de Charlot, se sentaba en el rincón más próximo a la lumbre, dispuesto a hibernar hasta la primavera. Toda la familia de paso, nosotros, los veraneantes, recogía el equipaje, guardaba los frutos con que nos obsequiaba la tía Gala y el automóvil ponía rumbo hacia la ciudad. Dombodán parecía triste, los circuitos oxidados, el cuerpo todo apoyado en la nariz pegada al cristal de la ventana que mira a la carretera.

El navegante solitario

Desde el ventanal del Singapore, el hombre del pelo rojo había seguido los estertores de la tormenta. En su convulsión desasosegada, el mar vomitó sobre el arenal una frontera de desperdicios, viscoso engrudo de algas, erizos apátridas, crustáceos desahuciados, y aún más, un ferial de cuerpos extraños, envases con caligramas de calaveras melancólicas, mandíbulas errantes, leños como gárgolas, cuerdas deshilachadas, máquinas con dientes cariaados, zapatos desparejados y un esqueleto de reloj. El navegante hizo un gesto de alivio. El vetusto balandro, el del mástil negro, había soportado el embate de las olas airadas al paio del pequeño muelle de pescadores.

Volvía, triunfante, el sol, y el océano brillaba hasta la línea del horizonte como el lomo de un pez colosal. También asomaba la gente. Un viejo entreabrió furtivamente la puerta, pareció dudar, entró por fin y echó una moneda en la ranura de la máquina tragaperras. Maldijo entre dientes. Le dio un golpe lateral con la palma de la mano y se fue.

El bar Singapore estaba atendido por un hombre gordo, cuarentón, que de vez en cuando desaparecía en la cocina y entonces se le oía gritar. Se oían también voces de mujer. Un niño subía por el interior de la barra, apoyándose en cajas de refrescos. Consiguió ponerse a la altura del extranjero y le dijo que su padre sabía hacer carros en miniatura arrastrados por moscas y también por mariposas, aunque añadió que esto último era más difícil. El chiquillo enseñó los brazos llenos de rasguños y pequeños cardenales. Había ido a buscar nidos y encontró dos, no sabía de qué pájaros, pero los huevos tenían pintas azules y los aplastó allí mismo, junto al embarcadero. Su padre lo mandó bajar del mostrador y, sin darle tiempo a obedecer, le pegó en la cabeza. El chiquillo sólo apretó los labios, bajó, y escupió en el serrín.

—Soy fuerte —dijo mirando al navegante, y volvió a mostrar las heridas de los zarzales.

El gordo le dio otro palmetazo en la cabeza, esta vez con más contundencia. El niño mantuvo los ojos abiertos hacia el visitante. Se fue poniendo colorado. Iba a llorar y trataba de evitarlo. Las lágrimas, desbordantes, lo traicionaron. También el aire, que se le agolpaba en el pecho. Sollozó. El padre se fue al otro extremo de la barra, cogió una escoba y con el mango encendió el televisor. El niño se fue a una mesa del fondo y ocultó el rostro entre los brazos. La madre salió de la cocina y le gritó.

—Diablo, que eres un diablo: ¿se puede saber por qué estás llorando?

En la pantalla aparecieron imágenes de campesinas orientales huyendo entre soldados que a veces saludaban a la cámara. En ocasiones se iba el color y las escenas se veían en blanco y negro. El hombre grueso anduvo hurgando con el extremo de la escoba en los mandos del aparato, pero el color se perdió definitivamente. Se veían inmensas plantaciones de arroz sobrevoladas por helicópteros que proyectaban su sombra sobre los campos. El niño había dejado de llorar y miraba entre la reja de sus brazos al visitante. Tenía un tatuaje que lo fascinaba.

El padre hizo un ademán enérgico al niño para que volviese a su lado. Lo levantó a pulso y lo acercó al televisor. El niño manipuló en las ruedas hasta que enderezó la imagen y volvió el color. El hombre gordo sonrió. Bajó al chiquillo al suelo, le revolvió el pelo y le dio una palmada cariñosa. La madre miraba desde la puerta de la cocina.

—Te he dicho que no le pegues al niño en la cabeza. Dale en el culo si quieres.

El hombre ni la miró. Fuera, sonaba una música. El navegante desvió la mirada hacia el ventanal. Un grupo de muchachos se había sentado en la barca varada. Tenían en la proa un radiocasete de gran tamaño. Todos eran machos menos una chica con una cresta de colores chillones. El dueño del bar Singapore escupió en el serrín.

—Drogadictos. Van y vienen. Se drogan.

Cogió de nuevo la escoba y subió el volumen del televisor. El noticiero daba ahora los resultados del fútbol. Los clientes que jugaban a las cartas atendieron por primera vez. El hombre del bar se animó. Parecía estar

contento con los resultados e hizo un gesto de victoria al extranjero.

—También yo jugar fútbol —dijo, vocalizando lentamente y en voz alta—. No era malo, no. Eso decían. Yo creo que era bueno. Era bueno. Sí, era bueno.

Lo repitió varias veces hasta que el navegante de pelo rojo asintió, como quien comparte al fin aquella memoria gloriosa. El tabernero indicó los trofeos de los estantes, entre botellas de licor, con el metal mohoso. Descolgó una fotografía, le limpió el polvo con el revés de la mano, la miró satisfecho y luego se la mostró al extranjero. El retrato era de un mozo de unos veinte años, de aspecto robusto y atlético. Apoyaba el pie derecho en el balón. Vestía pantalón azul, camisola blanquiazul y medias azules con reborde blanco. Tenía el pelo largo y recogido con una cinta. Sonreía.

—Vaya pinta, ¿eh?

Volvió a colgar la foto procurando que coincidiera con el rectángulo de polvo de la pared. El extranjero se mantuvo impasible y eso pareció fastidiarlo. Señaló de nuevo el retrato del futbolista.

—Era yo. Ser yo. Yo fui campeón. Y místico. *También místico. Dos años de místico.* Yo cansarme. Pero, fíjese, ése era yo. Ser yo.

Se llevó el mondadientes a la boca y esperó inútilmente un comentario, una pregunta.

—Mierda. Ése era yo.

El hombre se fue rezongando a atender a otros clientes. Los recién llegados pidieron una botella de champán y el tabernero también se sirvió. Su aspecto era algo distinto del de los demás paisanos. Vestían cazadoras de cuero y el de la voz cantante llevaba la camisa desabrochada hasta mostrar un gran crucifijo dorado sobre el pecho peludo. Hablaban de mujeres.

—Os digo que aquella lancha necesitaba cinco o seis motores. Yo sólo pude meter dos.

Se rieron a carcajadas.

—Pero, Paco, ¿sólo dos?

—¿Y qué queráis, hostia? Iba cargado de alcohol, y la noche antes sin dormir. Pero os digo que aguantaba cinco motores. A vosotros se os va a oxidar. Hacedme caso. Un fin de semana dejamos a las mujeres, que se vayan con los críos por ahí, y aprendéis lo que es follar en cristiano.

La puerta del Singapore se abrió de nuevo. Un tipo de bigote y fuerte complexión se acercó a la barra y llamó al patrón con voz suficientemente alta como para que el grupo de las cazadoras guardara silencio.

—Me envía el Holandés. Vengo por el trabajo de saneamiento de la ría.

El dueño del bar lo miró detenidamente. Salió del mostrador e hizo una seña para que lo siguiera. Corrió una cortina y lo invitó a sentarse en el reservado. Volvió a su sitio en la barra y los del grupo marcharon a reunirse con el recién llegado.

En la pantalla aparecían ahora imágenes de los preparativos de una exposición artística al aire libre, en una plaza enlosada, rodeada de fachadas de aspecto monumental. Las grúas movían grandes esculturas de piedra y metal. Nadie miraba. Sólo un viejo levantó la vista sobre el abanico de cartas cuando las máquinas izaron una pieza de granito semejante a una muela de molino pero con una cabeza de vaca encajada en medio. El viejo llamó la atención al resto de los jugadores.

—Bobadas —sentenció uno. Y reanudaron la partida.

Escoba en ristre, el dueño del Singapore intentaba ahora cambiar de canal. Buscó al chiquillo con la mirada, pero había desaparecido. Lo reclamaron unos clientes y apoyó la escoba en un rincón. En la pantalla hablaba un barbudo de aire fatigado y melancólico. Se refería a la muerte de una cultura. Puso como ejemplo las estrellas fugaces que desaparecen una noche en unos segundos después de dar luz miles de años en la bóveda celeste. De pronto, el vacío. El patrón del Singapore había recuperado su puesto de mando, se acarició la barriga con la mano izquierda y apuntó con la escoba, esta vez atinadamente. En la pantalla apareció una escena de temporal marítimo. Todo era enormemente familiar. Hablaban de la costa, de esta costa. Varias embarcaciones iban a la deriva, aunque, según el portavoz de Protección Civil, todo estaba ya bajo control. Había habido víctimas, entre ellas un navegante solitario. La noticia se ilustró con la imagen de su nave hecha añicos contra los escollos, vencido el mástil negro. Y luego las cámaras mostraron su cuerpo náufrago, sin vida, llevado por la cabalgadura del mar hasta la playa. Se trataba de un joven de pelo rojo, con el tatuaje de una tortuga.

Allí estaba, acodado en la barra del Singapore. Con una señal, pidió otra

cerveza. Lejos de servirlo, el tabernero continuó mirándolo fijamente. Se llevó una mano a la oreja, hizo girar el palillo con los labios y escupió en el serrín.

—Ése de la televisión era usted.

El extranjero asintió.

—Por lo visto, está usted muerto.

El visitante le dio la razón con un gesto.

—¿Afirmativo?

Asintió de nuevo.

El niño estaba ante el ventanal, dibujando con los dedos en el vaho. El padre lo llamó a gritos para que se acercara y lo subió a la barra, frente al navegante.

—Mira, ahí tienes. Este señor está muerto.

Y le dio con cariño otro golpe en la cabeza.

Una partida con el irlandés

A la altura de mi litera había un calendario con una vaca, y aquello me sentaba bien. A veces me quedaba dormido con la cara pegada al casco, procurando la caricia de una mano áspera y fría. El mar rumiaba a dos dedos de distancia y sentía un miedo infantil, el demorado afilar de cuchillos en la boca de un tiburón al acecho. La imagen de la vaca me llevaba a un mundo doméstico y protector, al mundo del aliento, el humo y el despertar de la casa. Yo nada tengo que ver con el mar, a no ser que estoy embarcado y soy uno de los tripulantes del pesquero *Lady Mary*, de bandera británica, antes llamado *A Nosa Señora*, con base en Marín.

Hay cinco irlandeses entre nosotros, aparte del capitán, que es inglés. No parecen saber mucho de pesca, pero están aquí por las leyes del Gran Sol. El que sabe es Vilariño, un patrón de Riveira. Uno de los irlandeses, el más joven, lleva dos días conmigo, metido en el camarote, porque se abrió la mano en canal con un cuchillo de destripar pescado. Yo no tengo nada, nada en absoluto, sólo un demonio asustado dentro, pero el patrón Vilariño dijo anda chaval, vete abajo, envuélvete en la manta y no te muevas de la cama pase lo que pase.

Este Vilariño parece un buen tipo, aunque raro. No bebe, no fuma y no suelta tacos ni trata a la gente por apodos. Además, reza. No debe de ser cristiano. La primera noche, después de salir del puerto, me dejó estar en el puente mirando el radar. Siempre me han alucinado los aparatos de luz. Vilariño no hablaba y parecía siempre expectante, como si aguardara algún mensaje familiar entre las interferencias de la radio.

No era eso. A ver si calla ese gallinero, dijo. Y la apagó. Su camarote era un cuartucho en el mismo puente, y allí entró para, según él, hacer unas

comprobaciones en la carta. Pero al cabo de un rato oí un murmullo, como una voz lejana que se resistiera a marchar de la radio. Pegué el oído a la puerta. Era Vilariño que rezaba, y lo hacía como quien habla con otra persona. Nunca oí a un hombre rezar así. Se lo comenté a Touro, el cocinero, y me dijo con mucho sigilo que era un tipo extraño.

—Es protestante. Por eso reza.

El irlandés que me acompaña en el camarote, el más joven, ya lo he dicho, lleva un pendiente dorado y el pelo tan largo que lo recoge en una trenza. Yo estoy envuelto en la manta y procuro encogerme hasta que la cabeza me llega a las rodillas, pero él no. Casi no duerme, se estira en la cama y deja caer la frente hacia fuera, con los ojos muy abiertos.

El irlandés escucha música, eso dice, pero yo, hostias, sólo escucho los dentelleos del gran pez, ahí, a dos dedos de mi cabeza. Trato de hacérselo entender, pero él ni se entera del peligro. Me señala la vaca, la del almanaque de Suministros y Víveres, y casi me hace reír. No, coño, no, un pez con la boca así de grande. Pone cara de incrédulo y vuelve con su música.

Todos estos son gitanos, me había dicho el Touro, desconfiado. Gitanos rubios, pero gitanos. Eran de la misma familia, y habían embarcado juntos. Ni puta idea de pesca, remató el cocinero, pero ojo con ellos, son como raposos. Nada de juegos, a la que te descuidas pierdes hasta la camisa. Pero llevo demasiado tiempo con él, con el del pendiente en la oreja, que ahora me despierta con unas palmadas, justo cuando el tiburón está a punto de perforar el casco, a dos dedos de mi cabeza y de mis ojos de espanto. El irlandés me hace una señal con un cubilete de dados en la mano. Al principio dudo, pero hay algo que me empuja. Al fin y al cabo, tiene una mirada amistosa y, si sigo así, embrujado, con este animal rabioso a punto de roerme el magín, me va a estallar la cabeza.

No será que no te haya avisado, me dirá seguramente el Touro. Ya no me queda un duro. El irlandés mueve la mano sana con la habilidad de un tahúr. Se acabó, tío, ni blanca, ya no tengo nada. Fue entonces cuando señaló la vaca. ¿La vaca? ¿Quieres apostarte la vaca? ¿Un billete por la vaca? OK. Sonrió satisfecho: dos tiradas, *full* de ases y reyes. Me tiembla la mano: ¡Cielo santo, póquer! Con la vaca en el regazo, fui recuperando todo lo mío y gané todo lo que él quiso arriesgar. No nos dijimos nada. El irlandés volvió a

su catre, y yo me quedé sentado, llorando en silencio, con la vaca mirándome de frente.

En toda la noche no apareció el gran pez. Había dejado de roer el casco, a dos dedos de mi cabeza. Ahora ya sabía cómo era el sonido del mar, un ir y venir de mamífero cansado, y me sentía feliz. Subí a cubierta. Faenaban envueltos en la niebla y me puse a trabajar con redoblado ánimo. Podía arrancarle la cabeza a los peces sin vomitar ni poner cara de espanto. Vilariño se acercó y me dio un pescozón.

—Pensé que ibas a volverte loco, chaval, pensé que ibas a volverte loco.

La carretera del caballo cojo

Hacía aquel viaje todos los viernes por la tarde. Era una ruta infernal, pero yo simplemente quería llegar cuanto antes. La carretera, después de trepar desde Muros por la sierra quemada de mar y hombre, atraviesa un largo desierto verde. O eso parece. Sólo recordaba una parada involuntaria. Una manada de caballos hizo caso omiso de mi claxon. Estaban allí, en medio, saboreando el viento en los labios. A veces movían el pescuezo con pícara elegancia y batían los cascos en una especie de desafío. Hice otro intento inútil con la bocina para despejar el camino. Paciencia. También ellos parecían aguardar.

De entre los pinos, precedido de un relincho, salió un hermoso garañón negro. Se plantó en medio de la carretera, y, lentamente, vino cara al auto. Me miró con altiva indiferencia y luego dio una vuelta al coche, como quien hace una inspección. Finalmente volvió al grupo, sacudió la cabeza de arriba abajo y comandó la manada cara al praderío que se extiende por la orilla izquierda, camino de las balconadas del océano. El jefe caminaba con majestad. Estaba cojo. No era a mí a quien buscaban.

Lo de hoy es otra historia.

Delante iba otro coche con matrícula foránea y, a continuación, dando la espalda, una multitud de gente. Caminaban lentamente, como si les pesaran los pies, ocupando todo lo ancho de la carretera, bajo un cielo plomizo. Con el coche a paso de hombre, me di cuenta de hasta qué punto la pista mostraba sus tripas de grava y barro. En la demorada panorámica, los ojos seguían la línea de las cercas electrificadas, atraídos de vez en cuando, en la cuneta, por los restos de artefactos domésticos herrumbrosos o, en el horizonte, por flacos espantajos descoloridos donde se posaban los cuervos y vacas con

apariencia de llevar siglos a la espera de aquel momento. Apoyado en la portezuela, un niño seguía con la mirada la silenciosa procesión. Tenía la cabeza rapada, con pequeñas calvas blanquecinas, y vestía una chaqueta azul con remiendos en los codos y un escudo con hilo dorado. Me fijé en él, en su bordado, y me miró con un orgullo levantado en el silencio.

Los del coche de delante se impacientaban. Eran jóvenes, y uno de ellos, el copiloto, llevaba algún tiempo dando muestras de inquietud. Tocaron con estruendo la bocina. Primero intermitentemente, luego con intensidad. La última fila del cortejo acabó volviendo la vista. Se detuvieron. Eran hombres y mujeres avejentados, incluso los que aparentaban menos edad. Todos llevaban paraguas oscuros y cayados labriegos. Nos miraron sombríos, también a mí. Y no hizo falta más.

Atrás quedaron las casas de piedra del discreto lugar de donde posiblemente había arrancado la marcha. Más allá, nada, sólo la larga recta de la carretera y un cielo cada vez más turbulento. Así que, cuando llovió, lo hizo con rabia metódica. En el cortejo se abrieron los paraguas y algunos se cubrieron las cabezas con los chaquetones. En vez de apurar el paso, éste se hizo más lento. Era preciso frenar y luego avanzar a trompicones, en pequeños tramos. La lluvia cubría el parabrisas y yo me entretuve en salvar los charcos como en un juego de vídeo invernal.

Del apiñado gentío se descolgó una sombra. El coche de delante siguió, pero yo decidí parar. Después de acomodarse, se quitó la boina, brillante por el agua, y tosió. Tosió con una tos profunda que parecía no tener fin. Se pasó un pañuelo por la boca, respiró fuerte, me miró de soslayo y encendió un pitillo. Me ofreció otro.

—El humo es bueno para el catarro —dijo convencido. Y luego escupió las primeras hebras de tabaco—: Este cabrón de cura.

Se calló durante un momento, como arrepentido de una inoportuna confidencia. Me miró de nuevo de soslayo.

—En invierno los viejos caemos como pájaros, pero éste era joven y con buena salud; ya ve lo que es la vida.

—¿Por qué? —pregunté.

—¿Qué? —dijo él con desconfianza.

—¿Por qué le ha llamado cabrón al cura?

Se había negado a enterrar al difunto en la parroquia. Todo el pueblo estaba indignado, porque, además, era una buenísima persona. Se había colgado de un manzano. El cura dijo que, según la ley de la Iglesia, no podía darle un entierro cristiano, así que lo llevaban a otra parroquia, cinco kilómetros más allá.

—¿Y si tampoco allí lo entierran?

El viejo chasqueó la lengua. Miraba siempre de soslayo.

—¿Sabe? Cada vez los inviernos son más fríos.

La comitiva se detuvo ante el atrio de la pequeña iglesia de un románico restaurado de mala manera. Una fractura en el rosetón la habían reparado con ladrillo, y junto a la campana señoreaba un altavoz de megafonía.

—Hemos llegado —dijo el viejo.

Se apeó e hizo un gesto fugaz de despedida, envuelto en humo y lluvia. Algo me empujó a aparcar. Un grupo de vecinos, cerca del ataúd, parecía llevar la iniciativa y hablaba entre sí. Pasaron unos largos minutos de espera, el agua resbalaba por el rostro de los feligreses, y cuando ya iba a volver a mi camino, el viejo me señaló.

—Amigo, necesitamos un coche —dijo uno de los dirigentes del cortejo—. Hay que ir a buscar al cura antes de que se largue.

Nos metimos por caminos de fango hasta llegar a un pazo, el de la rectoral, medio en ruinas. Un mastín enorme salió a recibirnos con aire poco amistoso. El viejo le dio un trancazo sin reparos y el perro huyó quejándose. Se abrió la puerta del señorío y estuve a punto de huir con la mirada. Era un ser repugnante, una mujer encorvada que miraba con un único ojo. El viejo preguntó por el cura y ella respondió con una especie de maldición. Sentí otro brinco en los adentros. Quien asomó finalmente era un mozo con rostro angelical, casi de niño con sotana.

—Ya sé a qué venís, pero él no ha muerto en gracia de Dios. Levantó la mano contra sí mismo. ¿Hay peor blasfemia?

—Era una buena persona, señor cura —respondió el viejo.

Me di cuenta de que la primera impresión era engañosa. Aquel curita con pinta de niño tenía una mirada fría, de ojos grises como el acero. Parecía pensarlo. Miró a la mujer monstruo, y ésta hizo un gesto de asentimiento.

—Está bien, que el señor Jesucristo me guíe.

De camino, nadie dijo palabra. Cuando llegamos, el ataúd estaba sobre una losa del atrio y los vecinos aguardaban al abrigo de los muros del camposanto. En el interior de la iglesia hacía frío, más frío que afuera. Las oraciones del cura eran seguidas por un coro de carraspeos. De pronto, se hizo el silencio más absoluto. El páter miraba fijamente a los feligreses.

—No ha muerto en paz con Dios. Es más, difícilmente podrá entrar en el Reino de los Cielos, pues quien niega la vida niega a Dios. La vida es un don del Señor, y sólo a él corresponde decidir el momento de nuestra muerte. Tampoco hay mucha esperanza para vosotros. Vivís en el pecado, sois seres perdidos, envenenados por la tentación de la carne. No penséis que merece perdón o compasión. Lo que él hizo ha sido un acto de soberbia y egoísmo ante Dios Nuestro Señor. Rezaré también por vosotros, pero no tengo mucha esperanza de que sirva para algo.

Dicho esto, nos fulminó con la mirada, dio la vuelta y continuó el oficio. Cuando salimos de la iglesia, después de dejar al muerto bajo tierra, los vecinos marcharon por la carretera en grupos dispersos. El viejo se despidió de nuevo a su aire.

—Les ha dicho cosas terribles —comenté casi a gritos.

—Todo el tiempo en la iglesia estuve intentando mover los dedos de los pies —dijo el viejo—. Estaba preocupado, no los notaba.

—¡Eso que dijo el cura! No deberían haberlo permitido —insistí airado—. No sé cómo lo aguantan.

—Usted siga su camino, amigo.

La noche parecía caer del vientre de aquel cielo de plomo. El viejo se echó a andar entre el humo y la lluvia, cojeando.

Uno de esos tipos que viene de lejos

Mirad, mirad. Es un tipo cojonudo. No habla. Es encantador. No dice nada. Se llama Dombodán.

Era una buena adquisición de Marga, y lo presentaba, como siempre, con un toque circense. Todos se fijaron en aquel ejemplar de dos metros que sonreía con timidez. ¿De dónde has sacado esa prenda?, preguntó Rita, la muy zorra. Todos aplaudieron la gracia. Me cayó directamente desde el cielo a la cama, querida, dijo Marga, agarrándose con cariño al brazo del chicarrón. No lo pienso compartir. Y dicho esto, se lo llevó hacia la barra.

¿Os habéis fijado en ese tipo?, preguntó Rita. Huele mal. A estas alturas con chaqueta de pana, añadió Pachi. Está lleno de caspa, observó Virginia. Raúl tenía una duda: ¿No habla o es tonto? Esta nena, se quejó Marijé, ya no sabe qué hacer para sorprendernos; primero se lía con un moro y ahora con un palurdo. ¿Crees que se lo ha llevado a la cama? Además huele mal, insistió Rita.

Marga regresó con ojos de enamorada. El muchacho bebía cerveza con deleite, y una orla de espuma se le quedó en la sotabarba roja. El grupo sonrió. Sí que parecía idiota. Escucha, dijo Raúl, ¿es normal este tipo? No habla, eso es todo. A veces dice cosas. Cosas sueltas. Es fantástico, concluyó Marga, abarcando el mundo con los brazos. Raúl miró a los otros e hizo un gesto de resignación. En fin, habrá que apechugar con él.

Para joder, Rita subió al deportivo blanco de Marga. Iba sentada detrás y se acercó con aire amable a Dombodán. No te molestes, grandullón, sólo son bromas. Somos una gente encantadora, ¿verdad, Marga? Raúl los adelantó e hizo sonar el claxon dos veces. Su coche levantó una onda de agua. Llovía con rabia aquella noche, y todo adelante, despedida la ciudad, era una cueva.

Ya verás, dijo Marga dirigiéndose con dulzura a Dombodán, Raúl llegará antes y encenderá la chimenea. Va a ser una noche preciosa. Rita estaba ahora extrañamente silenciosa. Deberían vestir de blanco, dijo Marga. ¿Qué?, tardó en preguntar Rita. Que estos campesinos deberían vestir de blanco, dijo Marga. Van siempre de negro, con sus paraguas negros, como cuervos. No los ves hasta que se te echan encima. A veces llevan vacas. Sí, murmuró Rita, es cierto.

Al llegar al chalé ya estaban encendidas las luces del interior y se oía música. Muy cerca, también, el mar. A veces pienso que es como un animal, dijo Marga, y echó a correr hacia el porche. ¿Como qué? El mar, como un animal. En el salón, Raúl descorchaba una botella entre risas. Pasa, pasa. Marga empujaba suavemente a Dombodán. Es el chalé de vacaciones de los padres de Raúl. Se alzó sobre la punta de los pies para hablarle al oído: Tienen mucha pasta; el padre fue militar, pero, además, están forrados. En un rincón, Marijé, acomodada entre cojines, tarareaba la música y movía la cabeza al compás. Rita se fue hacia allí. ¡Qué tipo más raro! ¿Quién? Él, el grandullón de Marga. Ya, no habla. No, no es por eso: tiene escamas. ¿Qué? Sí, no es caspa lo que tiene en la chaqueta. Son escamas de pescado.

Te gusta, ¿eh? Dombodán miraba fijamente el fuego y se sobresaltó cuando Raúl le dio una fuerte palmada en la espalda. Luego sonrió y asintió con la cabeza. Yo tuve un amigo mudo, prosiguió el anfitrión, y era un tipo con una sensibilidad especial. Ahora hablaba para todos: El Virgo era un tipo especial; no sabía hablar, pero imitaba a los animales. Lo hacía de puta madre. Una noche de juerga, en pleno centro de la ciudad, se puso a cantar como un gallo, como un auténtico gallo. Una vez tras otra, cada vez con más potencia. Empezaron a encender las luces y la gente salía al balcón. Como el Virgo no podía responder, se puso a mear a lo alto. Allí mismo. ¡Como un geysir! Una vieja gritó que era el fin del mundo. Y entonces amaneció.

También ahora el mar penetraba por las hendiduras con su olor a orines recientes. El grupo adobaba el champán con humo de hachís. Dombodán no fumó. Hostia, lo que faltaba, nos ha salido estrecho el grandullón, dijo Pachi. Tiene algo mejor, dijo Marga con un guiño cómplice. Metió la mano en la chaqueta de Dombodán, buscando en el bolsillo interior. Sacó una bolsita y la abrió con esmero. Hostia, perico. Todo el grupo la rodeó. Os juro que es lo

mejor que he probado, dijo Marga. ¡Unos polvos mágicos! Dombodán miraba fijamente el fuego, como ajeno. Te has apuntado un punto, grandullón. Eh, ¿no serás contrabandista? Esta vez tampoco se sumó a la fiesta. Quiere dormir, cuando se pone así es que quiere dormir, dijo Marga acariciándolo.

Despertó porque algo viscoso le había rozado las manos. Dombodán gritó. Era un grito extraño, demasiado agudo para un cuerpo tan rotundo. Sacudió los brazos y corrió con la torpeza del pánico hacia un rincón. El reptil lo seguía buscando, como fascinado por su terror. Dombodán volvió a chillar. Era un grito hiriente, prolongado. Sus ojos se perdían en la angustia. Fue entonces cuando salieron del escondite carcajeándose. Raúl cogió la culebra y la besó en la boca. Dombodán temblaba, acurrucado y de rodillas. Pobrecito, dijo Marga.

Ahora estaban entregados a un nuevo juego. Raúl bajó las jaulas de ratas blancas. Todos se pusieron en la recta de salida, expectantes, después de cerrar las puertas de la sala. Raúl levantó la reja y azuzó a los animales. A por ellos. Reían sudorosos, con ojos encendidos. Los bichos, perseguidos por escobas y zapatos de tacón, buscaban los lugares más recónditos. Una de las ratas se acurrucó a los pies de Dombodán, rígido y con la mirada ya muy lejana. Raúl se acercó sigilosamente. Todos detuvieron la carrera para atender a la caza. Tenía unas manos grandes, de dorso velludo. En el último tramo se abalanzó veloz sobre el animal. Su puta madre, me ha mordido. Los demás se reían. Joder, vaya coña. Me ha clavado los dientes, la muy puta. Dombodán miraba lejos. La rata permanecía a sus pies. Ahora va a ver la muy cabrona.

Raúl abrió una de las puertas y subió las escaleras del piso alto a zancadas. Volvió con un revólver. Coño, Raúl, tranquilo. Ni tranquilo ni hostias, ahora se va a joder la rata del abuelo. Apuntó lentamente, sujetando la culata con las dos manos. Disparó una vez, otra. Y otra más. El animal ni se movió, pegado a los zapatonos de Dombodán. La sangre era más roja sobre la piel blanca. Se oía el mar y nada más. En el largo silencio, las otras ratas salieron de sus escondites y volvieron a las jaulas, con la cabeza gacha.

Vale, ya está, venga un trago. Coño, ésta es una noche de fiesta, dijo Raúl con voces que sonaban a órdenes. Y tú, calamidad, bebe algo también. Dombodán obedeció. Bebió un vaso de un solo trago y lo volvió a llenar. Hombre, parece que espabila. Se reanudaron las bromas. Volvió también la

música. Raúl se acercó a Marga y la apretó por detrás. La besó en el cuello. Poco después salieron del salón.

Dombodán había regresado al fuego, con su vaso en la mano. Rita se sentó a su lado. ¿Sabes?, se la está tirando. Él se encogió de hombros. ¿No te importa que lo hagan ante tus narices? Él permaneció impassible. Ante sus narices sólo había fuego de maderos que rugían. A mí me joden estas historias, ¿sabes?, pero las cosas son así; si no te defiendes, si no eres duro, todos se te montan encima. A mí, Raúl me la sopla. En el fondo es un pijo, pero está tan seguro de lo que hace que todo le va bien. ¿Sabes que tiene novia? Pues, sí, tiene novia, pero nunca la trae a estas juergas. Se ríe de ella, dice que es estúpida, que no se quiere acostar con él hasta que se casen. La acompaña temprano a casa y luego se viene con la panda. Pero lleva dos años con ella y no creas que la deja. Se controla. Yo soy distinta. En la universidad estamos de juerga todas las noches. Raúl siempre ha sido un armadanzas, pero cuando llegan los exámenes se controla. Se encierra en el piso, no quiere ver ni a Dios, y luego aprueba. Yo soy distinta. Yo sigo de juerga hasta el día antes. Coño, si eres de una manera, tienes que serlo siempre y no controlarte así, en plan hipócrita. Yo, por ejemplo, he abortado. Sí, aborté una vez. El tipo que estaba conmigo me animó, era lo mejor para los dos, y sobre todo para ti, tía, eso decía. ¿Sabes lo que hizo? Cuando llegó la hora de la verdad se abrió, el muy cabrón. Es tu rollo, tía. Te lo has buscado, tía. Arréglate, tía. Como si no me conociera, el muy cabrón. Escucha. Debe de ser muy triste no poder hablar, ¿no?

Raúl volvió desperezándose. Le dio una palmada en la nuca a Dombodán, que permanecía sentado, bebiendo ante la lumbre. ¿Qué, más animado, grandullón? Marga abrió las contras. Estaba amaneciendo. Mirad, es precioso. Sí que era precioso. Allí estaba el viejo animal, incansable, mugiendo sobre la arena. A la playa, todos a la playa, gritó Raúl.

Estaban allí, envueltos en mantas, y sentados en círculo. Tenían ojeras y el viento les empujaba el pelo sobre el rostro. Parecemos una tribu, dijo Pachi. Tengo un juego reservado para vosotros, dijo Raúl. Más juegos no, Raúl, rogó Marga. Sí, sí, el último. Un juego de verdad.

Raúl sacó el revólver. Mirad, dentro hay sólo una bala. ¿A que habéis oído hablar de la ruleta rusa? Mi padre lo hizo muchas veces en África. Un

teniente de la Legión murió así, con dos pares de cojones. Sólo hay una bala, la vamos pasando y al que le toque, adiós. Ya está hecho el sorteo, Dombodán, el último. Todos entendieron el guiño de complicidad. Tranquilos, no pasa nada, decía con los ojos Raúl, nos vamos a reír de este gigante estúpido.

El revólver fue pasando de uno en uno. Apuntaban a la sien y el gatillo hacía un sonido seco. Luego, suspiraban teatralmente. Le llegó el turno a Dombodán. Él los miró fijamente, uno a uno. Le tocaba a él. Apretó los labios. Alzó el revólver y apretó el gatillo. Otro golpe seco. Dombodán los miraba ahora como nunca había mirado, con odio. Abrió el cargador. No había bala. Mierda, escupió en la arena. ¿Oíste?

—Mierda —dijo el mudo—. Sois una mierda.

Marchó hacia la línea de espuma. En el horizonte, sus espaldas parecían más anchas que nunca. Varadas en el cielo, cómicas y trágicas, las aves del mar.

El Sir

En aquel rincón de pescadores, su mundo era la escopeta. Vivía sólo con su madre en una casa sin hórreo y sin redes, junto a las marismas y la laguna de Mindoao. Cazaba conejos y raposos en los montes blancos y sobre todo, a su tiempo, patos reales, fochas, gallinas de río, cercetas e incluso alguna garza —para disecar y vender— en aquel mar dulce donde el viento dormía amansado por el cañaveral. Se había criado allí, entre juncos, y nadie en Porto Bremón se atrevería a disputarle aquel su reino.

De mozo era muy bebedor, bravucón, un poco atolondrado, y lo trataban entonces por el apodo de Ruibén. La noche de la despedida, juró ante los amigos que volvería rico de Inglaterra.

—Vendré como un señor, y vosotros seguiréis siendo unos pelagatos —dijo sin que nadie replicase, aunque sólo fuera porque no es buena costumbre llevarle la contraria a un borracho a quien probablemente no se va a ver nunca más.

Pero Ruibén volvió, pasados ya unos años. Había cambiado mucho en su modo de comportarse, como si se hubiera serenado. Parecía manejar cuartos, pero no hacía ostentación de ellos, e incluso dijo con humildad que allí se ganaba más que aquí, pero no tanto como decían. Aseguró, eso sí, que había aprendido a jugar al golf y que le gustaban las carreras de caballos.

Iba a almorzar al café Porto y pedía huevos fritos con jamón y un café, para sorpresa de los pescadores, que recibían entonces el nuevo día con coñac o aguardiente del país. Vestía elegante, pero no a la antigua: llevaba corbata sobre la camisa de color, y también los zapatos tenían una puntera llamativa, distinta del resto. Pero no era entonces, ni mucho menos, una persona que marcara las distancias. Le decían los viejos camaradas que aquello del golf

era una mariconada, y se erguía, pedía a Leonor, la patrona del café Porto, una escoba, la cogía por el mango y, después de calculados movimientos, largaba un corcho por la ventana entreabierta. Poco después, buena parte de la clientela había hecho su intento con toda clase de objetos, levantando nubes de serrín y haciendo chocar contra los vidrios las chapas de los refrescos. Ruibén, a quien llamaban ya por nuevo apodo el Sir, aseguraba entre bromas que llegaría un día en que Porto Bremón tendría un campo de golf, con grandes praderas verdes, lisas como la cabeza de un recluta y con agujeros perfectamente señalados con banderitas.

—Los patos que andan de paso por la laguna de Mindoao se posarán allí y podréis cazar desde la terraza mientras tomáis el vermú.

Pero sus proyectos no paraban ahí. En sucesivas estancias de veraneo se empeñó en instruir a los vecinos sobre las ventajas de la ciencia, incluidas las nuevas técnicas de jardinería. Todas las casas de Inglaterra, decía, tienen hierbas y plantas de flor en la parte delantera, no como aquí, que corren las aguas sucias y todo es un cenagal en invierno y un criadero de moscas en verano. Y se esmeraba en el relato de hombres atareados en la poda las mañanas de domingo y mujeres hacendosas que ponían visillos de encajes en las ventanas mientras en el horno se doraba el pastel del día festivo.

—Eso no será así donde haya marineros —apostaba un contertulio.

—En todas partes —aseguraba Ruibén.

Aquella primera objeción animaba al resto de los parroquianos.

—Y entonces, ¿por qué siguen en Gibraltar? —preguntaba el más político.

—Oí decir en la tele que en las escuelas apalean a los chiquillos hasta hacerles sangre —señalaba otro.

—¿No es verdad que conducen al revés? —decía irónicamente un tercero.

El Sir se pasaba la lengua por los labios, medía las distancias y daba con la escoba un golpe exacto.

Cuando decidió regresar definitivamente, Ruibén era ya una especie de cónsul honorario y quien atendía a los visitantes que, raramente, aparecían por aquellos parajes. Dejó de improvisar discursos de formación cívica y todos sus pasos parecían orientarse ahora en un orden práctico. Quería ser rico, el más rico de Porto Bremón, y acabó siéndolo. Hasta entonces los

pescadores vendían el pescado y el marisco a un intermediario que se desplazaba desde la capital y fijaba el precio. Las dificultades de transporte y la falta de competencia lo hacían imprescindible. El Sir se hizo con un camión frigorífico, ofreció precios más ventajosos y, cuando quedó él solo como comprador, marcó sus propias condiciones. Al mismo tiempo, descubrió lo que ya todos sabían: lo que realmente le gustaba a la gente de Porto Bremón no era el pescado sino las chuletas. Así que abrió la primera carnicería.

Había muchas más cosas que descubrir en los nuevos tiempos. Por ejemplo, que lo que más atrae en la noche son las luces. En la oscuridad de un pueblo marinero, las luces de neón son irresistibles. El rótulo del café Porto quedó como una triste luminaria cuando el Sir inauguró el Trafalgar, radiante con sus intermitencias, las máquinas de juegos y la sinfonola. Ni siquiera los más viejos resistían a la fascinación de aquel local lleno de atractivos luminosos, apliques brillantes y marquetería fina, y se apoyaban en la barra metalizada como mariposas.

Al Trafalgar siguió, con el mismo nombre, una discoteca a la que acudían mozos y mozas de toda la comarca, sin necesidad de desplazarse a pueblos más lejanos. Las novedades del local, como aquellos grifos con células fotoeléctricas que soltaban el chorro de agua con sólo acercar las manos, dieron que hablar durante meses. Porto Bremón consiguió cierto renombre como lugar de veraneo, cosa que él fomentó y de la que se aprovechó, abriendo un restaurante con hospedaje y, más adelante, construyendo un edificio con apartamentos. Todo el mundo lo trataba ya de Sir, y lo que empezó siendo una broma adquirió carta de naturaleza, hasta el punto de que muy pocos recordaban ya su procedencia. Habían muerto sus padres, no se le conocía familia, y algunas costumbres suyas, como la de bañarse en el mar en invierno o pasear todas las tardes con un perro sin rabo, lo fueron rodeando de una extraña leyenda, según la cual era un náufrago que, escupido por el temporal, se había asentado para siempre en aquella costa brava.

El día grande para el Sir llegó cuando, finalmente, inauguró el campo de golf dentro del complejo turístico de Porto Bremón. Era una mañana radiante de domingo. Las fuerzas vivas lo rodeaban y se disputaban su atención. Habían venido autoridades de la capital. Todos sonrieron cuando la banda de

música interpretó en su honor una marcha de la familia real británica. En el recorrido, el gobernador elogió aquel césped que se extendía como un manto de terciopelo en contraste con el imponente paisaje lunar de arena y piedra de los alrededores.

—No va a ser fácil mantener esto así, tan verde —comentó el gobernador.

—No hay problema. Siempre será verde —dijo él. Lo sabía mejor que nadie. Estaban caminando sobre un mar dulce soñado por las aves viajeras en las tierras frías. Enterradas bajo sus pies, las marismas y la laguna de Mindoa.

Los ojos de la cabra no tienen lágrimas

El cisne blanco se acercó pidiendo comida con su voz de cerdo. No le acertó, y los restos del cigarro se apagaron en aquellas aguas obscenamente limpias del lago de Ginebra que tanto alababa ante la familia cuando regresaba a la aldea por las fiestas del Patrón y por Navidad. Al jefe de personal del hotel Château Blanc no le había parecido bien la noticia de que se iba definitivamente. Había sido un empleado ejemplar. Lo sabía el jefe y lo sabía él. Su primer trabajo, cuando era casi un crío, había sido fregar los platos de los que fregaban los platos. Ahora, en la recepción, era capaz de mantener una conversación con una cantante de ópera y de que ésta, encantada, dejase generosa propina y una flor a su nombre.

Hacía dos semanas que había recibido una carta de su hermana Mercedes. En realidad, era la única que escribía. Los otros eran unas malas bestias, ni una postal en quince años. En las fiestas sí que eran cariñosos, borrachos como cubas, todo se les iba en preguntar, entonces cuánto ganas, Luisiño, ahora que llevas el ascensor, y, entonces, muy rico estarás, Luisiño, ahora que haces el rendibú. Mercedes hacía lo que podía, *te mando estas letras para decirte que muy bien por aquí, saberás que se casó la hija del Lorenzo, la que trabaja en la Residencia, supongo que tú bien por ahí, aunque ya vimos en la tele que hace mucho frío*. Los muy animales no podían imaginar la alegría que le suponía la letra torcida de Mercedes, aquellas letritas enhebradas como el cosido de un andrajo.

Pero aquella carta de hacía dos semanas le había roto el corazón. El hotel estaba caliente como el caldo mientras nevaba fuera. Abrió un ventanal y tendió las manos. No era capaz de llorar. Sentía la nieve derretirse entre los dedos hasta que formó un puñado y se lo llevó a la cara. La abuela le había

contado que había dos clases de ojos que nunca lloran: los del diablo y los de la cabra. *Saberás que acordamos vender las tierras y la casa de Penaverde ya que apareció un comprador muy bueno de La Coruña y que a mamá le parece bien, y que se irá a vivir a Orense con Benito, y que hace falta tu firma para lo que sería conveniente que vinieses en Semana Santa que así vamos todos juntos al notario.* Esta vez Mercedes, *Mercediñas*, ni siquiera le mandaba un abrazo. Debió de parecerle ocioso, pues todos habían estado hacía bien poco juntos, en la Nochebuena, en Penaverde. Ay, Mercedes, *Mercediñas*, tú también como los otros, callaste como una puta, porque ese comprador de Coruña tenía que andar rondando, que no apareció de la noche a la mañana. Y mamá, pobre mujer, muerta en vida, qué carajo iba a decir mamá.

Se despidió de la gente del hotel, de Rosa la portuguesa, que lloraba como si se le fuera un hijo a la guerra, y del señor Fulvio, el jefe de personal, que como era italiano no era tonto y que le dio un abrazo que en la puta vida le daría un suizo cabeza cuadrada. Ya sabes dónde estamos, le dijo. Lloraría si no fuera que los ojos de cabra no tienen lágrimas. Se puso unas gafas de sol para conducir por las carreteras blancas y se lanzó a correr.

No pararía. Sabía que no iba a parar, sólo para tomar café y para mear. Pero se sorprendió a sí mismo sin tomar café ni mear hasta las puertas de Penaverde. Se dio cuenta de que llevaba un tiempo adormecido dando curvas cuando oyó que la radio hablaba de que era verano en Mar del Plata. Qué envidia, decía el locutor. ¡La vida es una milonga!, respondía de repente el entrevistado. Luego se oyó la sintonía: el programa se llamaba «Galicia en el mundo». Aparcó en el crucero de Vilar. Se sentía mareado como si llevara dos días seguidos fumando sin parar. El cielo aquí era mucho más bajo que en Suiza. Si uno no se ponía de rodillas, corría el riesgo de que las nubes se le llevaran la cabeza. Cerró los ojos. Todo, también la arboleda, tenía un brillo cansado, como un altar espeso de cirios que llevaran años alumbrando.

Se sentía incapaz de subir de nuevo al coche. Echó a andar por el viejo camino aldeano y dio tantos tumbos que pensó que iba a tener que aprender de nuevo a andar. Se hundió en el regato que venía del Castro y que formaba una charca en la Baixa, donde sombreaba el aliso, y le alivió aquel burbujeo vivo en la planta de los pies. Los zarzales se habían desbordado en aquel

camino de carros difuntos y se le prendían en la ropa como brazos en desasosiego. Eso le dio ánimos. Empezó a pisar con seguridad y anduvo sobre los terrones con la cabeza alta hasta dar con la fachada de la casa de Penaverde. Se detuvo y movió la cabeza lentamente, con ojos afligidos. Así hace el sol cuando se pone. Todo estaba muerto. Sin perro que ladre ni humo que se alce. Fue entonces cuando meó en las manos y echó de menos un café, con unas lágrimas de aguardiente.

Una visita al mercado

—Te pago para que me digas cuándo hago el tonto y no para que te pases el día dándome palmaditas —dijo el candidato.

—No sabía que les tuvieras miedo a los ojos de los peces —respondió el asesor.

—No me dan miedo. Simplemente, no los soporto.

—Volviste la cara. Nada más. No creo que esto nos quite votos.

—Pero la mujer se dio cuenta. Cuando le di la mano, me miró con recelo, como quien descubre un secreto indeseado.

—Son aprensiones de final de campaña. Estás cansado. Eso es todo.

—No sé cómo fui capaz de darle la mano. La limpió en el delantal. Pero aun así, tenía escamas.

—Era una pescadera, una pescantina bigotuda. Nada más.

—Se hizo como un silencio larguísimo. Como el de una fotografía.

—La gente estaba contigo. No creo que a nadie le guste ver cómo les arrancan los ojos a los peces.

—Parecían vivos. Me refiero a los ojos. Tan abiertos y con una expresión de perplejidad... Debe de ser una manera horrible de morir, la de los peces. A veces pienso cómo será más brutal morir: por falta de aire o porque hay aire de más.

—(...)

—¿De qué te ríes?

—Tú eres la respuesta a ese dilema. Ni poco ni mucho aire. Lo justo. Todo el mundo sintoniza con esa propuesta electoral. El aire justo para vivir.

—Conseguí sonreír cuando al fin le di la mano a la pescadera. Y eso que tenía bigote, y escamas en las manos.

—No abandones nunca la sonrisa. Especialmente cuando no tengas nada que decir.

—Me costó tanto. Sobre todo cuando aquel tipo, el porquero, me increpó. Traté de recordar lo que decimos en el programa sobre el precio del porcino. Pero era imposible razonar.

—Mejor así. En el programa decimos que ya nunca será rentable criar cerdos.

—Creo que si pudiera, me hubiera matado allí mismo. Gritaba cosas terribles, siempre referentes a los cerdos. Pero conseguí sonreír.

—Eres el que mejor lo hace. Nadie sonríe como tú.

—A veces me siento inseguro. No sé. ¿Crees que es acertado sonreír cuando te aborda un porquero furioso, fuera de sí?

—Peor sería decirle lo que escribió el equipo de programas. Esa gente del gabinete técnico llegó a la conclusión de que no podemos seguir subvencionando la crianza de cerdos. Según ellos, resultaría más rentable comprar todas las granjas y cerrarlas.

—Sí, creo que me hubiera matado si pudiera. Retorcí la boina como si fuera el pescuezo de un ave. Pero yo sonreí. Como a la gitana que me quería decir la buenaventura. Le di mil pesetas, pero no le enseñé la mano. Tenía los ojos del color de la ceniza.

—Ese detalle quedó muy bien ante las cámaras.

—¿Crees que vamos a ganar? —preguntó el candidato.

—Seguro —dijo el asesor.

Un millón de vacas

No iba de negro, sino con un vestido estampado azul y blanco, y llevaba sobre los hombros un chal de color de plata vieja, como la prolongación de los cabellos. Me hizo señal de que parara desde la sombra de la marquesina y, cuando me detuve, asomó con resolución por la ventana del auto unos ojos de lechuza con gafas de concha.

Va a Vigo, ¿verdad?

Lo preguntó como si realmente no hubiera otro sitio a donde se pudiera ir. Gracias, chico, me has dado la vida, dijo después de acomodarse en el asiento y ahuecarse el pelo con las manos. En la radio daban la señal horaria de las cinco de la tarde, y luego sonó la sintonía del informativo. Ajena al sonido intruso que se interponía entre los dos, explicó enseguida que había perdido el coche de línea y que tenía vez en el médico. A esta edad, no tenemos más que achaques, hijo, ser viejo es una desgracia. En Galicia, decía el locutor, hay aproximadamente un millón de vacas. Qué va, señora, le dije por cortesía, no diga eso. Tonterías, dijo ella, creen que somos tontos, ¡un millón de vacas!, se pasan el día diciendo tonterías. Apagué la radio y se volvió hacia mí con rostro satisfecho. Nada de lo que dicen es verdad, hijo, nada de lo que dicen es verdad.

Me preguntó que dónde vivía y le respondí que no lo sabía muy bien. Ando de aquí para allá. Ella sonrió. Los jóvenes sois un caso. Yo viví en Madrid. ¿Conoces Madrid? Hasta hace muy poco viví en Madrid. Tengo un hijo allí. Marchó a trabajar, y allí se casó. Un día apareció en casa, en Soutomaior, yo estaba pelando las patatas y me dijo, anda mamá, coge las cosas y vente conmigo. Y le digo yo, pero niño, qué hago con los animales, y con la casa, ¿quién va a cuidar de la casa? Y él me dijo, mira mamá, ya habrá

quien cuide de los animales, se los dejamos a los vecinos, y la casa, la casa nadie se la va a llevar. Y así fue. Me fui para Madrid.

¿Y le gustó Madrid?

¿Qué?

¿Le gustó Madrid?

Mucho. Me gustó mucho.

La vieja revolvía en el bolso y sacó un espejito y una barra de labios.

Me gustó mucho, dijo después del arreglo. Pero no podía dormir. Mi hijo vivía en un piso, un pisito, pero estaba bien. En fin, podía pasar. La nuera es una joya. Yo siempre quise que se buscara una moza de la tierra, pero, en fin, se casó allí, y te digo que la chica es una maravilla, muy delgadita, eso sí, muy maja. No me dejaba tocar nada. Ni fregar los platos me dejaba. *Usted, mamá* —me llamaba mamá—, *a descansar, que ya ha tenido bastante trabajo*. ¿Yo, hija mía? Como todo el mundo. *Que no, mamá, que siéntese*. Pero, ay chico, lo que no podía era dormir. Las paredes son de papel. En el piso de arriba tenían un crío, una criaturita que, claro, se ponía a llorar. Justo encima tenía la cuna. ¿Quieres creer que los desgraciados de los padres no se levantaban para darle un poco de cariño? Noche tras noche, y el crío llorando como una víctima hasta que se callaba de cansancio, pobrecillo. A mí se me comían los diablos. Un día encontré en el portal a la madre y se lo dije, por éstas que se lo dije. Le dije que si no tenían alma, dejar llorar así a una criatura. ¿A que no sabes lo que me contestó la descarada? *Usted métase en lo suyo*. Eso fue lo que me dijo, mal rayo la confunda. Pero lo peor no fue eso.

La miré de reojo. Tenía los labios apretados y se frotaba las manos.

Lo peor fue que eso mismo me dijo mi nuera. *No son cosas tuyas, mamá, cada uno vive su vida*. Aquella noche el niño volvió a llorar. A mí se me comían los diablos. Así que me fui. ¿Qué te parece? Me fui al día siguiente.

Bajando por Meixueiro, se recortaba en el fondo la silueta caótica de Vigo, como una descuidada medianera en el paraíso de la ría.

¿Va a la Residencia?

No, no. Déjame a la entrada, que ya me arreglaré.

Si quiere la llevo hasta el médico; tengo tiempo.

Se volvió a negar, pero cuando paré el coche en el semáforo de la Plaza

de España, me puso la mano en la rodilla y se arrimó como para hacerme una confidencia. ¿Sabes dónde está Nova Olimpia? Quedé sorprendido, pero le dije que sí. Sí, creo que sí. Pues déjame allí. Hoy hay baile de la tercera edad. ¿Sabes? Cuando volví de Madrid me eché novio.

¿No será médico?

¡No, qué va!, dijo ella llorando de risa.

Los hijos de Luc & Fer

Préstame, lluvia negra,
tus lágrimas.

Ésa era nuestra balada de apertura. En la penumbra del escenario, Lis cantaba lentamente, como la oración de un poseído, envolviendo el micro con el desorden lánguido de su cabellera.

Préstame, diosa blanca,
tu plata amarga.

Tal como estaba, Lis no podía enterarse del avispero en que nos habían metido. Nosotros, Los hijos de Luc & Fer, vestíamos de riguroso luto. La mayoría del público, que ya se impacientaba con inequívocas señales de humo y gestos de guerra, también. Sólo que nuestro negro era de lana blanda y existencialista y el de ellos una amenazadora imitación de cuero, brillo plástico, remaches metálicos, y un variado surtido de ferretería en el que sobresalían águilas legionarias y cruces gamadas.

Préstame, corazón solitario,
tu fuego frío.

Busqué desesperadamente con la mirada al promotor. ¿A qué irresponsable se le había ocurrido presentarnos como un grupo heavy? Repasé mentalmente nuestro repertorio de jazz ecológico, movimiento del que éramos ignorados pioneros. Lo más estruendoso que teníamos era una composición titulada *Bucolic country*, en la que yo hacía sonar un cencerro y

Lis gemía como un perro lunático.

Préstame, madre lluvia,
tu llanto de seda.

Después de un primer momento de sorpresa, el auditorio ya no reprimía los murmullos. La naturaleza me ha dotado de un instinto especial para predecir las catástrofes, pero no hacía falta tener dotes de augur para oler el cristo que se avecinaba en la White Power, antigua granja avícola de la Raya Seca, habilitada como sala de conciertos.

Préstame, céltico cementerio,
tu paz.

«Os va a gustar —había dicho por teléfono el promotor—, lo hemos dejado prácticamente como estaba para que resultase más auténtico. Contratamos a un arquitecto vanguardista, un genio, ya lo conoceréis, y después de seis meses de trabajo llegó a la conclusión de que el diseño más adecuado era precisamente el de una granja». El esfuerzo estético para mantener la autenticidad había sido realmente notable. En realidad, no se había hecho nada, aparte de desalojar a los pollos y a las gallinas de mala manera, vistas las plumas que flotaban por el pabellón. Ajeno a todo, Lis cantaba, enredado de melancolía, como la niebla de poniente en un aliso de la ribera.

Préstame, reina serpiente,
tus alas.

El violín de Gabino fue el blanco contra el que dio el primer bote de cerveza. Abel, el saxo, me miró con ojos de espanto y noté que se le iba el aire en un prolongado sollozo, efecto precioso que sólo se puede conseguir en momentos excepcionales. Como diría el clásico, se mascaba la tensión.

Préstame, tierra desnuda,
tu abrazo.

«¡Maricones! ¡Esto es una mariconada!», gritó uno de aquellos bestias. Me sentí ridículo e indefenso con mi batería de juguete y mis palillos de comer arroz. Unos cuantos proyectiles más cayeron sobre el escenario como obuses en un orfanato.

Préstame, dios triste,
una maldición.

Din, don. Lis se despegó al fin del micro, recogió con gracia las largas guedejas e hizo señales de gratitud cuando retumbó la monumental bronca. «Gracias, gracias. Ahora vamos a interpretar otra balada, que lleva por título...» Sorteando la lluvia de botes y otros objetos más o menos contundentes, conseguí acercarme a él. *Bucolic country*, le grité tirándole del brazo. «Pero ¿qué pasa, hostia?», respondió, mirándome por fin. «Que nos van a matar, Lis, ¿es que no te das cuenta de que van a matarnos?» Volvió los ojos al auditorio y alguno de los proyectiles debió de rozarle, porque espabiló. «Hostia —dijo horrorizado—, vaya pinta que tienen éstos». «*Bucolic country*, Lis, *Bucolic country*», insistí con inquietud.

Y así fue como salvamos el pellejo en la sala-granja White Power. Con una canción interminable en la que Lis ladraba como un perro lunático, yo tocaba el cencerro como un profeta airado, y el resto del grupo arrastraba cadenas futuristas.

El león de Cuatro Vientos

El sol se había puesto ya por algún lado en Madrid. Los vagabundos, a aquella hora, corrían con su casa de cartón bajo el brazo. Los guardias del metro los echaban a porrazos de la boca de Callao. Algunos llevaban también una manta sucia y cuartelera sobre los hombros, como esos refugiados de ninguna parte que siempre salen en blanco y negro por la pantalla. Así que yo daba la vuelta en aquel punto frotándome los ojos. No por no creer lo que veía, sino porque lo veía todo doble, policías, mendigos y conductores con miedo a detenerse en un semáforo rojo.

Había gastado un dineral en unas lentes especiales para ordenadores, pero ni así. La noche tiene un brillo especial para los trabajadores del sector de la Informática y el mundo es un videomontaje cuando llevas doce horas con un procesador de textos. En el tablón de anuncios de la empresa, uno de los jefes colocó un folleto de la Asociación de Amigos de los Ojos. Creo que lo hizo con la intención de ponernos en evidencia, como quien te frota en las gafas el *Elogio de la Servidumbre*. Según la AAO no deberíamos estar más de cuatro horas seguidas ante aquellos trastos de pirotecnia condensada. Pero, para nosotros, operarios de la tecnología de vanguardia, mano de obra de la tercera ola postindustrial, no regía ni el horario mínimo conseguido por los abuelos en la huelga del 17.

Fue aquella noche la primera vez que entré en el Palentino, y lo hice con la firme intención de emborracharme, convencido de que nunca existiría una conciencia sindical en el sector de la Informática y de que el futuro de la revolución estaba en los Mensajeros. Una vez vi una manifestación de Mensajeros y quedé emocionado: quinientos motoristas desfilando majestuosamente por la Castellana, conduciendo las máquinas con las manos

fuera del manillar, puños en alto, sólo con el poderío de las piernas, como una milicia de *cowboys*.

Pero yo ahora me disponía a entrar, con la vista cansada y un algo de derrota en el fondo del alma, en el café bar Palentino, un establecimiento que hace esquina en la placita de Cuatro Vientos, especie de puesto fronterizo entre Malasaña, Ballesta y San Bernardo. Las palomas de Cuatro Vientos son calvas y tienen verrugas en el pico. Nunca entendí cómo los naturalistas no han hecho aún una guía de la fauna animal de Madrid, anotando la peculiar evolución de las especies. En el estanque del Retiro hay unos peces que comen bocadillos de chorizo, patatas fritas y regaliz. Una vez les eché chicles. Son cabezones y sostienen la mirada. Me daban grima, pero con el tiempo sentí por ellos una cívica ternura.

El Palentino es esa clase de sitio donde nada más entrar tienes una rara sensación de intensa libertad, pero libertad por alguna razón amenazada, como en esas estaciones en la niebla que son última escala para expatriados. El mobiliario es de formica, las columnas centrales están cubiertas de espejos, a la manera de un *art déco* castizo, y, si no hay serrín de pino rojo en el suelo, debería haberlo. Pero lo que le daba carácter era la gente. La presentadora del Telediario parecía una cliente más compitiendo en la algarabía. Me fijé en eso porque allí donde hay una pantalla, maldición, allí se me va la vista. Pero había mucho que ver en el Palentino. En la esquina de la barra, un viejo con boina de viñeta intentaba hablar a gritos con Badajoz. El teléfono parecía para él un obstáculo para comunicarse. Junto a mi mesa, una familia devoraba una lata de mejillones con refresco de cola, y, en la de delante, dos hetairas de la Ballesta, con maquillaje cubista, disertaban sobre el «peligro amarillo». Una de ellas mantenía la tesis de que detrás de cada bicicleta de un chino (¡Y mira que hay chinos con bicicleta!, exclamaba entre paréntesis), había un cañón en potencia. Pero, una vez que conseguí alejarme del ángulo de la pantalla, lo que atrajo mi atención en la zona oeste de la barra fue aquel tipo con la cara surcada por una cicatriz y la mujer que lo acompañaba. Era hermosísima de ojos, de esos ojos que ríen y lloran por dentro, con rizos rubios sobre la frente, toda vestida de negro, escote en el alféizar soberano, falda ceñida hasta las rodillas y medias de redecilla. Fumaba apoyada en la barra mirando a la vez a ningún lado y a todos, a la

manera de quien observa en el puente de un barco de contrabando.

¿Qué era lo que tenía aquella mujer? Tendrían que verla. Sólo les diré que el héroe no estaba a la altura de las circunstancias. Los observé con disimulo y, por lo que vi, no se cruzaron ni una palabra. Sólo cuando dieron los deportes en la tele, el elemento aquel intercambió unas impresiones con el camarero de nariz aguilina y chaquetilla blanca con manchas impresionistas. Pasaron a los anuncios y fue cuando él, el tipo, hizo un gesto imperativo y ella afirmó el bolso en el hombro y salieron, él delante y ella detrás, moviendo con gracia la cabeza al cruzar el umbral.

Aquella noche, con mucho licor circulante, me dejé caer vestido en la cama con una melancólica inquietud. Lejos de estar mareado, era un viajero con todos los sentidos alerta y escruté el mapa de navegación del techo. Aquella bombilla desnuda con un dedo de polvo necesitaba una lámpara. Y también tenía que colgar de una vez aquel póster de la manzana verde. Y ordenar los libros y los calcetines, dispersos por el suelo. El primer sonido, con sobresaltos de tren, me llevó de nuevo al techo. Hubo un silencio y luego un estruendo metálico que se fue prolongando convulsivamente. El rechinar era discontinuo pero tenía un compás interno, como eso que llaman verso libre. Ahora el tren iba por una cuesta andina, aferrándose a las vías, demorándose. Sólo a medias sabía lo que iba a venir después. La máquina remontó la cumbre y luego se dejó ir en un deslizamiento vertiginoso, entre sollozos y gritos de éxtasis y agonía, como si abrieran la ventana de un abismo y los viajeros quisieran tirarse y darse con la crisma en los rápidos de un río. Pensé que toda la Plaza de Cuatro Vientos se iba a llenar de un momento a otro de ambulancias de la Cruz Roja y de un gentío torpe con brazaletes de Protección Civil dando órdenes contradictorias a la vecindad. Salté con los pies desnudos a las baldosas frías del corredor y me asomé a la ventana. Un perro rebuscaba en la basura con gesto rutinario, y los reflejos de la luz vieja lamían los adoquines. No sé cuándo me quedé dormido, pero sí recuerdo que aquella noche no tuve esa horrible y recurrente pesadilla en la que los ojos se me secaban y caían al suelo estallando como cristales.

Por la mañana, la resaca me arrastró de nuevo al Palentino con la peregrina idea de que el mejor almuerzo era una dosis moderada de alcohol. Allí, en el mismo lugar de la barra, estaban los dos. Él, con el trazo violáceo

atravesándole la cara. Y ella, con el mismo aire ausente, el pelo mojado y unas grandes ojeras que la hacían aún más atractiva a la luz de mi turbia ensoñación. No sé por qué, pero él me pareció a esta hora menos temible. La larga cicatriz tenía la forma de un detalle ornamental. Pero mi frágil equilibrio interno sufrió una conmoción cuando, al volverse para coger la taza, vi que la joven llevaba el brazo izquierdo vendado y colgado en cabestrillo. Me froté los ojos, pero no tenía dudas al respecto. La noche anterior estaba entera y llevaba los brazos en su sitio.

Durante el día, mientras limpiaba de virus la obsoleta red informática del Ministerio de Defensa, no dejaba de darle vueltas a la pareja del Palentino. Excuso decir que para entonces ya había establecido la relación entre el combate amoroso del piso superior, que se me transmitió en forma de traqueteo ferroviario, y el brazo vendado de la lánguida mujer de negro. Todas las cábalas llevaban al mismo lugar, a la cicatriz desafiante del macho. ¡Joder con el tío!, dije mientras lapidaba con el dedo electrónico los furúnculos del piélagos luminoso de la defensa nacional.

Cuando salí, el sol había huido hacia algún lado de Madrid, y caminé, más rápido que de costumbre, hacia Cuatro Vientos. De hecho, entré en el Palentino respirando a fondo, a la busca de un microclima largo tiempo deseado. Había menos gente que la noche anterior, y la muchacha del Telediario se hacía notar introduciendo con una sonrisa forzada las burradas que ese día habían asolado el mundo. Atendía a aquel busto que contabilizaba rutinariamente los muertos de Beirut, cuando entró el viejo y pidió el teléfono para gritar a Badajoz. Lanzaba fieros e impotentes juramentos sobre el precio de unas tierras. De súbito, apareció él, abriéndose paso como un guardia forestal. Venía solo, y se situó al norte, en la zona más despoblada de la barra. Se frotó las manos y las calentó con el aliento. Era un tipo ciertamente corpulento, con gestos de plantígrado, de pelo largo y espeso y con la cabeza algo alargada. Lo imaginé huido de una jaula de hierro y desconcertado fuera del zoo. Quizá por eso metía menos miedo. Miraba hacia la entrada e hizo una señal con el brazo cuando asomó aquella preciosidad. Mi corazón rechinó al mismo tiempo que la puerta. Recordé a Pereiro y su teoría de que todos los monstruos tienen suerte.

La muchacha que ahora se dirigía sonriente hacia aquel bicho peludo de

catadura criminal parecía salida de un Cancionero incunable. Junco, cierva, labios de mar salado, mi dama, cielo santo. Pero allí iba, a abandonarse fatalmente entre las armas toscas de aquel homínido de sospechosa genealogía. Le dio un beso en los labios, insoportablemente largo, mientras él posaba su garra derecha en aquel trasero propio de un divinidad en *jeans*.

Aquella fue una de las vigilias más largas de mi vida. Había decidido llegar tarde a casa, con tiempo que juzgué suficiente para que aquel pedazo de bestia consumase la contusión amorosa sobre aquella zorra angelical. Todos los pensamientos más perversos se concentraban en ella, por dejarse caer en los brazos del animal, pero eso, lejos de calmarme, atizaba aún más mi fragua. Pensé en llamar a alguna amiga con la excusa de tomar una copa, por ejemplo a aquella encantadora reloca que era psicóloga y a quien había conocido en una sesión de yoga, pero un morbosos imán me arrastraba a Cuatro Vientos. Abrí con cuidado el portal y subí despacio los primeros tramos de escalera, pero era gratuita tanta precaución. La casa entera rechinaba como si toda ella fuera un impúdico lecho. Busqué la llave a tientas durante unos segundos que me parecieron eternos, mientras creía oír rugidos que se mezclaban con súplicas fervorosas.

—¡Devórame, cabrón, devórame otra vez!

Claro que te va a devorar, dije entre dientes, no lo sabes tú bien. Incapaz de dormir, después de pasear por el pasillo con la bata puesta como un púgil en capilla, decidí tomar las cosas con filosofía. Esto es, aprovisionado de tabaco y whisky, esperaré el desenlace definitivo, el momento solemne del placer en que la bestia estrujará a la bella. Nunca imaginé hasta qué punto el sonido, con sus pausas, alegrías y desenfrenos, puede hacer transparente el amor con un tabique de un palmo por medio. Iban al trote, y él estaría arriba, relinchando como un garañón, y ella debajo, con un gorjeo, anudando sus piernas en la cadera implacable del macho. Ahora, seguro, estaba ella arriba, erguida y señora, sintiendo en sus adentros la espada, haciéndose con ella, y clavándole las garras en algún lugar porque él dice hostia, tía. Y ahora va ella y se pone de rodillas, con las ancas bien abiertas, y él va por detrás, la coge con la mano izquierda de la greña, tantea con la derecha el badajo y lo hinca de un brusco impulso, toma polla, grandísima puta, toma polla.

Y la noche fue pasando obscena sin que llegara el momento en que se

rompiera algún hueso. Cuando amaneció, era yo quien estaba medio muerto, tirado en un sillón con la boca abierta. Mientras me duchaba, procuré animarme pensando que había conseguido evitar, una noche más, la pesadilla de los ojos secos haciéndose añicos como cristales contra el suelo. El destino me llevó a tomar un café bien cargado en el Palentino. Sabía que tenía que ir allí. Sabía que alguna sorpresa me aguardaba, pero no hasta ese punto. Estaban los dos, en el bar casi vacío, esta vez sentados a una mesa. Los rostros parecían ofensivamente frescos y con esa feliz melancolía que sigue al combate. Pero ella llevaba un collar ortopédico. No lo pude soportar. Pagué precipitadamente y salí horrorizado. ¡Aquel bestia había estado a punto de matarla, y allí estaban, los dos, tan tranquilos! Él era un cabrón, saltaba a la vista, pero ¿cómo podía ella ser tan puta?, ¿cómo podía mantener la mirada feliz y satisfecha con el cuello fracturado?

Pasé un día fatal. Un virus informático había penetrado en el sistema de la Seguridad Social y amenazaba con poner patas arriba la asistencia sanitaria española. Comprenderán que no me sintiera especialmente motivado para hacer frente al caos hospitalario. Allí estaba yo, contribuyendo al bienestar público, mientras un monstruo follador andaba destrozando placenteramente las mejores anatomías de Madrid. Cuando di con él, el pobre virus, con sus patitas luminosas, me parecía una ingenua criatura.

—¿Qué, Raimundo? ¿Ha encontrado ya esa porquería? —me preguntó el jefe.

—Sí, señor, la he encontrado ya.

Cumplí con mi deber. Le di al sistema una orden de fusilamiento, y el virus quedó panza arriba en el monitor.

Tampoco aquel día conseguí saber por dónde se pone el sol en Madrid.

Caminé como un robot de la tercera generación hasta el Palentino. Estaba empezando a desconfiar de mis circuitos, pero tenía que hacer una última comprobación. Todo transcurrió como en un guión. Antes de traspasar la entrada, el camarero me interrogó con una inflexión de zarzuela: Queeeevatomarelseñooor. En el televisor presentaron con una sonrisa la ración de muertos. El viejo gritaba con Badajoz como para hacerse oír ante los tiburones de Wall Street. El dueto de la Ballesta apoyaba los considerandos de la Conferencia Episcopal sobre el aborto. Saboreaban callos a la madrileña

con Coca-Cola. Entró el matador.

Traía sujeta por la cintura, casi en volandas, a una figura de porcelana. Sentí ganas de vomitar. Era una muchacha de rasgos orientales, quizá japonesa. O quién sabe si no sería una de esas criaturas vietnamitas de la *boat people*, vendida como esclava a tipos sin escrúpulos y depravados al estilo de aquel bestia a quien tenía por vecino. Ésa fue una de las airadas teorías que desarrollaba en mi observatorio del Palentino. Pero aquella no parecía una sumisa adolescente a la que arrastraran con un dogal. De hecho, había algo de extrañamente maduro en sus gestos y, lo que era peor, y al igual que las otras bellas, miraba con confianza, es decir, con indecencia, a aquel macho cabrón. Era menudita, eso sí, como una muñeca, pero imaginé su cuerpo terso y ágil como el de una guerrillera curtida en los bosques. Se presentaba un interesante combate en la mansión de Cuatro Vientos, pero que no contasen conmigo.

Llamé a Elsa, la psicóloga. Me dijo que estaba deprimida, y que no tenía ganas de ver a nadie.

—Vale. Llamo otro día.

—No me entiendes —dijo cambiando de súbito el tono de voz—. No quiero ver a nadie, pero necesito ver a alguien. ¿Entiendes?

Quedé pasmado mirando hacia el auricular.

—¿Estás ahí? —dijo ella.

—Sí —confirmé finalmente en un susurro.

—¡Pues ven, hostia!

Manejaba el teléfono como una artista, estaba claro, y me hervía el cuerpo. Tomé apresuradamente en San Bernardo un taxi hacia la zona universitaria. Ahora recordaba que Elsa me había dicho que desde su terraza se podía ver nacer y morir el sol de Madrid. En la radio cantaba el Dúo Gala y sus Mariachis.

Méteme tres balazos en la frente,
haz con mi corazón lo que tú quieras
y luego declárate inocente.

Me sentía como el rey de la selva después de un largo sueño. Me lancé

fuera del taxi, crucé la calle en tres brincos felinos, llamé al fono con un gruñido, subí las escaleras a zancadas y llamé a la puerta. Allí estaba ella, Elsa, mi reloca del yoga, con su vestimenta, sólo una cinta de seda negra alrededor del cuello, sonriente, acariciando un látigo.

No tardé en ver la foto sobre la mesa de noche. El monstruo de Cuatro Vientos, el superhombre peludo, el león, no tenía entonces cicatriz.

El molino

—Le gusta el molino, ¿eh?

Llevaba ya un buen rato apoyado en la barandilla de piedra del puente, mirando cómo las aguas del río corrían pícaras a refugiarse bajo los arcos de la casa fluvial.

—Si tanto le gusta, se lo vendo.

Sorprendido, se fijó por primera vez en el campesino que parecía cuidar el ganado desde el borde de la carretera, teledirigiéndolo a distancia con leves movimientos de cayado y voces en clave indescifrable.

—Vai vén isca Morena. Ei Linda suuuu.

—Que sí, que se lo vendo —repitió el hombre casi sonriendo al notar su extrañeza ante tan súbita oferta. Se sentía ciertamente inquieto, pero aquel viejo, aunque se lo explicara, no sabría entender hasta qué punto. Aquel día había adelantado el viaje precisamente para detenerse a contemplar el molino con calma. Había atajado por allí en coche muchas veces, tras pasar un fin de semana en la casa materna y de regreso a la ciudad. Siempre llevaba prisa, con el trabajo del lunes ocupándole el pensamiento. Y, a mitad del camino, a la derecha del puente del río Arnela, siempre aquella casa izada sobre las aguas, envuelta en musgo y encintada por hiedras como un regalo sedante y milagroso.

—Ya veo que le gusta —volvió a hablar el viejo—. Si quiere, el molino es suyo.

Estuvo a punto de responderle con una frase cortante. Era profesor en la universidad, pero no era tonto. Se daba cuenta cuando querían tomarle el pelo. Un campesino no vende nada, ni siquiera una vaca enferma, así, de buenas a primeras. Pero no le dio tiempo a reaccionar. El viejo llamó a la

Linda y a la Morena y se fue riéndose por lo bajo.

Pocos días después, mientras los alumnos debatían en asamblea la conveniencia de que la asignatura Filosofía de la Ciencia pasara a llamarse Ciencia de la Filosofía, leyó en la página de anuncios una inserción que lo dejó pasmado. Se vendía el molino de Ponte do Arnela, apto para vivienda, con diez ferrados de terreno. Anotó con emoción la referencia y bajó al bar a tomar un café, pues la asamblea estudiantil se prolongaba, por suerte, al introducirse en el debate el polémico asunto de los fallos en el sistema de calefacción.

Por la tarde, y a la hora de apertura, se acercó con ansiedad al domicilio de la Inmobiliaria Rius, responsable del anuncio. La dirección era un número en la calle de Fray Rosendo Salvado, en la parte nueva de la ciudad, pero una vez allí le resultó bastante difícil dar con el apartamento D del entresuelo. En las puertas no había letra alguna, y tuvo que ir llamando hasta que en una de ellas abrió una mujer de maquillaje recargado que se tomó tiempo para retocarse el peinado mientras le daba paso. La sede de la inmobiliaria era tan pequeña que con dificultad podrían dejar allí una docena de escobas, pero la anfitriona lo invitó a tomar asiento como si aquello fuera el vestíbulo del gran hotel Araguaney.

El molino era una oportunidad única. Eso fue lo que le dijo. Estaba segura, como profesional, de que en minutos se iba a formar una cola hasta la Plaza Roja en demanda de semejante oferta. Él tenía la suerte y el privilegio de acudir el primero ante tal ganga, y sólo un ignorante podía desaprovechar la ocasión.

—Le voy a hacer una confidencia, y le ruego que por nada del mundo se lo cuente a nadie —dijo la señora de Rius—. El molino de Arnela pertenece a una familia de mucho señorío que por circunstancias de la vida se encuentra en una situación económica apurada. Se han ido deshaciendo de todas las propiedades, pero se prometieron que la casa del molino sería lo último que venderían. Y así fue hasta hoy. Las cosas se les complicaron, y con un gran sacrificio sentimental, usted lo entenderá, decidieron recurrir a nosotros para la operación, garantizándoles, eso sí, absoluta discreción.

—Está bien, pero...

—Claro, claro. Usted quiere saber el precio. Ya le digo que es una

oportunidad única. Ha de tener en cuenta que más que de un molino se trata de un pequeño palacete fluvial...

—Sí, pero...

—Por nuestra experiencia, le diré que la gente nos quita de las manos esta clase de fincas, escasas por otra parte. Hoy, los campesinos no sabrán de otra cosa, pero han aprendido a valorar las piedras viejas y le digo que las ponen a precio de oro. No puede imaginarse la guerra que nos dan. El más burro de ellos habla de millones con la misma familiaridad que un ejecutivo de la Bolsa. No vea cómo están los negocios. Pero el molino de Arneta es otra cosa.

Sintió la tentación de levantar la mano para pedir la palabra, pero la señora de Rius acercó la cabeza, con un halo de perfume, y con el gesto de quien va a compartir un valioso secreto.

—Cinco millones. En pesetas.

—¿Cinco millones?

—Cinco millones. No me diga que no le sorprende.

—Pues sí, la verdad es que está bien.

—¿Cómo que está bien? Es casi un regalo.

—¿Y eso incluye las tierras?

—Diez ferrados, sí señor. Todo por cinco millones.

—No obstante, si fuera posible, aun después de lo que me ha dicho, me gustaría conocer a los propietarios. Yo también, aunque no lo parezca, soy muy de la tierra, ¿sabe? No, no es que desconfíe, nada de eso. En realidad, esto, para mí, es como un sueño...

—Ya me lo imaginaba —dijo la señora de Rius con una sonrisa—. Tiene que ser usted una persona con sensibilidad, bien se ve. En fin, intentémoslo. Creo que si el trato va en serio...

—Claro que va.

—Ellos necesitan algo de paga y señal, un pequeño detalle que les muestre que el acuerdo está hecho. Comprenderá que no podemos dejar en evidencia a nuestros clientes si usted luego, por cualquier cosa, se vuelve atrás. Para nosotros sería muy desagradable.

—Lo entiendo perfectamente.

Cuando regresó con un sobre con doscientas mil pesetas, cuatro o cinco

personas más, a falta de otro sitio, aguardaban en el pasillo. En la sede de la inmobiliaria, la señora de Rius negociaba con una cliente, a la que reconoció como profesora de Analítica, especialista en W. Uno de esos antiguos, no declarados e imposibles amores de la facultad, pues él no soportaba y menos entendía a W. La saludó con distancia brechtiana y recogió el recibo que le tendió, con una sonrisa, la señora de Rius.

Al día siguiente intentó sin éxito en cuatro ocasiones que alguien abriera el apartamento D del entresuelo derecha. Todas las pesquisas en el edificio para obtener alguna información sobre la Inmobiliaria Rius resultaron infructuosas. Sólo consiguió que en el apartamento A, que resultó ser oficina de la Iglesia del Denominador Común, le obsequiaran con el folleto *La dificultad de ser*. Continuó sus pesquisas en otros establecimientos y en el sector inmobiliario, donde la señora de Rius resultó ser una perfecta desconocida. En la sección de breves del diario le informaron que esa inmobiliaria sólo se había anunciado un día, precisamente aquel en que él acudió al reclamo. Cuando se presentó en la comisaría, el inspector que recogió la denuncia no parecía nada sorprendido ante su relato. Miró a un colega tediosamente sentado con los pies sobre la mesa, y comentó con disimulo:

—Barallobre, otro pardillo que picó con la Mata Hari.

—¿Mata Hari? —preguntó él, intrigado.

—Sí, señor. Llevamos la tira de años tras ella. A principios de los setenta vendía acciones de la Telefónica; luego, licencias de pesca en el Gran Sol; más adelante, puestos de conserje en la Xunta, y ahora, por lo visto, anda timando a yuppis en el sector inmobiliario. No podemos con ella. Se mueve como un pez en el seno del pueblo.

No le hizo ninguna gracia que un guardián del orden citase con tanta desenvoltura a Mao Tse-tung, y menos que diera la causa por perdida.

—Tómeselo con filosofía —dijo el inspector.

Era lo que le faltaba. Estaba rojo de ira.

—¡Con filosofía, nada! —gritó antes de marchar dando un portazo. Le costó. Era una frase valiente.

Echó a pasear por la Ferradura y repasó los acontecimientos. En definitiva, comprar un sueño le había costado el equivalente a una paga

mensual y a una colaboración en la revista *Paradigma*, editada por la Fundación Interbancaria de Cultura Heterodoxa. ¡Qué yuppi ni qué hostias! Tenía un equipo de alta fidelidad, un vídeo, y viajaba en verano con la guía trotamundos. Ésos eran sus vicios. Hasta se había borrado del Colegio de Nuevos Filósofos cuando cumplió treinta y cinco años, y no como el presidente, que iba por los cuarenta y seis y aparecía siempre en los coloquios de jóvenes promesas.

El fin de semana siguiente evitó comentar el asunto en casa de sus padres. El trabajo en el huerto le ayudó a olvidar la sonrisa burlona de Bertrand Russell en el póster de la pared de su departamento universitario. Al regreso, al pasar por el puente de Arnela, cerró los ojos y aceleró. Pero, pasados unos kilómetros, un extraño remordimiento le obligó a virar en redondo. Paró en el puente y bajó hacia el molino. Por la tarde, con el río metiéndosele en el vientre y orlado de alisos, parecía la caja de música de un viejo dios. Sentada en la escalinata estaba una mujer, y pronto supo que era la compañera de Analítica. Arrancó la hoja de un aliso, la dobló en la boca, e imitó el canto de un pájaro.

—Hola.

—Hola.

—¿Qué tal W?

—¿Sabes? Ya no me interesa W —dijo ella.

Prólogo

El niño era ciego. Nunca le preguntaban qué quería ser de mayor, como hacían con los otros críos. Lo que más echaba de menos era pegarse, dar bofetadas libremente, con el resto de los chavales. Le gustaría tener un bastón como el de los ciegos grandes, y zas, zas. En las fiestas, después de la comida, los de su edad iban a correr y jugar, pero él permanecía con los adultos y cuando éstos iban a dormir bajo los cerezos, el niño ciego quedaba solo, sentado en aquel banco de pino blanco y arrugado por lejía y mano de mujer. En el estante de la chimenea había un ramo de laurel, clavos de los que colgaban chorizos y un brazo de unto, una radio inservible de caja de nogal, un bote de azafrán con el rostro moreno y hermoso de una mora con orlas vegetales, y los tarros. El niño sabía que allí estaban los tarros, los de la miel, el azúcar y la canela. Y al niño ciego le gustaba lo dulce, sobre todo ese dulce caliente que viene de la miel de las factorías del monte. Sabía que estaba allí porque había medido, en días como éste, la duración y dirección de los ecos de la abuela cuando le ofrecía el apreciado tarro. Se lo dejaban tener entre las manos, frío vidrio por fuera, fuego gozoso de la flor por dentro.

Pero ahora no había nadie y el niño se acordó de la miel. Ahuyentaba la tentación de la cabeza pero la lengua le hervía en la boca. Bajó del banco y fue tanteando hacia el hogar. Echó mano de una banqueta y después de bracear en el viento consiguió apoyarse en el anaquel, siguiendo el hilo grasiento de los chorizos. El niño rozó en la ventana de tela de la radio, en la lata de azafrán y cuando dio con el frío del vidrio sintió en el envés de la mano el roce inquietante de pluma. Pudo más la curiosidad que el apremio de la miel. Comenzó a recorrer con los dedos aquella pieza imprevista, el azor de alas abiertas disecado y chamuscado por humos de veinte inviernos. Pero

el niño iba más allá de los ojos, pues exploraba las geometrías exactas y majestuosas de aquel ser desconocido, dormido y solitario como él.

Y así encontraron al niño ciego. Izado en la banqueta, sostenido sin vértigo por aquel que sería cuando fuese mayor, y abriéndose paso a bastonazos, zas, zas, entre las nubes y la corteza celeste del bosque de abedul.

El amigo Tom

El padre preguntó: ¿Quién es Tom?

La niña, que cuando le pedían los años enseñaba dos dedos, dijo: Ahí, papá, ¿no lo ves?

La pequeña lo dijo con mucha seguridad e incluso señaló un lugar entre las losas del muelle, cubiertas por la luz triste de las escamas.

Ah, claro, dijo el padre. Y sacudió la cabeza.

El niño, que cuando le pedían los años enseñaba ya, orgulloso, cuatro dedos, miró con complicidad al padre y se encogió de hombros como un hombrecito.

En la dársena había una torre de tablas de las que utilizan los viejos constructores de dornas que aún se resisten al traslado, pues está en proyecto abrir allí una galería comercial. Mirad, dijo el padre, ahí está el castillo.

Quiero subir, dijo el niño.

El castillo de madera medía lo que un hombre con los brazos en alto.

Izó también a la niña. Cuidado, dijo el padre, mucho cuidado.

Quiero una espada, papá, dijo el niño.

Una espada, papá, pidió también ella.

El padre echó un vistazo por los alrededores. Les pidió otra vez que no se moviesen y corrió a las gradas del antiguo astillero. Encontró dos varillas de cohete. Allí van a caer después de dejar una estela de estampido y luminarias en los dos cielos de la ciudad.

Aquí tenéis las espadas, dijo con una sonrisa.

¿Y Tom?, preguntó la niña. Tom no tiene espada.

El niño y el padre se miraron.

Ah, claro, dijo él, falta la espada de Tom.

Corrió a buscar otra varilla y la posó sobre la plataforma. La niña sonrió, satisfecha, alzó la suya y gritó: Al-ataqui. El niño hizo lo mismo, pero de pronto miró hacia el padre.

Es más grande, dijo.

¿Qué es lo que es más grande?, preguntó el padre.

La espada de Tom. Es más grande que la mía.

El padre agarró la tercera vara y la cambió por la del niño. Pero entonces la niña se echó a llorar.

¿Qué pasa ahora?, preguntó el padre.

La mía es más pequeña, dijo la niña.

El padre, entonces, le dio la que había pertenecido al niño y dejó la suya sobre la madera.

Soy el dragón, dijo el padre.

Los niños dirigieron hacia él sus armas de juguete.

Ahora, vais a perseguir al dragón, dijo el padre. Los bajó de la torre de madera y echó a correr hasta esconderse tras el esqueleto de una dorna a medio hacer. Los niños se fueron acercando con ademanes de espadachín.

El padre asomó la cabeza y soltó un grito ronco.

Soy el dragón del fuego rojo, dijo el padre.

No, dijo el niño, eres un ogro.

Vale, soy un ogro.

No, no quiero que sea un ogro, dijo la niña.

Puedo ser un dragón-ogro, dijo el padre conciliador. Los niños tenían la espada baja y parecían estudiar si era aceptable un monstruo de esa clase.

La niña volvió de súbito la cara a la torre de madera.

¡Tom! Papá, dijo llorosa, Tom se va a caer.

El padre corrió hacia el castillo e hizo ademán de rescatar a Tom.

¡La espada, la espada de Tom!, gritó la niña.

¿Qué os parece si llevamos a Tom en barca?, dijo el padre, ya de vuelta.

Sí, sí, venga, dijo el niño entre las cuernas de la futura dorna. Vamos a pescar.

Pescaremos un pez grande, dijo el padre.

Tiburones, dijo el niño.

Ballenas, dijo la niña.

Mi caña es la más grande, dijo el niño. ¿A que sí?

Claro que sí, dijo el padre, pero la de la nena también es grande.

Y la de Tom, dijo la niña. ¿La de Tom es grande?

Sí, todas las cañas son muy grandes, dijo el padre.

¡Mi caña, mi caña!, gritó el niño. Se le había caído al suelo e intentaba recuperarla estirando los brazos.

¡Cuidado, puedes caer al mar y hundirte!, dijo el padre con el mismo tono de alarma. Le pidió entonces la suya a la niña y con la tercera caña hizo una tenaza para coger la que había caído. Ya está, dijo el padre, agárrala bien, los pescadores tienen que sujetar muy bien la caña.

Vale, dijo el niño, y apretó las manos y la boca mirando al mar de piedra.

¡Una ballena!, gritó la niña. Papá, una ballena. Mira, Tom, he cazado una ballena.

El padre abrió los brazos al aire e hizo fuerza para izar la pieza.

¡Papá, papá!, gritó el niño. ¡Los tiburones, han venido los tiburones!

El padre ayudó al niño a coger la caña y tiraron lentamente como si una fuerza arrastrara desde el suelo.

¡Ah, al fin!, dijo el padre. ¡Vaya animal!

¿A que es más grande mi tiburón que la ballena?, dijo el niño.

Tan grande, no, pero es más fuerte que una ballena. Y más peligroso.

¡Papá, papá!, gritó de nuevo la niña, Tom ha cogido el pez grande.

¡Ayúdale, papá, ayúdale!

Pues sí que es grande el pez de Tom, dijo el padre.

¿A que no es tan fuerte como mi tiburón?, preguntó el niño.

No, ratificó el padre, no es ni tan fuerte como tu tiburón ni tan grande como la ballena de la nena.

A la dársena se acercó una lancha de prácticos con su piloto de luz verde. En los tejados de la ciudad alumbraban los anuncios de los bancos.

Es tarde ya, dijo el padre. Tenemos que dejar de pescar.

Cogió a la niña en brazos y dejó que el niño fuera delante, hiriendo el viento con su varilla que volvía a ser espada. Anduvieron diez minutos y cuando se acercaban a casa, la niña se echó a llorar.

Papá, lloraba la niña desconsolada, nos hemos dejado a Tom en la lancha. Hemos dejado a Tom solo en el mar.

¿Por qué llora la niña?, preguntó la madre.
Nada. Tiene sueño, dijo el padre.

Campos de algodón

En el patio formaba, en traje de deportes, la 3.^a compañía. Llovía a chuzos y las gotas resbalaban por los rostros rígidamente erguidos de la tropa. La 3.^a compañía era una máquina perfecta. Al licenciarse, sus soldados ni siquiera podían permitirse la venganza de colgar el candado en el cable de acero que fijaba el poste telefónico en la orilla del río Urumea. Era un placer que les estaba prohibido por la sencilla razón de que las taquillas de la 3.^a compañía no tenían candado.

A aquella hora de la tarde, la vida en el cuartel se atrincheraba tras los vidrios. Pero nada del mundo, ni la maldita agua, haría cambiar el programa de instrucción de la 3.^a compañía. Impasible bajo el diluvio, el capitán Aguirre daba las voces de mando que resonaban imperiosas en los soportales. Para el capitán Aguirre, en el cuartel había dos clases de hombres: los soldados de la 3.^a compañía y los otros, un difuso conglomerado de escaqueados, holgazanes y maricas.

Destinado en la central telefónica, yo era de los otros. Ciertamente, en aquella tarde de perros, tras la ventana del cuartito, bendecía mi suerte de ser sólo un medio hombre. Hasta que sonó la chicharra, el estruendoso timbre que avisaba de las llamadas.

—Cuartel de Infantería. Dígame.

—¿Está José? —preguntó una voz lejana, de mujer.

—¿José? ¿Qué José?

—¿José, eres tú? ¿No se puede poner José?

—¿Qué José, señora? Aquí hay muchos José.

—Quería que le dieran un permiso a José. Para el algodón, ¿sabe? Para recoger el algodón.

—A esta hora no se pueden pasar llamadas, señora. Tiene que llamar más tarde, a partir de las seis y media.

—Mi marido está enfermo. Dejen venir a José. Es para lo del algodón.

—¿Con qué José quiere hablar, señora? Cogeré el recado, y si llama más tarde, podrá hablar con él. Pero tiene que decirme cómo se apellida José. Aquí hay muchos José.

—Es para lo del algodón, ¿sabe? Nos hace falta que venga.

—Yo no soy quién, señora. Yo soy el telefonista.

—Quince días. Es para lo del algodón.

—Un momento, señora, un momento.

Había sonado de nuevo la chicharra, al tiempo que se encendía en el tablero electrónico la lucecilla del coronel.

—A sus órdenes, mi coronel.

—Póngame con la Capitanía de Burgos.

—Sí, mi coronel. Enseguida, mi coronel.

Pulsé de nuevo la línea 5 exterior con la esperanza de que colgasen. Pero no.

—Oiga, oiga. No me corte. Anduve muchos kilómetros para llamar. Sólo quiero que dejen venir a José. Es para lo del algodón.

—Señora, le digo que yo soy el de la centralita. No soy quién para dar permisos. Si llama después de las seis y media...

—Usted parece una buena persona. Tengan corazón. Dejen venir a José. En quince días estará de vuelta.

—Señora, por favor, oiga lo que le digo. Yo...

Sonaba obstinada la maldita chicharra. En el tablero pestañeaba la lucecilla del coronel.

—A sus órdenes, mi coronel.

—¿Qué pasa con esa llamada a Capitanía?

—Comunica, mi coronel. Sigo llamando, mi coronel.

La lucecilla de la línea 5 seguía encendida, con un parpadeo de mariposa incómoda. Pulsé con fuerza intentando acallarla para siempre con el dedo.

—Señora. ¿Está ahí, señora?

—No me corte, por favor. Anduve kilómetros.

—Por Dios, señora. Esto es la centralita de teléfonos. Yo soy el

telefonista. ¿Entiende? Nada más que el telefonista.

—A ustedes les es igual, uno más, uno menos. Pero nosotros necesitamos a José para recoger el algodón.

—Dígame el nombre, señora. El nombre entero. ¿Entiende? El nombre completo. Dígame cómo se apellida su hijo.

—¿Lo van a dejar venir?

—Escuche. Tiene que decirme cómo se llama José. No puedo hacer nada si no me dice cómo se llama José.

—José...

—Sí, José. ¿Qué más? ¿Qué más, señora?

—García.

—¿José García García?

—Sí, señor. José García. ¿Lo van a dejar venir? Tiene que estar aquí el miércoles. ¿Cuándo lo van a dejar venir?

Le veía el rostro, con el pelo blanco, rondando los cincuenta, aferrada al teléfono y con los ojos clavados en el fondo metálico de la cabina. La lucecita del coronel me devolvió a la realidad.

—Comunica, mi coronel. Sigue...

—¿Qué coño pasa con esa llamada, soldado?

—Sigue, sigue comunicando, mi coronel. Marco de nuevo, mi coronel.

Colgó con un gruñido. Decidí olvidar la línea 5 y marqué Capitanía de Burgos. Cielo santo, comunicaba. En el patio, los de la 3.^a compañía chapoteaban en los charcos, con las piernas embarradas. Me temblaba el dedo cuando pulsé la línea 5. Estaba allí. La oía respirar.

—Señora —dije con un murmullo.

—¿Puede venir José? —dijo ella con angustia.

—Señora, tengo que saber en qué compañía está José.

—En Infantería, ¿no conoce a mi José? Está en Infantería.

—Todos estamos en Infantería, señora. Éste es el cuartel de Infantería.

Iba a gritar. La cabeza me daba vueltas. Fue entonces cuando se abrió la puerta de la centralita. Me alcé como un resorte y saludé nervioso.

—¿Qué pasa con esa llamada a Burgos, soldado?

—Está comunicando, mi coronel. Le juro que comunica. No es habitual, mi coronel, pero estaba todo el rato comunicando. Ahora marcaré otra vez.

Se dispuso a esperar junto al teléfono, mirando con desconfianza al tablero electrónico. Marqué de memoria. Entró la llamada.

—Por fin, señor. Capitanía. ¿Se la paso a su despacho?

Cogió el auricular sin decir nada. Habló desde allí mismo. Comentaba las incidencias de la competición hípica y su rostro malhumorado se volvió feliz, mientras yo permanecía firme viendo morir como un pájaro la luz piloto de la línea 5.

El domingo

Los coches de choque se movían a ritmo de vals pobre, con labios abultados y acuarelas indiscretas, como salidos con inocente estruendo de una viñeta de Walt Disney. En cadenas de viento, cenicientas y blancanieves, las adolescentes desplegaban faldas y sonrisas.

—¿Qué tal, campeón? —dijo Fredo.

Mini le devolvió el saludo con la zurda. Un golpe que acarició el mentón.

—Tate —dijo Fredo—. Bonito día.

—Pensé que iba a llover —dijo Mini—. Estuve toda la mañana en cama. Cuando llegó la vieja, seguía en cama. Me montó un cirio de cojones.

—Yo fui a pescar —dijo Fredo—. Fui con mi hermano.

—Yo no comí ni nada, después del cristo que me montó la vieja.

—Se pasa de puta madre pescando. Hay una escombrera que da al mar y está llena de mújoles. Mújoles a punta pala. Asoman el cabezón y todo.

—No sabes cómo se pone la vieja cuando se cabrea. Me llamó hijoputa. Yo le dije que si yo era un hijoputa, la puta era ella. Si no me abro, me mata.

—Había la hostia de mújoles. Daban ganas de pescarlos a pedradas.

—Salí cagando hostias de casa. Ni siquiera pude agarrar la chupa.

—Otro día tenemos que ir a la faneca. Hay que ir en barca. Mi hermano sabe de un sitio donde hay la hostia de ellas, porque allá en el fondo hay un cementerio de barcos.

—Me echa la culpa de que se le jodiera el televisor. Me echa la culpa de todo. Ni que fuera el diablo. Está insoportable.

—Los peces se crían mucho mejor en la chatarra. Allí no pueden echar las redes. Se enganchan en los hierros y al carajo.

—¿Cuántos cogiste?

—¿Qué?

—Mújoles, hostia. ¿No has dicho que fuiste a los mújoles?

—Ah, ninguno.

—¿Ninguno? ¿No has cogido ninguno?

—No, ninguno. Mi hermano, sí, a patadas. Yo enganché el sedal la hostia de veces. Está lleno de latas y de mierda, así que me cansé y lo mandé todo a tomar por culo. Menos mal que llevábamos una botella para echar un chupito. Pero es increíble cómo asoman los mújoles, con ojos de sapo y dientes de rata. Echas un pitillo al agua y se tiran a él.

—¿Y a ti no te picaban?

—Sí, coño, claro que sí. Pero luego se soltaban. Mi hermano decía que les daba muy fuerte el tirón y que les rompía la boca. Joder, era la primera vez.

—¿Qué tal todo? —dijo Tito. Acababa de llegar.

—Bien —dijo Fredo.

—Jodido —dijo Mini, que jugueteaba a su alrededor con poses de boxeo.

—Uno, dos, tres... patada en los güevos —dijo Tito, siguiéndole el juego.

Mini se echó hacia atrás, a tiempo para sujetarle la pierna.

—Quieto, cabrón, que me tiras —gritó Tito, haciendo equilibrios.

Mini lo soltó y se echaron a reír.

—Hostia, ¿te has fijado, qué reflejos? —dijo Mini después de soltarlo.

—¿Y los otros? —preguntó Tito a Fredo.

—No sé. Aún es pronto.

—Podemos tomar algo —propuso Tito.

—No sé. Creo que es mejor esperar aquí —dijo Fredo, que mascaba chicle y se movía algo inquieto.

—¿Va a venir tu hermano?

—No sé. Creo... creo que no —dijo Fredo, mirando a lo lejos.

—Anda encoñado con una tía —dijo Mini, guiñando un ojo.

—¿Qué? —preguntó Tito, como si no lo creyera. Los tres se quedaron en silencio.

—¡Ya era hora! —gritó Tito con súbita alegría.

—Coño, Quique, cada día más flaco —dijo Mini, hincando los dedos en la voluminosa barriga del recién llegado.

—Anda y que te den por culo —dijo Quique, apartándolo de una palmada

—. Ya sabéis que va a librar en la mili. Lo que no se sabe es si será por enano o por maricón.

—¿Cuándo te vas? —preguntó Fredo en serio.

—Dentro de un mes, creo —dijo Mini.

—Mini, el paracaidista. ¡Vaya peli! —dijo Quique.

—Antes me voy a hacer un tatuaje aquí —respondió Mini señalándose los genitales.

—¿Ah, sí? ¿Y qué vas a poner? —preguntó Quique.

—El chocho de tu hermana.

Mini esquivó la bofetada del amigo, y se echó a reír a carcajadas.

—Son seis meses más, ¿no? —dijo Fredo.

—Sí, creo que sí —dijo Mini—. Pero pienso quedarme allí. Por eso voy voluntario.

—¿Y qué va a decir tu vieja?

—Está que trina —dijo Mini escupiendo en el suelo—. No hay cristo que la entienda. Anda desquiciada. Piensa que fui yo quien le jodió la tele, con el rollo del vídeo y todo eso.

—¿Pero sabe que vas a los paracas?

—Sí, claro. No sé. Sí, creo que sí, creo que le dije algo.

—¿Va a venir tu hermano? —preguntó Quique a Fredo.

—Creo que no —dijo Fredo.

—Anda con una tía —dijo Tito.

—¿Es cierto eso, Fredo?

—No sé. Sí, creo que sí.

—¿Qué pasa, monstruos? —dijo a modo de saludo Barcia, a quien llamaban Indio, el último en llegar.

—Ya estamos *todas* —dijo Mini.

—¿Y tu hermano? —preguntó Indio a Fredo.

—Creo que no va a venir —dijo Fredo encogiéndose de hombros.

—Se ha enrollado con una tía —dijo uno de los otros.

—¡Anda, hostia! —exclamó Indio.

—Vale, ¿qué hacemos? —dijo Fredo, que parecía deseoso de moverse.

—¡Un momento! Mirad —dijo Mini, señalando a una pareja que se besaba junto a un puesto de tiro.

—¡Mira, Fredo, tu hermano!

—Pues sí que está cachonda la tía.

—Está como Dios, la chorba. Para parar un tren.

—Callaos, hostia —dijo Mini—. Dejadlos a su bola.

—Bien, vale —dijo Fredo con un ademán de fastidio—. ¿Y ahora qué?

—Eso, ¿adónde coño vamos? —preguntó finalmente uno de los otros—.

¿Al Infierno?

—No, más allá —dijo Fredo con un aire de súbita autoridad—. Han puesto un fútbolín.

El artista de provincias

Tenía un estudio junto al mar, toda una vieja nave del antiguo matadero de Coruña para él. Había noches en que dormía allí, sobre los lienzos, rodeado de latas de conserva a medio comer, escuchando el mar del Orzán y los mugidos de los fantasmas. Vivía bien, pues en la provincia vagueaba tranquilo largas horas e incluso días, y la gente lo comprendía. Para algo era un artista.

Uno de sus cuadros de vacas levíticas fue seleccionado para la muestra de arte joven RE (CIEN) NACIDOS, organizada por el Instituto de la Juventud, y obtuvo una acogida sorprendente en Madrid. Uno de los críticos más influyentes de la capital de España escribió un elogio apasionado de la obra de Mariano Espiña, expresivamente titulado MANDA CARALLO. «Hay en Espiña —decía el crítico Bernabé Candela— naturaleza y metafísica, pasión y biología, reflexión y arrebató, y sabido es que no hay belleza sin rebeldía, aunque esa convulsión aparezca contorneada por una *figuración reaccional*. Espiña puede ser una simbiosis brillante, la del pensamiento salvaje al acecho del fin de siglo como un Apocalipsis ilustrado». Leyó aquel artículo en el viejo matadero, mientras abría una lata de mejillones. A la primera reacción de vanidad satisfecha sucedió un estado de inquietud y desasosiego. Hasta ahora, casi nadie se había ocupado de él. Era un completo desconocido en el mundo cultural. No asistía a las inauguraciones ni a las fiestas donde el alcalde y el consejero disertaban sobre el futuro de la cultura, tendiendo puentes, pues minutos antes, en la Cámara de Comercio, habían hablado del futuro condicional de la agricultura. En las pocas ocasiones en que acudió a estos eventos, sólo había conseguido dejar una estela deplorable ante sus semejantes, especialmente mujeres, porque el simple contacto con la química

del cóctel despertaba sus más bajos instintos.

Ahora, un cuadro suyo triunfaba en la capital. A la destartalada nave del matadero acudieron periodistas de los diarios locales, y todo el mundo artístico, excepto los resentidos de siempre, celebraba el nacimiento de una nueva estrella. El propio Bernabé Candela se desplazó en tren a la provincia para conocer en vivo el territorio donde Espiña paría sus portentosas criaturas y publicó luego una larga entrevista titulada DOCE HORAS EN EL ATLÁNTICO EXPRESSO HASTA LLEGAR A UN MATADERO, que no sirvió para mejorar el servicio ferroviario, pero incrementó en la capital las expectativas ante el bárbaro galaico. Espiña aprovechó las demoradas horas de pasmo para reflexionar sobre una propuesta del prestigioso crítico: «Convéncete, Espiña, para triunfar hay que venir a Madrid».

Todo aquello le resultaba extremadamente fatigoso. Hasta entonces había sido feliz porque no codiciaba nada. Se limitaba a ser. A ser lo que pintaba. Los sueños de una sombra. Ahora estaba agobiado por las dudas. La llamada de un galerista madrileño de fama, interesado por su obra por mediación de Candela, acabó de convencerlo.

Un triunfador en potencia debe cuidar los detalles, pensó Espiña. Así que decidió no hacer equipaje alguno y presentarse como un genuino artista que tiene el ingenio como único patrimonio. Los viajeros del *Atlántico Expresso*, con destino a la madrileña estación del Norte, no entendían del todo esta circunstancia y procuraban aplastarse contra las ventanas dejando un holgado corredor en el vagón cuando pasaba aquel ser estrafalario, con boina campesina, barba roja de vikingo, mandilón de costras de óleo y vara de aliaga.

Al artista no lo esperaba nadie en la estación, ni el crítico que lo había apadrinado, ni el galerista, ni ningún viejo burócrata del Instituto de la Juventud, pese a que todos ellos habían confirmado su asistencia a tan histórico acontecimiento. Orientó, pues, sus pasos hacia la Plaza de España, y en el trayecto tuvo oportunidad de establecer un fugaz contacto con las expresiones más genuinas de la cultura urbana: un parado que tocaba el acordeón, un parado que vendía postales, un parado que vendía poemas y un parado que vendía los riñones. Ya en la Gran Vía, aún impresionado por los hospitalarios agüeros, encontró un rótulo tranquilizador: *Pensión alicia*,

nombre por lo demás incompleto del establecimiento, puesto que del topónimo se había desprendido una fatídica G inicial.

La Pensión Galicia estaba regentada por una anciana leonesa que compensaba su amor por los gatos con un odio indisimulado hacia los gallegos, que, por otra parte, representaban el noventa por ciento de su clientela. La señora Díaz de Bembibre observó de arriba abajo y de este a oeste al recién llegado, y rezongó con desdén cuando éste confesó tímidamente su lugar de origen. Después del triunfal aterrizaje, Espiña trató de mantener el ánimo frío. Necesitaba una larga sesión de pasmo.

La habitación que le tocó en suerte era un cajón cerrado, sin más respiro que la puerta. Había una ventana, explicó secamente la patrona, pero la mandé tapiar. La anterior inquilina, una empleada de Seguros, intentó suicidarse tirándose por el patio de luces. Pasó diez horas quejándose la condenada, allá en el fondo del patio, hasta que los bomberos consiguieron rescatarla. Ni siquiera se rompió una pierna, decía indignada la patrona, así que decidí suprimir la ventana. Mientras ella se explicaba, Espiña calculaba mentalmente el tamaño de los lienzos que podría pintar en semejante cueva. ¿Tres por dos? Ni hablar. ¿Dónde metería la cama? Quizá dos por uno. Evidentemente, éste iba a ser un estudio provisional. No tenía posibles para alquilar otro local.

—¿Usted es artista o algo así?

—Sí, señora. Algo así.

—Pues no me haga porquerías en la habitación.

Después de cerrar el trato, se echó a la calle. Se sentía huérfano en la gran ciudad. Había venido en otras ocasiones a Madrid, pero su recuerdo más definido era el del zoo. Un chimpancé que había despertado en él instintos solidarios.

Ahora, su único vínculo era el crítico Candela, así que decidió ir a verlo cuanto antes y pensó que lo mejor era llamarlo al periódico.

—¿Bernabé Candela?

—Diga.

—Soy Espiña.

—¿Espiña? Espiña, Espiña... ¡Ah, coño, el gallego! ¿Y qué haces por aquí?

—Ya ves. A triunfar.

El silencio que siguió tenía algo de siniestro.

—Pues claro, como debe ser, a triunfar. ¿Quieres un consejo, muchacho? Trabajar, trabajar, trabajar. No hay otra clave para el éxito. Que la inspiración te sorprenda trabajando. ¡Ah, otro consejo! Déjate de vacas.

Dicho esto, apuró una despedida de compromiso y colgó.

Mariano Espiña siguió el consejo al pie de la letra. Pintaba día y noche en aquel agujero sofocante. Sólo salía para cenar un *macpollo* en la hamburguesería situada en los bajos de la pensión. Vivía como un topo, metido en su cubil y abriéndose paso por el mundo misterioso de las formas. Ya no pintaba vacas felices bajo un cielo de plomo sino faunas fantásticas en un universo estrellado.

La acumulación de cuadros se convirtió en un problema. Espiña se estrujó el magín hasta que dio con una brillante idea. Negoció con otro huésped, de origen monfortino, y éste aceptó, mediante promesa de una compensación mensual, almacenar parte de la obra en su habitación. Poco a poco las criaturas se multiplicaron y tuvo que ampliar el acuerdo con otros inquilinos, sin que la señora de Bembibre pareciera estar al tanto del proceso especulativo de su suelo. Tras tres meses de intensa creación, el artista creyó llegada la hora de convocar a Bernabé Candela. El crítico aceptó, no de muy buena gana, pues eran muchos, dijo, sus compromisos en seminarios, conferencias y mesas redondas, tribunas todas en las que tenía que disertar sobre temas tan variados como TRAICIÓN Y MODERNIDAD, EL FUTURISMO PRIMITIVO, VIEJAS RAÍCES Y NUEVAS FRONTERAS, o, aún más arriesgado, post, trans y metavanguardias en las vísperas del fin de milenio. El veredicto ante la obra del artista provinciano no pudo ser más desalentador.

—Pero, hombre, Espiña, esto está muy visto. Este neobarroco le dio muy buenos resultados a tu paisano Laxeiro, pero la onda va hoy por otro lado. Transvanguardia, Espiña, transvanguardia. No lo olvides, Bonito Oliva. No, Benito, no. Bonito. Y haz una hoguera con todo esto. El arte nuevo nace también de la purificación. Y del trabajo. Que las musas te encuentren en plena faena.

Espiña volvió a la cueva con renovado aliento. El mundo que surgió ahora era de color explosivo, trazos intensos, pletóricos de luz. Estaba

relativamente satisfecho con esta nueva vía, entre otras cosas porque ya le fallaba la vista, debido quizá a la escasa luz de la pensión y a la dieta única a base de *macpollo*. Pasado un prudente período sin aflojar un solo instante, consideró que había llegado ya el momento de que Bernabé Candela se sorprendiera con el fulgor de su obra. Pero el crítico volvió a restallar la lengua.

—Por Dios, Espiña, éste es el pasado más rancio. No te enteras de nada, y no me extraña, aquí metido todo el santo día. ¿Has visto alguna exposición desde que llegaste? Hay que sumergirse en el ambiente, sentir las vibraciones. Alternar, emborracharse, fornicar. El artista no es un monje. Todo el estruendo de la vida cotidiana tiene que asomar en tu obra. ¿Sabes qué es la nueva figuración? ¿La ironía de una mitología neo-pop?

No, Espiña no lo sabía, pero decidió enterarse. A partir de ese día la señora de Bembibre observó escandalizada las costumbres nocherniegas del joven artista. Varias veces vomitó en su alfombra preferida. Le daba puntapiés al gato y, lo peor del asunto, se dejó ver varias noches con exóticas compañías femeninas de crestas coloradas. Pero también debía pintar, y lo hacía, de tal modo que no tenía horas para el sueño y su apariencia resultaba lamentable, con ojos hundidos, barba de forajido y andares de vagabundo desnortado. Sus lienzos representaban ahora muchedumbres entrando o saliendo del metro, puertas de retretes y destellos luminosos de sirenas policiales. Bernabé fue convocado una vez más. Cuando le pidió su parecer, la mirada de Espiña ya no reflejaba la ingenua sumisión de otros tiempos. Tenía un brillo amenazador que surgía de la negrura profunda de sus ojeras.

—No está mal, Espiña, no está mal —dijo Candela conciliador—. Pero mucho me temo que el arte de hoy, en estos finales de milenio, busca más bien la serenidad minimalista. Un paisaje del silencio con hambre de misterio.

Espiña no respondió. Acompañó al crítico hasta la puerta de la pensión y, al despedirse, sólo dijo: tendrán minimalismo.

Aquella noche pintó un blanquísimo lienzo. Blanco sobre blanco. Luego se hizo un corte de navaja en la palma de la mano y con la sangre pintó una vaca. Un trazo animal, lisiado, avanzando hacia un navío hundido en la nieve.

¿Qué me quieres, amor?

¿Qué me quieres, amor?

*Amor, a ti venh'ora queixar
de mia senhor, que te faz enviar
cada u dormio sempre m'espertar
e faz-me de gram coita sofredor.
Pois m'ela nom quere veer nem falar,
que me queres, Amor?*^[1]

FERNANDO ESQUIO

Sueño con la primera cereza del verano. Se la doy y ella se la lleva a la boca, me mira con ojos cálidos, de pecado, mientras hace suya la carne. De repente, me besa y me la devuelve con la boca. Y yo que voy tocado para siempre, el hueso de la cereza todo el día rodando en el teclado de los dientes como una nota musical silvestre.

Por la noche: «Tengo algo para ti, amor».

Dejo en su boca el hueso de la primera cereza.

Pero en realidad ella no me quiere ver ni hablar.

Besa y consuela a mi madre, y luego se va hacia fuera. Miradla, ¡me gusta tanto cómo se mueve! Parece que siempre lleva los patines en los pies.

El sueño de ayer, el que hacía sonreír cuando la sirena de la ambulancia se abría camino hacia ninguna parte, era que ella patinaba entre plantas y porcelanas, en un salón acristalado, y venía a parar a mis brazos.

Por la mañana, a primera hora, había ido a verla al Híper. Su trabajo era surtir de cambio a las cajeras y llevar recados por las secciones. Para encontrarla, sólo tenía que esperar junto a la Caja Central. Y allí llegó ella,

patinando con gracia por el pasillo encerado. Dio media vuelta para frenar, y la larga melena morena ondeó al compás de la falda plisada roja del uniforme.

«¿Qué haces por aquí tan temprano, Tino?»

«Nada.» Me hice el despistado. «Vengo por comida para la *Perla*.»

Ella siempre le hacía carantoñas a la perra. Excuso decir que yo lo tenía todo muy estudiado. El paseo nocturno de *Perla* estaba rigurosamente sometido al horario de llegada de Lola. Eran los minutos más preciosos del día, allí, en el portal del bloque Tulipanes, barrio de las Flores, los dos haciéndole carantoñas a *Perla*. A veces, fallaba, no aparecía a las 9.30 y yo prolongaba y prolongaba el paseo de la perra hasta que Lola surgiese en la noche, taconeando, corazón taconeando. En esas ocasiones me ponía muy nervioso y ella me parecía una señora, ¿de dónde vendría?, y yo un mocosito. Me cabreaba mucho conmigo mismo. En el espejo del ascensor veía el retrato de un tipo sin futuro, sin trabajo, sin coche, apalancado en el sofá tragando toda la mierda embutida de la tele, rebañando monedas por los cajones para comprar tabaco. En ese momento tenía la sensación de que era la *Perla* la que sostenía la correa para sacarme a pasear. Y si mamá preguntaba que por qué había tardado tanto con la perra, le decía cuatro burradas bien dichas. Para que aprendiese.

Así que había ido al Híper para verla y coger fuerzas. «La comida para perros está al lado de los pañales para bebés.»

Se marchó sobre los patines, meciendo rítmicamente la melena y la falda. Pensé en el vuelo de esas aves emigrantes, garza o grulla, que se ven en los documentales de después de comer. Algún día, seguro, volvería para posarse en mí.

Todo estaba controlado. Dombo me esperaba en el aparcamiento del Híper con el buga afanado esa noche. Me enseñó el arma. La pesé en la mano. Era una pistola de aire comprimido, pero la pinta era impresionante. Metía respeto. Iba a parecer Robocop o algo así. Al principio habíamos dudado entre la pipa de imitación o recortar la escopeta de caza que había sido de su padre. «La recortada acojona más», había dicho Dombo. Yo había reflexionado mucho sobre el asunto. «Mira, Dombo, tiene que ser todo muy tranquilo, muy limpio. Con la escopeta vamos a parecer unos colgados,

yonquis o algo así. Y la gente se pone muy nerviosa, y cuando la gente está nerviosa hace cosas raras. Todo el mundo prefiere profesionales. El lema es que cada uno haga su trabajo. Sin montar cristo, sin chapuzas. Como profesionales. Así que nada de recortada. La pistola da mejor presencia.» A Dombo tampoco le convencía mucho lo de ir a cara descubierta. Se lo expliqué. «Tienen que tomarnos en serio, Dombo. Los profesionales no hacen el ridículo con medias en la cabeza.» Era enternecedora la confianza que el grandullón de Dombo tuvo siempre en mí. Cuando yo hablaba, le brillaban los ojos. Si yo hubiese tenido en mí la confianza que Dombo me tenía, el mundo se habría puesto a mis pies.

Dejamos el coche en el mercado de Agra de Orzán y cogimos las bolsas de deportes. Al mediodía, y tal como habíamos calculado, la calle Barcelona, peatonal y comercial, estaba atestada de gente. Todo iba a ser muy sencillo. La puerta de la sucursal bancaria se abrió para una vieja e inmediatamente detrás entramos nosotros. Lo tenía todo muy ensayado. «Por favor, señores, no se alarmen. Esto es un atraco normal.» Hice un gesto tranquilo con la pistola y toda la clientela se agrupó, en orden y silencio, en la esquina indicada. Un tipo voluntarioso insistía en darme su cartera, pero le dije que la guardase, que nosotros no éramos unos mangantes. «Usted, por favor, llene las bolsas», le pedí a un empleado con aspecto eficiente. Lo hizo en un santiamén y Dombo, contagiado por el clima civilizado en que todo transcurría, le dio las gracias. «Ahora, para que no haya problemas, hagan el favor de no moverse en diez minutos. Han sido todos muy amables.» Así que salimos como si aquello fuese una lavandería.

«¡Alto o disparo!»

Ante todo, mucha calma. Sigo andando como si no fuese conmigo. Uno, dos, tres pasos más y salir disparado. Demasiada gente. Dombodán no lo piensa. Se abre paso como un jugador de rugby. Y yo que estoy en otra película.

«¡Alto, cabrón, o disparo!»

Saco la pistola de la bolsa abierta y me vuelvo con parsimonia, apuntando con la derecha.

«¿Qué pasa? ¿Algún problema?»

El tipo que antes me había ofrecido la cartera. Plantado, con las piernas

separadas y el revólver apuntándome firme, agarrado con las dos manos. He aquí un profesional. Guarda jurado de paisano, seguro.

«No hagas el tonto, chaval. Suelta ese juguete.»

Yo que sonrío, que digo nanay. Y le tiro la bolsa a los morros, toda la pasta por el aire, cayendo a cámara lenta. «¡Come mierda, cabrón!» Y echo a correr, la gente que se aparta espantada, qué desgracia, la gente que se aparta y deja un corredor maldito en la calle, un agujero que se abre, un túnel por delante, un agujero en la espalda. Quema. Como una picadura de avispa.

La sirena de la ambulancia. Sonrío. El enfermero que me mira perplejo porque estoy sonriendo. Lola patina entre rosanovas y azaleas, en un salón acristalado. Viene hacia mí. Me abraza. Es nuestra casa. Y me quiere dar esa sorpresa, sobre patines, meciendo la falda roja plisada al mismo tiempo que la melena, el beso de la cereza.

Por la noche, a través del cristal de la puerta, puedo leer el rótulo luminoso de Pompas Fúnebres: «Se ruega hablen en tono moderado para beneficio de todos»^[2]. Dombo, el gigantón leal de Dombo, estuvo aquí. «Lo siento en el acompañamiento», le dijo compungido a mi madre. No me digan que no es gracioso. Parece de Cantinflas. Para llorar de risa. Y me miró con lágrimas en los ojos. «Dombo, tonto, vete, vete de aquí, compra con la pasta una casa con salón acristalado y un televisor Trinitrón de la hostia de pulgadas.» Y Dombo venga a llorar, con las manos en los bolsillos. Va a empapararlo todo. Lágrimas como uvas.

Y está Fa, la señora Josefa, la del piso de enfrente. Ella sí que supo siempre de qué iba la cosa. Su mirada era una eterna reprimenda. Pero le estoy agradecido. Nunca dijo nada. Ni para bien, ni para mal. Yo saludaba, «Buenos días, Fa», y ella refunfuñaba en bajo. Sabe todo lo que se cuece en el mundo. Pero no decía nada. Le ayudaba a mamá, eso era todo. Fumaba con ella un chéster por la noche, y bebían un *lágrima* de Porto, mientras yo manejaba el mando a distancia. Y ahora está así, sosteniendo a mamá. De vez en cuando, se vuelve hacia mí pero ya no me riñe con la mirada. Se persigna y reza. Una profesional.

Ya falta poco. En el rótulo luminoso puedo ver el horario de entierros. A las 12.30 en Feáns.

Lola se despide de mamá y va hacia la puerta de la sala del velatorio. Esa

forma de andar. Parece que vuela incluso con zapatos. Garza o algo así. Pero ¿qué hace? De repente se vuelve, patina hacia aquí con la falda plisada y queda posada en el cristal. Me mira con asombro, como si reparase en mí por vez primera.

«¿Impresionada, eh?»

«Pero, Tino, ¿cómo fuiste capaz?»

Tiene ojos cálidos, de pecado, y la boca entreabierta.

Sueño con la primera cereza del verano.

La lengua de las mariposas

«¿Qué hay, Pardal? Espero que por fin este año podamos ver la lengua de las mariposas.»

El maestro aguardaba desde hacía tiempo que les enviaran un microscopio a los de la Instrucción Pública. Tanto nos hablaba de cómo se agrandaban las cosas menudas e invisibles por aquel aparato que los niños llegábamos a verlas de verdad, como si sus palabras entusiastas tuviesen el efecto de poderosas lentes.

«La lengua de la mariposa es una trompa enroscada como un muelle de reloj. Si hay una flor que la atrae, la desenrolla y la mete en el cáliz para chupar. Cuando lleváis el dedo humedecido a un tarro de azúcar, ¿a que sentís ya el dulce en la boca como si la yema fuese la punta de la lengua? Pues así es la lengua de la mariposa.»

Y entonces todos teníamos envidia de las mariposas. Qué maravilla. Ir por el mundo volando, con esos trajes de fiesta, y parar en flores como tabernas con barriles llenos de almíbar.

Yo quería mucho a aquel maestro. Al principio, mis padres no podían creerlo. Quiero decir que no podían entender cómo yo quería a mi maestro. Cuando era un pequeñajo, la escuela era una amenaza terrible. Una palabra que se blandía en el aire como una vara de mimbre.

«¡Ya verás cuando vayas a la escuela!»

Dos de mis tíos, como muchos otros jóvenes, habían emigrado a América para no ir de quintos a la guerra de Marruecos. Pues bien, yo también soñaba con ir a América para no ir a la escuela. De hecho, había historias de niños que huían al monte para evitar aquel suplicio. Aparecían a los dos o tres días, ateridos y sin habla, como desertores del Barranco del Lobo.

Yo iba para seis años y todos me llamaban Pardal. Otros niños de mi edad ya trabajaban. Pero mi padre era sastre y no tenía tierras ni ganado. Prefería verme lejos que no enredando en el pequeño taller de costura. Así pasaba gran parte del día correteando por la Alameda, y fue Cordeiro, el recogedor de basura y hojas secas, el que me puso el apodo: «Pareces un pardal^[3]».

Creo que nunca he corrido tanto como aquel verano anterior a mi ingreso en la escuela. Corría como un loco y a veces sobrepasaba el límite de la Alameda y seguía lejos, con la mirada puesta en la cima del monte Sinaí, con la ilusión de que algún día me saldrían alas y podría llegar a Buenos Aires. Pero jamás sobrepasé aquella montaña mágica.

«¡Ya verás cuando vayas a la escuela!»

Mi padre contaba como un tormento, como si le arrancaran las amígdalas con la mano, la forma en que el maestro les arrancaba la jeada del habla, para que no dijese ajua ni jato ni jracias. «Todas las mañanas teníamos que decir la frase *Los pájaros de Guadalajara tienen la garganta llena de trigo*^[4]. ¡Muchos palos llevamos por culpa de Juadalagara!» Si de verdad me quería meter miedo, lo consiguió. La noche de la víspera no dormí. Encogido en la cama, escuchaba el reloj de pared en la sala con la angustia de un condenado. El día llegó con una claridad de delantal de carnicero. No mentiría si les hubiese dicho a mis padres que estaba enfermo.

El miedo, como un ratón, me roía las entrañas.

Y me meé. No me meé en la cama, sino en la escuela.

Lo recuerdo muy bien. Han pasado tantos años y aún siento una humedad cálida y vergonzosa resbalando por las piernas. Estaba sentado en el último pupitre, medio agachado con la esperanza de que nadie reparase en mi presencia, hasta que pudiese salir y echar a volar por la Alameda.

«A ver, usted, ¡póngase de pie!»

El destino siempre avisa. Levanté los ojos y vi con espanto que aquella orden iba por mí. Aquel maestro feo como un bicho me señalaba con la regla. Era pequeña, de madera, pero a mí me pareció la lanza de Abd el Krim.

«¿Cuál es su nombre?»

«Pardal.»

Todos los niños rieron a carcajadas. Sentí como si me golpeasen con latas en las orejas.

«¿Pardal?»

No me acordaba de nada. Ni de mi nombre. Todo lo que yo había sido hasta entonces había desaparecido de mi cabeza. Mis padres eran dos figuras borrosas que se desvanecían en la memoria. Miré hacia el ventanal, buscando con angustia los árboles de la Alameda.

Y fue entonces cuando me meé.

Cuando los otros chavales se dieron cuenta, las carcajadas aumentaron y resonaban como latigazos.

Huí. Eché a correr como un locuelo con alas. Corría, corría como sólo se corre en sueños cuando viene detrás de uno el Hombre del Saco. Yo estaba convencido de que eso era lo que hacía el maestro. Venir tras de mí. Podía sentir su aliento en el cuello, y el de todos los niños, como jauría de perros a la caza de un zorro. Pero cuando llegué a la altura del palco de la música y miré hacia atrás, vi que nadie me había seguido, que estaba a solas con mi miedo, empapado de sudor y meos. El palco estaba vacío. Nadie parecía fijarse en mí, pero yo tenía la sensación de que todo el pueblo disimulaba, de que docenas de ojos censuradores me espiaban tras las ventanas y de que las lenguas murmuradoras no tardarían en llevarles la noticia a mis padres. Mis piernas decidieron por mí. Caminaron hacia el Sinaí con una determinación desconocida hasta entonces. Esta vez llegaría hasta Coruña y embarcaría de polizón en uno de esos barcos que van a Buenos Aires.

Desde la cima del Sinaí no se veía el mar, sino otro monte aún más grande, con peñascos recortados como torres de una fortaleza inaccesible. Ahora recuerdo con una mezcla de asombro y melancolía lo que logré hacer aquel día. Yo solo, en la cima, sentado en la silla de piedra, bajo las estrellas, mientras que en el valle se movían como luciérnagas los que con candil andaban en mi busca. Mi nombre cruzaba la noche a lomos de los aullidos de los perros. No estaba impresionado. Era como si hubiese cruzado la línea del miedo. Por eso no lloré ni me resistí cuando apareció junto a mí la sombra recia de Cordeiro. Me envolvió con su chaquetón y me cogió en brazos. «Tranquilo, Pardal, ya pasó todo.»

Aquella noche dormí como un santo, bien arrimado a mi madre. Nadie me había reñido. Mi padre se había quedado en la cocina, fumando en silencio, con los codos sobre el mantel de hule, las colillas amontonadas en el

cenicero de concha de vieira, tal como había sucedido cuando se murió la abuela.

Tenía la sensación de que mi madre no me había soltado la mano durante toda la noche. Así me llevó, cogido como quien lleva un serón, en mi regreso a la escuela. Y en esta ocasión, con el corazón sereno, pude fijarme por vez primera en el maestro. Tenía la cara de un sapo.

El sapo sonreía. Me pellizcó la mejilla con cariño. «Me gusta ese nombre, Pardal.» Y aquel pellizco me hirió como un dulce de café. Pero lo más increíble fue cuando, en medio de un silencio absoluto, me llevó de la mano hacia su mesa y me sentó en su silla. Él permaneció de pie, cogió un libro y dijo:

«Tenemos un nuevo compañero. Es una alegría para todos y vamos a recibirlo con un aplauso.» Pensé que me iba a mear de nuevo por los pantalones, pero sólo noté una humedad en los ojos. «Bien, y ahora vamos a empezar un poema. ¿A quién le toca? ¿Romualdo? Venga, Romualdo, acércate. Ya sabes, despacito y en voz bien alta.»

A Romualdo los pantalones cortos le quedaban ridículos. Tenía las piernas muy largas y oscuras, con las rodillas llenas de costras de heridas.

Una tarde parda y fría...

«Un momento, Romualdo, ¿qué es lo que vas a leer?»

«Una poesía, señor.»

«¿Y cómo se titula?»

«*Recuerdo infantil*. Su autor es don Antonio Machado.»

«Muy bien, Romualdo, adelante. Con calma y en voz alta. Fíjate en la puntuación.»

El llamado Romualdo, a quien yo conocía de acarrear sacos de piñas como niño que era de Altamira, carraspeó como un viejo fumador de picadura y leyó con una voz increíble, espléndida, que parecía salida de la radio de Manolo Suárez, el indiano de Montevideo.

*Una tarde parda y fría
de invierno. Los colegiales*

*estudian. Monotonía
de lluvia tras los cristales.
Es la clase. En un cartel
se representa a Caín
fugitivo y muerto Abel,
junto a una mancha carmín...*

«Muy bien. ¿Qué significa *monotonía de lluvia*, Romualdo?», preguntó el maestro.

«Que llueve sobre mojado, don Gregorio.»

«¿Rezaste?», me preguntó mamá, mientras planchaba la ropa que papá había cosido durante el día. En la cocina, la olla de la cena despedía un aroma amargo de nabiza.

«Pues sí», dije yo no muy seguro. «Una cosa que hablaba de Caín y Abel.»

«Eso está bien», dijo mamá, «no sé por qué dicen que el nuevo maestro es un ateo».

«¿Qué es un ateo?»

«Alguien que dice que Dios no existe.» Mamá hizo un gesto de desagrado y pasó la plancha con energía por las arrugas de un pantalón.

«¿Papá es un ateo?»

Mamá apoyó la plancha y me miró fijamente.

«¿Cómo va a ser papá un ateo? ¿Cómo se te ocurre preguntar esa bobada?»

Yo había oído muchas veces a mi padre blasfemar contra Dios. Lo hacían todos los hombres. Cuando algo iba mal, escupían en el suelo y decían esa cosa tremenda contra Dios. Decían las dos cosas: me cago en Dios, me cago en el demonio. Me parecía que sólo las mujeres creían realmente en Dios.

«¿Y el demonio? ¿Existe el demonio?»

«¡Por supuesto!»

El hervor hacía bailar la tapa de la cacerola. De aquella boca mutante salían vaharadas de vapor y gargajos de espuma y verdura. Una mariposa nocturna revoloteaba por el techo alrededor de la bombilla que colgaba del

cable trenzado. Mamá estaba enfurruñada como cada vez que tenía que planchar. La cara se le tensaba cuando marcaba la raya de las perneras. Pero ahora hablaba en un tono suave y algo triste, como si se refiriese a un desvalido.

«El demonio era un ángel, pero se hizo malo.»

La mariposa chocó con la bombilla, que se bamboleó ligeramente y desordenó las sombras.

«Hoy el maestro ha dicho que las mariposas también tienen lengua, una lengua finita y muy larga, que llevan enrollada como el muelle de un reloj. Nos la va a enseñar con un aparato que le tienen que enviar de Madrid. ¿A que parece mentira eso de que las mariposas tengan lengua?»

«Si él lo dice, es cierto. Hay muchas cosas que parecen mentira y son verdad. ¿Te ha gustado la escuela?»

«Mucho. Y no pega. El maestro no pega.»

No, el maestro don Gregorio no pegaba. Al contrario, casi siempre sonreía con su cara de sapo. Cuando dos se peleaban durante el recreo, él los llamaba, «parecéis carneros», y hacía que se estrecharan la mano. Después los sentaba en el mismo pupitre. Así fue como conocí a mi mejor amigo, Dombodán, grande, bondadoso y torpe. Había otro chaval, Eladio, que tenía un lunar en la mejilla, al que le hubiera zurrado con gusto, pero nunca lo hice por miedo a que el maestro me mandase darle la mano y que me cambiase del lado de Dombodán. La forma que don Gregorio tenía de mostrarse muy enfadado era el silencio.

«Si vosotros no os calláis, tendré que callarme yo.»

Y se dirigía hacia el ventanal, con la mirada ausente, perdida en el Sinaí. Era un silencio prolongado, descorazonador, como si nos hubiese dejado abandonados en un extraño país. Pronto me di cuenta de que el silencio del maestro era el peor castigo imaginable. Porque todo lo que él tocaba era un cuento fascinante. El cuento podía comenzar con una hoja de papel, después de pasar por el Amazonas y la sístole y diástole del corazón. Todo conectaba, todo tenía sentido. La hierba, la lana, la oveja, mi frío. Cuando el maestro se dirigía hacia el mapamundi, nos quedábamos atentos como si se iluminase la pantalla del cine Rex. Sentíamos el miedo de los indios cuando escucharon por vez primera el relinchar de los caballos y el estampido del arcabuz.

Íbamos a lomos de los elefantes de Aníbal de Cartago por las nieves de los Alpes, camino de Roma. Luchábamos con palos y piedras en Ponte Sampaio^[5] contra las tropas de Napoleón. Pero no todo eran guerras. Fabricábamos hoces y rejas de arado en las herrerías del Incio. Escribíamos cancioneros de amor en la Provenza y en el mar de Vigo. Construíamos el Pórtico de la Gloria. Plantábamos las patatas que habían venido de América. Y a América emigramos cuando llegó la peste de la patata.

«Las patatas vinieron de América», le dije a mi madre a la hora de comer, cuando me puso el plato delante.

«¡Qué iban a venir de América! Siempre ha habido patatas», sentenció ella.

«No, antes se comían castañas. Y también vino de América el maíz.» Era la primera vez que tenía clara la sensación de que gracias al maestro yo sabía cosas importantes de nuestro mundo que ellos, mis padres, desconocían.

Pero los momentos más fascinantes de la escuela eran cuando el maestro hablaba de los bichos. Las arañas de agua inventaban el submarino. Las hormigas cuidaban de un ganado que daba leche y azúcar y cultivaban setas. Había un pájaro en Australia que pintaba su nido de colores con una especie de óleo que fabricaba con pigmentos vegetales. Nunca me olvidaré. Se llamaba el tilonorrinco. El macho colocaba una orquídea en el nuevo nido para atraer a la hembra.

Tal era mi interés que me convertí en el suministrador de bichos de don Gregorio y él me acogió como el mejor discípulo. Había sábados y festivos que pasaba por mi casa e íbamos juntos de excursión. Recorriamos las orillas del río, las gándaras, el bosque y subíamos al monte Sinaí. Cada uno de esos viajes era para mí como una ruta del descubrimiento. Volvíamos siempre con un tesoro. Una mantis. Un caballito del diablo. Un ciervo volante. Y cada vez una mariposa distinta, aunque yo sólo recuerdo el nombre de una a la que el maestro llamó Iris, y que brillaba hermosísima posada en el barro o el estiércol.

Al regreso, cantábamos por los caminos como dos viejos compañeros. Los lunes, en la escuela, el maestro decía: «Y ahora vamos a hablar de los bichos de Pardal».

Para mis padres, estas atenciones del maestro eran un honor. Aquellos

días de excursión, mi madre preparaba la merienda para los dos: «No hace falta, señora, yo ya voy comido», insistía don Gregorio. Pero a la vuelta decía: «Gracias, señora, exquisita la merienda».

«Estoy segura de que pasa necesidades», decía mi madre por la noche.

«Los maestros no ganan lo que tendrían que ganar», sentenciaba, con sentida solemnidad, mi padre. «Ellos son las luces de la República.»

«¡La República, la República! ¡Ya veremos adónde va a parar la República!»

Mi padre era republicano. Mi madre, no. Quiero decir que mi madre era de misa diaria y los republicanos aparecían como enemigos de la Iglesia. Procuraban no discutir cuando yo estaba delante, pero a veces los sorprendía.

«¿Qué tienes tú contra Azaña? Eso es cosa del cura, que os anda calentando la cabeza.»

«Yo voy a misa a rezar», decía mi madre.

«Tú sí, pero el cura no.»

Un día que don Gregorio vino a recogerme para ir a buscar mariposas, mi padre le dijo que, si no tenía inconveniente, le gustaría tomarle las medidas para un traje.

«¿Un traje?»

«Don Gregorio, no lo tome a mal. Quisiera tener una atención con usted. Y yo lo que sé hacer son trajes.»

El maestro miró alrededor con desconcierto.

«Es mi oficio», dijo mi padre con una sonrisa.

«Respeto mucho los oficios», dijo por fin el maestro.

Don Gregorio llevó puesto aquel traje durante un año, y lo llevaba también aquel día de julio de 1936, cuando se cruzó conmigo en la Alameda, camino del ayuntamiento.

«¿Qué hay, Pardal? A ver si este año por fin podemos verle la lengua a las mariposas.»

Algo extraño estaba sucediendo. Todo el mundo parecía tener prisa, pero no se movía. Los que miraban hacia delante, se daban la vuelta. Los que miraban para la derecha, giraban hacia la izquierda. Cordeiro, el recogedor de basura y hojas secas, estaba sentado en un banco, cerca del palco de la música. Yo nunca había visto a Cordeiro sentado en un banco. Miró hacia

arriba, con la mano de visera. Cuando Cordeiro miraba así y callaban los pájaros, era que se avecinaba una tormenta.

Oí el estruendo de una moto solitaria. Era un guardia con una bandera sujeta en el asiento de atrás. Pasó delante del ayuntamiento y miró para los hombres que conversaban inquietos en el porche. Gritó: «¡Arriba España!». Y arrancó de nuevo la moto dejando atrás una estela de explosiones.

Las madres empezaron a llamar a sus hijos. En casa, parecía que la abuela se hubiese muerto otra vez. Mi padre amontonaba colillas en el cenicero y mi madre lloraba y hacía cosas sin sentido, como abrir el grifo de agua y lavar los platos limpios y guardar los sucios.

Llamaron a la puerta y mis padres miraron el pomo con desazón. Era Amelia, la vecina, que trabajaba en casa de Suárez, el indiano.

«¿Sabéis lo que está pasando? En Coruña, los militares han declarado el estado de guerra. Están disparando contra el Gobierno Civil.»

«¡Santo Cielo!», se persignó mi madre.

«Y aquí», continuó Amelia en voz baja, como si las paredes oyesen, «dicen que el alcalde llamó al capitán de carabineros, pero que éste mandó decir que estaba enfermo».

Al día siguiente no me dejaron salir a la calle. Yo miraba por la ventana y todos los que pasaban me parecían sombras encogidas, como si de repente hubiese llegado el invierno y el viento arrastrase a los gorriones de la Alameda como hojas secas.

Llegaron tropas de la capital y ocuparon el ayuntamiento. Mamá salió para ir a misa, y volvió pálida y entristecida, como si hubiese envejecido en media hora.

«Están pasando cosas terribles, Ramón», oí que le decía, entre sollozos, a mi padre. También él había envejecido. Peor aún. Parecía que hubiese perdido toda voluntad. Se había desfondado en un sillón y no se movía. No hablaba. No quería comer.

«Hay que quemar las cosas que te comprometan, Ramón. Los periódicos, los libros. Todo.»

Fue mi madre la que tomó la iniciativa durante aquellos días. Una mañana hizo que mi padre se arreglara bien y lo llevó con ella a misa. Cuando regresaron, me dijo: «Venga, Moncho, vas a venir con nosotros a la

Alameda». Me trajo la ropa de fiesta y mientras me ayudaba a anudar la corbata, me dijo con voz muy grave: «Recuerda esto, Moncho. Papá no era republicano. Papá no era amigo del alcalde. Papá no hablaba mal de los curas. Y otra cosa muy importante, Moncho. Papá no le regaló un traje al maestro».

«Sí que se lo regaló.»

«No, Moncho. No se lo regaló. ¿Has entendido bien? ¡No se lo regaló!»

«No, mamá, no se lo regaló.»

Había mucha gente en la Alameda, toda con ropa de domingo. También habían bajado algunos grupos de las aldeas, mujeres enlutadas, paisanos viejos con chaleco y sombrero, niños con aire asustado, precedidos por algunos hombres con camisa azul y pistola al cinto. Dos filas de soldados abrían un pasillo desde la escalinata del ayuntamiento hasta unos camiones con remolque entoldado, como los que se usaban para transportar el ganado en la feria grande. Pero en la Alameda no había el bullicio de las ferias, sino un silencio grave, de Semana Santa. La gente no se saludaba. Ni siquiera parecían reconocerse los unos a los otros. Toda la atención estaba puesta en la fachada del ayuntamiento.

Un guardia entreabrió la puerta y recorrió el gentío con la mirada. Luego abrió del todo e hizo un gesto con el brazo. De la boca oscura del edificio, escoltados por otros guardias, salieron los detenidos. Iban atados de pies y manos, en silente cordada. De algunos no sabía el nombre, pero conocía todos aquellos rostros. El alcalde, los de los sindicatos, el bibliotecario del ateneo Resplandor Obrero, Charli, el vocalista de la Orquesta Sol y Vida, el cantero al que llamaban Hércules, padre de Dombodán... Y al final de la cordada, chepudo y feo como un sapo, el maestro.

Se escucharon algunas órdenes y gritos aislados que resonaron en la Alameda como petardos. Poco a poco, de la multitud fue saliendo un murmullo que acabó imitando aquellos insultos.

«¡Traidores! ¡Criminales! ¡Rojos!»

«Grita tú también, Ramón, por lo que más quieras, ¡grita!» Mi madre llevaba a papá cogido del brazo, como si lo sujetase con todas sus fuerzas para que no desfalleciera. «¡Que vean que gritas, Ramón, que vean que gritas!»

Y entonces oí cómo mi padre decía: «¡Traidores!» con un hilo de voz. Y luego, cada vez más fuerte, «¡Criminales! ¡Rojos!». Soltó del brazo a mi madre y se acercó más a la fila de los soldados, con la mirada enfurecida hacia el maestro. «¡Asesino! ¡Anarquista! ¡Comeniños!»

Ahora mamá trataba de retenerlo y le tiró de la chaqueta discretamente. Pero él estaba fuera de sí. «¡Cabrón! ¡Hijo de mala madre!» Nunca le había oído llamar eso a nadie, ni siquiera al árbitro en el campo de fútbol. «Su madre no tiene la culpa, ¿eh, Moncho?, recuerda eso.» Pero ahora se volvía hacia mí enloquecido y me empujaba con la mirada, los ojos llenos de lágrimas y sangre. «¡Grítale tú también, Monchiño, grítale tú también!»

Cuando los camiones arrancaron, cargados de presos, yo fui uno de los niños que corrieron detrás, tirando piedras. Buscaba con desesperación el rostro del maestro para llamarle traidor y criminal. Pero el convoy era ya una nube de polvo a lo lejos y yo, en el medio de la Alameda, con los puños cerrados, sólo fui capaz de murmurar con rabia: «¡Sapo! ¡Tilonorrinco! ¡Iris!».

Un saxo en la niebla

I

Un hombre necesitaba dinero con urgencia para pagarse un pasaje a América. Este hombre era amigo de mi padre y tenía un saxofón. Mi padre era carpintero y hacía carros del país con ruedas de roble y eje de aliso. Cuando los hacía, silbaba. Inflaba las mejillas como pechos de petirrojo y sonaba muy bien, a flauta y violín, acompañado por la percusión noble de las herramientas en la madera. Mi padre le hizo un carro a un labrador rico, sobrino de cura, y luego le prestó el dinero al amigo que quería ir a América. Este amigo había tocado tiempo atrás, cuando había un sindicato obrero y este sindicato tenía una banda de música. Y se lo regaló a mi padre el día en que se embarcó para América. Y mi padre lo depositó en mis manos con mucho cuidado, como si fuera de cristal.

—A ver si algún día llegas a tocar el *Francisco alegre, corazón mío*.

Le gustaba mucho aquel pasodoble.

Yo tenía quince años y trabajaba de peón de albañil en la obra de Aduanas, en el puerto de Coruña. Mi herramienta era un botijo. El agua de la fuente de Santa Margarida era la más apreciada por los hombres. Iba por ella muy despacio, mirando los escaparates de los comercios y de la fábrica de Chocolate Exprés en la Plaza de Lugo. Había también una galería con tres jaulas de pájaros de colores y un ciego que vendía el cupón y le decía piropos a las lecheras. A veces, tenía que hacer cola en la fuente porque había otros chicos con otros botijos y que venían de otras obras. Nunca hablábamos entre

nosotros. De regreso a la obra, caminaba deprisa. Los obreros bebían el agua y yo volvía a caminar hacia la fuente, y miraba el escaparate de la fábrica de Chocolate Exprés, y la galería con las tres jaulas de pájaros, y paraba delante del ciego que ahora le decía piropos a las pescaderas.

Cuando hacía el último viaje del día y dejaba el botijo, cogía el maletín del saxo.

Durante dos horas, al anochecer, iba a clases de música con don Luis Braxe, en la calle de Santo Andrés. El maestro era pianista, tocaba en un local nocturno de *varietés* y se ganaba la vida también así, con aprendices. Dábamos una hora de solfeo y otra con el instrumento. La primera vez me dijo: «Agárralo así, firme y con cariño, como si fuera una chica». No sé si lo hizo adrede, pero aquélla fue la lección más importante de mi vida. La música tenía que tener el rostro de una mujer a la que enamorar. Cerraba los ojos para imaginarla, para ponerle color a su pelo y a sus ojos, pero supe que mientras sólo saliesen de mi saxo rebuznos de asno, jamás existiría esa chica. Durante el día, en el ir y venir a la fuente de Santa Margarida, caminaba embrujado con mi botijo, solfeando por lo bajo, atento sólo a las mujeres que pasaban. Como el ciego del cupón. Y soñaba con tocar algún día en el local de *varietés*.

Llevaba poco más de un año de música con don Luis cuando me pasó una cosa extraordinaria. Después de salir de clase, me paré ante el escaparate de Calzados Faustino, en el Cantón. Estaba allí, con mi maletín, mirando aquellos zapatos como quien mira una película de Fred Astaire, y se acercó un hombre muy grandote, calvo, la frente enorme como el dintel de una puerta.

—¿Qué llevas ahí, chaval? —me preguntó sin más.

—¿Quién, yo?

—Sí, tú. ¿Es un instrumento, no?

Tan ancho y alto, embestía con la cabeza y llevaba los largos brazos caídos, como si estuviera cansado de tirar de la bola del mundo.

—Es un saxo.

—¿Un saxo? Ya decía yo que tenía que ser un saxo. ¿Sabes tocarlo?

Recordé la mirada paciente del maestro. Vas bien, vas bien. Pero había momentos en que don Luis no podía disimular y la desazón asomaba en sus

ojos como si, en efecto, yo hubiese dejado caer al suelo una valiosa pieza de vidrio.

—Sí, claro que sabes —decía ahora aquel extraño que nunca me había escuchado tocar—. Seguro que sabes.

Así entré en la Orquesta Azul. Aquel hombre se llamaba Macías, era el batería y un poco el jefe. Necesitaba un saxo para el fin de semana y allí lo tenía. Para mis padres no había duda. Hay que subirse al caballo cuando pasa ante uno.

—¿Sabes tocar el *Francisco alegre*? ¿Sabes, verdad? Pues ya está.

Me había dado una dirección para acudir al ensayo. Cuando llegué allí, supe que ya no había marcha atrás. El lugar era el primer piso de la fábrica de Chocolate Exprés. De hecho, la Orquesta Azul tenía un suculento contrato publicitario.

Chocolate Exprés
¡Ay qué rico es!

Había que corear esa frase tres o cuatro veces en cada actuación. A cambio, la fábrica nos daba una tableta de chocolate a cada uno. Hablo del año 49, para que se me entienda. Había temporadas de insípidos olores, de caldo, de mugre, de pan negro. Cuando llegabas a casa con chocolate, los ojos de los hermanos pequeños se encendían como candelas ante un santo. Sí, qué rico era el Chocolate Exprés.

Desde allende los mares,
el crepúsculo en popa,
la Orquesta Azul.
¡La Orquesta Azul!

En realidad, la Orquesta Azul no había pasado la Marola^[6]. Había actuado una vez en Ponferrada, eso sí. Pero era la forma garbosa de presentarse por aquel entonces. América era un sueño, también para las orquestas gallegas. Corría la leyenda de que si conseguías un contrato para ir

a tocar a Montevideo, Buenos Aires o Caracas, podías volver con sombrero y con ese brillo sano que se le pone a la cara cuando llevas la cartera llena. Si yo fuera con el botijo, tardaría día y noche en recorrer una avenida de Buenos Aires y el agua criaría ranas. Eso me lo dijo uno de la obra. Muchas orquestas llevaban nombre americano. Había la orquesta Acapulco, que era de la parte de la montaña, y se presentaba así:

Tintintín, tirititín...

Nos dirigimos a nuestro distinguido público en castellano ya que el gallego lo hemos olvidado después de nuestra última gira por Hispanoamérica.

¡Maníiiii!

*Si te quieres un momento divertir,
cómprate un cucuruchito de maní...*

También había orquestas que llevaban el traje de mariachi. La cosa mejicana siempre gustó mucho en Galicia. En todas las canciones había un caballo, un revólver y una mujer con enigma. ¿Qué más necesita un hombre para ser el rey?

La Orquesta Azul también le daba a los corridos. Pero el repertorio era muy variado: boleros, cumbias, pasodobles, cuplés, polcas, valeses, aires gallegos, de todo. Una cosa sería. Ocho hombres en el palco, con pantalón negro y camisas de color azul con chorreras de encaje blanco y vuelos en las mangas.

Macías trabajaba durante la semana en Correos. Lo imaginaba poniendo sellos y tampones como quien bate en platos y bombos. El vocalista se llamaba Juan María. Era barbero. Un hombre con mucha percha. Muchas chicas se consumían por él.

—¿Bailas conmigo, Juan María?

—¡Vete a paseo, perica!

Y también estaba Couto, que era contrabajo y durante la semana trabajaba en una fundición. A este Couto, que padecía algo del vientre, el médico le había mandado comer sólo papillas. Pasó siete años seguidos a harina de maíz y leche. Un día, en carnaval, llegó a casa y le dijo a su mujer: «Hazme

un cocido, con lacón, chorizo y todo. Si no me muero así, me muero de hambre». Y le fue de maravilla.

El acordeonista, Ramiro, era reparador de radios. Un hombre de oído finísimo. Llegaba al ensayo, presentaba una pieza nueva y luego decía: «Ésta la pillé por el aire». Siempre decía eso, la pillé por el aire, acompañándose de un gesto con la mano, como si atrapara un puñado de mariposas. Aparte de su instrumento, tocaba la flauta de caña con la nariz. Un vals nasal. Era un número extra que impresionaba al público, tanto como el burro sabio de los titiriteros. Pero a mí lo que me gustaba era una de sus canciones misteriosas cogidas por el aire y de la que recuerdo muy bien el comienzo.

*Aurora de rosa en amanecer
nota melosa que gimió el violín
novelesco insomnio do vivió el amor.*

Y estaba también el trompeta Comesaña, el trombón Paco y mi compañero, el saxo tenor, don Juan. Un hombre mayor, muy elegante, que cuando me lo presentaron me pasó la mano por la cabeza como si me diese la bendición.

Se lo agradecí. Dentro de nada, iba a ser mi debut. En Santa Marta de Lombás, según informó Macías.

—Sí, chaval —asintió Juan María—. ¡Santa Marta de Lombás, irás y no volverás!

II

El domingo, muy temprano, tomamos el tren de Lugo. Yo iba, más que nervioso, en las nubes, como si todavía no hubiese despertado y el tren fuese una cama voladora. Todos me trataban como un hombre, como un colega, pero tenía la sensación de que por la noche había encogido, de que había encogido de la cabeza a los pies, y que todo en mí disminuía, incluso el hilo

de voz, al tiempo que se agrandaba lo de fuera. Por ejemplo, las manos de Macías, enormes y pesadas como azadas. Miraba las mías y lo que veía eran las de mi hermana pequeña envolviendo una espiga de maíz como un bebé. ¡Dios! ¿Quién iba a poder con el saxo? Quizás la culpa de todo la tenía aquel traje prestado que me quedaba largo. Me escurría en él como un caracol.

Nos bajamos en la estación de Aranga. Era un día de verano, muy soleado. El delegado de la comisión de fiestas de Santa Marta de Lombás ya nos estaba esperando. Se presentó como Boal. Era un hombre recio, de mirada oscura y mostacho grande. Sujetaba dos mulas en las que cargó los instrumentos y el baúl en el que iban los trajes de verbena. Uno de los animales se revolvió, asustado por el estruendo de la batería. Boal, amenazador, se le encaró con el puño a la altura de los ojos.

—¡Te abro la crisma, *Carolina!* ¡Sabes que lo hago!

Todos miramos el puño de Boal. Una enorme maza peluda que se blandía en el aire. Por fin, el animal agachó manso la cabeza.

Nos pusimos en marcha por un camino fresco que olía a cerezas y con mucha fiesta de pájaros. Pero luego nos metimos por una pista polvorienta, abierta en un monte de brezos y tojos. Ya no había nada entre nuestras cabezas y el fogón del sol. Nada, excepto las aves de rapiña. El palique animado de mis compañeros fue transformándose en un rosario de bufidos y éstos fueron seguidos de blasfemias sordas, sobre todo cuando los zapatos acharolados, enharinados de polvo, tropezaban en los pedruscos. En cabeza, recio y con sombrero, Boal parecía tirar a un tiempo de hombres y mulas.

El primero en lanzar una piedra fue Juan María.

—¿Visteis? ¡Era un lagarto, un lagarto gigante!

Al poco rato, todos arrojaban piedras a los vallados, rocas o postes de la luz, como si nos rodeasen cientos de lagartos. Delante, Boal mantenía implacable el paso. De vez en cuando se volvía a los rostros sudorosos y decía con una sonrisa irónica: «¡Ya falta poco!».

—¡La puta que los parió!

Cuando aparecieron las picaduras de los tábanos, las blasfemias se hicieron oír como estallidos de petardos. La Orquesta Azul, asada por las llamaradas del sol, llevaba las corbatas en la mano y las abanicaba como las bestias el rabo para espantar los bichos. Para entonces, el baúl que cargaba

una de las mulas parecía el féretro de un difunto. En el cielo ardiente planeaba un milano.

¡Santa Marta de Lombás, irás y no volverás!

Nada más verse el campanario de la parroquia, la Orquesta Azul recompuso enseguida su aspecto. Los hombres se anudaron las corbatas, se alisaron los trajes, se peinaron, y limpiaron y abrigaron los zapatos con un roce magistral en la barriga de la pierna. Los imité en todo.

Sonaron para nosotros las bombas de palenque.

¡Han llegado los de la orquesta!

Si hay algo que uno disfruta la primera vez es la vanidad de la fama, por pequeña e infundada que sea. Los niños, revoloteando como mariposas a nuestro alrededor. Las mujeres, con una sonrisa de geranios en la ventana. Los viejos asomando a la puerta como cucos de un reloj.

¡La orquesta! ¡Han llegado los de la orquesta!

Saludamos como héroes que resucitan a los muertos. Me crecía. El pecho se me llenaba de aire. Pero, de repente, comprendí. Nosotros éramos algo realmente importante, el centro del mundo. Y volví a encogerme como un caracol. Me temblaban las piernas. El maletín del saxo me pesaba como robado a un mendigo. Me sentía un farsante.

Hicimos un alto en el cruce y Macías posó su brazo de hierro en mi hombro.

—Ahora, chaval, nos van a llevar a las casas en las que nos alojan. Tú no tengas reparo. Si tienes hambre, pides de comer. Y que la cama sea buena. Ése es el trato.

Y luego se dirigió sentencioso a Boal: «El chaval que esté bien atendido».

—Eso está hecho —respondió el hombre, sonriendo por primera vez—. Va a dormir en casa de Boal. En mi casa.

En la planta baja estaban también los establos, separados de la cocina por pesebres de piedra, así que lo primero que vi fueron las cabezas de las vacas. Engullían la hierba lamiéndola como si fuera una nube de azúcar. Por el suelo de la cocina habían extendido broza. Había un humo de hogar que picaba un poco en los ojos y envolvía todo en una hora incierta. En el extremo de la larguísima mesa cosía una muchacha que no dejó su trabajo ni siquiera cuando el hombre puso cerca de ella la caja del saxo.

—¡Café, nena!

Se levantó sin mirarnos y fue a coger un cazo del fregadero. Luego lo colocó en la trébede e, inclinándose y soplando lentamente, con la sabiduría de una vieja, avivó el fuego. Fue entonces cuando noté con asombro rebullir el suelo, cerca de mis pies. Había conejos royendo la broza, con las orejas tiesas como hojas de eucalipto. El hombre se debió de dar cuenta de mi trastorno.

—Hacen muy buen estiércol. Y buenos asados.

Boal me enseñó, con orgullo, el ganado de casa. Había seis vacas, una pareja de bueyes, un caballo, las dos mulas que habían traído nuestro equipaje, cerdos y equis gallinas. Así lo dijo: *equis* gallinas. El caballo, me explicó, sabía sumar y restar. Le preguntó cuánto eran dos y dos y él golpeó cuatro veces en el suelo con el casco.

—Aquí no vas a pasar hambre, chaval. A ver, nena, trae el bizcocho. Y el queso. Mmm. No me digas que no quieres. Nadie dice que no en casa de Boal.

Fue entonces, con la fuente de comida en la mano, cuando pude verla bien por vez primera. Miraba hacia abajo, como si tuviese miedo de la gente. Era menuda pero con un cuerpo de mujer. Los brazos remangados y fuertes, de lavandera. El pelo recogido en una trenza. Ojos rasgados. Alargué la mano para coger algo. ¿Qué me pasaba? ¡Cielo santo! ¿Qué haces tú aquí, chinita? Era como si siempre hubiese estado en mi cabeza. Aquella niña china de la *Enciclopedia escolar*. La miraba, hechizado, mientras el maestro hablaba de los ríos que tenían nombres de colores. El Azul, el Amarillo, el Rojo. Quizá China estaba allí, poco después de Santa Marta de Lombás.

—No habla —dijo en voz alta Boal—. Pero oye. Oír sí que oye. A ver, nena, muéstrale al músico la habitación de dormir.

La seguí por las escaleras que llevaban al piso alto. Ella mantenía la cabeza gacha, incluso cuando abrió la puerta de la habitación. La verdad es que no había mucho que ver. Una silla, una mesilla con crucifijo y una cama con una colcha amarilla. También un calendario de una ferretería con una imagen del Sagrado Corazón.

—Bien, está muy bien —dije. Y palpé la cama por mostrar un poco de interés. El colchón era duro, de hojas de mazorca.

Me volví. Ella estaba a contraluz y parpadeé. Creo que sonreía. Bien, muy bien, repetí, buscando su mirada. Pero ahora ella volvía a tener los ojos clavados en alguna parte de ningún lugar.

Con el traje de corbata, la Orquesta Azul se reunió en el atrio. Teníamos que tocar el himno español en la misa mayor, en el momento en que el párroco alzaba el Altísimo. Con los nervios, yo cambiaba a cada momento de tamaño. Ya en el coro, sudoroso con el apretón, me sentí como un gorrión desfallecido e inseguro en una rama. El saxo era enorme. No, no iba a poder con él. Y ya me caía, cuando noté en la oreja un aliento salvador. Era Macías, hablando bajito.

—Tú no soples, chaval. Haz que tocas y ya está.

Y eso mismo fue lo que hice en la sesión vermú, ya en el palco de la feria. Era un pequeño baile de presentación, antes de que la gente fuese a comer. Cuando perdía la nota, dejaba de soplar. Mantenía, eso sí, el vaivén, de lado a lado, ese toque de onda al que Macías daba tanta importancia.

—Hay que hacerlo bonito —decía.

¡Qué tipos los de la Orquesta Azul! Tenía la íntima sospecha de que nos lloverían piedras en el primer palco al que había subido con ellos. ¡Eran tan generosos en sus defectos! Pero pronto me llevé una sorpresa con aquellos hombres que cobraban catorce duros por ir a tocar al fin del mundo. «¡Arriba, arriba!», animaba Macías. Y el vaivén revivía, y se enredaban todos en un ritmo que no parecía surgir de los instrumentos sino de la fuerza animosa de unos braceros.

*Yo te he de ver y te he de ver y te he de ver
aunque te escondas y te apartes de mi vista.*

Intentaba ir al mismo ritmo que ellos, por lo menos en el vaivén. Por momentos, parecía que un alma aleteaba virtuosa sobre mí, y me sorprendía a mí mismo con un buen sonido, pero enseguida el alma de la orquesta huía como un petirrojo asustado por un estruendo. Y volví a mi tocar silencioso de momia. Así llamaban a un trabajo como el mío. Hacer de momia.

Fui a comer a casa de Boal y de la muchacha menuda con ojos de china. Desde luego, no iba a pasar hambre.

Boal afiló el cuchillo en la manga de su brazo, como hacen los barberos con la navaja en el cuero, y luego, de una tajada, cortó en dos el lechón de la fuente. Me estremeció aquella brutal simetría, sobre todo cuando descubrí que una de las mitades, con su oreja y su ojo, era para mí.

—Gracias, pero es mucho.

—Un hombre es un hombre y no una gallina —sentenció Boal sin dejar salida, en su resumen de la historia de la Humanidad.

—¿Y ella? —pregunté buscando alguna complicidad.

—¿Quién? —dijo él con verdadera sorpresa y mirando alrededor con el rabo del lechón en la mano. Hasta que se fijó en la muchacha, sentada a la luz de la ventana del fregadero—. ¡Bah! Ella ya comió. Es como un pajarito.

Durante unos minutos masticó de forma voraz, por si en el aire hubiese quedado alguna duda de lo que había que hacer con aquel cerdo.

—Vas a ver algo curioso —dijo de repente, después de limpiar la boca con aquella manga tan útil—. ¡Ven aquí, nena!

La chiquita vino dócil a su lado. Él la cogió por el antebrazo con el cepo de su mano. Temí que se quebrase como un ala de ave en las manos de un carnicero.

—¡Date la vuelta! —dijo al tiempo que la hacía girar y la ponía de espaldas hacia mí.

Ella llevaba una blusa blanca y una falda estampada de dalias rojas. La larga trenza le caía hasta las nalgas, rematada por un lazo de mariposa. Boal empezó a desabotonar la blusa. Asistí atónito a la escena, sin entender nada, mientras el hombre forcejeaba torpemente con los botones, que se le escurrían entre las manos rugosas como bolitas de mercurio en el corcho de un alcornoque.

Por fin, abrió la blusa a lo largo de la espalda.

—¡Mira, chico! —exclamó con intriga Boal.

Yo estaba hechizado por aquel lazo de mariposa y el péndulo de la trenza.

—¡Mira aquí! —repitió él, señalando con el índice una flor rosa en la piel.

Cicatrices. Había por lo menos seis manchas de esas.

—¿Sabes lo que es esto? —preguntó Boal.

Yo sentía pudor por ella y una cobardía que me atenazaba la garganta. Me

gustaría ser uno de aquellos conejos con orejas puntiagudas como hojas de eucalipto.

Negué con la cabeza.

—¡El lobo! —exclamó Boal—. ¿Nunca habías oído hablar de la niña del lobo? ¿No? Pues aquí la tienes. ¡La niña del lobo!

Aquella situación extraña y desagradable entró repentinamente en el orden natural de los cuentos. Me levanté y me acerqué sin pudor para mirar bien las cicatrices en la espalda desnuda.

—Aún se ven las marcas de los dientes —dijo Boal, como si recordase por ella.

—¿Cómo fue? —pregunté por fin.

—¡Anda, vístete! —le dijo a la muchacha. Y con un gesto me invitó a volver a mi asiento—. Ella tenía cuatro años. Fui a cuidar el ganado y la llevé conmigo. Había sido un invierno rabioso. ¡Sí, señor! ¡Un invierno realmente duro! Y los lobos, hambrientos, me la jugaron. ¡Carajo si me la jugaron!

Aparte de lo que había pasado con la niña, Boal, por lo visto, estaba personalmente muy dolido con los lobos.

—Fue una conjura. Estábamos en un prado que lindaba con el bosque. Uno de los cabrones se dejó ver en el claro y huyó hacia el monte bajo. Los perros corrieron rabiosos detrás de él. Y yo fui detrás de los perros. La dejé allí, sentadita encima de un saco. Fue cosa de minutos. Cuando volví, ya no estaba. ¡Cómo me la jugaron los cabrones!

Aquel hombre era dueño de una historia. Lo único que yo podía hacer era esperar a que la desembuchara cuanto antes.

—Nadie entiende lo que pasó... Se salvó porque no la quiso matar. Ésa es la única explicación. El que la atrapó no la quiso matar. Sólo le mordió en la espalda. Podía hacerlo en el cuello y adiós, pero no. Los viejos decían que ésas eran mordeduras para que no llorara, para que no avisara a la gente. Y vaya si le hizo caso. Quedó muda. Nunca más volvió a hablar. La encontramos en una madriguera. Fue un milagro.

—¿Y cómo se llama?

—¿Quién?

—Ella, su hija.

—No es mi hija —dijo Boal, muy serio—. Es mi mujer.

III

—Se engancha de las cosas. Queda embobada. Como algo le llame la atención, ya no lo suelta.

Noté el calor en mis mejillas. Me sentía rojo como el fuego. Ella, mi esquiva chinita, no dejaba de mirarme. Había bajado de la habitación preparado para la verbena, con la camisa de chorreras.

—Es por el traje —dijo algo despectivo Boal. Y después se dirigió a ella para gritar—: ¡Qué bobita eres!

Aquellos ojos de luz verdosa me iban a seguir toda la noche, para mi suerte, como dos luciérnagas. Porque yo también me enganché de ellos.

La verbena era en el campo de la feria, adornada de rama en rama, entre los robles, con algunas guirnaldas de papel y nada más. Cuando oscureció, las únicas luces que iluminaban el baile eran unos candiles colgados a ambos lados del palco y en el quiosco de las bebidas. Por lo demás, la noche había caído con un tul de niebla montañesa que envolvía los árboles con enaguas y velos. Según pasaba el tiempo, se hacía más espesa y fue arrojando todo en una cosa fantasmal, de la que sólo salían, abrazados y girando con la música, las parejas más alegres, enseguida engullidas una vez más por aquel cielo tendido a ras del suelo.

Ella sí que permanecía a la vista. Apoyada en un tronco, con los brazos cruzados, cubiertos los hombros con un chal de lana, no dejaba de mirarme. De vez en cuando, Boal surgía de la niebla como un inquieto pastor de ganado. Lanzaba a su alrededor una mirada de advertencia, de navaja y aguardiente. Pero a mí me daba igual.

Me daba igual porque huía con ella. Íbamos solos, a lomos del caballo que sabía sumar, por los montes de Santa Marta de Lombás, irás y no volverás. Y llegábamos a Coruña, a Aduanas, y mi padre nos estaba esperando con dos pasajes del barco para América, y todos los albañiles aplaudían desde el muelle, y uno de ellos nos ofrecía el botijo para tomar un trago, y le daba también de beber al caballo que sabía sumar.

Macías, pegado a mi oreja, me hizo abrir los ojos.

—¡Vas fenomenal, chaval! ¡Tocas como un negro, tocas como Dios!

Me di cuenta de que estaba tocando sin preocuparme de si sabía o no. Todo lo que había que hacer era dejarse ir. Los dedos se movían solos y el aire salía del pecho sin ahogo, empujado por un fuelle singular. El saxo no me pesaba, era ligero como flauta de caña. Yo sabía que había gente, mucha gente, bailando y enamorándose entre la niebla. Tocaba para ellos. No los veía. Sólo la veía a ella, cada vez más cerca.

Ella, la Chinita, que huía conmigo mientras Boal aullaba en la noche, cuando la niebla se despejaba, de rodillas en el campo de la feria y con el chal de lana entre las pezuñas.

La lechera de Vermeer

Claro que nunca podré pagar lo que mi madre hizo por mí, ni nunca seré capaz de escribir algo comparable al *Correio* que Miguel Torga fechó en Coimbra el 3 de septiembre de 1941.

—«*Filho*»...

E o que a seguir se lê

É de uma tal pureza e um tal brilho,

Que até da minha escuridão se vê^[7].

Mi madre era lechera. Tiraba de un carrito con dos grandes jarras de zinc. La leche que repartía era la de las vacas de mi abuelo Manuel, de Corpo Santo, a una docena de kilómetros de la ciudad. Este abuelo mío, cuando era joven, tuvo un día en la mano la pluma de escribir del párroco y dijo: «¡Qué letra más bonita tendría si supiese escribir!». Y aprendió a hacerlo con una hermosa letra de formas vegetales. Por encargo de las familias, hizo cientos de cartas a emigrantes. En su escritorio vi por vez primera, en postal, la Estatua de la Libertad, las Cataratas del Iguazú y un jinete gaucho por la Pampa. Nosotros vivíamos en el barrio de Monte Alto de Coruña, en un bajo de la calle de Santo Tomás, tan bajo que había cucarachas que se refugiaban en las baldosas movidas. A veces jugaba contra ellas, situándolas en el ejército enemigo. Yo conocía el miedo, pero no el terror. Voy a contarles cómo entré en contacto con el terror. Mi madre la lechera se va con su carrito y sus jarras de zinc. Estoy jugando con mi hermana María. De repente, escuchamos estallidos y un gran alboroto en la calle. Nos asomamos a la

ventana del bajo para ver qué pasa. Pegados al cristal, descubrimos el terror. El terror viene hacia nosotros. Mi madre nos encontró abrazados y llorando en el baño. El terror era el Rey Cabezudo.

En 1960 yo tengo tres años. Por la tarde, escucho los cánticos de los presos en el patio de la cárcel. Por la noche, los destellos de la Torre de Hércules giran como aspas cósmicas sobre la cabecera de la cama. La luz del faro es un detalle importante para mí: mi padre está al otro lado del mar, en un sitio que llaman La Guaira.

Tengo tres años. Lo recuerdo todo muy bien. Mejor que lo que ha ocurrido hoy, antes de comenzar esta historia. Incluso recuerdo lo que los otros aseguran que no sucedió. Por ejemplo. Mi padrino, no sé cómo lo ha conseguido, trae un pavo para la fiesta de Navidad. La víspera, el animal huye hacia el monte de la Torre de Hércules. Todos los vecinos lo persiguen. Cuando están a punto de pillarlo, el pavo echa a volar de una forma imposible y se pierde en el mar como un ganso salvaje. Ésa fue una de las cosas que yo vi y no sucedieron.

En 1992 fui a Ámsterdam por vez primera. Aquel viaje tan deseado era para mí una especie de peregrinación. Estaba ansioso por ver *Los comedores de patatas*. Ante aquel cuadro de misterioso fervor, el más hondamente religioso de cuantos he visto, la verdadera representación de la Sagrada Familia, reprimí el impulso de arrodillarme. Tuve miedo de llamar la atención como un turista excéntrico, de esos que pasean por una catedral con gafas de sol y pantalón bermudas. En castellano hay dos palabras: *hervor* y *fervor*. En gallego sólo hay una: *fervor*. La luz del hervor de la fuente de patatas asciende hacia la tenue lámpara e ilumina los rostros de la familia campesina que miran con fervor el sagrado alimento, el humilde fruto de la tierra. También fui al Rijksmuseum y allí encontré *La lechera* de Vermeer.

El embrujo de *La lechera*, pintado en 1660, radica en la luz. Expertos y críticos han escrito textos muy sugerentes sobre la naturaleza de esa luminosidad, pero la última conclusión es siempre un interrogante. Es lo que llaman el misterio de Vermeer. Antes de ir a parar al Rijksmuseum, tuvo varios propietarios. En 1798 fue vendido por un tal Jan Jacob a un tal J. Spaan por un precio de 1.500 florines. En el inventario se hace la siguiente observación: «La luz, entrando por una ventana en el lateral, da una

impresión milagrosamente natural».

Ante esa pintura, yo tengo tres años. Conozco a aquella mujer. Sé la respuesta al enigma de la luz.

*Hace siglos, madre, en Delft, ¿recuerdas?,
tú vertías la jarra en casa de Johannes
Vermeer, el pintor, el marido de Catharina Bolnes,
hija de la señora María Thins, aquella estirada,
que tenía otro hijo medio loco,
Willem, si mal no recuerdo,
el que deshonoró a la pobre Mary Gerrits,
la criada que ahora abre la puerta
para que entres tú, madre,
y te acerques a la mesa del rincón
y con la jarra derrames mariposas de luz
que el ganado de los tuyos apacentó
en los verdes y sombríos tapices de Delft.
La misma que yo soñé en el Rijksmuseum,
Johannes Vermeer encalará con leche
esas paredes, el latón, el cesto, el pan,
tus brazos,
aunque en la ficción del cuadro
la fuente luminosa es la ventana.
La luz de Vermeer, ese enigma de siglos,
esa claridad inefable sacudida de las manos de Dios,
leche por ti ordeñada en el establo oscuro,
a la hora de los murciélagos.*

Cuando le di a leer el poema a mi madre, ni siquiera pestañeó. Me sentí inseguro. Aunque hablaba de la luz, quizá era demasiado oscuro. Fui a un estante y cogí un libro sobre Vermeer, el de John Michael Montias, en el que venía una reproducción de *La lechera*. Esta vez, mi madre pareció impresionada. Miró la estampa durante mucho tiempo sin hablar. Después guardó el poema y se fue.

Días más tarde, mi madre volvió de visita a nuestra casa. Traía, como acostumbra, huevos de sus gallinas, y patatas, cebollas y lechugas de su huerta. Ella siempre dice: «Vayas donde vayas, lleva algo». Antes de despedirse, dijo: «He traído también una cosa para ti». Abrió el bolso y sacó un papel blanco doblado como un pañuelo de encaje. El papel envolvía una foto. Mi madre explicó que había ido de casa en casa de sus hermanas para poder recuperarla.

La foto era de soltera. Anterior a 1960 pero muy posterior, desde luego, a 1660. Mi madre no recuerda quién fue el fotógrafo. Sí recuerda la casa, la dueña de mal carácter, el hijo medio loco y la criada que abría la puerta. Era una chica muy guapa, de cerca de Culleredo. «Un día fui y me abrió otra. A ella la habían despedido, pero yo nunca supe el porqué.» En su mirada había una pregunta: «¿Y tú cómo supiste lo de la pobre Mary?». Luego sentenció: «Tras los pobres anda siempre la guadaña».

Por el contrario, mi madre no le daba ninguna importancia a que la mujer del cuadro y la de la foto se pareciesen tanto como dos gotas de leche.

Solo por ahí

No tuvo la sensación de despertar sino de salir de un sopor de tila templada. Ma estaba allí, al pie de la cama, aguijoneándolo con aquellos ojos de perra sonámbula.

—¡Cielo santo! ¿Dónde se metería?

—Tranquila, mujer.

Habían esperado por él hasta las cuatro de la mañana, dando vueltas en torno al teléfono y con un nervio eléctrico tendido por el pasillo hasta la cerradura de la puerta.

—¡Si hubiésemos llamado antes! —se quejaba ella—. A lo mejor, está en casa de Ricky. O de Mini. Sí, seguro que en la de Mini. Me dijo que sus padres les dejan ensayar hasta tarde. Viven en un dúplex, claro.

—Por mucho dúplex que tengan no creo que les dejen armar follón por la noche. ¡Angelitos, ni que tocaran nanas!

Ella cruzó los brazos y buscó algo que mirar en el muro opaco de la noche.

—De eso te quería hablar, Pa. Creo... creo que deberíamos procurar que estuviese más a gusto en casa.

—¿A gusto? ¿A qué te refieres? ¡Si tiene toda la casa para él! El otro día llegué y había aquí, aquí mismo, en la sala, cuatro mocosos comiendo pizza y viendo un vídeo de tipos y tipas que se cortaban piernas y brazos con una sierra eléctrica. ¡Manda carajo! ¿Por qué no ven pelis porno? ¡Me llevaría una alegría...!

—Son así. Hay que entenderlos.

—¿Entenderlos? ¿Sabes lo que le dije? Oye, de puta madre esa película. ¿La última de Walt Disney? Eso fue lo que le dije. ¿Duro, eh?

—Le pareció fatal. Dijo que habías sido un borde, que siempre le tomabas el pelo delante de sus amigos.

—¿Y qué quieres que haga? ¿A ver? ¡Unas hostias! Eso es lo que yo tenía que hacer. Darle unas buenas hostias.

—¡Por favor, Pa!

—A mí me las dio mi padre un día que le dije mierda. ¡Vete a la mierda! Yo ya era un mozo, no creas. Y me metió una bofetada que casi me tumba. Le estaré agradecido toda la vida. Me aclaró las ideas.

—Él nunca te mandó a la mierda.

—No. Eso es cierto. Me dijo «¡Muérete!». Pero nunca me mandó a la mierda...

Eran las cuatro de la mañana y a esa hora ya no podían llamar por teléfono a los padres de Ricky o de Mini. Sería como entrar sin permiso en casa ajena con los zapatos llenos de barro. Intentó convencerla de que lo mejor era ir a dormir un poco.

—No pasa nada, ya verás. Estará a punto de llegar. O se quedaría a dormir en casa de sus amigos. Hay que descansar, anda.

—Acuéstate tú. Mañana tienes que conducir. ¿Quieres una tila?

Ahora eran las siete y ella estaba allí, con las ojeras de la mujer que atiende el guardarropa en un club nocturno.

Le pedía sin hablar que hiciese algo, antes de que se quedase sola y el pasillo se convirtiese en un largo embudo.

—Todavía es un poco temprano. Tranquila. Esperamos media hora y llamamos.

Se vistió y se afeitó. Mojó la cabeza más de lo normal y se peinó para atrás, alisando con las manos. Tomó un café solo y sintió en la cabeza el combate con la tila, el encontronazo de un viajante acelerado con un vagabundo que iba a pie por el borde de la calzada. Fue el viajante quien se puso en pie y se dirigió hacia el teléfono, seguido por una mujer al acecho.

—Disculpa que llame a estas horas. Soy Armando, el padre de Miro. ¿Quería... quería saber si se quedó a dormir por ahí?

—...

—¿No? Vale, perdonad, ¿eh?

—...

—No, no pasa nada. Era por si...

—...

—Claro, claro, estará por ahí. Gracias y perdona, ¿eh?

Nada, dijo. Y marcó otro número, el de los padres de Mini. No contestaban y volvió a marcar.

—Nada. Para éstos debe de ser muy temprano.

Cogió a la mujer por los hombros y le dio un beso. Toda ella parecía tan leve como su camisón.

—Llama tú dentro de media hora. Yo ahora tengo que irme. Ya voy muy retrasado. Venga, venga, tranquila. A ver, alegre esa cara. Venga, una sonrisa. Venga, mujer, venga. Así me gusta. Estamos en contacto, ¿eh?

Antes de marcharse, se asomó a la habitación de su hijo. Sobre la almohada había un arlequín de trapo con la cabeza de porcelana. Otros días le daba risa aquel detalle infantil, pero hoy hizo un gesto de desagrado. La expresión del muñeco le parecía inquietante. Una sonrisa doliente y triste. En la pared, en el póster más grande y visible, estaba aquel tipo, Steven Tyler, líder de Aerosmith. Murmuró: «¿Qué, qué pasa, tío?». La boca todavía más grande que la de Mick Jagger. Greñas muy largas y alborotadas. El pecho desnudo, con dos grandes colmillos colgando de un collar. De pantalón, una malla ceñida, como piel de felino, que le marcaba el paquete con descaro. De hecho, pensó, todo el personaje es un descaro. Por vez primera le asaltó la duda de que aquel póster estaba allí por él. Tenía su misma edad. ¿O no? Steven Tyler era más viejo. Cuando Miro se lo dijo, se había quedado mudo.

Pasó por el almacén y repasó la mercancía. Cargó los cinco maletones. Se puso en camino. Cuando ya llevaba un trecho, notó un aviso. Siempre le hacía caso a su instinto. Tenía que llevar otra maleta de *Superbreasts*. Pensó en llamar desde allí a casa, pero cambió de idea. Si no había noticias de Miro, iba a aumentar la alarma. Acabaría estropeando el día y la cosa no estaba para bromas. Pensó en la competencia. Si el mocoso supiera lo que es la vida...

Conducía a contracorriente. En dirección a la ciudad, en lenta formación, los coches del carril contrario cabeceaban como ganado impaciente. Paró en la gasolinera de Bens, antes de meterse en la autopista de Carballo. Mientras le llenaban el depósito, miró el muestrario de casetes para consumo rápido de automovilistas. Una mezcla de cosas de siempre, con tapas descoloridas por

el sol. Los corridos mejicanos de Javier Solís. Antonio Molina. Carlos Gardel. Chistes verdes. Los Chunguitos. Fuxan os ventos. Ana Belén & Víctor Manuel. Julio Iglesias. Orquesta Compostela. Y allí, en el medio, como una maldita casualidad tramada por un guionista de películas, la portada de una vaca con un tatuaje en el pernil, Aerosmith, y un aro de metal clavado en una mama. *Get a trip*.

—Me llevo esto también —dijo, señalando la casete.

Hoy haría todo el recorrido por la costa, por lo menos hasta Ribeira. Tenía que cronometrar bien y detenerse el tiempo justo en cada tienda. En Carballo paró en la corsetería Lucy. La dueña del comercio rebuscaba entre unas prendas y tardó en responder a sus buenos días. Paciencia, pensó él, la vieja acaba de abrir los ojos y, además, tiene malas pulgas.

—La veo muy bien, señora.

—No me venga con pamplinas a estas horas.

—A quien madruga, Dios le ayuda.

—¿Dios? Esto es un desastre. Una calamidad.

—Pasó febrero. ¡Ya verá ahora!

—No necesito nada. Nada de nada —dijo con un gesto rotundo de las manos, como si quisiera echarlo.

—Usted sabe que no la engaño. ¿La he engañado alguna vez? Le digo que una cosa se va a vender y se vende, ¿o no?

—También se iban a vender los *panties* en el invierno. ¿Quiere saber una cosa? Hay *panties* ahí para calentarle la boca de abajo a media España.

—Me encanta verla enfadada. Se parece, se parece a... ¿Cómo se llama esta actriz? ¡Liz Taylor!

—Sí, ya. No necesito nada.

—Quiero que vea una cosa, sólo una cosa. ¿Se imagina algo mejor que el *Wonderbra*, pero a mitad de precio? ¿A que no me cree?

—No. A ver.

—No la engaño. Mire esto. El mejor sujetador del mercado. Realza el pecho, pero no es una armadura. Toque, toque. ¡Viene la primavera, Lucy, viene la primavera!

Siguió la ruta por Malpica. Y luego Ponteceso, Laxe, Baio, Vimianzo, Camariñas, Muxía, Cee, Corcubión, Fisterra. La cosa iba yendo. ¡Menos mal

que había traído un extra de *Superbreasts!* Gracias, corazón, sexto sentido, que no me fallas. Habría que comer algo. Miró el reloj. De repente, sintió una bofetada, una bofetada más fuerte que aquella de su padre. ¡Cielo santo! Pero qué bestia, qué cabrón soy. Corrió, corrió como loco hacia la cabina de teléfono.

—¿Ma? ¿Eres tú, Ma?

—...

—Perdona, perdona, por Dios. Tuve problemas, de verdad, Ma, créeme, una complicación.

—...

—No, nada. Una avería. ¿Y el chico? ¿Apareció Miro?

—...

—¿No apareció?

—...

—Bueno, mujer. Si llamó, ya está. ¿Qué le pasó? ¿Le pasó algo?

—...

—Sí, voy a hablar con él. Voy a hablar con él muy en serio. Tú tranquila. Yo me encargo de que esto no vuelva a pasar. Anda, ahora duerme un poco. Descansa. Ya te llamaré. Todavía tengo mucho curro por delante. Descansa, ¿eh?

Al salir de la cabina, en el muelle de Fisterra, se fijó en el mar por primera vez en todo el día. El sol de marzo le daba un brillo duro, de metal de acero. Regresó a la cabina y volvió a marcar.

—¿Ma? Soy yo. Perdona, ¿eh? Perdona que no llamara antes. No sé qué me pasó.

—...

—Todo irá bien. Ya verás. Todo irá bien. Un beso muy grande. Y descansa, ¿eh?

Por la tarde, en la playa de Corrubedo, un grupo de chicos y chicas haciendo surf. Los miró con envidia. No por él, sino por su hijo. Le gustaría que él estuviese así, con aquellos trajes ceñidos y de colores vivos. Alegres, sanos, seguramente ricos, luchando con el mar bravo, deslizándose con suavidad sobre la cresta de las olas. Bueno, pensó, él no tiene mal corazón. Y parece que toca bien, a su manera. Saldrá adelante. También yo salí.

Dio por finalizada la jornada en Ribeira. Estaba contento. En la lencería Flor de Piel le compraron la última partida de *Superbreasts* y también de bragas *Basic Instinct*. El tipo de la competencia, aquel vendedor achulapado, con más anillos que dedos, de corbata excesiva como ramo de gladiolos, iba a quedar con un palmo de narices cuando llegase mañana. Se la jugó por sorpresa y el que da primero da dos veces. Estaba contento y cansado. Cuando cerró el maletero del coche, sintió que sus párpados también se dejarían abatir con gusto. Decidió tomar un café y llamar desde el bar.

—Hola, Ma. ¿Cómo va eso?

—...

—Bien. Dile que se ponga.

—...

—¿Cómo que no le diga nada?

—...

—¿Que no le grite? Tú eres peor que él. Unas hostias, eso es lo que necesita ese mocoso.

—...

—¿Que no lo va a hacer más? ¡Pues menos mal!

—...

—Claro, claro. ¡Qué delicadeza por su parte! ¿Y dónde pasó la noche?

—...

—¿Solo por ahí?

Hubo un silencio entre ellos, como si por el túnel del teléfono se escuchara el eco de los pasos de un caminante insomne y solitario, y el repique de una gotera. Miró de reojo. Toda la clientela del bar estaba pendiente del resumen deportivo en la televisión.

—¿Cómo que solo por ahí? ¿Durmió en un portal o qué? En algún sitio dormiría.

—...

—¿Que no durmió?

—...

—No, no me amargo. ¿Qué hace ahora?

—...

—¿Traía hambre, eh?

—...

—Eso está bien.

—...

—Ma, dile, dile que... ¡Bah! No le digas nada.

—...

—En Ribeira.

—...

—No, no llueve.

—...

—Cuelgo. No te preocupes por la cena. Ya picaré algo de la nevera.

—...

—Buenas noches, Ma.

—...

—Sí, iré despacio.

Antes de encender el coche, respiró hondo. Los primeros neones se encendían desganados y las farolas tenían aún una luz tullida. «Solo y por ahí», murmuró. De todo lo sucedido, aquello fue lo que más lo había perturbado. Escuchaba los pasos de Miro por un túnel. Llevaba la cara maquillada de blanco como un arlequín. Aquella imagen le dolía. Preferiría mil veces que hubiese estado de parranda con los amigos y amaneciese fumando una china de hachís en la playa.

Por enésima vez en el día puso la cinta de Aerosmith. Aquel regalo para Miro. Después, volviéndose hacia Steven Tyler, que iba de copiloto, hizo un gesto de complicidad.

—Será mejor que conduzcas tú.

Le pesaban los ojos como las puertas de un maletero infinito.

Ustedes serán muy felices

El doctor Freire se arrodilló en reverente silencio sobre la almohada de musgo, como si aquel peñascal fuese un altar, y una pila sagrada la fuente donde empozaba el agua. De camino hacia aquel lugar, y de la mano de Fina, sentía un antiguo placer de oboe y arpa que amansaba el apremiante reloj de su vida de especialista en trasplante de corazón. Pero hoy el ritual tenía un valor añadido.

—Aquí es donde nace —dijo en inglés, girando hacia sus invitados.

Su rostro resplandecía de orgullo, como el destinatario de una confidencia bíblica. Aquel fragmento del Génesis era de su propiedad. El agua burbujeaba en el lecho arenoso, entre hilas de hierba y centelleos de mica, y fluía por sus venas de hombre antes de descender entre alisos. En aquel instante era su corazón el que bombeaba el riachuelo hacia el valle de Amoril.

El doctor Freire admiraba al doctor Kimball. En cierta manera, aquella invitación era una ofrenda de gratitud. Acababa de conocerlo en persona, en un congreso médico que los había reunido en Santiago de Compostela. Pero durante años había leído todos sus libros, todos sus informes, y estaba al corriente de sus experiencias pioneras en la sustitución en los trasplantes de órganos vivos por equivalentes sintéticos. Gran parte de su saber médico lo había tomado prestado de aquel hombre que trabajaba al otro lado del océano. Muchas de sus dudas habían encontrado solución en la terminal informática, gracias a ideas aportadas desde la lejanía por alguien con quien hoy compartía el *chac chac tsuit chac* de la tarabilla, esa inquieta pregunta que queda suspensa en el anochecer. El doctor Kimball era una eminencia en su campo, un hombre de prestigio internacional, y al doctor Freire le parecía un milagro verlo allí, ahora reclinado él también sobre la pila, con los ojos muy

abiertos, como un monje budista que interpreta el pestañear silencioso de las burbujas.

Cuando el médico norteamericano y su esposa Ellen acogieron con simpatía la propuesta de pasar el fin de semana en su pazo de Amoril, antes de regresar a Houston, el doctor Freire sintió una mezcla de sorpresa y halago. Al darle la noticia a Fina ya sentía el efecto excitante del licor de la vanidad, una reacción que saborearon juntos al tratar de los preparativos, y lo hacían sin disimular el uno con el otro, porque les parecía que la ocasión merecía un disfrute abierto y goloso, como si fuese una fortuna traída por el azar. Así, él pensaba ya en el impacto entre colegas de un preámbulo del tipo: «Tal como me dijo el doctor Kimball en mi casa de Amoril...». Y ella, Fina, aunque más con los pies en la tierra, sumergida ya en las preocupaciones de anfitriona, se precipitó a realizar unas selectas llamadas telefónicas que calculaba tendrían un efecto semejante a una nota de sociedad en el periódico *El Correo Gallego*.

Así que allí estaba el famoso doctor Kimball, sentado ahora ante la *lareira*^[8], con un vaso con dos dedos de whisky, mientras Freire colocaba en hábil pirámide la leña y encendía fuego con la solemnidad de quien presenta un número de magia. Al otro lado de la sala Fina buscaba palabras en su balbuceante inglés para explicarle a Ellen que el cuadro que miraban representaba el mundo como una mascarada de carnaval, *like a carnival*, y que su autor, Laxeiro, era el más cotizado del país.

Fue ella, Fina, quien encendió las luces, como inducida por la observación de Ellen ante el cuadro.

—Es muy hermoso... y también muy extraño.

Sí, pensó Fina, es un carnaval misterioso y oscuro. En realidad, nunca le había gustado aquel cuadro. Tenía algo de inquietante y deforme que le resultaba molesto. Preferiría una cosa con más color y placentera. Un paisaje como los que se pintaban antes. Algo bonito de verdad, con las cosas en su sitio, donde los campos fueran verdes, los tejados rojos y el cielo azul. Pero aquél era un cuadro de valor. Todo el mundo que entendía de pintura se lo decía. Un valor que, aseguraban los entendidos, se multiplicaría en el futuro, cuando el autor fuese uno de esos difuntos que parrandeaban en el lienzo.

La oscuridad venía también de fuera. La noche invernal había caído de

repente y enlutaba los cristales de las ventanas. Cuando Fina encendió las lámparas, su marido se volvió, contrariado, desde la *lareira*.

—¡No, mujer, espera un poco!

La magia del fuego de la *lareira*, a diferencia de las chimeneas encajonadas, radica precisamente en el temblor de llamas y sombras que extiende por toda la casa. La *lareira* tiene los laterales abiertos. Es como un cine en tres dimensiones. El doctor Kimball seguía las explicaciones con gesto interesado y asintió sonriente.

Fina hizo caso y se acercó con Ellen a donde crepitaba la naciente hoguera. Después, mientras los dos médicos filosofaban acerca del fuego y el ser humano, se acordó de la cena y se dirigió a la cocina. No le gustaba la oscuridad. Su marido sabía que a ella no le gustaba la oscuridad, pero hoy había que dejarlo, igual que a un niño feliz que le enseña a otro sus juguetes. Miró por la ventana del pasillo. No se distinguía nada. Abrió la puerta y, ante la luz, respiró con el alivio de quien se desprende de unas garras en la espalda. Allí, en la cocina, remangada y con las mejillas coloradas por los vapores, trajinaba Reme.

—¡Qué bien huele!

—Va a ser un cocido como Dios manda, señora. Los grelos han llegado directos de la huerta. ¡Aún traían las estrellas de la escarcha!

—Diego quería ofrecerles una cosa típica.

—Eso está bien. ¡Nada mejor que las cosas de la tierra!

Había sido un hallazgo, lo de Reme. Era una mujer servicial y, al mismo tiempo, simpática y espontánea. Ella y su marido hacían de caseros, mantenían el pazo limpio y habitado y se brindaban para todo tipo de trabajos. Ella era una buena cocinera y el marido, Andrés, también llamado O'Courel, además de jardinero y hortelano, se daba maña con muchos oficios; igual arreglaba una cerradura que retejaba por donde había humedades. Además, era muy buen conversador. Él no era de Amoril. Había nacido en la montaña y había estado emigrado en Barcelona. A veces los dejaba con la boca abierta, al adornar una historia con dichos en latín o sabidurías sorprendentes. Por ejemplo, cada árbol frutal tenía su propia mosca. Había la mosca del manzano, del melocotonero, del peral... Y cada animal tenía también la suya. Eran muy distintas las moscas que rondaban a

la vaca de las que revoloteaban alrededor de un burro. Lo mismo pasaba con los escarabajos de los excrementos. Que eran diferentes. Dependía del animal, dispensando. Al recordar esto, Fina sonrió y Reme se animó aún más con la faena viéndola a ella satisfecha.

—También tengo lista la salsa de las almejas, señora. La cebollita muy picada, y un casi nada de pimienta blanca.

—Seguro que está riquísima, Reme.

Andaban alrededor de los cincuenta. No tenían hijos. Cuando hablaba de eso, Reme se entristecía.

—Tienen que animarse ustedes. Nosotros ya... Pero ustedes aún son jóvenes, y no les va a faltar con qué criarlos. Si yo pudiese, tendría una docena.

Pero no era de hijos de lo que hablaban ahora, sino de la hora apropiada para poner la mesa y causar la mejor impresión a los huéspedes.

Se escuchó un trueno, y la lámpara del tubo fluorescente de la cocina pestañeó y emitió un zumbido de insecto. Pero se mantuvo encendida. Las dos mujeres cruzaron sus miradas. Reme se persignó.

—¡Vaya por Dios! Se avecina una buena tormenta.

Fina volvió a la sala. Esta vez fue derecha a la llave de la luz y encendió las lámparas sin preocuparse de la reacción de su marido. Pero el doctor Freire no hizo ningún comentario. Dijo: «¿Has oído, Fina? Los ratones andan por el desván». De inmediato, tradujo literalmente la frase al inglés. El doctor Kimball hizo un gesto de entender el significado. Los ratones. Los truenos. Rieron.

Ellen contó que ella, de niña, al contrario que sus hermanos, no tenía miedo a las tormentas. Sus padres tenían una casa de recreo al norte de la costa Este, cerca de Canadá, y a veces el cielo parecía quebrarse como bolas de Navidad en manos de críos revoltosos. Por la noche, despertaba e iba a mirar por la ventana. Los relámpagos, decía, eran un espectáculo fascinante. Una fiesta de la naturaleza. Pero ahora no, confesó. A medida que pasaban los años, iba sintiendo más respeto y temor.

El doctor Kimball la miró con irónico arrobo: «Puedes estar tranquila. Te protegeré siempre. Yo seré tu pararrayos».

Las sonrisas quedaron petrificadas en la sombra como viñetas de un

tebeo. Cayó un rayo que retumbó como un látigo restallante en el tejado del pazo. Transcurrió un instante de silenciosa conmoción, hasta que alguien comentó que se había ido la luz. De inmediato, se escuchó la voz de Reme que salía a tientas de la cocina e invocaba a los santos del cielo. Por fin, se orientó gracias al fuego de la *lareira*. Cuando llegó a donde ellos estaban, aún tenía el rostro congestionado.

—¡Fue terrible! Centellearon las cacerolas delante de mí. ¡Cosa del diablo!

—Tranquila, Reme, siéntate un poco —dijo Fina.

—Se fundirían los plomos. Por ahí debe de andar mi Andrés.

Los truenos se habían ido alejando y llegó el agua. Una lluvia desmedida que hizo cantar a los canalones del tejado y que repicaba con un punto de cólera en los cristales. La luz no volvía, y tampoco se tenían noticias del esperado Andrés. Aquella situación los acercó más al fuego, que se iba agrandando, atizado por ojos y pensamientos. De repente, Fina brincó levemente en el sofá y miró asustada hacia el ventanal de la sala.

—¡Ah, ahí está Andrés! —dijo Reme con voz tranquila.

—¡Santo cielo, qué susto me acabo de llevar! —reconoció Fina, en tono avergonzado.

No lo quiso confesar, pero por un instante había visto en aquel encapuchado que balanceaba un candil una figura que el relámpago hubiese expulsado del cuadro de Laxeiro.

—¡Buenas noches nos dé Dios!

Andrés saludó con aire viril y con irónica solemnidad cuando le abrieron la puerta. Era un hombre corpulento y tan tranquilo en sus movimientos que parecía torpe. Levantó el candil a la altura de la cabeza, e hizo una ligera inclinación de frente, a la vieja usanza, dirigida a los desconocidos. La improvisada capucha hecha uniendo las puntas de un saco de tela, las cejas espesas, los ojos escrutadores, el bigote rojizo y denso, le daban un aire de cazador boreal. Se desprendió del cobertor, que venía empapado, y pidió permiso para entrar en la sala. Dejó ceremonioso el candil en la repisa de la campana de la *lareira*.

—¡Sí, señor! Una reliquia. Pero ya ven qué útil resulta en caso de apuro. ¡El viejo candil! ¡Sí, señor!

—Andrés, ¿y qué pasa con la luz? —lo apremió Reme.

—Pues parece una cosa seria.

—¿Cómo que sería? —preguntó inquieto el doctor Freire.

—Pues bien, creo que es de la línea. O del transformador. De los fusibles no es. De eso estoy seguro.

—¿Y cuánto tardarán en arreglarlo? —preguntó Fina con tono de impaciencia.

—¡Huy! Con el agua que está cayendo...

Andrés sabía que era el centro de atención. La clave para el retorno de la luz. Podría responder «unas horas» o «dos o tres días». O las dos cosas. Miró al doctor Kimball. Un duende divertido le hizo decir: «Con estos de la Compañía nunca se sabe. A lo mejor, dos o tres días».

—Pero ¿qué dices? —saltó Reme, intentando corregir a su marido como si hubiese dicho una calumnia.

—La última vez tardaron más.

—No digas tonterías, hombre.

—Yo digo las cosas como son. Esto es el culo del mundo, dispensando.

Miró para su mujer. En un ojo había súplica. El otro lo estaba fulminando.

—Lo más seguro es que lo arreglen esta noche —dijo sonriente, como si estuviese poniendo final a una broma—. Cuando escampe un poco me acercaré al pueblo, a ver qué pasa.

Todos respiraron con alivio.

—¿Saben? Andrés es adivino —dijo de repente el anfitrión a la pareja extranjera—. ¿Traes las cartas?

—Las llevo siempre en el bolsillo —respondió el hortelano, dándose una palmada a la altura del corazón.

—¿Por qué no se las echas a ellos? —dijo el doctor Freire, satisfecho de poder presentar un número realmente original a sus huéspedes.

—¡Ay, no, señor! —exclamó Reme.

—¿Y por qué no? ¿Qué hay de malo? —insistió el dueño de la casa.

—No, nada —dijo ella resignada—. Yo vuelvo a la cocina, que ya se han ido los truenos.

—¿De verdad adivina el futuro? —preguntó el doctor Kimball en tono

divertido.

—Es increíble —dijo Freire—. Siempre acierta. Venga, Andrés. Adelante.

El jardinero sacó una baraja del bolsillo de la camisa y se acomodó ante la mesa baja de la sala. A su lado estaba el doctor Freire. Enfrente, los invitados, Kimball y Ellen, expectantes. De pie, fumando un cigarrillo y apoyada en la columna de la *lareira*, Fina.

—Bien —dijo Andrés con el tono solemne de quien inicia una ceremonia—. Esta forma de echarlas se llama de Siete en Cruz. Primero se cortan así, siete veces con la mano izquierda. Ahora se colocan así, en cruz, boca abajo.

Una vez colocadas las cartas, Andrés respiró hondo y frotó las manos con calma, sin levantar la mirada. Sólo se escuchaba el fuego, disparando de vez en cuando la pirotecnia de las chispas. Luego, con un gesto pausado de clérigo, Andrés levantó la carta del centro. Un tres de bastos cabeza abajo.

El adivino quedó pensativo por un instante. Miró imperceptiblemente para el lado del doctor Freire. Luego recogió las cartas.

—¿Qué pasa? —preguntó el anfitrión.

—Nada. Las voy a echar de otra forma.

—Va a hacerlo de otra manera —dijo sonriente el doctor Freire a sus invitados. Éstos asintieron.

Esta vez sin explicar nada, Andrés colocó doce cartas en círculo y una en el centro.

Levantó la del medio. Un tres de bastos con la cabeza hacia abajo.

Todos reaccionaron con nerviosas carcajadas. El doctor Kimball preguntó algo en inglés y su colega lo tradujo.

—¿Algo malo, Andrés?

—No, no, pero voy a probar de otra manera.

—¡Atención! —proclamó con voz teatral el doctor Freire—. ¡Tercer intento!

Andrés barajó repetidamente. Ahora colocó nueve cartas, en filas de tres, formando un cuadrado. Levantó la central, la del medio de la segunda fila.

Un tres de bastos con la cabeza hacia abajo.

Las nuevas risas, acobardadas, eran lo más parecido a un gesto de inquietud. Todos miraron al cartomántico esperando una interpretación.

Andrés se volvió hacia el doctor Freire y dijo en voz baja, intentando aparentar normalidad: «Me parece que es mejor seguir otro día, señor».

—¿Por qué no levantas más cartas?

—Esta carta es muy mala señal. Créame, es mejor dejarlo.

El doctor Freire miró a la pareja y sonrió.

—Dice que ustedes serán muy felices. Que da siempre el mismo resultado.

El doctor Kimball cogió la mano de Ellen y pidió al anfitrión que le comunicara al adivino su agradecimiento.

—Bien, voy a ver si arreglan o no lo de la luz —dijo Andrés levantándose—. Parece que ya no llueve tanto.

Fina lo siguió camino de la puerta. Cuando ya asomaba fuera, ella lo agarró por un brazo.

—¿Qué pasaba con las cartas, Andrés?

—Nada, señora. Nada.

—¿Era algo malo?

—Muy malo, señora.

Ella quedó fastidiada. Cuando el jardinero era ya una medio sombra en la noche, Fina le gritó.

—¿Lo nuestro era cierto?

—¿Lo qué?

—Lo que nos dijiste el otro día.

—Lo suyo va a misa, señora. Ustedes serán muy felices. Y tendrán un hijo muy pronto.

«Sí, ustedes serán muy felices», murmuró el hombre en la oscuridad, pisando duro en el suelo enfangado.

Carmiña

¿Así que nunca has ido a Sarandón? Haces bien. ¿A qué ibas a ir? Un brezal cortado a navaja por el viento.

O'Lis de Sésamo sólo venía al bar los domingos por la mañana. Acostumbraba a entrar cuando las campanas avisaban para la misa de las once y las hondas huellas de sus zapatones eran las primeras en quedar impresas en el suelo de serrín como en el papel la tinta de un sello de caucho. Pedía siempre un jerez dulce que yo le servía en copa fina. Él hacía gesto de brindar mirando hacia mí con sus ojos de gato montés y luego se refugiaba en el ventanal. Al fondo, la mole del Xalo, como un imponente buey tumbado.

Sí, chaval, el viento rascando como un cepillo de púas.

Brezos, cuatro cabras, gallinas peladas y una casa de mampostería con una higuera medio desnuda. Eso es todo lo que era Sarandón.

En aquella casa vivía Carmiña.

O'Lis de Sésamo bebió un sorbo como hacen los curas con el cáliz, que cierran los ojos y todo, no me extraña, con Dios en el paladar. Echó un trago y luego chasqueó la lengua.

Vivía Carmiña y una tía que nunca salía. Un misterio. La gente decía que tenía barba y cosas así. Yo, si he de decir la verdad, nunca la vi delante. Yo iba allá por Carmiña, claro. ¡Carmiña! ¿Tú conociste a Carmiña de joven? No. ¡Qué coño la ibas a conocer si no habías nacido! Era buena moza, la Carmiña, con mucho donde agarrar. Y se daba bien.

¡Carmiña de Sarandón! Para llegar a su lado había que arrastrar el culo por los tojos. Y soplaban un viento frío que cortaba como filo de navaja.

Sobre el monte Xalo se libraba ahora una guerra en el cielo. Nubes fieras, oscuras y compactas les mordían los talones a otras lanudas y azucaradas.

Desde donde yo estaba, detrás de la barra, con los brazos remangados dentro del fregadero, me pareció que la voz de O'Lis enronquecía y que al contraluz se le afilaba un perfil de armiño o de garduña.

Y había también, en Sarandón, un demonio de perro.

Se llamaba *Tarzán*.

O'Lis de Sésamo escupió en el serrín y luego pisó el esgarro como quien borra un pecado.

¡Dios, qué malo era aquel perro! Ni un día, ni dos. Siempre. Tenías que verlo a nuestro lado, ladrando rabioso, casi sin descanso. Pero lo peor no era eso. Lo peor era cuando paraba. Sentías, sentías el engranaje del odio, así, como un gruñido averiado al apretar las mandíbulas. Y después ese rencor, ese arrebatado enloquecido de la mirada.

No, no se apartaba de nosotros.

Yo, al principio, hacía como si nada, e incluso iniciaba una carantoña, y el muy cabrón se enfurecía más. Yo subía a Sarandón al anochecer los sábados y domingos. No había forma de que Carmiña bajase al pueblo, al baile. Según decía, era por la vieja, que no se valía por sí misma y además había perdido el sentido y ya en una ocasión había prendido fuego a la cama. Y así debía de ser, porque luego Carmiña no resultaba ser tímida, no. Mientras *Tarzán* ladraba enloquecido, ella se daba bien. Me llevaba de la mano hacia el cobertizo, se me apretaba con aquellas dos buenas tetas que tenía y dejaba con mucho gusto y muchos ayes que yo hiciera y deshiciera.

¡Carmiña de Sarandón! Perdía la cabeza por aquella mujer. Estaba cachonda. Era caliente. Y de muy buen humor. Tenía mucho mérito aquel humor de Carmiña.

¡Demonio de perro!, murmuraba yo cuando ya no podía más y sentía sus tenazas rechinar detrás de mí.

Era un miedo de niño el que yo tenía. Y el cabrón me olía el pensamiento.

¡Vete de ahí, *Tarzán*!, decía ella entre risas, pero sin apartarlo. ¡Vete de ahí, *Tarzaniño*! Y entonces, cuando el perro resoplaba como un fuelle envenenado, Carmiña se apretaba más a mí, fermentaba, y yo sentía campanas en cualquier parte de su piel. Para mí que las campanadas de aquel corazón repicaban en el cobertizo y que, llevadas por el viento, todo el mundo en el valle las estaría escuchando.

O'Lis de Sésamo dejó la copa vacía en la barra y pidió con la mirada otro vino dulce. Paladeó un trago, saboreándolo, y después lo dejó ir como una nostalgia. Es muy alimenticio, dijo guiñando el ojo. La gente saldría enseguida de misa, y el local se llenaría de humeantes voces de domingo. Por un momento, mientras volvía a meter las manos bajo el grifo para fregar los vasos, temí que O'Lis fuese a dejar enfriar su historia. Por suerte, allí en la ventana estaba el monte, llamando por sus recuerdos.

Yo estaba muy enamorado, pero hubo un día en que ya no pude más. Le dije: mira, Carmiña, ¿por qué no atas a este perro? Me pareció que no escuchaba, como si estuviese en otro mundo. Era muy de suspiros. El que lo oyó fue él, el hijo de mala madre. Dejó repentinamente de ladrar y yo creí que por fin íbamos a poder retozar tranquilos.

¡Qué va!

Yo estaba encima de ella, sobre unos haces de hierba. Antes de darme cuenta de lo que pasaba, sentí unas cosquillas húmedas y que el cuerpo entero no me hacía caso y perdía el pulso. Fue entonces cuando noté el muñón húmedo, el hocico que olisqueaba las partes.

Di un salto y eché una maldición. Después, cogí una estaca y se la tiré al perro que huyó quejándose. Pero lo que más me irritó fue que ella, con cara de despertar de una pesadilla, salió detrás de él llamándolo: ¡*Tarzán*, ven, *Tarzán*! Cuando regresó, sola y apesadumbrada, yo fumaba un pitillo sentado en el tronco de cortar leña. No sé por qué, pero empecé a sentirme fuerte y animoso como nunca había estado. Me acerqué a ella, y la abracé para comerla a besos.

Te juro que fue como palpar un saco fofo de harina. No respondía.

Cuando me marché, Carmiña quedó allí en lo alto, parada, muda, como atontada, no sé si mirando hacia mí, azotada por el viento.

A O'Lis de Sésamo le habían enrojecido las orejas. Sus ojos tenían la luz verde del montés en un rostro de tierra allanado con la grada. A mí me ardían las manos bajo el grifo de agua fría.

Por la noche, continuó O'Lis, volví a Sarandón. Llevaba en la mano una vara de agujón, de esas para llamar a los bueyes. La luna flotaba entre nubarrones y el viento silbaba con rencor. Allí estaba el perro, en la cancela del vallado de piedra. Había alguna sospecha en su forma de gruñir. Y

después ladró sin mucho estruendo, desconfiado, hasta que yo puse la vara a la altura de su boca. Y fue entonces cuando la abrió mucho para morder y yo se la metí como un estoque. Se la metí hasta el fondo. Noté cómo el punzón desgarraba la garganta e iba agujereando la blandura de las vísceras.

¡Ay, Carmiña! ¡Carmiña de Sarandón!

O'Lis de Sésamo escupió en el suelo. Después bebió el último trago y lo demoró en el paladar. Lanzó un suspiro y exclamó: ¡Qué bien sabe esta mierda!

Metió la mano en el bolsillo. Dejó el dinero en la barra. Y me dio una palmada en el hombro. Siempre se iba antes de que llegaran los primeros clientes nada más acabar la misa.

¡Hasta el domingo, chaval!

En el serrín quedaron marcados sus zapatones. Como él mismo diría de refilón, con una voz del cinema: Y no borres las huellas de un animal solitario.

El míster & Iron Maiden

El muchacho maldijo, se levantó furioso y tiró la banqueta de una patada. El hombre de pelo cano, al hablarle, miraba en la camiseta, con la inscripción Iron Maiden, el espectro monstruoso que con las manos sujetaba los extremos de un cable de alta tensión y relampagueaba por los ojos. El pelo del espectro era muy largo y de un blanco de nieve.

¿Qué haces? ¡Pon la banqueta derecha!

Estaban viendo el partido televisado. El rival había metido el gol del empate y así se alejaban las posibilidades de que el Deportivo de Coruña se hiciera con el campeonato. Al fondo de la cocina la madre palillaba^[9] flores de encaje. Aquel sonido industrial pertenecía al orden natural de la casa. Cuando no existía, se echaba en falta.

La culpa es de él, dijo el muchacho con resentimiento.

¿De quién? También el hombre de pelo cano se sentía molesto.

¿De quién va a ser? ¡Mira que es burro!

¿Por qué le llamas burro? ¡No sabes ni de qué hablas!

Estábamos ganando, estábamos ganando y va y cambia un delantero por un defensa. Siempre recula. ¿No te das cuenta de que siempre recula?

¿Está en el campo? Dime. ¿Está él en el campo? ¿No hay ahí once tipos jugando? ¿Por qué siempre le echáis a él la culpa?

¡Porque la tiene! ¿Por qué no quita a Claudio? ¿A ver? ¿Por qué no? ¡Vamos ganando y va y cambia a Salinas. ¡Todo al carajo!

¿No dices siempre que Salinas es un paquete?

Pero ¿por qué lo cambia por un defensa?

Los otros también juegan. ¿No te das cuenta de que el contrario también juega? Éramos unos muertos de hambre. ¿Recuerdas que éramos unos

muertos de hambre? Estábamos en el infierno y ahora vamos segundos. ¡No sé qué coño queréis!

¡No me vengas con rollos! Tú eres igual que él, dijo el muchacho haciendo en el aire una espiral con el dedo. Que si tal, que si cual. Cuidadito, prudencia. El fútbol es así, una complicación. Rollo y más rollo.

Ya lloraréis por él. Recuerda lo que te digo. ¡Acabaréis llorando por él!

El locutor anunció que se iba a cumplir el tiempo. El árbitro consultaba el reloj. Luego se vio en la pantalla el banquillo local y la cámara enfocó el rostro apesadumbrado del místico. El hombre de pelo cano tuvo la rara sensación de que estaba ante un espejo. Hundió la cabeza entre las manos y el entrenador lo imitó.

¡Jubílate, hombre, jubílate!

El hombre de pelo cano miró para el muchacho como si le hubiese disparado por la espalda. La madre dejó de palillar y eso causó el efecto de una banda sonora de suspense.

¿Por qué dices eso?

El muchacho fue consciente de que estaba atravesando una alambrada de púas. La lengua rozaba el gatillo como un dedo que le hubiera cogido gusto y que ya no obedecía las órdenes de la cabeza.

Digo que ya es viejo. Que se largue.

Habían discutido mucho durante toda la Liga, pero sin llegar al enfado. Ahora, por fin, el asunto estaba zanjado. El hombre de pelo cano se había quedado mudo, abstraído en algún punto de la pantalla. La cámara buscó al árbitro. Éste se llevó el silbato a la boca y dio los tres pitidos del final.

¡Ya está, se jodió todo! ¡A tomar por el culo!

¡En casa no hables así!, le reprendió la madre. Cuando apartaba los ojos cansados de los alfileres de la almohadilla de bolillos, tenía la sensación de que miraba el mundo por una celosía enrejada con punto de flor.

¡Hablo como me sale del carajo! El muchacho se fue dando un portazo que hizo pestañear la noche.

El muchacho gobernaba ahora el motor y el padre escrutaba el mar. Por el acantilado del Roncudo de Corme, en la Costa da Morte, se descolgaban los otros percebeiros. Se acercaba la última hora de la bajamar. Desde ese momento, y hasta que pasara la primera hora de la pleamar, cada minuto era

sagrado. Ése era el tiempo en que se dejaban pisar las Penas Cercadas, los temidos bajíos donde rompe el Mar de Fóra. Sólo se aventuraban allí los perceberos versados, los que saben leer el cabrilleo, las grafías que hace la espuma en las rocas. Y como cormorán o gaviota, hay que medir el reloj caprichoso del mar.

El mar tiene muchos ojos.

Cada vez que se aproximaban a las Cercadas, el muchacho recordaba esa frase repetida solemnemente por el padre en la primera salida, como quien transmite una contraseña para sobrevivir. Había otra lección fundamental.

El mar sólo quiere a los valientes.

Pero hoy el padre iba en silencio. No le había dirigido la palabra ni para despertarlo. Golpeó con el puño en la puerta. Bebió de un trago el café, con gesto amargo, como si tuviera sal.

El padre tenía otra norma obligada antes de saltar a las Cercadas. Por lo menos durante cinco minutos estudiaba las rocas y seguía el vuelo de las aves marinas. Una costumbre que él, al principio, y cuando todo aparentaba calma, había considerado inútil pero que aprendió a respetar el día que descubrió lo que de verdad era un golpe de mar. El silencio total. El padre que grita desde la roca que maniobre y que se aleje. Y de repente, salido de la nada, aquel estruendo de máquina infernal, de excavadora gigante. Trastornado, temblando, con la barca inundada por la carga de agua, busca con angustia la silueta de las Penas Cercadas. Allí, erguido y con las piernas flexionadas como un gladiador, con la *ferrada*^[10] dispuesta como lanza que fuera a atravesar el corazón del mar, estaba el padre.

Tantos ojos como el mar. Hoy el padre tiene la mirada perdida. Él va a decir algo. Mastica las palabras como un chicle. Oye, que. Ayer, no. Pero el padre, de repente, coge la horquilla y la manga, se pone de pie, le da la espalda y se dispone a saltar. Él sólo tiene tiempo de maniobrar para facilitarle la operación. Mantiene el motor al ralentí, con un remo apoyado en la roca para defender la barca. Aguarda las instrucciones. Un gesto. Una mirada. Y es él quien grita: ¡vete con cuidado!

El mar está tranquilo. El muchacho tiene resaca. Bebió y volvió tarde a casa, con la esperanza de que la noche hubiera limpiado todo lo del día anterior, como hace el hígado con el licor barato.

Mojó las manos en el mar y humedeció los párpados, apretándolos con la yema de los dedos. Al abrir los ojos, tuvo la sensación de que habían pasado años. El mar se había oscurecido con el color turbio de un vino peleón. Miró al cielo. No había nubes. Pero fue aquel silencio contraído lo que lo alertó.

Buscó al padre. Incomprensiblemente, le daba la espalda al mar. Gritó haciendo bocina con las manos. Gritó con todas sus fuerzas, como si soplara por una caracola el día del Juicio Final. Atento a los movimientos del padre, se olvidó por completo de gobernar la barca. Escuchó un sonido arrastrado de bielas lejanas. Y entonces llamó al padre por última vez. Y pudo ver que por fin se volvía, afirmaba los pies, flexionaba las rodillas y empuñaba la *ferrada* frente al mar.

El golpe pilló a la barca de costado y la lanzó como un palo de billarda contra las Cercadas. Pero el muchacho, cuando recordaba, no sentía dolor. Corría, corría y braceaba por la banda, electrizado como el espectro de Iron Maiden. Había esquivado a todos los contrarios, uno tras otro, había metido el tercer gol en el tiempo de descuento, y ahora corre por la banda a cámara lenta, las guedejas flotantes, mientras los Riazor Blues ondean y ondean banderas blanquiazules. Corre por la banda con los brazos abiertos para abrazar al entrenador de pelo cano.

El inmenso camposanto de La Habana

Yo también tuve un tío en América. Y espero tenerlo todavía, regando rosanovas en el Panteón Gallego con su cubo de zinc.

Mi tío se llamaba Amaro y se había muerto por lo menos ocho veces antes de morir. Era un especialista en morir y siempre lo hacía con mucha dignidad. Volvía de la muerte perfumado con jabones La Toja, peinado como el acordeonista de la Orquesta Mallo, con un traje nuevo Príncipe de Gales y con una historia sorprendente. En una ocasión hizo una descripción muy detallada del menú del Banquete Celestial, en el que, según él, abundaba el lacón con grelos.

¿Y había cachola?, preguntó mi padre con retranca.

¡Hombre claro! Una cabeza de cerdo en cada mesa, con dos ramitas de perejil en los agujeros del hocico y un collar de margaritas.

¿Qué tal tiempo hacía?

Soleado, pero algo frío. En el purgatorio, no. En el purgatorio soplaba un nordés criminal. Aquello es un brezal desarbolado.

Esa capacidad de morir sin morir del todo se la atribuía a una extraña naturaleza de niño vaquero de sangre azul, extremo este que Amaro demostraba en las fiestas rompiéndose la nariz, igual que cristal de escarcha, con sólo hacer pinza con dos dedos. Entonces resbalaban dos azulísimos hilos que sorbía como anís de menta.

Me parece, no obstante, que había aprendido a morir en el inmenso cementerio de La Habana.

Aún se movía el océano bajo mis pies cuando alguien me puso una escoba y un cubo de zinc en las manos. Así contaba él aquel su primer viaje, desde la aldea de Néboa al Caribe. Era tan joven que no conocía la navaja

barbera. Seguí los pasos de Mingos O’Pego, el paisano al que me habían encomendado mis padres, y con escoba de palmitos y aquel cubo luminoso entré en la intendencia del Cristóbal Colón, el cementerio más principal de América. Y no salí durante un mes, lo creas o no. O’Pego era un devoto del ron. Tenía toda una bodega oculta en uno de los nichos del Panteón Gallego. Mira este difunto, me dijo, ¡je, je! Y me avisó bien avisado: ¡Tú ni tocarlo, eh, chaval! Corría de su cuenta buscarme una habitación en la parroquia de los vivos, pero mientras, trabajaba allí todo el día y allí dormía, en una cabañucha del camposanto, entre coronas de flores y cruces de mármol. Allí aprendí a oír voces y músicas que los demás no escuchaban.

Me acurrucaba en el regazo de Amaro, y mi miedo parecía animarlo.

¡Qué noches en el camposanto de La Habana! ¡Indios, negros, gallegos! ¡Tambores y gaitas! ¡Todos bailando en la noche cálida, mientras O’Pego roncaba sobre almohada de rosanovas y coronas de claveles! Teníamos un gato que por la noche se hacía muy grande, ocelote o jaguar, y devoraba ratas grandes como liebres, ¡je, je! ¡*La Habana, Habanita mía*, qué bonito es todo en La Habana! ¡Hasta era bonito ser enterrador en La Habana!

Mis padres regentaban una taberna en la calle coruñesa del Orzán, una calle tan marinera que el océano subía a veces por el ojo del retrete. Y la clientela era fija, tan fija que tenía las tazas de vino numeradas. La de Amaro era la 36. Al contrario de lo habitual, mi tío bebía a pequeños sorbos, delicadamente, acercando con solemnidad la porcelana blanca. Luego miraba con ojos húmedos el poso del vino ribeiro, como quien mira un dramático bordado. ¡El mundo! ¡Si supieras qué pequeño es el mundo, criatura!

¡A ver, pasmarote, dime! ¿Qué es más vieja, la Torre de Hércules o la Catedral de Santiago?, preguntaba en la barra la taza número 7.

¡A mí, todo, toodo, me importa un carajo!, proclamaba la taza 9.

Están as nubes chorando

por un amor que morreu.

Están as rúas molladas

de tanto como choveu^[11].

Quien cantaba era un marinero que no tenía taza numerada y había llegado arrastrando una tormenta que dejó en el quicio de la puerta, aullando como un perro abandonado.

¡Cierra el pico, animal!, dijo la taza número 3, que era uno de esos solitarios mimetizados con la mesa de pino viejo, y con telas de araña colgándole de los ojos.

¿Eso va por mí?, preguntó desafiante el marinero, sacando pecho de lobo.

Oiga, caballero, medió oportunamente mi tío Amaro, ¿conoce usted La Habana?

¿La Habana? ¡De punta a cabo!, gritó desde la barra. Después se acercó, picado por la curiosidad. ¡La Habana, cielo santo, qué hermosa es La Habana! ¡Me salta el corazón sólo con mencionarla!

Y a mí me duele, dijo mi tío Amaro en un suspiro. ¿Y el cementerio Cristóbal Colón? ¿Conoce el inmenso camposanto de La Habana?

Pues no. ¡Llevaba otra ruta!

Lástima. Allí fui yo oficial jardinero mayor, explicaba con sentido orgullo mi señor tío.

Los crisantemos son buenos para los muertos, dijo la taza 5.

¡Prefiero las dalias!, proclamó la siguiente.

¡Borrachos!, gritó un solitario que no se tenía en pie, después de un largo trago.

¿Hace mucho que se vino?, se interesaba el marinero.

Fue cuando Aquello. Yo era pobre, pero tenía un diente de oro, y alguien llegó gritando que la Revolución me quitaría mi diente de oro. Aún lo conservo. Y abrió la boca para enseñarle la prótesis dorada al marinero, quien inclinó la cabeza con mucho interés. Cuando me di cuenta, había perdido La Habana, dijo mi tío después de lustrar el diente con la gamuza de la lengua.

En esos casos, comentó el marinero con voz sentenciosa, uno siempre va detrás de los otros y a veces mete la pata.

¿A cuánto sale ahora calzarse un diente de oro?, preguntó la taza número 12.

¡No llega la paga de Navidad!, dijo la 7.

¿Y cómo quedaba La Habana?, preguntó mi tío con tono herido.

Despintada... y bonita.

Así la dejé yo. Y después alegraba la voz. ¡Deshojemos la rosa del ribeiro en su memoria!

Maldita la gracia que le hacían a papá aquellas rondas impagadas. Amaro

no tenía un duro y siempre acababa muriéndose después de brindar por La Habana. Y así fue. Hartos de su trajín de un mundo a otro, esta vez mis padres no le prepararon velorio, ni hubo perfume, ni peinado, ni traje.

Quédate ahí, ordenó mi padre, y avísanos cuando vuelva.

Me quedé dormido a su lado, pero al despertar estaba frío y con aspecto de no volver nunca de ese viaje. Tenía una sonrisa dolorida y, en la boca entreabierta, se echaba en falta su diente de oro. Por ahora no regresó de la travesía. Meter, lo metieron en un nicho en la aldea de Néboa, pero yo lo imagino en alguna aduana, intentando pagar el billete con su diente en la palma de la mano como precioso grano de maíz, y haciendo gestiones para volver al inmenso camposanto de La Habana.

La chica del pantalón pirata

Uno de ellos había tenido la debilidad de silbar en bajo durante unos segundos, y luego él mismo miró alrededor como si buscara una rendija culpable por la que hubiese silbado el viento. El otro reconoció aquella canción y fue tras ella por el techo, hasta batir con las alas de los ojos en aquella luz pobre y somnolienta.

*Aparta loureiro verde,
deixa clarear a lúa,
que estou no medio do monte,
non vexo cousa ningunha^[12].*

Pero no despegó los labios. De hacerlo, de tararearla, sonaría como una delación. Como calló también aquel dolor inconfesable de alfiler de agua en la sien, el implacable gotear del grifo del ruinoso lavabo. Disimulando la angustia, puso en el fondo un paño que amortiguara el tintín, pero aquel estallido líquido de balón ya le había agujereado la cabeza.

Los dos fumaban tabaco negro. Había un envoltorio de cigarrillos vacío y estrujado y que ahora tenía la redondez deforme de un balón de cuero sin aire, abandonado en el rincón de un húmedo vestuario.

Los dos habían sido porteros de fútbol. Ésa fue la máxima confianza personal a la que llegaron después de cinco días, largos como cinco años. Por supuesto, no se dijeron en qué equipos ni en qué comarcas. Aquella casualidad hizo que se mirasen por un instante con signos de sorpresa e interrogación dibujados en las cejas. Proseguir aquella conversación era una

imprudencia. Saber que fumaban el mismo tabaco era el límite de intimidad al que podían llegar. Eran camaradas y tenían una misión que cumplir. Eso era todo lo que podían conocer uno del otro.

Los unía un plano. Lo demás era falso. Los nombres, las profesiones, las procedencias. Incluso las yemas de los dedos fueron tratadas con ácidos para borrar la identidad.

El plano estaba allí, encima de la mesa, junto al cazo de zinc con los cigarrillos quemados como escoria de la noche. Ninguna otra cosa debía delatar su paso. En la hora final, alisaron las mantas de los camastros, como quien espanta el aura de los cuerpos que allí habían dormido.

Los dos, en efecto, habían sido porteros. Alguien, en algún lugar, los había elegido y quién sabe si ese dato había sido decisivo. Porque él, quienquiera que fuese, lo sabía todo de ellos, una cámara oculta en sus vidas. Y seguramente los había imaginado así, como eran, mudos, acostumbrados a largas soledades y eternamente alertas, incluso cuando el balón estaba lejos, en la otra área. Reposados y sólidos, pero también felinos, al acecho, con los músculos en alerta, con resortes que sin duda saltaban en el momento decisivo.

Miraron sus respectivos relojes y asintieron con un gesto, pues durante el largo encierro ellos mismos se habían ido conformando como engranajes internos de una máquina del tiempo, y notaban en las vísceras el rodar mecánico de los dientes de la Historia.

Era la hora.

Recogieron todos los restos, comenzando por el plano, y los fueron quemando en un fuego mínimo, de retirada.

Era, sí, el mediodía.

Después de la larga noche de cinco días, los cegó la luz del sol y los puso en guardia el canto metálico de los grillos, un ejército ensordecedor y oculto que parecía estarlos esperando cuerpo a tierra. Pero enseguida echaron a andar con decisión, reduciendo el mundo a las líneas del plano impreso en la memoria. Allí, a la izquierda, entre dos setos de laurel, estaba el atajo, el viejo camino por el que antaño habían rodado los carros, ahora alfombrado de hojarasca y helechos. Caminaron igual que submarinistas por un leve fondo acuático, intentando que el espanto de los pájaros fuese tan mudo como el de

los peces.

Más que cosa de hombres, aquella misión parecía haberse urdido en el magín umbroso de la naturaleza. La misma algarabía de los grillos les parecía ahora un protector fuego de infantería amiga. Todo estaba dispuesto, dibujado y soñado hace tiempo. Labradores con brazos de hierro como rejas de arado habían cavado aquel camino hondo hacía muchos años porque alguien, en un sueño humeante de estiércol, intuyó que sería el túnel vegetal que un día recorrerían dos valientes que iban a matar al Bestión.

Así fue como, a salvo del sol y de cualquier mirada, llegaron al viejo molino abandonado, enrejado de altas zarzas. Pero la ruda vegetación los acariciaba como terciopelo. La sentían de su parte. El plano era exacto. Las muelas eran dos círculos esbozados en piedra y, en el muro, la mano del dibujante había abierto la exacta ventana, con cristales bordeados de polvillo y telas de araña. Era el mejor y el más discreto de los miradores posibles. A poca distancia, espléndido y nítido, como dibujado también por la misma mano que había hecho el plano, allí estaba el puente. Hasta los guardias de vigilancia, situados a ambos extremos, parecían querer imitar la rigidez del trazo con que habían sido señalados en el papel.

Debajo de la ventana, en el suelo, y ocultos por un pañuelo de musgo, estaban los extremos de los cables. Según lo previsto, el Bestión y su comitiva pasarían en media hora. En el instante preciso, ellos sólo tenían que hacer el contacto y el puente se derrumbaría como mecano infantil.

Atentos al reloj, vigilaban por turnos y el que no miraba permanecía silente y pétreo, apoyado en el muro. Apenas había circulación por el puente. De vez en cuando, un automóvil que reducía la marcha, intimidado por el control, y algún tractor con el remolque cargado de hierba, con ese dejarse ir perezoso que tienen las máquinas del campo en las horas de calor. También el tiempo avanzaba lentamente, retenido por los zumbidos de los insectos y los estallidos de las vainas de las retamas. Cinco minutos antes de la hora, así era la rutina registrada en el plano, los guardias tendrían que cortar el tráfico y ordenar a los conductores que se arrimasen a los lados, con el puente despejado.

Pero aún no había llegado ese momento y ahora era una muchacha la que pasaba en bicicleta y tres pares de ojos la siguieron cautivos como si

quisiesen ocupar el lugar de las ruedas. Llevaba el pelo recogido en una larga cola y vestía una blusa de mangas globo y un pantalón pirata de color negro, muy ceñido, y que dejaba las piernas desnudas de las rodillas para abajo. Los dos guardias y el vigía oculto en el molino vieron cómo la muchacha giraba la cabeza hacia el río, dejaba de pedalear y luego echaba un pie al suelo para detener la marcha. Apoyó la bicicleta en la barandilla y descansó los codos en el pretil del puente.

Desde que apareció la esbelta figura de la ciclista, el vigía del molino había estado al margen de la realidad. Aquella presencia se producía fuera del plano. No existía ningún trazo que simulase una figura de mujer apoyada en el pretil, contemplando el discurrir del río, ni dos círculos como ruedas que señalasen el preciso lugar, justo en el del puente, donde estaba el pilar principal y, adherida, la carga explosiva. Él permaneció aún durante unos segundos hechizado por la grácil belleza de la joven ciclista sin establecer un vínculo entre la irrealidad de la aparición y las agujas de su reloj. Más bien al contrario, la asoció con los lechos de trébol y fresa silvestre que se insinuaban bajo los alisos, en los recodos del río. Pero había un desajuste. Sintió como un desagradable retortijón en las tripas cuando bajó la vista y reparó en los cables que lo unían tan estrechamente a ella.

Llamó la atención del compañero y éste necesitó otros preciosos segundos para asimilar aquel error de la realidad, aquella muñeca absurda en el escenario de la historia.

—¿Qué carajo hace?

—Nada. Mira el río.

—Esos cabrones la tenían que echar de ahí.

—Siempre lo hacen. Los informes decían que nunca dejan a nadie en el puente.

—Mira, cortan el tráfico. Joder, ¿por qué no le dicen nada a ella?

Faltaban cinco minutos para liberarse del Bestión. Durante mucho tiempo, durante años, la Organización había preparado con el máximo sigilo el golpe que lo iba a mandar al infierno. Cientos de ojos espionaron los movimientos del tirano hasta descubrir, en su tela de araña sin rutinas, este punto débil, el puente de una carretera secundaria. Y a partir de ahí, mucha gente se había jugado el pellejo sin saber ni querer saber, dándole a la bola

como jugadores estáticos de un futbolín, movidos por alguien desconocido que en algún lugar, a suficiente altura, contemplaba el conjunto. Toda aquella urdimbre, aquel tejido de voluntades anónimas, dependía ahora de ellos.

También el hombre que escribía miraba ahora por la ventana, fumando el tabaco negro que a ellos les estaba prohibido en esa hora decisiva de la historia.

La hija, una cría de ocho años, abrió la puerta.

—¿Qué haces?

—Un cuento.

—¿De niños?

—No. Es de mayores.

—¡Bah! Siempre dices que vas a hacer cuentos para niños y luego nunca los escribes.

—Cuando acabe éste, escribiré un cuento para niños. De verdad.

—Eso es lo que dices siempre.

El hombre que escribía miró el reloj y luego buscó un puente sobre un río, más allá del paisaje de tejados de gaviotas y azoteas de tendedores.

—Escucha —le dijo a la niña—. Hay un hombre muy malo, muy malo, que manda en un país como si fuese una cárcel y a veces mata a los que protestan. Él tiene mucha fuerza, muchos guardias que hacen lo que él ordena. Este hombre, al que llaman por lo bajo el Bestión, va a pasar por un puente en coche. Debajo de ese puente hay una bomba muy potente. Pero entonces, en el puente, pasa algo. Aparece una muchacha montada en una bicicleta, deja de pedalear y se pone a mirar el río...

—¿Y qué?

—Bien. Ellos, los de la bomba, no saben qué hacer.

—¡Qué tontería! Lo que tienen es que...

De repente, el hombre miró con espanto por la ventana. Vibraban los cristales y un trueno sordo explotó en su cabeza y espantó a las gaviotas. Maldijo entre dientes.

—¿Qué pasa? —preguntó la niña.

—Nada. Ya es muy tarde —dijo él mirando el reloj. Hora de que las niñas bonitas se vayan a la cama.

Conga, conga

La luz del sol le arañó en los ojos. Entraba por las persianas, afilada como hojas de guadaña. Miró con gesto dolorido e incrédulo el despertador. Los puñales del reloj se batían en duelo. Ana se había ido sin despedirse, dejando en el lecho un vacío lleno de reproche.

Notó en la piel el sudor aceitoso y azucarado de la borrachera. Era tan tarde que sintió una vergüenza antigua, de campesino holgazán. Se metió debajo de la ducha y abrió al máximo el agua fría. Ojalá arrastrase todo, aquel limo de música nostálgica que le había dejado la noche. Una fiesta de viejos compañeros. Como babosas, todos masticando las hojas de la fucsia del edén perdido.

Ana había dejado encima de la mesa de la cocina una nota con la dirección y los datos precisos. Un chalet en Mera. Cumpleaños. El niño se llama Óscar. Tiene nueve años. Gente de pelás. Tres horas, a cinco mil pesetas la hora, quince mil pesetas. Sumar dos mil de desplazamiento. Total: diecisiete mil pesetas.

Buscó en vano en el papel un signo de cariño. Ni siquiera estaba firmado. Otro reproche.

Cogió unas zanahorias en la nevera y se puso a roerlas con ansia. *Crear el conejo nuevo*. Cuando tenía resaca, le ajustaba las cuentas al tonto soñador que llevaba dentro. Ese tonto que, no obstante, se salía siempre con la suya. Fue él quien se puso seis aros en la oreja y tatuajes en el dorso de las manos. Fue él quien compró la Yamaha en vez de un coche, como quería Ana. Y era él quien lo seguía enredando como zarzal en todo lío cuanto se cruzaba en su camino.

Ese tonto soñador tenía en Ana a su peor enemigo. Lo miraba de frente y

le decía: ¡Por Dios! ¿Cuándo dejarás de ser un crío?

Tenía el tiempo justo. Se vistió de payaso y con la moto se dirigió hacia Mera por la carretera de la costa. Era curioso. Siempre se repetía la misma historia. Los adultos que conducían lo miraban con severidad, como si se sintiesen objeto de burla. El resto, no. Los viejos y los niños que iban en los asientos traseros de los coches o en los autobuses lo saludaban, reían o hacían el simulacro de disparar con las manos.

En el portal del chalet había uno de esos porteros electrónicos con visor. Apretó el botón, miró fijamente el ojo oscuro de la cámara. Aun así preguntaron quién era y él respondió muy serio.

—Soy yo. El payaso.

Sabía lo que iba a pasar. En pocos segundos se oirían los chillidos de los chavales. Como crías de gaviota. Allí estaba mamá gaviota, observándolo de arriba abajo. Una de esas rubias con dotes de mando.

—Éste es Óscar. ¡Óscar, saluda al payaso! ¡Hala, venga, a jugar! Portaos bien con él, ¿eh?

Pico, el payaso, se echó a correr a la pata coja.

*Todo el mundo en esta fiesta
se tendrá que divertir.
Todo aquello que yo haga
lo tenéis que repetir.*

—¡A saltar! —gritó Pico.

Y todos saltaron.

—¡A volar!

Óscar y un compañero con rizos de ángel rubio permanecieron con los brazos caídos, se dijeron algo al oído y lo miraron con gesto burlón.

—Óscar, por favor, ven aquí —dijo Pico.

El chaval le obedeció perezosamente, con cara de fastidio.

—Mira, Óscar, me duele muchísimo esta muela —dijo Pico abriendo la boca y señalando—. ¿Me la quieres sacar?

Todos los niños y niñas se acercaron a ellos y miraban expectantes.

—Es un poco más grande que las otras. ¿La ves?

—Sí, sí —dijo el niño algo nervioso—. Pero ¿cómo quieres que lo haga?
—¡Con esto! —dijo Pico, mostrando de improviso unas tenazas que sacó del fondo del bolsillo.

—¿Con esto?

—¡Venga, venga, sin miedo!

El chaval titubeó antes de meterle la herramienta en la boca.

—¿Quieres que lo haga otro? —preguntó Pico.

Contrariado, el chaval apretó las tenazas y tiró de la muela con tanta fuerza que cayó hacia atrás. Era una muela de mentira. Todos se echaron a reír. El payaso se llevó la mano a la mejilla con mucha chanza.

—¡Qué estupidez! —dijo Óscar al levantarse.

Para el juego siguiente, el payaso les mandó ponerse en corro. Había que aprender una canción y bailar.

*Conga, conga,
que rica es la milonga.
Queremos ver a Pico
bailar conga.
Una mano en la cabeza,
la otra en la cintura,
moviendo la colita
como una señorita.*

Repitió el número tres veces. Bailaba con gracia y los chavales, sobre todo las niñas, aplaudieron.

—Bien. Ahora le toca a Óscar.

—No, no quiero —dijo el niño del cumpleaños.

—¡Óscar, Óscar! —gritaban todos.

—¡Venga, hombre, ánimo! —dijo el payaso con un tono ya un poco serio—. ¿Por qué no quieres?

—¡Es un juego de mariquitas! —rió el ángel rubio.

—¡Sí, es de mariquitas! —dijo Óscar.

El payaso se dio la vuelta y preguntó quién quería salir en primer lugar. Los críos parecían desconcertados. Por fin, una niña levantó la mano.

—¿Cómo te llamas?

—Ana.

—¿Ana, eh? ¡Magnífico! ¡Venga, todos juntos!

*Conga, conga,
que rica es la milonga.
Queremos ver a Ana
bailar conga...*

Al reclamo de las palmas acudieron algunos mayores, que también bailaron. Pico miró de reojo. Óscar y el ángel rubio sonreían con desprecio y tenían el aspecto inequívoco de tramar algo.

—¡Ven, Óscar! —llamó amigable—. Ahora vamos con algo que te va a gustar. ¡La carrera de sacos!

—¡Qué tontería! —exclamó Óscar.

—¡Qué payaso más aburrido, tío! —dijo por su parte el ángel rubio.

Pico hizo que no había oído. Él mismo metió los pies en un saco y se puso a brincar con tanta rabia contenida que parecía que iba a salir volando por encima del seto de cipreses, como uno de esos personajes de ficción. Su caída fue muy celebrada con carcajadas. Bien, de eso se trataba, pensó, había que caer y caer para que los otros se sintiesen en la vertical de la felicidad.

—¡Payaso!

Era Óscar quien lo llamaba. Parecía más contento.

—Payaso, ven por favor. Quiero enseñarte algo que te va a gustar.

—¡Venga, chavales! ¡Vamos con Óscar!

—No, no —dijo el niño—. Sólo tú. Es una sorpresa. Después que vengan todos.

Pico se olió una diablura. Aquel mocoso seguramente estaba jugando a una de esas películas estúpidas de niños repugnantes, tipo *Solo en casa* o así. Pero no había más remedio que tirar para delante y ver en qué paraba la cosa.

—¡Por aquí, por aquí!

Óscar abrió la puerta de una especie de invernadero de aluminio y cristal.

—Oye, Óscar...

El chaval salió de repente y cerró la puerta a su espalda. Pico forcejeó

pero Óscar, con una sonrisa siniestra, corrió el pestillo. Cabrón, murmuró el payaso, mamarracho.

—¡Abre, Óscar! ¡Por favor!

Pero el chaval apoyó la nariz en el cristal. A su lado estaba ya, con la misma sonrisa siniestra, el ángel rubio.

El pabellón estaba atestado de grandes plantas de aspecto tropical. Hacía un calor húmedo y él se sintió como en una sauna vegetal. No estaba mal aquel invento. Decidió sentarse. Ya se cansarían aquellos mocosos. Fue entonces cuando su sexto sentido, lo que él llamaba el Detector de Dentro, empezó a pitar enloquecido. Miró alrededor sin ver nada especial hasta que se dio cuenta de que uno de los troncos del Brasil también lo miraba. Murmuró una maldición.

Hacía tiempo que se había acostumbrado a la idea de que su indumentaria de trabajador autónomo era la de payaso. Pero ahora se sentía tan fuera de lugar como si corriese desnudo por la selva. Tranquilo, Pico, no grites, pensó. Puede ser peor. No, no parece un cocodrilo. Debe de ser un caimán.

Pese a su apariencia, son muy veloces. Cuando atacan, lo hacen como un rayo. Muerden y no sueltan. Etcétera.

Muy despacio, sin apartar la mirada, se puso de pie en la silla. Fue entonces cuando gritó.

—¡Socorro, socorro!

¿Quién inventó esa palabra? Era demasiado larga. Hay mujeres que se llaman así, Socorro.

—¡Socorro, socorro!

Le temblaban las piernas. Nunca había sentido un miedo igual. En las cristaleras se agolpaban todos los niños. Muy divertido. Una de dibujos animados. Cabrones.

La rubia con dotes de mando apareció por fin, lo llevó al interior de la casa y le ofreció algo para reanimarse. Sí, claro que tomaba un whisky.

—Tú y yo tenemos que hablar —le había dicho su madre a Oscarcito.

Durísima. Aquel criminal en potencia ni se dio por aludido. Salió corriendo con el ángel rubio a jugar a matar gente.

—¡Cosas de niños! —dijo ella—. Estarás acostumbrado.

—Sí. Me pasa casi todos los días. Cuando no es un caimán, es una

serpiente boa.

Sonrió. Chica lista.

Le ofreció el baño para que se desmaquillase y se cambiase de ropa. Se lo agradeció. Hoy le pesaba de verdad el personaje. Tenía ganas de ver resbalar por los desagües aquella máscara pegajosa.

Cuando estaba en la ducha, oculto por la mampara, sintió que alguien abría la puerta y entraba. ¡Así que sí! Óscar y el ángel rubio venían a hacer pis. Salió de un brinco y se apresuró a echar el pestillo para que no pudiesen salir.

Lo miraron extrañados. ¿Quién era aquel invitado y qué hacía allí desnudo con aquella sonrisa siniestra?

—¡Vaya, vaya! Los dos canallas juntos —dijo Pico con sorna—. Las desgracias nunca vienen solas.

Lo reconocieron y rieron nerviosos. Había un tono inquietante en su forma de hablar. El payaso tenía la cara pálida, con restos de pintura blanca en las ojeras, y su pecho era peludo como el de un gorila.

—¿Sabéis lo que le pasa a la gente ruin? ¿No lo sabéis?

Ahora Pico dejó de imitar a Jack Nicholson en el papel del Joker de Batman. Puso la voz solemne del Juez Supremo el día del juicio final. Una voz demasiado humana.

—Pues la gente ruin se va al puto infierno.

Óscar y el ángel rubio soltaron una risita de espanto. Estaban de verdad asustados, tanto que ese miedo asustó a Pico. Así que sonrió en un gesto de pasar página para tranquilizarlos. Pero luego se tensó el silencio hasta que el ángel rubio recuperó su naturaleza: «Eres sólo un payaso. Un payaso de mierda».

Las cosas

Como espectador no era muy expresivo, ésa es la verdad, dijo la Televisión. Se sentaba ahí, en el sofá, con un vaso de whisky, y miraba con frialdad, como si sólo se le subiesen a la cabeza las piedras de hielo. Esa noche, no. Esa noche movió los labios al mismo tiempo que el personaje de la pantalla. Parecía estar en una sesión de doblaje. Y creo que no le gustó lo que dijo. Ni lo que vio. Hacía muecas, como quien se mira deforme en un espejo de feria y quiere acentuar la fealdad.

La Televisión, contra su costumbre, meditó durante unos segundos.

Bueno, reconozco que esta última observación mía está condicionada por lo sucedido.

No era de mucha lectura, dijo el Hamlet apoyado en la mesa de la sala. Por lo menos, no lo era en estos últimos años. Pero esa noche, esa noche vino hacia el estante y los libros nos dimos unos a otros con los codos en los riñones. Tocó varios lomos, pero al final me cogió a mí. Leyó de una tirada hasta la escena segunda del acto tercero. Me dejó marcado aquí, en la página donde se dice eso de *Let me be cruel, not unnatural*.

Más claro, agua, dijo el Vaso con voz ronca.

¿Por qué?, preguntó la Lámpara.

¿Cómo que por qué? Ahí está la explicación que buscan.

No seas tonto, replicó la Lámpara, que proyectaba sombras de cisnes negros. ¡Sea yo cruel pero jamás monstruoso! Para el caso, eso sirve lo mismo para un roto que para un descosido. Además, con todos los respetos para el amigo Hamlet, no es algo que un detective pueda presentar, en estos tiempos, como prueba ante un juez. Un verso sólo compromete a su autor, y ni siquiera. Lo único que él dejó escrito de su puño y letra fue una anotación

para la señora de la limpieza: Por favor, dele un repaso al ventanal de la sala. No parece precisamente una despedida dramática.

Pues uno de los policías, el más gordo, tomó nota, dijo el Hamlet con timidez. Abrió por la marca y escribió en el cuaderno.

Pude leer lo que escribía, ironizó la Lámpara. *My tongue and soul in this be hypocrites*. Eso fue lo que anotó. Tu problema, amigo, es que uno encuentra lo que busca.

La chica fue muy lista, dijo el Cenicero con el orgullo característico de quien sabe de más. Borró todas las huellas. Incluso guardó en el bolso la colilla con carmín.

¡Ella no lo hizo!, gritó indignada la Televisión.

¿Cómo estás tan segura?, preguntó el Reloj de Pared. Nadie me había mirado nunca así. Con cara de mal epitafio, que diría el Hamlet.

Estaba furiosa, eso es todo, dijo la Televisión. Y luego añadió en voz baja: La conozco muy bien. Nunca lo haría. Nunca lo haría en la realidad...

El Reloj se rió como quien está de vuelta de todo.

Alguna vez la vimos disparar dentro de ti. ¿Por qué no lo iba a hacer ahora? Era tan peliculera en la vida real como en la pantalla. ¿Recordáis las escenas de amor ahí, en el sofá? ¡Rómpeme, cómeme, mátame!

Tú eres tonto, interrumpió la Televisión. No entiendes nada.

Yo soy realista, dijo el Reloj sin inmutarse. Todos nosotros sabemos lo que pasó. La gente, no. La gente tragará con lo que tú digas. Pero las cosas fueron como fueron. Ella tenía celos. Y tenía razón para tenerlos. Descubrió que la otra había estado aquí. La otra estaba en el aire. Fueron al dormitorio. Discutieron. Y había un arma. Ella sabía que en la mesilla había un arma. Disparó y lo mató. Como en la película. ¿Para qué engañarnos? Todos hemos oído lo que decía la Pistola.

Tienes toda la razón, asintió la Lámpara.

No vimos nada, dijo la Televisión. En realidad, no vimos nada.

¡Oímos y ya está!, gritó el Reloj.

¡No avasalles!, respondió irritada la Televisión.

Fuera llovía con percusión triste de serie negra. Por el ventanal escurrían lágrimas de neón. El Reloj, dominante, midió el suspense. Luego habló con parsimonia.

Todos hemos escuchado lo que dijo la Pistola: ¡Fue ella, fue ella!

Pero entonces, con voz de ultratumba, desde el dormitorio, gritó la Oscuridad.

¡La Pistola es una cínica!

Todas las cosas quedaron expectantes, con el pulso del Reloj tamborileando en las sienas de la casa.

Cuando la chica corrió hacia él para abrazarlo, relató la Oscuridad, yo oí cómo la Pistola murmuraba: Si no llega a ser por mí, nunca te librarías de este cabrón.

Esperaban que el Hamlet dijese la última palabra. Pero él estaba mirando hacia el puerto. La sirena de un barco del Gran Sol saludaba al dios del día, como gallo de mar.

Dibujos animados

—Ven, Mary, éste es nuestro patrocinador —dijo Thanks Danke con una sonrisa de oreja a oreja—. El señor Mille Tausend.

Era más artificial que la sonrisa de un sobrecargo de avión. Lo único natural era el color blanco chimpancé de la palma de las manos.

—Hola, querida. Encantadora, Danke, tal como la imaginé.

Yo había tenido una mañana fatal. Se quemaron las tostadas y peleé con Hahn Cock. Lo dejé para siempre. Sólo me llevé las llaves del coche.

—Danke me dijo que ustedes querían financiar una serie.

—Exactamente, querida.

—¿Le gustan los dibujos animados, señor Tausend? —pregunté por preguntar.

—Son mi pasión, querida —dijo él con sarcasmo.

—Si no me engaño, el protagonista tendrá que pasar el día comiendo salchichas.

—Algo así. ¿A que es una buena idea?

—Salchichas de cerdo.

—Todas las salchichas del mundo, querida, siempre que sean de cerdo. Del resto —dijo levantando los dos pulgares—, ¡total libertad!

—Pagarán muy bien, Mary —terció Thanks.

—Seguro.

Pues así fue como nació Fat Fatty, el personaje más repugnante que conseguí imaginar. El interés de Mille Tausend por los dibujos animados no tenía nada de casual. Había aparecido en el mercado, con gran acogida, la nueva salchicha vegetal. El impacto de este producto no había sido ajeno al lanzamiento previo de la serie infantil protagonizada por Green Grun, quien

se había convertido en un gran héroe en pocas semanas. Se podían ver carteles de Green Grun, pegatinas de Green Grun, insignias de Green Grun, muñecos de Green Grun, videojuegos de Green Grun y, por supuesto, las salchichas Green Grun. El patrocinador de la serie era Dinero Money, el tradicional enemigo de Mille Tausend. Aunque las empresas de televisión mantenían ese dato en secreto. Lo sé porque el guionista era Hanh Cock, mi ex amante. Tausend y Money competían en todo, pero especialmente en salchichas, cuadros y mujeres por este orden. Un día se insultaron en una subasta de arte en Sotheby's y tuvieron que separarlos los respectivos matones. Tausend iba acompañado por la ex mujer de Money, una ex modelo indonesia, y Money llevaba del brazo a la ex mujer de Tausend, una ex modelo jamaicana.

Gracias a Fat Fatty, un héroe asesino sin escrúpulos que fascinaba a los niños y que comía salchichas por docenas después de mear encima de los cadáveres y pintar en las paredes: «Muerte a los repollos», pude por fin comprar un ático con techo de cristal en un edificio inteligente construido en la Gran Manzana.

Una noche, jugando al ajedrez con mi ordenador, estalló una terrible tormenta. Nunca hasta entonces había experimentado lo que era el pánico. Salí al pasillo y cuando pulsé el mando del ascensor, escuché una voz impersonal, de azafata de aeropuerto.

—Lo siento mucho, señora, pero tengo problemas para funcionar.

También era un ascensor inteligente. La escalera de socorro, por su parte, me recomendó que no la utilizase. Su voz era más ronca que la del ascensor.

—Estimados inquilinos, en caso de tormenta eléctrica permanezcan en su vivienda —dijo otra voz, con ese inequívoco tono clínico de los que aterrorizan cuando pretenden tranquilizar.

Ya de vuelta en mi ático, constaté que, por fin, alguien había tomado una decisión inteligente. Se había cerrado la gigantesca bóveda del techo, liberándome del celeste fragor bélico. Pero ahora, en la cubierta metálica, el granizo repicaba con ira de ametralladora. Era superior a mis fuerzas. Allí estaba yo, indefensa ante el ataque inclemente del terrorista internacional por excelencia, eso que llaman Gaia, la pérfida Naturaleza, la maldita Madre Tierra, y justo en el corazón de la ciudad más urbana del mundo civilizado.

Recordé, con una mezcla de rencor y morriña, a Hahn Cock. Era un tipo curtido. Llegó a salir en un anuncio de tabaco y había escrito una *Guía patriótica* para la infancia antes de dedicarse a los dibujos animados. Lo llamé, claro.

—Tranquila, querida. En diez minutos estoy ahí.

—Es un edificio inteligente. No sé si te dejará entrar.

—No te preocupes. Sé cómo tratar con esos cacharros.

Imaginé, por un instante, que Hahn llegaría volando, a caballo de un relámpago, y que caería ahí de frente, con una sonrisa de acero inoxidable. Me alegró una barbaridad escuchar el timbre muy poco después. Era Hahn, mi Hahn Cock. No pude evitar arrojarme en sus brazos. Pero él, después de manosearme con rudeza y de darme un beso animal, me tiró en el sofá violentamente.

—Putá. Quieres acabar conmigo.

—Pero ¿qué dices, Hahn?

—Ya sabes a qué me refiero.

Nunca lo había visto así. Tenía los ojos llenos de odio. Mi instinto me decía que no bromeaba. Parecía que había perdido totalmente el control.

—Te voy a matar, Mary.

—Cock, querido. Tú eres mi único amor.

—Ahora no se trata de eso, rata cachonda.

Me pareció un cumplido simpático, pero no era precisamente el momento de reír.

—Ya sabes a qué me refiero. Vas a tragarte todo esto tú solita. Una a una.

¡Cielo santo! Era un paquete superfamiliar de las salchichas de Fat Fatty.

—¿Sabes? Dicen que soy un fracasado y van a retirar la serie de Green Grun por culpa de tu grasiento y repugnante asesino meón mataberzas.

—Escucha, Cock.

—Nunca pensé que te ibas a vengar de esta forma, puta perversa.

—Escucha, Cock. ¡Odio a Fat Fatty!

—¿Qué?

—Sí, lo que oyes. Odio a ese cerdo seboso y lo mataré si tú me lo pides. No habrá más historias de Fat Fatty.

—¿Estás segura de lo que dices?

—Te lo juro, Cock.

Se fue tranquilizando. Luego nos besamos en el sofá y acabamos rodando por el suelo. Acabado el combate, nos sentamos relajados. Reparé en que ya no se escuchaban las balas en el techo y descorrí la bóveda.

—¡Ah, Mary, qué hermoso! —exclamó él con voz de John Wayne en la pradera y en noche estrellada.

—Gracias a Fat —dije de forma que no le resultase molesto.

Rió.

—Eres genial como guionista, Mary. Si te dejas, acabas conmigo.

Le dije que iba a preparar algo de cena para mi amor. Entré en la cocina y fui derecha a la nevera. Tenía un buen cargamento de salchichas Green Grun. Y también, en la despensa, unas cápsulas de veneno de efecto fulminante.

Una flor blanca para los murciélagos

A Camilo Nogueira

El viejo acarició con rudeza al niño, pellizcándole en la piel de la nuca como a un perro de caza. Luego lo alzó por las costillas y lo dejó resbalar por la cripta oscura y maloliente de la cuba.

—Venga, Dani. ¡Duro con esa mierda!

El pequeño sujetaba un cubo de agua y una escoba de retama. Restregó las superficies lisas y después, a conciencia, azuzado por el viejo, las juntas de las tablas de roble y las partes más esquinadas, allí donde se fijan los posos, los restos de la pasada fermentación, como un liquen sucio y pútrido. Cuando el viejo, a una señal acordada, hizo mover la cuba, el chaval se sintió rodar por el intestino de un animal gigante y antiguo, de esos que dormitan en la imaginación de los bosques húmedos y frondosos y que, cosquilleados en la barriga, se voltean con parsimonia.

—Venga, Dani, ¡que no quede nada!

La escoba de arbusto rascaba la roña y el agua iba descubriendo la memoria del olor de la madera. Al principio había sentido un disparo avinagrado en la nariz. Al caer la tarde olfateaba las hendiduras y las muescas a la búsqueda de los últimos posos. Escuchaba el murmullo del viejo como una letanía de los antepasados: una pizca de mierda puede malograr la mejor cosecha. El del abuelo era un viñedo pequeño, Corpo Santo, no más de cien cepas, pero era una de las joyas del ribeiro de Avia, un bendito trozo de tierra que enorgullecía la estirpe. De allí salía un vino envidiado, el mejor amigo

que uno puede encontrar.

—¡Dale, Dani! ¡Déjala como el culo de un ángel!

La patria del hombre es la infancia. El Señor les da a unos unas cualidades, y a otros, otras. Algunos las desarrollan y otros las echan a perder. A mí el Señor me dio una escoba de retama y una facultad innata para detectar la mierda. Puedo olerla a distancia y bien sabe Dios que, en lo que esté de mi parte, le daré un buen fregado allí donde se encuentre.

Les voy a contar ahora cómo funciona mi nariz. La lancha de vigilancia zigzagueaba entre las bateas^[13] mejilloneras de la ría de Arousa. De repente, noto el picor característico, mi nariz se mueve como una brújula. Le hago una señal al piloto y la embarcación queda al ralentí. El mar está en calma y refunfuña al compás del motor. Todo el litoral es como una cenefa luminosa, verbenera. La Atlántida. Pero la tripulación escruta la mejillonera más próxima, como si hubiésemos llegado a un palafito fantasmagórico.

—¡Ahora!

El potente foco de la lancha corta en dos la noche. Una bandada de gaviotas despierta indignada y comienza a insultarnos. Sobre la gran balsa van cobrando formas perezosas montones de algas y de gruesas cuerdas retornadas del mar con racimos de conchas. Más que mástiles, los troncos que tensan los cabos parecen supervivientes de un primitivo tendido eléctrico. Los ojos se desplazan siguiendo el foco. Hay una cabañuela de tablas con techumbre de retama seca. Cuelga, como pellejo plástico, un traje de aguas. Mi nariz aletea con fuerza a medida que el foco se desplaza hacia el extremo de la plataforma.

—¡Ahí, apunta ahí, Fandiño!

Salto de la lancha y brinco entre las traviesas. Para ser un tanque de flotación, la trampilla es demasiado grande, como de un submarino o algo así. Forcejeo con las manos, intentando abrirla, pero la nariz me pone en guardia. Les grito a los hombres para que se apresuren con la linterna y una palanca. Con un impulso sobre la herramienta, hago saltar la tapadera. ¡Mierda! El oscuro agujero empieza a escupir disparos compulsivamente y nos precipitamos sobre las traviesas. A un palmo de mi cara, el mar chapotea como un tonto feliz.

—Tu turno, Fandiño.

La voz de Fandiño retumba como la de un inmisericorde conserje del juicio final.

—¡Escuchad bien, hijos de la gran puta! ¡Ahí abajo hay miles de fanecas hambrientas deseando comer pichas de cadáveres frescos! ¡Fanecas comepollas! ¡Y cangrejos sacaojos! ¡Y pulpos chupahuevos! ¡Así que vais a salir cagando chispas y en pelota picada! ¿Escucháis, cabrones? ¡Vamos a meter toda la artillería por este agujero! ¿Habéis entendido? ¡No vais a tener ni esquila en los periódicos! ¡La familia se va a acordar de vosotros cada vez que abra una lata de conservas!

—Vale ya, gordo —le digo a Fandiño—. ¡Policía! ¡Un minuto!

No es preciso esperar.

—¿Y esto?

Por la trampilla asoma una figura increíblemente menuda. Tan menuda como un crío.

—¡Por los clavos de Cristo! —exclama Fandiño, separando el dedo del gatillo—. ¡Pero si es un crío!

El aparecido se tambalea al intentar apoyarse en los troncos, como si la fuerza de la luz del foco astillase sus piernas de bambú. Es tan flaco como una hoja de bacalao.

—¿Fuiste tú quien disparó?

—Tenía miedo. Mucho miedo, se... señor —dice tartamudeando.

Fandiño baja por la trampilla y vuelve a asomar rápidamente.

—¡Aquí hay *harina*^[14] para un millón de napias!

—¿Cómo te llamas? —le pregunto al chaval.

—Sebastião.

A veces hacen esto. Mientras no recogen la mercancía, dejan guardia en los flotadores. Hay robos entre ellos. Es el trabajo de los más pringados. Días y días allí metidos, como para volverse loco. Pero ¡coño!, no recuerdo nada parecido. ¡Éste es un niño!

—Bien, Sebastião, ¿sabes una cosa? Voy a hacer tu trabajo.

Mientras la lancha se va, allí me quedo yo, metido en el tanque. Tengo mucha paciencia. Veo cómo me crece la barba. Hasta que escucho el rezongar de un motor. Pongo a punto la pipa. Pero, de repente, mi nariz me dice que tengo que salir volando. Cuando consigo abrir la trampilla, la

humareda apenas me deja ver. Empapada en gasóleo, la batea arde como una *queimada* en medio de la ría.

Fue la primera vez que escuché la carcajada de Don. Seguro que él no estaba allí, pero escuché su risotada. Se rió de mí muchas veces, y alguna en mis narices. La última vez, lo recuerdo muy bien, fue en el *Elefante Branco* de Lisboa. Me había vuelto a crecer la barba esperándole. Y estaba seguro de que en aquella ocasión por fin lo iba a fotografiar con otro Don llegado de América. Había trabajado durante semanas descifrando códigos, interpretando mensajes telefónicos, buscando el sentido de conversaciones absurdas. Fue una tontería, «Recuerdos a San Antonio de parte del elefante blanco», la que me dio la pista. De repente me vi preguntando: «¿Cuándo carajo es el día de San Antonio?». Pero algo, alguien, le hizo cambiar de agenda. Y Don salió del *Elefante Branco* con una espectacular mulata. Pasaron junto a mi mesa, los dedos de él repicando la música en aquellas nalgas soberbias ante mis propias narices. Poco después, mi coche se salía de la autopista en dirección a Oporto. No funcionaron los frenos. Un trabajo de bricolaje.

Mi ambición siempre fue llegar con la escoba de retama hasta la mierda más alta. No es un trabajo fácil ni agradecido. Con frecuencia la encuentras donde menos te lo esperas. En los despachos de moqueta impecable. Incluso en el de algún superior. El hedor sale por debajo de la puerta, se expande por los pasillos y rezuma por las líneas telefónicas. Aguantas hasta que la peste se hace insoportable. Como el purín de los pozos negros.

—Me están vendiendo, jefe. Aquí hay algo que huele mal, muy mal.

—¿Qué está insinuando?

—Bueno, no se trata precisamente de mis calcetines.

—Por esta vez no he oído nada. Cambio de destino. Y ¿quiere un consejo? Relájese.

Unas veces se gana y otras se pierde. Hay que tomarlo con filosofía. Me pusieron ante una máquina de escribir y detrás de un mostrador. Fue como ingresar en Manos Unidas. Desde el primer momento, y en lo que a mí respecta, la gente siempre tuvo claro que tenía delante a un servidor público y no a un funcionario perezoso. La gente buena ha venido al mundo a joderse, la mala anda por ahí pisando fuerte. Puede que el Señor lo haya querido así

para ponernos a prueba, pero por mi parte, y allí donde me encuentre, hago todo lo posible para equilibrar un poco la balanza. Hay casos dudosos pero el olfato, al final, no me falla.

Infancia desgraciada. Incomprensión paterna. Las malas compañías. La sociedad, etcétera.

Vale, le digo, pero te podría dar por ir a misa, ¿no?, en lugar de joder a la gente. Conozco a un muchacho que es campanero. El padre, borracho. La madre, ni se sabe. Él se levanta temprano todos los domingos y va a tocar las campanas. ¿Por qué no tocas tú también las campanas? Conozco a otro que es bizco y está especializado en parar penaltis. ¿Por qué no paras tú penaltis? Y hay otros muchos chavales que aman la naturaleza y se echan al monte a observar los milagros de la vida, un petirrojo y cosas así. ¿Sabes que hay flores blancas que abren de noche para los murciélagos?

Por otra parte, un mal pequeño puede causar un daño grave. Así que, primera regla: nunca minusvalores un caso. Siempre he procurado ser consecuente con este principio y me he labrado cierta reputación entre la mayoría silenciosa.

Por ejemplo.

Una viejecita se presenta en comisaría a las cuatro de la mañana. La ha traído un taxi hasta la puerta. Debió de ser una señora guapa. Viste un abrigo que seguramente resultó elegante hace cuarenta años, se apoya en un bastón y, aun así, al andar arrastra los pies como si el suelo estuviese cubierto de nieve. Por lo visto, ya es conocida entre los del servicio nocturno. Fandiño, el compañero de guardia, me hace el típico gesto del tornillo en la sien. Y a continuación se oculta tras la trinchera de denuncias no resueltas. Fandiño es un buen tipo, pero mucho más escéptico que yo respecto a las posibilidades de la virtud en el imperio del mal. Sobre todo desde que se casó y ha tenido que mantener a una familia. Ahora recuerdo con nostalgia nuestros tiempos de acción en la ría, cuando su voz poderosa resultaba más útil que un cañón humeante. Metido en la oficina, no era más que un gordo somnoliento. Sin mediar palabra, la viejecita golpea con el bastón en el mostrador. Diría que unos hermosos ojos azules si no estuvieran desorbitados, con el esmalte cascado, y hundidos en dos pozos oscuros.

—¿En qué puedo servirle, señora? —le digo con mi mejor sonrisa.

Dejó el bastón con empuñadura de caballo sobre el mostrador y buscó un pañuelo en el bolso. Ahora lloraba. Los ojos recuperaron el brillo perdido. Las lágrimas son el mejor colirio del mundo. Sus larguísimas manos temblaban como esqueletos de garza bajo la lluvia.

Bien, yo no soy de esos que dicen: tranquilícese, señora. Si alguien tiene que estar nervioso, qué mejor sitio que una comisaría. Una buena llorera le da un cierto orden al mundo, en la antesala de la sensatez.

—Me va a volver loca, va a acabar conmigo —dijo después de secarse las lágrimas y peinarse con los dedos.

—¿De qué se trata, señora?

—Usted parece buena persona, inspector.

—Lo soy, señora.

—Verá. Yo comprendo a la juventud.

—Me parece muy bien.

—Yo también fui alegre, ¿sabe? —dijo con una sonrisa melancólica.

—Estoy seguro de ello, señora.

—Verá. No consigo dormir. Tomo pastillas, Valium, Tranxilium... Todo eso. Pero ¡oh, Dios!, tengo la sensación de que él va a venir, de que sin que yo me dé cuenta fuerza la puerta, y que entra en mi habitación, y con ese horrible cuchillo de matar cerdos...

—¡Venga, señora, que no pasa nada!

—Usted no sabe lo terrible que es. Lo rematadamente malvado que es. Es, es...

—¿Quién, señora? —pregunto intrigado de verdad.

Volvía a tener la mirada fragmentada, quebrada, como un cristal después de una pedrada. Hizo un gesto para que me acercase y me susurró al oído.

—Toni. Toni Grief. ¡Quiere matarme, señor!

Busqué con la mirada a Fandiño, pero ya se había perdido en un crucigrama.

—Así que alguien quiere asesinarla y usted sabe quién es.

—¿No conoce a Toni Grief? No me diga que no conoce a Toni Grief. ¡Claro, así funciona la policía!

La voz de la anciana iba subiendo de volumen. Ahora estaba enojada. Se apoderó de nuevo del bastón y se diría que lo blandía de forma amenazadora.

Volví a mirar hacia Fandiño. Me guiñó un ojo por encima de la trinchera. Para entonces, el bastón de la señora traqueteaba sobre el mostrador.

—¿Es que usted no ve la televisión? ¿Cómo piensa entonces encontrar a los criminales? ¿Por qué no tiene aquí un televisor? ¿De qué les sirven tantos papeles? ¿Para eso pagamos impuestos?

—Toni Grief —dijo Fandiño, molestándose por fin en echar una mano— es el de *Tiempo de crisantemos*. Una serie de mucho tomate.

—¿Sabe una cosa, señora? Si hay una clase de forajidos que odio —dije con vehemencia— es la de esos tipos que no dejan dormir a las ancianitas solitarias.

Mi interés la dejó confundida. Por la reacción de Fandiño, no debía de ser la primera vez que se presentaba en comisaría para denunciar el caso. Lo más probable es que, en las anteriores ocasiones, le hubiesen recomendado cambiar de canal.

—¿No tiene a nadie que la ayude? ¿No tiene hijos?

—Tengo un hijo pero ¿sabe usted?, siempre está muy ocupado.

—Le voy a decir lo que vamos a hacer. En primer lugar, formalizaremos una denuncia contra ese elemento, Toni Grief, y para eso es necesario cubrir este impreso. Usted dirá, con razón, qué coño de papel hay que cubrir cuando la vida está en juego, pero ya sabe que hay un montón de parásitos a los que los impresos les dan una razón para vivir. Una vez realizado este trámite, que justificará mi salida de esta madriguera, nos dirigimos a su domicilio y le ajustamos las cuentas a ese cabrón. Dígame, ¿qué le hace pensar que su vida está en peligro?

Por un momento pensé que la vieja iba a retornar a la sensatez. Suele ocurrir con la gente que pierde el juicio. Cuando te haces el loco con ellos, el instinto les hace recuperar la cordura. Es una ley física, como la de los vasos comunicantes. Pero, consternado, pronto comprendí que esta vez no iba a funcionar. La vieja me miró feliz. Por fin había encontrado un socio a la altura de las circunstancias.

—Mire usted, yo tenía a Toni Grief controlado. No soy una loca. Todo iba bien mientras estaba en pantalla. Lo odiaba porque es un tipo realmente asqueroso, pero como se odia al malo de las películas. Es cierto que lo insultaba y lo amenazaba con el bastón. Pero bueno, no hay mucha gente con

quien hablar, ¿sabe? Y yo siempre he sido muy habladora. También les riño a los políticos en el telediario. Les llamo troleros, chupones y cosas así. Hay otros personajes que me caen simpáticos y les mando besos soplando en la palma de la mano. ¡Pero ese Grief! Creo que me pasé con los insultos, porque en los últimos capítulos me miraba. Iba a paso rápido por esas calles siniestras, con el viento silbando como un caballo loco y, de repente, se detuvo, la cara medio iluminada por una farola, y me miró fijamente con sus ojos inyectados en sangre.

—Supongamos que, efectivamente, la miró. Pero ese Toni Grief siguió su camino, ¿o no?

—Usted piensa que estoy loca. ¿Cree que no distingo el retintín?

Bien. Tenía razón al pensar que yo creía que estaba loca. Pero no era mi intención tomarle el pelo. Lo que pasa es que empezaba a estar un poco harto de ese mal bicho llamado Toni Grief.

—Señora, tenga la seguridad de que estoy dispuesto a llegar al fondo de este asunto —dije con toda la seriedad del mundo.

—Se estropeó el televisor.

—¿Cómo?

—Sí. Poco después de que Toni Grief clavase en mí su repulsiva mirada, la pantalla se llenó de rayas. Cambié de canal, pero nada. No había nadie con quien pasar la noche.

—Pues sí que es una casualidad.

—No es casualidad.

—¿Y eso cuándo fue, señora?

—Hace una semana. Pero verá, déjeme que le cuente. Aquella noche no dormí. Eché todos los cerrojos. Había una sombra rondando por la calle. Yo vivo en el tercero y la vi con estos ojos... Oí sus pasos con estos oídos. Al día siguiente, el televisor seguía averiado. Yo no puedo andar por ahí con un televisor a cuestas. Así que busqué en la guía un taller de reparaciones y llamé por teléfono para que viniesen a arreglarlo.

—¿Y su hijo? ¿Por qué no llamó a su hijo, señora? Los hijos están para eso, para un momento de apuro.

—Lo llamé —dijo en un tono triste, bajando la mirada—. Pero mi hijo está muy ocupado. Ni siquiera se pone al teléfono.

—¿Y arreglaron el aparato?

Pude ver un videoclip de espanto en los ojos de la vieja. Se había enredado en esta maldita madeja. Como diría mi abuela, que en paz descanse, se le había metido el sistema nervioso en la cabeza.

—Bien. Verá. Como le dije, llamé por teléfono al taller. Al poco rato sonó el timbre. Yo apreté el paso para abrir. Pero, cuando estaba a punto de abrir el cerrojo, tuve una corazonada. Y pregunté. Pregunté quién era.

Se quedó en silencio, mirándome. Buscaba mi protección. Me pedía que le siguiera el hilo.

—Era Toni Grief —dije con voz grave.

—Sí —dijo ella—. Contestó que era el del taller de reparaciones. «¿No ha llamado usted para arreglar una televisión?» Era su voz. Esa voz cínica, achulada. No había ninguna duda. Cuando comprobó que no le abría, se puso furioso. Aporreó la puerta y gritó: «¡Vieja chocha, ojalá te mueras!». Sí, era Toni Grief.

Creo que incluso Fandiño estaba impresionado.

—Volverá. Estoy segura de que volverá. Y esta vez echará la puerta abajo.

—Bien, señora. Vamos a hacer una cosa. Voy a coger mi abrigo y la acompaño a casa. Echaremos un vistazo. ¿Qué le parece?

—Usted es bueno. Me di cuenta desde el primer momento. Me dije: ése es un hombre bueno.

—Sí, soy bueno —murmuré mientras me ponía el abrigo.

El de la señora era un piso de la parte vieja, sobre el Berbés de los pescadores. Las escaleras crujían, pero merecía la pena llegar hasta allí. Desde el ventanal, la vista de la ría, de noche, el cinemascopio de la luna sobre las islas Cíes le despertaría el sentido poético hasta a un traficante de armas. Era el lugar ideal para que dos enamorados galopasen por el mar hasta el amanecer.

—Es un bonito sitio para ser feliz, señora —le dije, buscando un interruptor en su cabeza.

—Venga, mire —respondió ella sin hacerme caso, indicándome la sala de estar.

Allí estaba el dichoso televisor, como en un altar, rodeado de piezas de un

museo doméstico. Sobre tapetes de encaje de Camariñas, fotografías enmarcadas, candelabros, un reloj engarzado en una piedra de cuarzo, un gallo de Barcelos, un hórreo de alpaca, un artístico porrón de Buño, un botafumeiro de plata, un Cristo de la Victoria, conchas de peregrino. En la pantalla, rayas, una continua interferencia.

—¿Ve usted? Así, durante una semana.

—Bien, señora, ahora usted va a descansar. Váyase a dormir tranquila. Yo velaré aquí.

No parecía segura. Seguramente pensaba que me largaría en cuanto la viese acostada. Así que decidí dar una señal.

—Si se presenta Toni Grief se va a llevar una desagradable sorpresa.

Abrí el ventanal, saqué la pistola y le disparé a la luna de las Cíes para ver si se desangraba.

—Así haremos con Toni Grief.

Aquello pareció convencerla y creo que ya dormía cuando llegó al final del pasillo. Yo, en cambio, por alguna razón, ahora me sentía desasosegado. Después de dedicar un cigarro a la salud de la ría, me senté en el sofá, frente al televisor, y esperé a que actuase como somnífero. Creo que ya estaba funcionando cuando mi nariz empezó a agitarse. Era un olor de baja intensidad, pero inquietante. La de la pantalla era ahora una luz de sala de autopsias que impregnaba toda la habitación. Por vez primera me fijé en las fotografías. Me levanté de un salto y las miré de cerca, una a una. Don con su madre. Don vestido de soldado. Don, sonriente, con autoridades. Don, más sonriente, al timón de su yate. Don con un trofeo, de corbata, en el medio de un equipo de fútbol. Don de niño, con traje de primera comunión.

A la señora le había sentado bien el sueño. Con el desayuno en la mesa, me miró con algo de zozobra.

—Tiene que disculparme. Al llegar la noche pierdo la cabeza.

—No se preocupe. Sé lo que es la soledad.

Iba a pedirle un favor y sabía que no me lo podía negar. Quería que me acompañase a un sitio. Subimos al coche y fuimos bordeando la costa hasta Arousa. Ella se daba cuenta del destino, pero permaneció en silencio. Y tampoco dijo nada cuando tuvimos delante a Don, en el portalón de su pazo de Olinda.

—Cuide de su madre. Lo necesita.

Sé que nunca lo meteré en chirona. Pero me sentí tan bien como si le refregase las tripas con una escoba de retama.

La luz de la Yoko

El padre había perdido su trabajo. Se iban a otra ciudad. La última vez que el padre había dejado de fumar había sido el miércoles. Agarró la cajetilla de Lucky y la tiró al cubo de la basura. Después le escupió encima. Ahora era domingo y, mientras sostenía el volante con una mano, el cigarrillo de la boca buscaba tembloroso y ansioso la brasa eléctrica del mechero del coche.

En la radio se escuchaban los comentarios deportivos. El padre estaba preocupado por la suerte de un equipo y se puso a mover inquieto el dial. La madre también estaba preocupada por una corazonada: todos los demás coches venían en dirección contraria, lanzando destellos de advertencia en la ceniza gris de la carretera. A su lado, asegurada con los pies, llevaba una maceta con una azalea. En el asiento trasero, abrazado a Yoko, el niño miraba con angustia la evasión del día en la pantalla del automóvil, los rescoldos del sol en el vídeo indolente del horizonte. También él tenía un problema. Si no se daban prisa, si esa maldita ciudad no aparecía enseguida, perdería el capítulo de *Hell's Kingdom*.

El niño adoraba a Baby Devil, el pequeño Satán protagonista de la serie. Era capaz de dibujarlo idéntico y de memoria, con trazos muy rápidos. Lo hacía en cualquier papel que tuviera a mano, con tiza en el pavimento o con un palo en la arena de la playa. En la escuela que ahora dejaba atrás habían organizado para los niños un concurso de postales navideñas y él retrató a Baby Devil sobre el portal de Belén, sosteniendo una estrella con el tridente. No le dieron el premio, pero él ya sabía distinguir lo que era éxito de lo que no lo era. Todo el mundo habló de su postal.

—¿Serías capaz de dibujar algo que no fuese ese Baby Devil? —preguntó la profesora.

Gracias a Baby Devil, el niño había conseguido que dejaran de apodarlo Bola de Sebo. Dibujó un bebé dinosaurio de ojos grandes y tiernos.

—Me gusta. Es bonito —dijo la profesora—. ¿Me lo regalas?

Ella nunca lo supo, pero aquella criatura menuda que sonreía entre flores gigantes era también Baby Devil, porque entre los poderes del héroe se contaban, desde luego, los de ser invisible o transformarse en cualquier otro ser. Para ser exactos, Baby Devil comía almas como quien chupa un helado Camy Jet o se zampa una chocolatina Kit Kat o traga una bolsa de Pop Corn Star. No tenía que molestarse demasiado en deshacerse de sus enemigos. En el peor momento, cuando estaban a punto de estrangularlo con la trenza mortal de la Princesa Gélida o de desintegrarlo con el lanzador de rayos de la nada del Caballero Vacío, el pequeño Satán soltaba por los ojos sus proyectiles de lágrimas, del tamaño de una bala de la vieja Browning 22 que su padre llevaba debajo de la axila y neutralizaba los mandos sentimentales de los agresores, luego introducía una depresión en su *software* y finalmente les comía el alma. Ésa era una parte del programa especialmente emocionante pues cada alma tenía una forma sorprendente y un sabor exquisito, por perversos y nauseabundos que hubiesen sido sus antiguos dueños. Por ejemplo, la de la Princesa Gélida era un pez de almendra y la del Caballero Vacío una hoja de limonero frita en manteca de cisne. Como todos los héroes, Baby Devil quería llegar a algún lugar y para él ese reino misterioso era la confitería donde se fabricaban las almas, pero después de cada aventura, con las ansias multiplicadas por el efímero deleite, debía regresar junto a su envejecido padre, aquel hornero que no conseguía calentar los pies y que arrastraba un mortificante secreto. Él sabía dónde se encontraba la Suministradora Real de Almas, pero no quería enseñarle el camino a su hijo por miedo a perderlo para siempre.

—Ha ganado —dijo el padre con alegría, palmeando en el volante—. Ha ganado el Tirnanorg. Allí es a donde nosotros vamos.

—¿Por qué saldríamos tan tarde? —dijo la madre—. Siempre salimos tarde.

—¿Seguro que se ven todas las cadenas? —preguntó el niño con voz queda. Ya le habían dicho muchas veces que sí.

—Mañana tendremos que buscar un colegio —respondió la madre con un

suspiro.

La noche esperó emboscada a que hubiesen pasado la gasolinera. Después el niño la vio enmascarada con un paño rojo, con las piernas colgando en el remolque de un tractor. La noche movió acompasadamente los pies como el péndulo de un reloj artesano y durmió al niño, que se quedó acurrucado en el asiento trasero, con la Yoko en el regazo.

Lo despertó el silencio con un soplo de aire fresco sobre los párpados y acariciándole fríamente las manos regordetas. Sudaba por todo el resto del cuerpo, pues estaba vestido encima de la cama, con una manta por encima y el chaquetón del padre en los pies. En el cielo de la habitación desconocida había una escalera de luz que nacía en la persiana entreabierta. Fue siguiendo los peldaños con los ojos hasta que decidió levantarse y acercarse a la ventana. Reconoció el coche familiar junto a la farola, con aquella cicatriz en el capó. En la valla próxima había un gran anuncio con un hombre con casco de minero y la cara tiznada, y con grandes letras que decían: «¿Qué no daría yo ahora por una Paddy?». Ésa era la cerveza que le gustaba a su padre. Abrió la puerta y fue tanteando por el corredor hasta acostumbrar los ojos. Encendió la luz y vio que estaba en la cocina, desnuda de cosas y fría, como si el espíritu de la nevera, abierta y vacía, deambulara vagaroso por la casa, posando su aliento en el brillo pálido de los azulejos y del aluminio. Lo único vivo, de una vida tan radiante como perpleja, era la planta de azalea encima de la mesa.

Otra puerta que abrió era la del cuarto de baño, y nada había que no hubiese sido ya visto, aquella desolación nocturna de laboratorio humano abandonado al sonido sordo de la cisterna, un murmullo, una vieja canción que enlazaba todas las viviendas, todas las ciudades conocidas, en la memoria del niño, como si en la noche hubiese un largo tubo subterráneo que comunicase aquel gorgoteo ronco de arrabal en arrabal, allá por donde ellos fuesen. Aquel manantial ciego tiró de él para mear y el niño, al levantar la tapa del váter, encontró, flotando en el agua como una vieja culpa, inútil ocultación devuelta siempre por el sumidero, la colilla del cigarrillo del padre y las hebras deshilachadas del tabaco.

Después encontró el cuarto de ellos. Se quedó en la puerta, sin encender la luz, solamente mirando el bulto de sus padres en la cama, sintiéndolos

respirar a un tiempo, en creciente intensidad. Notó los pies fríos en la baldosa, y tuvo la impresión de que por el pasillo se acercaba, en forma de corriente violácea y con sucios dientes amarillos, el fantasma de la nevera. Estuvo a punto de echar a correr hacia aquella cama. Siempre que los veía así, abrazados, le entraba el deseo de deslizarse entre ellos. Pero arrimó lentamente la puerta y se fue al lugar que faltaba.

El niño recorrió con la mirada las familiares bolsas del equipaje, tumbadas y de bruces en el suelo de la sala como gruesos y somnolientos animales de compañía envejecidos mudanza a mudanza. Allí, junto a ellas, protegida como un perrito, estaba la Yoko, con su lomo liso de gris metalizado. Buscó un enchufe y movió el mando para sintonizar las cadenas. ¿Qué hora sería? En la pantallita de la televisión portátil se sucedieron una persecución automovilística, un arrecife de coral poblado de peces de colores, una película en blanco y negro en la que un hombre amenazaba a otro: «Llévatela de aquí si no quieres que te la quite», y una carta de ajuste con música de gaita. Baby Devil, pensó el niño, estará con su padre, dormido en su regazo, mientras éste intenta inútilmente mantener los pies calientes y cura su nostalgia, como la polilla, mirando el corazón de las llamas.

Estaban cara a cara. La pequeña Yoko lamía de luz el rostro del niño, chispeaba en sus ojos, pero él notaba en la nuca el aliento frío del espíritu de la nevera. Sintió pasos. Enmarcada en la puerta, apareció la figura del padre, gigante esta vez, grande como nunca la había visto.

—¿Sabes qué hora es? —le gritó con enfado.

—No puedo dormir —tardó en responder el niño.

El padre se acercó despacio y acabó inclinado a su lado. El chaval seguía con los ojos clavados en la Yoko.

—¿No puedes dormir?

—No. Me desperté y no puedo dormir.

El padre posó su mano en la cabeza del niño y las llamaradas de la Yoko flamearon en la piel.

—¿Quieres venir a nuestra cama? —preguntó en voz baja.

—Sí —dijo el niño.

—¿Sabes cuántos años tienes? —dijo el padre ahora a la defensiva.

El niño no respondió. Parecía hechizado por algo que sucedía en la

pantalla. El demonio canoso de rostro flaco mal afeitado acariciaba a Baby Devil con sus dedos huesudos y teñidos de nicotina. Después, apagaba la Yoko, alzaba al niño en brazos y lo besaba con su hocico de púas.

La llegada de la sabiduría con el tiempo

*Aunque las hojas sean muchas, la raíz es sólo una.
A través de los mentirosos días de mi juventud
mecí al sol mis hojas y mis flores.
Ahora puedo marchitarme en la verdad.*

W. B. YEATS

La escoba de otoño barría con furia Temple Villas. Old M. cerró la cancela de su jardín de ortigas, aquel verde sombrío que lo irritaba como un pecado, pues le hacía decir: «Está bien, papá. Mañana arrancaré las malas hierbas para que retoñen tus siemprevivas. Sí, claro, ya veo cómo lucen los malditos rosales de la señora O'Leary». Así que echó el pasador como quien suelta el badajo de una campana y emprendió, sin aliento, la cuesta arriba, desenredando los pies entre las hilas ajadas del viento.

Había cambio de turno en la prisión de Arbour Hill. Old M. saludó al guardia señor Eyre, quien por lo visto era algo pariente por parte de los de Galway, y que tenía un hermano cura y otro también atravesado, un tal Bill, inquilino ahí mismo, eso había oído, lo que son las cosas, uno por dentro y otro por fuera. La cuestión es darse trabajo unos a otros.

Esperaba un evasivo gruñido de respuesta, pero el guardia señor Eyre lo miró con atención y luego dijo con el tono solemne de quien recita un viejo salmo:

«Aunque las hojas sean muchas, la raíz es sólo una.»

También él reparó en el remolino de hojarasca, en aquella danza alocada

del inquieto espantapájaros que vislumbra el invierno. Giraba al azar entre los prados, por el atrio de la iglesia que lindaba con la cárcel, y luego se alejaba, con un vuelo arrastrado de zancudo, por entre las lápidas del Cementerio de los Héroeos, donde estaba el túmulo de los fusilados en 1917. Parte de las hojas se perdían por el camino, y volaban sueltas como gorriones desnortados.

«Sí, señor. La raíz es sólo una», repitió Old M., muy satisfecho de que el señor Eyre lo hubiese hecho partícipe de una observación de tanto calibre.

Ahora el señor Eyre miró aún más alto y sentenció con el peso en la voz: «Y la noche está al caer».

«Sí, la noche está al caer», asintió Old M., como si notara ya sus garras de gata en los hombros.

Sin más, el señor Eyre se metió en el coche y arrancó veloz. Y la noche toda, tal como él temía, cayó sobre Old M.

Él apuró el paso hacia Manor Street, buscando amparo en el bullicio, pero ya en la esquina, Options, la peluquería, sí señor, para perder la cabeza con la rubia esa que corta el pelo, de buena gana entraría, pero el barbero Mullen, esa lengua de navaja afilada, lo tenía atemorizado. Podía oírlo: «¿Sabéis? Old Orejas Grandes se pasó al otro lado, ¡je, je!». Fue lo que hizo con Tom O'Grady, eso que es camionero, y él, Old M., riéndole la gracia para que no pensara que. Y es que cuando se refería a las peluqueras, el barbero Mullen se ponía un poco agresivo y chasqueaba la tijera tras la nuca del cliente como un amenazador milano metálico.

«¿Qué me dices del plumero de Tom? ¿Quién iba a pensarlo? Ya somos pocos, Old. El mundo lleno de gilipollas y todas las tías, todas, Old, esperando a que llegue un tío de verdad, un tío como tú y como yo, Old, con un par de cojones, y apretarlas así, contra la pared, con una polla que embista, nada de viento, Old, eso es lo que quiere una tía, Old, que le des caña y la dejes mansa, agotada, en su sitio, Old, eso es lo que quiere una tía.»

Chic, chic, el pico asesino de la tijera.

Así que decidió no meterse en complicaciones y dirigirse directamente al pub Glimmer. Pero ya entonces notó que estaba encadenado en los pasos que había dejado en Arbour Hill, como en un grillete de viento. Y miró hacia atrás, y encontró a aquel perro flaco y orejudo, moteado de blanco y negro.

Paró, y el perro también. Sus orejas, desde luego, eran largas, y colgaban como una bufanda. Anduvo otro poco, y el perro le siguió el paso. Old M. volvió a detenerse, y el perro hizo lo mismo. El animal le resultaba desconocido, pero esa extrañeza no parecía correspondida. Cuando lo llamó, de una forma tan impersonal como puede ser «ven, chucho, ven», lo acarició en la nuca. La piel era áspera como estropajo y parecía tan insensible como la sábana del forense. Para expresarle afecto tendría que darle una patadita en el hocico. Y eso fue lo que hizo.

El letrero de Glimmer pasó a ocupar el centro de su atención. Olvidó el perro y cruzó la calle esquivando luces.

A esa hora aún estaba solo en la barra. La blusa de Maggie dejaba transparentar la lencería de los senos. Le gustaba mucho aquella primera pinta de cerveza, cuando el local estaba tan desnudo de humos como la cabeza y las baladas parecían salir de un grifo de agua.

«Hace viento, ¿eh, Old?», dijo Maggie, cruzando los brazos justamente por donde él lo haría si pudiese.

«Sí que hace.» Y añadió en un tono que a él mismo le resultó misterioso:

«Aunque las hojas sean muchas, la raíz es sólo una.»

Maggie lo miró como si descifrara un enigma. Era algo más de lo que esperaba de Old M., metido siempre, como quien dice, en su propia sombra. Esas cosas se pagan con una sonrisa. Así que se echó sobre la barra, no sin antes mirar a ambos lados por si alguien acechaba, y acercó la cara, los ojos pícaros posados en él, talmente como mujer que va a avivar en la chimenea el fuego tibio de la turba.

«En los mentirosos días de mi juventud mecí mis flores al sol», dijo Maggie en un dulce suspiro.

Old M. sintió trepar las llamas desde la caldera de sus entrañas. Todos los años de monosílabos ardían ahora amontonados como hojarasca seca. El instante en que la cerveza pasa de una mano a otra, el lazo efímero de un billete o moneda, era todo lo que le unía a aquella mujer. Muchos años al otro lado de la barra, viendo, día a día, cómo cambiaba el pelo, el escote, el color de las uñas. Cada noche puso un anillo en aquellas manos, cuando iba a pagar.

Y ahora las pesas del reloj de pared del Glimmer movían el Universo.

Maggie se apartó con calma, como empujada por la misma gravedad que había tardado años en atraerla a su lado. La hiedra de la música, enredada en las volutas de las miradas perdidas. Si Old M. encontrase la palabra, le llamaría nostalgia al humo del Benson que se llevó a los labios. Como si aquel gesto de Maggie fuese de hada o huracán, cada cosa tenía un nuevo sentido, que alcanzaba también a aquello que le había sucedido en el pasado. Al avanzar, el reloj hacía visible un surco antiguo, donde brotaban todos los trastornos. El haber nacido, por ejemplo, había sido hasta hoy una cosa que le producía vergüenza, un acontecimiento excesivo. No se angustiaba, porque también eso sería exagerado, un problema añadido, pero procuraba evitar las cosas que le habían causado más vergüenzas.

Una vez sufrió una caída ante el mercado de patatas de Sraid San Micein. La acera estaba helada y Old M. resbaló y se cayó hacia atrás. Las patatas se salieron de la bolsa y rodaron por la calle como bolas de un billar manejado por el demonio. Evitó para siempre aquel lugar. Para él, así era el dolor de la vergüenza, semejante al del golpe de una caída en el hueso sacro. El mundo es un escenario donde la gente vigila para ver quién se cae de culo.

«Tócalos, Old», le había dicho la vendedora de tomates de Moore Street.

Y cuando lo hizo, ella gritando por todo lo alto: «No son pollas, Old. Por mucho que los toques no se van a poner duros».

Pero hoy, al salir del Glimmer, Old M. era otro hombre. Ni siquiera le molestó que el señor Morgan le preguntase si aquel perro que lo seguía era suyo.

«No, no es mío, señor Morgan.»

«Parece que no comió desde el Año de la Peste. Deberías alimentarlo mejor, Old M.»

«La verdad, señor Morgan, es que no es mío.»

Y el maldito viejo sordo, dale que dale.

«Se lo van a comer las pulgas. A tu padre no le gustaría verlo así.»

Old M. miró al perro y el perro lo miró a él. En otro momento, se habría deshecho en explicaciones. Pero, extrañamente, no notaba dolor en el hueso sacro. Una bocanada de viento vino en su ayuda.

«Sabe, señor Morgan, aunque las hojas sean muchas, la raíz es sólo una.»

El anciano, pensativo y como intimidado por alguna cosa invisible, prestó

Ésa es la cuestión.»

«Sí, señor Bruton. Todo es relativo. El general Grant, un suponer, el que venció a los sudistas en Estados Unidos, bebía todas las noches una botella. O más. Y fueron unos a quejarse al presidente Lincoln, a acusar a Grant de que era un borracho. Y entonces va Lincoln y les dice: “Señores, quiero saber lo que bebe Grant para mandarles unas cuantas botellas de éstas a todos los demás generales”.»

Bruton quedó sorprendido, como si estuviese desgranando la historia. Luego lanzó una estruendosa carcajada y palmeó en la espalda a Old M.

«¡Cojonuda, Old! ¡Esa historia es cojonuda! ¿De dónde sacaste esa historia? ¡Es muy buena!»

«He debido de leerla en algún sitio, no sé, me acordé ahora...»

La idea de Old M. con algo que leer en las manos pareció agrandar la sorpresa de Bruton. La imagen que de él tenía era la de un tipo gris y atontado, incapaz de enhebrar una frase con gracia.

«Está bien leer, Old. Lástima que... ¡Es cojonuda esa historia! Díganme que bebe Grant para mandarles unas botellas al resto de los generales. ¡Jodidamente buena, Old!»

Acabó su pinta de cerveza, muy animado por el cuento, y llamó al *barman*. «¡Vamos a tomar otra, Old! ¡Invita Bruton!»

«Gracias, señor Bruton, es muy amable. Pero tengo que irme.»

Era la primera vez que alguien, sin que mediara un favor especial, lo invitaba a una ronda. En otras circunstancias, habría aceptado enseguida. Le habría dado vergüenza decir que no, pensar que el señor Bruton se pudiese sentir molesto. No sabía por qué había decidido marcharse, pero pensó que era el momento y decidió hacerlo.

«Toma la última, Old, fuera hace mucho viento.»

Una bandada de pájaros secos y mariposas muertas revoló en su cabeza. Decían: «Aunque las hojas sean muchas, la raíz es sólo una». Pero él calló. El señor Bruton se colgaría de la frase como de una percha y prolongaría la velada. Quizás, si no encontrase un eslabón apropiado, se sentiría humillado.

«Se lo agradezco mucho, señor Bruton. Con mucho gusto, y, si quiere, otro día me tomo esa pinta.»

«Por supuesto, Old, eso está hecho.»

«*Slán agat*, señor Bruton.»

«*Slán abhaile*, Old.»

El perro esperaba en la puerta y Old M. tuvo buen cuidado de no asustarlo. Ni siquiera refunfuñó. Al contrario, se dejó guiar. Bajaron por Manor Street y atajaron, a la altura del colegio de Standhope, por las casas del ayuntamiento. Las farolas proyectaban las dos sombras unidas en un mismo ser de seis patas y orejas larguísimas. Old M. rió. Era la primera vez que se reía de sí mismo y estaba feliz. Y la cómica sombra se volvió hacia él y dijo:

«Ahora puedo marchitarme en la verdad.»

Ya en la casa de Temple Villas, abrió la cancela y le franqueó el paso al perro: «Tienes razón, papá, hasta por la noche lucen los rosales de la señora O'Leary».

Tras ellos, como una bandada de gorriones sorprendidos por la escoba del otoño, entraron todas las hojas secas.

Ella, maldita alma

La vieja reina alza el vuelo

Una última atención necesitan aún las colmenas: la recogida de los enjambres que huyen cuando enjambran.

Esto requiere un cierto cuidado para no perderlos, ya que los enjambres pertenecen a quien los encuentra primero.

«Etnografía», XAQUÍN LLORENZO,
de la Historia de Galiza

Aquella primavera había llegado adelantada y espléndida.

A la hora del café, por la ventana que daba a la huerta, Chemín contempló la fiesta de pájaros en el viejo manzano en flor. Durante el hosco silencio del invierno sólo acudía allí el petirrojo, picoteando como un niño minero sus sienes plateadas por el musgo, brincando por las ramas desnudas con su saquito de aire alegre y colorado. A veces también acudía el mirlo. Posaba su melancolía crepuscular, devolviéndole de reojo su mirada al hombre, y después huía de repente, desplegando las alas en un pentagrama oscuro.

También en el comedor había fiesta. Todos los años en esta fecha, el tercer domingo de marzo, celebraban el día de san José en la casa paterna de los Chemín. De hecho, habían sido las canciones de hijos y nietos las que guiaron su vista hacia el viejo manzano, desde su puesto en la cabecera de la mesa.

La brisa de media tarde abanicaba perezosamente los brazos artrósicos del frutal, que sostenían en vals el inquieto galanteo de los pájaros. Pero en la punta de las ramas los penachos de flor blanca temblaban como organdí de novia. Allí rondaban las abejas.

Papá, es tu turno, dijo Pepe, el hijo mayor. Era un buen guitarrista.

Cuando estaban de moda los Beatles, él había sido de los primeros en toda la comarca en dejarse el pelo largo, y usaba unos horribles pantalones color butano, muy ceñidos y de pata acampanada. Había dado mucho que hablar a la vecindad y le pusieron de apodo O'YeYé. A él le llegó algún chisme cuando estaba de emigrante en Suiza. Vi a tu Pepe en la feria de Baio, le había comentado uno de la zona de Tines, recién emigrado. Y añadió masticando la sorna: por detrás pensé que era Marujita Díaz. De noche, con la rabia, Chemín pensó escribir una carta ordenándole a su hijo que fuese al barbero. Rumiaba las frases para meterlo en cintura y recriminarle a la madre su tolerancia, pero le dejaban en la boca un sabor agrio, de achicoria. Imaginó a Pilar, su mujer, abriendo el sobre con sus dedos rosados, pues siempre los lavaba cuando la sorprendía el correo. Leyó con los ojos aguados de Pilar la carta reprobatoria que le rondaba por el magín y fue entonces cuando le pareció una tontería, una bofetada borracha en plena noche.

Venga, papá, canta *Meus amores*.
Sí, sí, que cante el abuelo.

Se preguntó si aquellas abejas que sorbían el néctar de las flores blancas del manzano eran de sus colmenas o si venían de la huerta de Gandón. Le gustaba el café caliente y muy dulce, pero la taza se le había ido enfriando entre las manos, distraído con la pantalla de la ventana.

¡Meus amores! Aquella balada se la había enseñado un compañero de barracón en Suiza. No tenía mucha memoria para las canciones, pero aquélla le había quedado prendida como una costura de la piel. Le salía de dentro a modo de oración, como himno patriótico de las vísceras, fecundado por la cena de patatas renegridas del barracón de emigrantes. Todos los años, desde que había regresado de Suiza y celebraban juntos san José, él cantaba *Meus amores*. Ya era un patriarca, el más viejo de los Chemín. Aquella balada brotaba como un manto de niebla que les unía a todos, también a los que se habían ido, en un más allá intemporal.

Dous amores a vida gardarme fan:

*a patria e o que adoro no meu fogar,
a familia e a terra onde nacín.
Sen eses dous amores non sei vivir.*^[15]

Mediada la canción, notó el pecho sin aire. No me encuentro muy bien, dijo por fin. Sabía que aquella reacción iba a ensombrecer la fiesta, como si alguien tirase del mantel y destrozase la vajilla de Sargadelos que Pilar guardaba como un ajuar.

Creo que me voy a echar un poco en la cama.

Era más de lo que podía decir. Tenía la boca seca y culpó de ello al café frío y amargo. Algo, una angustia forastera, le oprimía el pecho, clavándole las tenazas de las costillas en los pulmones. Pero, además, el enjambre de abejas le bullía en la cabeza con un zumbido hiriente, insufrible.

Pepe entendió. Su buen hijo, O'YeYé, con canas en la pelambarrera rizada, rasgó la guitarra y empezó a cantar una de las suyas, *Don't let me down!*, en un gracioso criollo de gallego e inglés, atrayendo la atención de los más jóvenes. Sólo Pilar le miró de frente, desde el quicio de la puerta, ella, la incansable vigía, con una bandeja de dulces en la mano.

Antes de bajar la persiana, en su dormitorio, volvió a mirar el manzano, aquel imán en flor. Luego reparó en la huerta vecina, la de Gandón. Como siempre, sólo era visible una parte mínima de aquel mundo secreto y eternamente sombrizo, oculto por un tupido seto de mirto y laurel. Solamente había un trecho en el que el muro vegetal descorría la cortina, y era en un lado en el que el saúco todavía invernaba escuálido, seguramente ensimismado en su médula blanca. Por aquellas rendijas Chemín podía entrever las corchas del colmenar abandonado.

Él y Gandón habían sido muy amigos en la infancia. Recordaba, por ejemplo, que juntos pescaban con caña los lagartos arnales que amenazaban las colmenas. Era un arte difícil. Había que cebar el anzuelo con saltamontes y estar muy escondidos. Él sostenía la caña y Gandón, del lado contrario, le hacía una señal cuando el lagarto iba a picar. Las abejas estaban preparadas para luchar contra un invasor, lo mataban y embalsamaban para que no se pudriese dentro de la colmena, pero aquel verano los lagartos parecían multiplicarse como un ejército glotón. Llegaron a atrapar dos docenas. Les

pasaron un alambre por los ojos y se los llevaron colgando con el orgullo de quien ostenta un precioso trofeo. La piel del arnal parece una tira arrancada del arco iris.

Las familias de Chemín y Gandón no se hablaban, pero a ellos, mientras fueron niños, era algo que no los implicaba. Sólo había una cierta cautela al entrar en la casa del otro. Una vez, cuando los adultos estaban de faena, había jugado con Gandón en aquella huerta umbría. En un rincón estaban, amontonadas, viejas corchas que habían servido de colmenas. Mi padre dice que no tenemos buena mano con las abejas, explicó Gandón. Se murieron todas de un mal de aire.

Un día él y Gandón dejaron de hablarse. Nadie se lo ordenó explícitamente, pero fue como si ambos escuchasen a un tiempo un mandato ineludible surgido de las vísceras más recónditas de sus respectivas casas. Fue tras la confirmación, cuando el auxiliar del obispo vino a la parroquia y les impuso una cruz de ceniza en la frente. Al regresar de la iglesia ya no se hablaron y por el camino fueron distanciándose a propósito.

Chemín, ahora tumbado en el lecho, se llevó la mano a la frente e hizo la señal de la cruz. La cruz no tenía nada que ver en el pleito entre los Chemín y los Gandón. Sólo era la forma que tenía el recuerdo. El silencio entre él y Gandón, la conciencia de implicarse en un resentimiento heredado, cobró cuerpo cuando el hombre empezó a apropiarse del niño. El día de la confirmación les pusieron por vez primera pantalón largo. Y dejaron de hablarse justo cuando les cambiaba la voz y de la garganta les salían gallos que no dominaban. Poco después notarían con cierta sorpresa que ya se les permitían las blasfemias en público.

Aquellos dos niños que un día habían sido amigos desaparecieron por el desagüe de la memoria, que tanto sirve para recordar como para olvidar. Para Chemín el viejo, tumbado en el lecho, de aquel tiempo sólo quedaba, como imagen congelada, el brillo húmedo del arco iris en la piel de los arnales.

Había seguido viendo a Gandón, claro, con mucha frecuencia. El hombre que le había crecido dentro tenía una mirada que a él le parecía dura y sombría, como la huerta en la que el otro se adentraba nada más traspasar la verja. Más tarde, Gandón empezó a trabajar de peón en las obras de una lejana carretera. Sólo lo veía los domingos, y le pareció un tipo extraño, un

forastero al que nunca hubiese tratado. Cuando se cruzaban, se apartaban el uno del otro como si también quisiesen evitar el contacto entre sus sombras.

Recostado en el lecho, Chemín volvió a ver a los dos niños. Estaban a la puerta del cielo, ante san Pedro. Éste, como un meticuloso guardia de aduanas, les contaba los lagartos arnales uno por uno. Parecía que no le cuadraban los números. Finalmente, miró a los niños con altiva mirada de funcionario y les dijo:

—¡Son pocos lagartos! Bajad y traed más.

Y los niños echaron a andar cabizbajos por un sendero descendiente, tropezando con los zuecos en los guijarros, y con el peso abrasador de la losa solar en sus espaldas.

¿Vamos a pescar truchas a mano?, dijo el pequeño Chemín. A lo mejor, una trucha vale en el cielo lo que tres lagartos.

Pero el pequeño Gandón no le respondió. De repente, había crecido. Era un hombre rudo y silencioso, sumido en sí mismo. Sus brazos y su rostro tenían el barniz resinoso de la intemperie. Al llegar al crucero, escupió en el suelo y tomó el camino contrario sin despedirse.

Adiós, Gandón, dijo con pena Chemín.

Cuando emigró a Suiza, su primer empleo fue en la construcción de un túnel en el Ticino. Eran por lo menos trescientos obreros horadando el vientre de la montaña. Chemín tenía de jefe un capataz italiano muy llevadero. Cuando se acercaba un ingeniero, les gritaba con energía «¡Laborare, laborare!». Cuando marchaba, guiñaba un ojo y decía con una sonrisa pícara «¡Piano, piano!». Una mañana llegó un nuevo grupo de obreros y Chemín se dio cuenta, por la forma de hablar, que la mayoría eran gallegos. Entre ellos, como una feliz aparición, descubrió a Gandón. Fue hacia él y lo saludó con alegría. El vecino pareció dudar, pero luego torció la mirada como quien muestra desprecio a un delator y siguió los pasos de su grupo. Durante meses se cruzaban y se repelían instintivamente. Hasta que un día Chemín se dio cuenta de la ausencia de Gandón, como si dejase de sentir el olor otoñal de un borrajo. Hacía un frío de mucho bajo cero. En la boca del túnel, el lienzo de la nieve flameaba como un sudario. Preguntó por él y un conocido de Camariñas le informó de que lo habían bajado a un hospital. Que le habían reventado las muelas al beber el agua helada de un manantial. Bebe leche,

Gandón. Pero no. Sólo bebía agua. Le tengo alergia a la leche, decía. Tampoco probaba el queso ni la mantequilla. Ésa era la base de la dieta en el comedor de la empresa. Pasaba hambre, dijo el de Camariñas. Cagaba blanco como las gaviotas. No creo que vuelva.

En la huerta de Chemín había también un nogal. Su padre le había contado que cada año crecía la altura de un hombre, pero que no daba fruto. Comenzó a dar nueces cuando él nació.

Un día supo, de forma indirecta, por una conversación de vecinos, que aquel nogal había sido la causa de la discordia entre los Chemín y los Gandón. En realidad, él mismo era parte fundamental de la historia.

El padre de Chemín se había casado de viejo con una muchacha muy hermosa. María da Gracia, su madre, era hija de soltera, había trabajado desde niña de criada, pero no por eso tenía pocos pretendientes. Ella misma era la mejor dote que un labrador podía desear. En la folía del maíz cantaba tangos y boleros y la gente arrancaba al compás las rugosas y ásperas hojas de las mazorcas como si fuesen pétalos del Corpus. Cuando el viejo Chemín y María da Gracia se casaron, los mozos más resentidos no dejaron de cantar coplas y agitar cencerros y latas toda la noche ante la casa.

Ya habían pasado tres años y María da Gracia no tenía descendencia. Eran un buen tema de comentario para los más chismosos, pero la pareja se mostraba siempre feliz como las tórtolas en primavera. Fue entonces cuando sucedió el caso del nogal. El árbol crecía con el ímpetu de un sauce en la ribera, pero sin dar un solo fruto. Alguien le dijo a Chemín que lo que tenía que hacer era varearlo. Azotar las ramas con una vara antes de que brotasen las hojas. Golpearlo sin romperlo. El árbol, por decirlo así, entendería el mensaje. Y eso fue lo que hizo aquel día de sol primerizo en el que todo parecía estar al acecho. Con la camisa blanca y el chaleco negro, a la vuelta de misa, sacudió el nogal. Notó las gotas de sudor en la frente y, por la huerta vecina, pasó a su altura el viejo Gandón. Y dijo en voz alta: Así tenías que hacer con tu mujer, Chemín, sacudirla bien sacudida. ¡A ver si da nueces! Gandón tenía cinco hijos.

El viejo Chemín no respondió. Apoyó la vara en el tronco del nogal, entró en casa y bebió un cazo de agua del cubo de roble herrado. Después le dijo a María da Gracia: No me preguntes por qué, no te lo puedo decir, pero por

favor, nunca más les dirijas la palabra a los Gandón. María da Gracia entendió. El suyo era un hombre noble. Le atraía ese su señorío natural.

Un año después, nacía el pequeño Chemín. Todo esto refrescaba en su memoria cuando ocurrió lo del enjambre. Pero esta vez el recuerdo había retornado con un odio que él nunca había sentido. Era una hiedra que le ahogaba el pecho, que se ceñía a la nuez de su garganta y le transformaba el habla en un sonido ronco, en monosílabos duros que caían como pedradas en el estanque siempre tranquilo que rodeaba a Pilar. Ella notó enseguida aquel cambio de carácter pero lo atribuyó al tiempo, a aquella primavera enloquecida con noches de luna tan luminosas como un día amarillo, que hacían cantar a los gallos por la noche y traían exhaustos los cultivos con un insomnio febril.

Chemín no le había contado a nadie, ni a ella, lo que había sucedido con el enjambre.

El fin de semana anterior había notado mucha inquietud en una de las colmenas. Era un enjambre muy bueno. Daba una miel oscura, con sabor a romero, porque él era capaz de distinguir los matices misteriosos de la dulzura, las dosis de bosque y flor que había en una cucharadita. Las colmenas siempre habían sido una parte destacada de la hacienda familiar. Eran como una vacuna secreta a la que se le atribuía la longevidad del clan. Enterró a su padre a los noventa años, y no lo había matado la enfermedad sino la pena por la pérdida de María da Gracia. Si ella viviese, murmuraba, yo no moriría nunca. Pero a ella la había matado, un día de feria, aquel maldito coche conducido por un borracho.

Todo el domingo lo pasó al acecho porque el enjambre había empezado a barbear. Las abejas se arremolinaban en la piquera de la colmena. Debe de haber una nueva reina, pensó, y la vieja no tardará en marchar con todo su séquito de obreras.

Durante mucho tiempo, le había contado su padre, no se sabía cómo nacían las abejas. ¿Sabes por qué? Porque pensaban que la reina tenía que ser un rey. No les cabía otra cosa en la cabeza, ni siquiera a los más sabios. Escribían tonterías como que los enjambres nacían de los vientres de los bueyes muertos. Hasta que los sabios cayeron de la burra. Y hay otra cosa muy curiosa que debes conocer, dijo su padre bajando la voz en confidencia.

La reina no nace reina. Las obreras eligen una larva y la alimentan con jalea real unos días más que al resto. En realidad, cualquiera de las abejas podría ser una reina. ¿Y a los zánganos? ¿Por qué matan a todos los zánganos?, preguntó el niño. Porque son unos vagos, como los chupatintas de la ciudad, dijo riendo el viejo Chemín.

El domingo casi no pudo dormir. En sus sueños, la bola del enjambre salía volando a media altura como un globo y él, como en una inquietante película cómica de Charlot, braceaba y braceaba intentando hacerse con él. Se levantó temprano con esa inquietud y después de mojarse la cara con agua fría se dirigió hacia la colmena. En efecto, las abejas apiñadas formaban una gran madeja a punto de desprenderse. Fue corriendo a coger un cesto y justo cuando lo tenía al alcance de la mano vio como el enjambre despegaba en un vuelo compacto y deshilachado a un tiempo. Fue a parar a la primera rama que encontró en su camino, la más baja del nogal. Chemín se acercó muy lentamente, pero su corazón latía como la muela de un molino. No era miedo. Él sabía que las abejas, cuando vuelan en enjambre, van cargadas con tanta miel que no pueden picar. Fue levantando el cesto y a medio camino pudo ver cómo la bola despegaba de la rama y retomaba el vuelo. Esos segundos que quedó pasmado, sin reaccionar, fueron definitivos. El enjambre salvó el seto y se fue a posar en uno de los árboles de la huerta sombría de los Gandón. Y entonces apareció él, como un cazador al acecho. El hombre silencioso se quitó el chaquetón de cuero de becerro, envolvió el enjambre como si atrapase un sueño alado en el aire y se fue hacia las viejas colmenas vacías.

Chemín dormía despierto. Desde la planta baja llegaba el sonido de las canciones. *Que o mar tamén ten mulleres, que o mar tamén ten amores, está casado coa area, dálle bicos cantos quere.*^[16] Este mediodía había ido andando al pueblo. Quería espantar aquel pensamiento que le perforaba la cabeza con un zumbido terco e hiriente. Siempre había sido un hombre sensato. Razonó por el camino. Gandón había actuado de acuerdo con una ley no escrita. Podría haber sido cualquier otro. Un enjambre que abandona la colmena pertenece a quien lo atrapa. No era un robo. Pero el zumbido insistía e insistía, traspasándole la cabeza de sien a sien. No podía evitar considerarlo un acto de hostilidad. Un desafío de guerra. ¿Qué sabía Gandón de abejas? Su familia no había sido capaz de mantener aquellas colmenas. La peste, el mal

de aire, qué demonios, lo tenían ellos dentro del alma. Al pensar en la miel del enjambre cautivo, Chemín notó en los labios un sabor hasta entonces desconocido. Una miel amarga.

Iba a la búsqueda de viejos amigos con los que charlar y distraer el zumbido que le atormentaba. Pero al llegar a la taberna Lausanne buscó una mesa en el rincón y apartó la mirada del bullicio. Con cartas invisibles jugaba un solitario sobre el mármol de la mesa. ¿Qué habría pasado en aquel instante por la cabeza de la vieja reina? ¿Por qué el enjambre abandonó la rama del nogal, aquel nogal que se había plagado de nueces cuando él nació? Un minuto antes todo tenía sentido. Miró el reloj. Se había hecho tarde. Ya estarían llegando los invitados. Si pudiese, se perdería en el monte hasta la noche. Pensaba en su propia fiesta como en la de un extraño. Al levantarse, se dio cuenta de que había bebido más de la cuenta. El zumbido chispeó como una lámpara floja. Se le había extendido por todo el cuerpo a la manera de un dolor antiguo. Cuando se acercó a la barra para pagar, el tabernero, emigrante también en su época, le dijo que no debía nada. Lo tuyo está Okey, Chemín. Entonces ¿invita la casa? Gandón. Lo tuyo lo ha pagado Gandón. Le advertí que eran cuatro vasos. Pero él respondió que daba igual, que cobrase todo. Que un día era un día.

En vez de ir por la carretera, Chemín se echó a andar por un atajo que llevaba a la aldea atravesando el bosque y los prados. La frescura de la arboleda le alivió el zumbido, pero después, en los herbales, un sol impropio de aquel tiempo, navajero, le removió como tizón el enjambre. Hizo visera con la mano y miró hacia la aldea. Esa distancia entre aldea y pueblo había ido cambiando a lo largo de su vida. De pequeño le parecía un atlas. Después se fue acortando hasta convertirse en un tiro de piedra. Ahora volvía a las dimensiones de su infancia, pero de otra forma, como si los guijarros fuesen pedazos de hueso.

En medio del camino, más tirado que recostado, un bulto jadeante, se encontró a Gandón. Se cruzaron las miradas. La del hombre acostado, con la cabeza apoyada en el ribazo, era una mirada de angustia, con el blanco de los ojos enrojecido y lloroso. Tenía una mano en el pecho, a la altura del corazón, y se frotaba como un alfarero la masa de arcilla.

Es el vino, murmuró Gandón, le echan mucha química.

El gesto de su cara era una mezcla de ironía y dolor.

Sin decir palabra, Chemín le ayudó a levantarse, pero cuando el otro intentó sacudirse el polvo de la chaqueta, volvió a derrumbarse. Chemín lo agarró con un gran esfuerzo por la cintura, pasó el brazo de Gandón por encima de su hombro y echaron a andar casi a rastras. Pegados uno al otro, sudorosos, parecían respirar por el mismo fuelle con un silbido quejoso.

Cuando llegaron a la verja de la huerta de Gandón, éste hizo gesto de valerse por sí mismo. Permanecieron allí apoyados, cogiendo aire. Por fin, en silencio, Chemín siguió su camino.

Tienes que enseñarme a criar las abejas, murmuró Gandón.

Chemín no dijo nada.

Cuando llegó a casa, sus nietos corrieron a darle un beso y él les puso la mejilla con una mansedumbre inexpresiva, con la mirada en otra parte. Buscó su silla en la cabecera de la mesa y se dejó caer en silencio.

Ahora, en cama, en una vigilia de brumas, trata de reconducir el sueño.

Los dos niños bajan del cielo por un sendero, haciendo chocar los zuecos en los guijarros a propósito. Vamos a hacer una cosa, dice de repente el pequeño Chemín. Te doy mis lagartos, y así tú puedes entrar en el cielo. ¿Y tú?, pregunta el pequeño Gandón. Yo voy a pescar truchas a mano. Cuando tenga una, se la iré a llevar al santo de la puerta. Pero ahora ve tú delante.

¿Y tu amigo? ¿Por qué no ha vuelto tu amigo?, preguntó el santo Pedro tras recontar los arnales.

Dijo que prefería ir a pescar truchas, explicó con inocencia el pequeño Gandón.

Así que ha ido a pescar truchas, ¿eh?, dijo enigmático el aduanero.

En cama, Chemín escuchó por fin la campana. Muy despacio, con el acento de un cantor ciego, la campana de la parroquia decía *Gan dón, Gan dón*.

Su hijo, su querido Yeyé, abrió la puerta de la habitación y le dijo en la penumbra: ¿Sabes, papá? Dicen que Gandón ha muerto.

Él abrió mucho los ojos para abrazar a su hijo con la mirada. Escuchaba su voz cada vez más lejos, por más que él se le acercaba y lo llamaba a gritos.

¡Papá! ¡Papá! ¿Qué tienes, papá? ¡Por Dios, papá!

Volaba, volaba envuelto en el terciopelo del enjambre. ¿Por qué dejaban

la colmena? ¿Por qué las abejas no se quedaban en la rama del nogal? Quiso preguntar algo más, pero la vieja reina estaba sorda.

La novia de Liberto

Mi amigo Eloy tenía un muñeco de ventrílocuo al que llamaban Liberto.

Vestía, el muñeco, un pantalón de peto de color azul, de tela de mahón, y una camisa de franela a cuadros rojos y blancos. Liberto vivía en una maleta. Allí pasó muchísimos años sin ver la luz, como un topo en el desván, después de que hubiese desaparecido su verdadero dueño, un tío abuelo de Eloy, conocido por Rubí, que tenía ese don de hablar con la barriga y sin mover los labios.

Lo que sabemos de Rubí, por lo poco que nos contaron, es que era un zapatero habilidoso y un solterón muy juerguista en su tiempo libre. Recorrió todas las tabernas de la comarca con su compañero Liberto, que él mismo había construido, y pagaba aguardiente para dos, aunque se la bebiese él toda. Rubí tenía un hablar tranquilo y socarrón pero, en la voz de Liberto, era todo chispa y no se mordía la lengua. El final de la historia de Rubí es que había tenido que huir durante la guerra, lo que hizo por la frontera de Portugal, y que lo habían dado por muerto pues no se volvió a tener noticia de él.

Liberto retornó al mundo gracias a nosotros.

Mis padres iban siempre de vacaciones a Gardaráns, donde habían nacido. Vivíamos en casa de Aurora, mi tía, que había heredado la casa de los abuelos. Excuso decir que Aurora tenía buen corazón, pero un genio endemoniado. Era soltera, pero nada juerguista. Al contrario. Nos recibía con los brazos abiertos y bandejas rebosantes de comida, pero los niños eran para ella como esa especie de duendes que por la noche mean en el cazo de la leche. Desde pequeño, durante esas vacaciones, mi hogar natural era la casa de Eloy. Allí los niños eran bienvenidos e incluso celebrados por sus travesuras.

Un día, rebuscando con Eloy en el desván, abrimos la maleta en la que vivía Liberto. Nos miró de frente con sus ojos de esmalte azul, y Eloy cerró la maleta, en un reflejo de espanto.

Era el atardecer de un domingo y los mayores estaban en la cocina viendo un programa que se llamaba *Reina por un día*. En casa de Eloy había televisión porque la había traído su padre de Alemania, donde trabajó de ebanista en una fábrica de muebles. Se reunían muchos vecinos como si fuese un cine.

En el programa *Reina por un día* aparecía siempre una mujer que lloraba mucho con la emoción. Se notaba que las mujeres que miraban la televisión también estaban a punto de llorar.

Mamá, dijo Eloy tirándole de la manga, ahí arriba hay un hombrecito.

Sí, hijo, sí, dijo su madre. Y siguió viendo como si nada *Reina por un día*.

Nosotros también miramos. A la mujer de la televisión le hacían regalos, uno por cada hijo. Y decían que había tenido dieciséis. Así que no me extrañaba que llorase de emoción, con aquellos dieciséis paquetes con lacito delante de sus ojos.

Pasaron los minutos, y Eloy y yo perdimos el interés, así que volvimos al desván. Nos aproximamos a la maleta con mucha cautela, como si fuese una ratonera. Después, puestos de acuerdo por instinto, comenzamos a golpearla con puñetazos y patadas. Fui yo quien se atrevió a pegar la oreja al forro.

¿Oyes algo?, preguntó Eloy.

Un lamento. Parece que se queja, inventé yo.

Haciéndome el valiente, como si fuese uno de los del barrio de Katanga, que reventaban todas las verbenas de Coruña, abrí la maleta. Sus ojos de esmalte azul se clavaron en mí como dos faros en noche cerrada.

Fue entonces cuando noté aquel runrún en el estómago. Me estaba naciendo viento. Y ese viento crecía sin yo quererlo, como el fuelle de una gaita, y luego hablaba por mí.

¡Manda carajo!, dijo el muñeco. ¡Vale más tarde que nunca!

Años después, en un libro, descubrí el caso de Tom, un irlandés americano que comió un plato de lentejas tan calientes que le quemó el esófago, y de la investigación que de su caso hizo el profesor Stewart Wolf, de Oklahoma. Recuerdo el lugar porque siempre me ha gustado decir

¡Oklahoma! A Tom habían tenido que hacerle un agujero en el estómago para introducirle la comida. Pues bien, por ese agujero el doctor Wolf pudo comprobar, en un estudio que duró años, la relación entre el estómago y las emociones. En sentido literal, el alma habita el estómago y no el corazón. Debe ser por la amplitud, y porque el alma es muy glotona.

Aquel día, en el desván, Eloy y yo nos miramos con más sorpresa que miedo. El muñeco me parecía ahora un bicho maravilloso llegado de un lejano planeta. Un extraño valor, quizá el haber pensado en la banda de los de Katanga, me llevó a cogerlo en brazos. Pesaba como una osamenta de enano. Sin mediar ninguna intención, miré para Eloy y escuché de nuevo aquella voz de viejo cascarrabias que me salía de dentro.

¡Hola, Chepas!

A Eloy se le abrieron los ojos como si escuchase la burla de un diablo. Así era el apodo por el que era conocida su familia en privado, aunque se evitase usarlo en público. Los Jorobados. Era una cosa que venía de lejos. Ahora, nadie de la familia tenía joroba. El último jorobadito había sido precisamente Rubí. La gente le pasaba la mano por la espalda porque daba buena suerte, y se cuenta que entonces el muñeco Liberto decía cabreado: ¿Por qué no os la metéis en el culo? También da suerte.

Cuando bajamos con el muñeco, los mayores estaban todos atentos a la pantalla con un brillo de lágrima retenida en los ojos. Era la escena final de *Reina por un día*. En principio, no le prestaron atención al bulto que traíamos. Una vez más, se me llenó el fuelle del alma y exploté sin querer.

¡Pobre reina la reina por un día!, exclamó el muñeco.

Recuerdo muy bien aquella mirada colectiva. Yo había hecho frente a esa amenaza, pero de manera individual, encarnada, por ejemplo, en la mirada fulminante de la tía Aurora, tras pisar su alfombra turquesa con barro en los zapatos.

¡Qué simpático!, decía. Y sus ojos me atravesaban como alfileres.

Pero ahora eran un par de docenas de ojos enojados los que me tenían por objetivo. Mucho más tarde, por aquello de decir lo que no debía en campo equivocado, llegaría a definir aquella sensación. Era el Efecto Guadaña.

¡Tranquilidad, tranquilidad!, dijo entonces el muñeco para disculpar la interrupción.

¡Ay, por los clavos de Cristo! ¡El Liberto!

Fue la abuela de Eloy, con su mirada miope, la primera de todo el corro que reconoció el muñeco. La televisión quedó como un chisporroteo de fondo. Liberto era ahora el celebrado centro de la reunión, iba de brazo en brazo e incluso le dieron a probar el anís, pero no volvió a hablar en aquel atardecer que se hizo noche y luego sueño.

Regresamos cada año de vacaciones. De vez en cuando, Eloy y yo subíamos al desván para abrir la maleta y charlar un poco con Liberto. Le contábamos a nuestra manera las novedades de Gardaráns y las revelaciones de la vida. Y muchas veces él decía desde mi barriga: ¡Manda carajo!

El año pasado fue la última vez que estuve con Eloy. Y con Liberto. Este año no volveré. Creo que no volveré jamás.

Eloy está acabando Derecho y yo Filología. Los dos estudiamos en Santiago, pero casi no nos vemos. Tenemos vidas muy distintas. Él va mucho por el Ensanche, por las copas de la parte nueva. Y yo... Bien, yo ando por otra parte. No hay más que explicar.

El caso es que el año pasado fui a casa de Eloy la primera noche de nuestro veraneo. Era noche de parranda, la noche de san Juan. En Gardaráns se conserva la costumbre de las hogueras y las sardinas asadas acompañadas con pan de maíz. Allí estuvimos, con los vecinos. Las chicas habían crecido, como nuestra edad, y los viejos nos hacían bromas.

¡A ver si vais a casaros en Gardaráns!

Muy entrada la noche, a la hora del café con aguardiente, cuando sólo quedaban alrededor del fuego los más viejos, Eloy, con los ojos algo enrojecidos, se acercó en confidencia y me dijo: ¿Por qué no vamos a buscar novia al Saltón?

Ése era un chiste que se hacía en Gardaráns. El Saltón era la parte de la montaña con casales todavía medio aislados. Para los de Gardaráns, era el mundo de lo remoto. Cuando alguien decía una blasfemia demasiado fuerte o hacía una cosa con torpeza, se le decía: ¡Ni que fueses del Saltón!

Pero Eloy me guiñó el ojo como si hablase en serio, con esa voz que tienen los juerguistas de la estirpe de los Jorobados.

¡Venga, hombre, vamos de mozas al Saltón!

Estaba medio borracho. Y yo también.

Yo ni sabía lo que era ir de mozas al Saltón. Iría tras ellas a cualquier parte.

Y entonces me acordé de Liberto.

Voy, dije, pero si nos llevamos a Liberto.

Eloy tardó un poco en entender. Contempló las brasas como si leyese una historia antigua y luego rompió a reír.

¡Liberto! ¡Pues claro que nos llevamos a Liberto!

Fuimos por carretera en el coche de Eloy y luego lo dejamos al abrigo de un seto de laureles.

Ahora es mejor ir a pie, dijo Eloy, siguiendo la ruta de las hogueras.

Y era cierto que desde allí se veían tres o cuatro fuegos como grandes luciérnagas centelleando en las faldas de la noche. Yo llevaba la maleta con Liberto.

En el primer lugar al que llegamos nos recibió un perro que ladraba sin mucha convicción. La noche de san Juan los perros ladran poco porque suele haber restos que roer alrededor de las fogatas. Junto al fuego, como guardianes de la noche, había solamente dos viejos que nos invitaron a licor café. Después de unos tragos y de saber que éramos de Gardaráns, de tal y tal familia, nos preguntaron con sorna: Y entonces, ¿qué os trae por aquí?

¡Buscamos mozas!, dijo Eloy con la alegre resolución de un borracho.

¿Mozas, eh? ¡Pues mozas, buenas mozas las hay más arriba!, dijo el más socarrón, señalando lo alto.

Como navegantes atraídos por un faro, nos dirigimos hacia la siguiente fogata. Eloy propuso un atajo y nos metimos por un sendero. Enseguida nos dimos cuenta de que era un camino en desuso, invadido por las zarzas. Yo me abría camino con la maleta de Liberto, azotando aquella selva espinosa. Las circunstancias nos habían ido despejando y tuve la impresión de que la luna se reía de nosotros.

¿No sería mejor volver?, le dije a Eloy.

Ahora ya estamos llegando, dijo él sin aliento y con mucho amor propio.

No había nadie alrededor de la hoguera. Ni un perro.

Íbamos a dar la vuelta y bajar hacia Gardaráns cuando se encendió una luz y asomó por el quicio de la puerta un viejo con una linterna y un bastón.

¿Buscan a alguien?

¡Buscamos mozas, patrón!, gritó Eloy con descaro.

¡Pues aquí hay mozas!, dijo el viejo muy serio.

Había un aroma a fuego cansado que la brisa esparcía como polvo de luna. Yo me había quedado clavado en el suelo con la maleta, a la manera de un viajero que desciende en una estación sin nombre.

Eloy me empujó: ¡Avante, Don Juan!

Era una casa de labranza, construida en piedra, madera y pizarra, excepto el ladrillo a la vista que tapiaba los antiguos comederos que daban al establo de las vacas. Nada más entrar, te subía a la cabeza un aroma a verdura lavada, a leche recién ordeñada y a estiércol no lejano. Había una luz de película íntima, velada por el humo del lar, que respiraba en el rincón del fondo como un animal de cuento. Sentada en el banco de la chimenea había una vieja vestida de luto que cosía con la cabeza inclinada. Parecía que hacía una costura con el hilo de sus pestañas. Me fijé mucho en ella porque el patriarca de la casa nos guió hacia allí, junto al fuego.

El viejo dio unas palmas y gritó: ¡Niñas, bajad que hay visita!

En verdad, la muchacha que bajó tenía un rostro de niña, de manzana colorada. Su cuerpo, no obstante, era ya el de una mujer hecha, de pecho generoso y con los brazos desnudos y robustos. Pensé que sería capaz de besar con dulzura en la cama y después ir a segar en un santiamén la dura maleza de un monte. Nos sonrió con timidez y se sentó en el vano del lar, sobre la piedra, muy cerca de Eloy.

Se llama Lidia, dijo el viejo, acomodado en la mesa. Ahora llevaba gafas y se disponía a leer *El Progreso*. No sé por qué, pero en aquel momento sentí envidia de él. Debe de ser que también me gusta leer por la noche, cuando los demás charlan y tienen que hacer una red con palabras.

Pues sí, me llamo Lidia, dijo Lidia con una sonrisa de verbena.

¡María, baja, mujer, baja!, volvió a gritar el viejo sin apartar la mirada del periódico. Y luego murmuró: Baja, que no te van a comer.

Sin disimulo, Eloy y yo nos pusimos al acecho como cazadores de perdiz. Y a mí me dio un brinco de horror el corazón. Alguien bajaba, finalmente, por la escalera, y era el perfil de una sombra enlutada, la cabeza cubierta también por un paño negro. Por la forma de descender los peldaños, engurruñada, a punto de caer, parecía una gemela de la vieja chocha que

cosía.

Es María, dijo la niña mujer con ojos de un brillo triste.

Eloy carraspeaba, como quien espanta la borrachera. También él tenía la noche atravesada en la garganta.

Viendo la fiesta estropeada, me acordé de Liberto. Abrí la maleta y lo cogí en brazos. Lidia soltó una risita nerviosa y Eloy miró para mí con una melancolía somnolienta y tristoná. Noté en las entrañas el fuelle del aire y mi mano activó el alma de madera de Liberto.

*Esperta e aviva corazón
que tes diante as flores de Saltón!*^[17]

Por vez primera desde nuestra llegada, la vieja que cosía apartó la vista del paño y observó con curiosidad al muñeco.

Cosa, señora, cosa, dijo Liberto señalando de soslayo al viejo, concentrado nuevamente en la lectura. ¡Cósale el rabo al lagarto!

Ayudado por el humor de Liberto, vencí mi repulsión y busqué el rostro de la recién llegada. Sentí ahora que yo era el muñeco articulado al que alguien hacía temblar los labios. Por la pañoleta asomaban unos rizos castaños y sus ojos eran dos gemas verdes que destellaban en la penumbra. Se podría decir que no tenía edad y que era hermosa porque sí.

También el rostro de Eloy reflejaba el asombro de aquella extraña aparición. Aceptamos reanimados el café que nos ofreció la niña Lidia, a quien el calor del fuego había hecho madurar. Después, como si respondiese a una elección natural, Eloy y Lidia se enzarzaron a hablar y yo me quedé frente a frente con María. Hechizado. Le dije cuatro tonterías. Que era de Gardaráns, pero que me había criado en la ciudad y que estudiaba Filología.

¿Por qué estudias eso?

Porque me gusta la historia de las palabras, dije algo avergonzado.

¡Las palabras!, exclamó ella. Y luego murmuró: *Les feuilles mortes*.

¿Las hojas muertas? Yo sabía lo que ella había dicho, lo entendía, pero no podía entender que ella lo dijese.

¡Eso es francés!, comenté con asombro.

Sí, dijo ella con una sonrisa triste, eso es francés. Por un instante, guardó

silencio, como ausente. Y más tarde añadió: Yo estuve mucho tiempo en París, ¿sabes?

¿De emigrante?, pregunté aturdido.

Claro. ¿De qué iba a ser? Limpiadora. Fregona. ¿Fumas?

Eloy sí que fumaba. Le pedí un pitillo con urgencia. María lo cogió con los labios y lo encendió con un tizón del fuego. Exhaló una nube de humo y después tosió. Muy fuerte, como si le estallase el pecho.

¡No fumes, María!, gritó como una orden el viejo desde la mesa. ¡Sabes que no puedes fumar!

Ella tenía ahora los ojos enrojecidos y hermosos como dos llamaradas verdecidas. Pero la piel de su rostro era pálida porcelana con pecas de color café.

Así que estudias Filología, dijo ella con una voz que parecía doblarse en su propio eco.

Sí, Románicas.

Románicas, claro. Debe de ser interesante.

Y luego, ajena a mí, ajena a todo, hipnotizada por las llamas, María cantaba en voz baja:

*En ce temps-là la vie était plus belle
Et le soleil plus brûlant qu'aujourd'hui.
Les feuilles mortes se ramassent à la pelle...*^[18]

Y entonces se cubrió la cara con las manos. Al ocultarse ella, todo lo demás pareció esconderse. De repente, dejó de sollozar, descubrió su rostro, una naturaleza radiante, mojada por la lluvia, y muy despacio me acarició las mejillas con dedos temblorosos.

*Mon amour, mon amour!
As follas secas caen ó chan.*^[19]

Se hizo un silencio dolorido. Eloy, que jugueteando había avanzado por las rodillas de Lidia, me miró inquieto, como quien pide una explicación.

Sólo Liberto, dentro de mí, fue capaz de decir algo. Una vieja copla:

*Eu non sei o que me deches
Que non te podo olvidar
De día no pensamento
e de noite no soñar.*^[20]

¡Ya está bien, María!, gritó el viejo. Y después, con un tono más suave: Deja de llorar, mujer. Mejor vete a dormir.

¡Pobre, tan linda!, dijo Lidia. Se había levantado y la tenía abrazada por detrás, por los hombros, con la cabeza de María apoyada en su vientre. Ha vuelto enferma. ¡Sabe Dios cuántas habrá pasado! Se le metieron los nervios en la cabeza.

El muñeco miró a María con sus ojos de esmalte azul y el fuelle de su alma pronunció una despedida.

Merci dame, la plus belle.

Y yo, llevado por una desazón mecánica, metí a Liberto en la maleta. Antes de que la hubiese cerrado, la vieja lo miró con lástima y dijo haciendo la señal de la cruz: ¡Pobre hombre! Así y todo, tenemos que dar gracias a Dios por ser como somos.

Ella, maldita alma

Aquel viaje sólo empezó a tener sentido ante la visión de las piedras que se amontonaban tras la catedral.

Era la hora en que la heroica ciudad dormía la siesta. En la celosía del cielo, emplomada de otoño, lanceaba el sol, sin herir, con melancolía, como un haz perezoso de picas. Esos rayos cenitales radiografiaban el aire.

Viendo las partículas en suspensión, ajenas a toda gravedad, Fermín recordó, o la ironía recordó por él, lo que Demócrito decía del alma. Y lo que Demócrito decía era que el alma es un cierto tipo de elemento caliente, de forma esférica, comparable a una de esas motas de polvo que se dejan ver gracias a la luz de las rendijas.

He aquí incontables almas bostezando en el aire, sonrió Fermín. Pero se le torció la sonrisa, en esa distancia corta que lleva a la mueca, cuando se imaginó a sí mismo como una mota de polvo esférica y caliente, sólo visible gracias a un fugaz venablo de luz.

Ese dardo tenía nombre y se llamaba Ana.

Durante años habían sido felices juntos. De una manera, digamos, fraternalmente feliz. Como sacerdote, Fermín animaba una de esas comunidades de base que buscan los orígenes, la hermandad del cristianismo de las catacumbas, la Iglesia de los fundadores, amparada solamente por la lorica, tan frágil como invencible, de la fe y la palabra de Dios. Aquella rama dorada que sería usurpada por el poder de la espada y el dinero. «Si no puedes con ellos, únete a ellos.» Pues no otra cosa ha hecho el poder con la primitiva Iglesia hasta corromperla y convertirla en palio de ricos y dictadores, como con vehemencia exponía Fermín en aquellas informales homilias de unas misas que la comunidad de base denominaba «asambleas

del pueblo de Dios».

Y desde entonces, concluía Fermín ante los hermanos, la Iglesia oficial está al servicio del Imperio. Si Cristo, el carpintero hijo de Dios, volviese hoy al mundo, con sus discípulos incultos y de clase obrera, con sus amistades peligrosas de putas, leprosos y vagabundos, no lo dudéis, la Iglesia oficial lo condenaría. Se callaría como una gran zorra ante su crucifixión. Y todos asentían, porque lo que proclamaba Fermín era de sentido común y hasta un obispo, en confianza y con franqueza, suscribiría estas palabras, pues a la Iglesia le había sucedido lo que al oro de ley cuando se funde con el falso, que todo se convierte en impuro.

Pero ellos, la comunidad, creían de verdad. Eran la rama dorada. Y entre ellos, Ana y él, los más ardientes, los más activos en la fe renovada.

Entre las incontables motas de polvo suspendidas en el aire, intenta distinguir dos que se hagan notar, que se singularicen. Ve ahora a Ana que se levanta. Lleva un traje de chaqueta rojo, con una blusa blanca orlada de encaje, un bordado hilado en la piel, como virguería de santero sobre torso hermosamente tallado. En el tic del labio inferior, como una delación corporal, le tiemblan las antaño enigmáticas metáforas del *Cantar de los Cantares*. Cual cinta carmesí es tu boca. Medias granadas tus mejillas. Atalaya davídica es tu cuello, bien dotada de almenas. Va Ana decidida, casi enérgica, hacia el atril y procede a la lectura del Evangelio según Mateo.

Subió Dios a la barca, y le siguieron sus discípulos. De repente, se levantó tan gran temporal que las olas cubrían la barca; pero él dormía. Los discípulos fueron a despertarlo, exclamando:

—¡Señor, sálvanos que perecemos!

Él les dijo:

—¿Por qué os acobardáis, hombres de poca fe?

Y poniéndose en pie increpó a los vientos y al mar, y sobrevino una gran calma. Los hombres, asombrados, decían:

—¿Quién será este, al que incluso los vientos y el mar obedecen?

No abandonar la barca, a pesar del temporal. Ésa era la conclusión a la que finalmente llegaban cuando en aquellas misas en forma de asambleas discutían la conveniencia de abandonar o no la Iglesia oficial, empezar de nuevo, de la misma manera que él, Fermín, había sustituido con alivio la

sotana por los pantalones vaqueros. Sólo en circunstancias especiales, como la visita a un moribundo, y por no causarles turbación a los feligreses más conservadores que no pertenecían a la comunidad de base, vestía *clergyman*, con aquel cuello rígido que le oprimía como argolla la nuez de la garganta.

Como ahora, en Vetusta.

Había ido allí para visitar a un moribundo. A su tío Jaime, aquejado de un cáncer.

De joven iba a cazar con él. Recordaba aquellas jornadas como un suplicio. Toda caza requiere un silencio, decía el tío Jaime, pero la de las volátiles exige un silencio absoluto. Total. Y lo decía clavándote el carámbano de su mirada. Fermín nunca disparó. Se dejaba ir por las charcas y marismas como un leño muerto. Temía que si lo hacía y erraba el disparo, su propio tío le reventaría la cabeza de un tiro con la misma frialdad que a un pato salvaje.

¿Por qué le acompañaba, si nadie quería hacerlo?

El tío Jaime representaba todo lo que él odiaba. Representaba la impiedad. También se la había encontrado en el Seminario, pero de otra forma, disfrazada, cínica, resabiada. La primera lección, la lección inolvidable, fue cuando ocupó su habitación de interno y colocó en la estantería, demorándose, su más preciado tesoro. Los libros de Guillermo Brown y aquellos escritos por Emilio Salgari, Julio Verne, Mark Twain y Stevenson. Cuando acudió el padre Escolano, el que sería su tutor, empezó a blasfemar como sólo un cura lleno de furor puede hacerlo. Nunca más supo de sus libros de aventuras. Quizá la razón que lo empujaba a acompañar a Jaime, el alférez cazador, tenía algo que ver con aquel episodio del Seminario. Mejor estar cerca de la brutalidad sin matices, aniquilar de una vez la nostalgia de la aventura.

Al borde de la muerte, su tío lo hizo llamar. Hacía mucho tiempo que no se hablaban. Para el ex alférez y notario franquista, Fermín era algo peor que un cura rojo. ¡Es que es bobo!, exclamaba, ¿no veis que es bobo? No conozco a nadie que sea inteligente y bueno al mismo tiempo. Y aún añadía, entre dientes: Soporto a los que fingen creer en algo, pero no a los que creen de verdad. Lo que resultaba coherente con la idea que Fermín tenía de su tío y que se lo hizo aborrecible con el tiempo, cuando tuvo la valentía de decirle:

Tu alma es el punto de mira de un fusil.

Es cierto, le dijo ahora su tío con voz ahogada por la enfermedad, es cierto aquello que me echaste en cara. Sus ojos de hielo tenían un insólito brillo de paz.

Siempre he sido un cabrón, dijo el tío Jaime, pero quiero contarte algo.

¿Es una confesión?, preguntó el sobrino en tono profesional.

¡No me jodas!, exclamó el tío Jaime volviendo al estilo que le era habitual. ¡No me seas cura! Escucha, lo que tienes que hacer es escuchar. Tú sabes escuchar. Yo hice algo bueno, ¿sabes? Maté a cinco tipos.

Fermín lo miró con horror. No pensaba en las cinco muertes. Su tío era capaz de eso y de mucho más. Pensaba en la locura de confesarlo ahora. En la estupidez de interrumpir con ese arranque el curso natural de la muerte.

Tuvo el valor de decir: ¡Me importa un carajo lo que hayas hecho!

¡Escucha, Fermín, no seas tonto!, balbució el tío Jaime. Siempre has sido un poco tonto. Por eso te lo cuento, porque eres tonto y bueno. Escucha. Fue durante la guerra. Para mí, la guerra era la guerra. Procuraba apuntar bien, no lo dudes. No sé a cuántos maté del otro bando. Muchos, probablemente, dijo como abriendo un paréntesis de cazador bravucón. Pero lo que sí sé es a cuántos maté de mi bando. Cinco, exactamente. Los cinco que se ofrecían siempre voluntarios para fusilar a los prisioneros. Esperaba a que les tocara el turno de guardia y así, en plena noche, me los cepillé. Me los cargué uno a uno. A los cinco. Ni Dios podría saber que quien los mandaba al infierno era uno de sus oficiales.

Fermín miraba de frente el vaso de agua en la mesita.

Hipón afirma que el alma es agua. Aristóteles, en *Acerca del alma*, no le concedía mucho crédito a esta teoría. Según él, Hipón tenía una mentalidad algo tosca.

Diles que no hagan ruido, o que se larguen, dijo el tío Jaime mirando hacia la puerta que daba a la sala en la que se congregaban las visitas. No hay manera de morirse en paz.

Expiró esa noche. El tío Jaime tenía un hijo que lo odiaba. En su confusión, Fermín pensó que quizá aquella confidencia en realidad iba dirigida a su hijo.

Entre los de pensamiento tosco, Aristóteles también citaba a Critias. Para

éste, el alma es la sangre.

Tu padre, le dijo Fermín al hijo de Jaime, Isaac, a la hora de los pésames, tu padre tenía, en el fondo, un buen corazón.

Isaac lo miró con incredulidad. Agradezco que vinieses, dijo. Él quería que tú oficiases el funeral. Insistió mucho, ya sabes cómo era. Lo siento por las molestias.

Por favor, no es molestia. Este viaje me ha venido bien.

Lamentó haber dicho eso. No se deducía en absoluto de su tono, pero para cualquiera que, como el propio Isaac, estuviese al tanto de la historia familiar, era como si el enterrador dijese: Lo siento mucho, pero hoy es un gran día.

Pero el hijo del difunto añadió, sin pizca de suspicacia: Eres muy amable, Fermín.

Cuando falleció el marido de Ana, y eso había sucedido un año antes, a punto estuvo de darse de puñetazos en los ojos para hacerles llorar. Hasta que asumió la realidad de que no estaba triste y pidió perdón a Dios.

Tales decía que el alma es un principio motor. Según esta suposición, el imán posee alma puesto que mueve el hierro.

Era cruel pero honesto reconocerlo. Desde aquel día había sentido que lo que había entre él y Ana era un campo magnético, y que el obstáculo que los separaba, y que respetaban fraternalmente, había desaparecido. Como una mota de polvo. En cada eucaristía, al acercarse a ella, ya viuda, para darle la paz, su piel de imán desprendía una declaración bélica, de deseo y conquista. En el tic del labio inferior pandereteaban, como renacidas, todas las metáforas del *Cantar de los Cantares*. Con una yegua de carros faraónicos yo te comparo, mi amada.

Había ido a Vetusta para darle el último adiós a un moribundo, antaño enemigo implacable. Aquella llamada de Jaime que vivió como una victoria. Y había ido con Ana. Pasaron la noche en un motel de carretera, en las afueras. Su primera noche.

El alma, pensó él sentado en la cama, mientras Ana se desvestía, es como un valle verde con un río orlado de abedules.

Después, el tic del labio inferior contagió a todo su cuerpo, a sus carnes blancas y asustadas. A media noche, insomne, tenía la sensación feliz de que había recuperado sus libros, pero luego, a medida que la luz definía los

objetos y expulsaba los cuerpos de su refugio, le acosó un remordimiento viscoso y turbio como agua de un lamazal. Ana intuía lo que estaba pasando y se mantuvo en silencio. En el campo magnético había surgido un nuevo obstáculo, imprevisto y posiblemente invencible. Él mismo. En la habitación entraba, lleno de furor, el padre Escolano, y nuevamente le arrebatava los libros al niño.

Y luego están los que afirman que el alma es el frior, ya que el alma (*psyche*) deriva su denominación de *psychron*, que significa frío.

La confesión de Jaime le dejó trastornado. Estaba pagado de sí mismo, pero no tanto como para ignorar la amarga burla que contenían sus palabras. En el lenguaje de su tío, ser tonto era ser cobarde. Si eres bueno, Fermín, venía diciendo, es por tu cobardía y no por tu valor. Tu bondad empieza donde tu miedo.

Brotó otro recuerdo perturbador: El recuerdo de Xistra, la pelirroja de los Ancares. Ella había estado en Barcelona, emigrante, con un pasado que se le suponía agitado, y retornó con una cierta fatalidad en los ojos que no velaba del todo el brillo de la vida.

El alma de Xistra, pensó, era como un carcaj de flechas llevado en bandolera por una amazona superviviente.

Xistra abrió una taberna justo enfrente de la iglesia a la que Fermín había sido destinado. En cierta forma, ambos competían por el alma de los feligreses. Pero se hicieron amigos, no sin cierto escándalo. Sin embargo, pese a las habladurías, era una amistad pura. Él no estaba enamorado de Xistra. Admiraba sus gestos osados, su libertad. Adoraba su pelo rojo y rizado por la misma razón que adoraba las bayas del acebo que crecía silvestre en una sombra del bosque.

El obispo acudió a la montaña para la fiesta de la confirmación. Se celebró un gran banquete campestre. Las gaitas sonaron como gorjeos carnales de la tierra. Pero a los postres, cuando todos paladeaban el almíbar de los melocotones, se hizo un silencio y Mundo, el patriarca de aquel lugar, se dirigió a monseñor.

Tenemos un buen cura, señor obispo. Lástima que no esté capado como los bueyes.

Al día siguiente, Fermín tenía un nuevo destino.

¿Qué habría sido de Ana? Él se marchó del motel como un fugitivo, como un marido putero al que su mujer esperaba haciendo punto de cruz ante el televisor. Recogió precipitadamente su cepillo de dientes, su ropa interior y no dijo palabra, con el sabor del salitre del pecado en el labio inferior.

Mi alma, pensó, son esas piedras amontonadas tras la catedral. Los dados de Dios. Un póquer fallido.

Braceó en el aire, espantando las motas de polvo. Y después entró en la Santa Basílica para officiar el funeral.

Cuando alzó el cáliz con el vino de la consagración, descubrió a Ana entre los fieles. Atalaya davídica es tu cuello, bien guarnecida de almenas. Tus pechos son como crías gemelas de gacela pastando en los lirios.

Al beber la sangre de Cristo, notó el tic tembloroso, incontrolable, en su labio inferior. Ahí está, pensó. Ella, el alma. La maldita alma.

Charo A'Rubia

Me llamo Antonio Ventura y soy alcohólico.

Ése era el ritual de presentación en la Unidad de Ayuda y Autoestima de Monelos. Todos habíamos dicho aquella frase como quien arranca un tapón de corcho atascado en la garganta. El tapón giraba en una fatídica ruleta que nos apuntaba con su flecha. Pero durante varios días sentías vértigo y, cabizbajo, posabas tus ojos de plomo en el eje, justo en el centro del círculo, rogándole a Dios que el puntero de la rueda no girase en tu dirección.

Alzar la mirada, ir descubriendo a los otros, decía el psicólogo, era subir un primer peldaño en el retorno a la vida. Hay quien introduce barcos en una botella. También he visto quien mete escaleritas. Pero el arte que más cautiva es el de meterse uno mismo. Cuando la botella se seca y tú estás dentro, echas de menos no tener la compañía de un barquito o una escalerita. La vida, desde el fondo de la botella, es como el haz de luz de una linterna de policía en los ojos.

A mí me costó mucho, muchísimo trabajo, alzar la mirada, quizá porque no tenía ningún interés en hacer esa ruta de regreso a la vida. Me daba más miedo la gente que la bebida. Lo que pasa es que había llegado a un punto en que la bebida me hacía ver cucarachas en todas partes, en las sábanas de la cama, en los posos del café y en las comisuras de las uñas. Y bien sabe el Demonio que le tengo más miedo a las cucarachas que a la gente. En un tiempo estuve en un barco en el Gran Sol, el *Lady Mary*. Era un nido de cucarachas. No dormí en quince días. Estaba convencido de que si me dejaba vencer por el sueño, un ejército de cucarachas me abrirían la boca y harían su guarida en mis vísceras.

Antonio Ventura no miró para abajo la primera vez que se presentó.

Me llamo Antonio Ventura y soy alcohólico.

Dijo que era alcohólico con la resuelta naturalidad de quien se declara dueño de una bodega o de una destilería. Aún más, como quien dice que es católico. Lo miramos con inquietud y prevención, convencidos todos de que efectivamente estaba borracho. Pero no. En realidad, nunca entendí muy bien qué rayos hacía Antonio Ventura en la Unidad de Ayuda y Autoestima, antes llamada Asociación de Exalcohólicos. Si yo fuese un tipo sano, si yo fuese como Dios manda, si yo volviese a nacer, me gustaría ser Antonio Ventura.

En las sesiones de terapia, cuando nos tocaba el turno, la mayoría de nosotros sufría para vencer la vergüenza. Yo me retorció las manos sin querer y los dedos se me enroscaban dolorosamente como si fuesen serpientes heridas. Tenía un estropajo en la lengua y balbuceaba cosas que me arañaban los labios. Enfrente, Antonio Ventura deletreaba mis palabras con ansia. Permanecía al acecho, ayudando con los ojos, como un intérprete de sordomudos. Y cuando le tocaba a él la sesión de terapia, parecía que el mundo había dejado de ser un caos. La vida, en aquel preciso instante, tenía sentido. Y yo sentía sed. Sed de la fuente de la que nacen los ríos.

Un día hablamos del llorar. El llorar es bueno, dijo el psicólogo.

El puntero de la ruleta, felizmente, apuntó en la dirección de Antonio Ventura.

Hay muchas formas de llorar, dijo Antonio Ventura. Pero la primera vez que oí llorar, llorar de verdad, la primera vez que dije esto es llorar, fue cuando lloró Charo A'Rubia en el cine Rex. Ponían *Capitanes intrépidos*, una película en la que trabajaba Spencer Tracy, que también había hecho de Thomas Alba Edison, el que inventó la luz. Me encantaba cuando inventaba la luz. Bien, pues en la película esta de *Capitanes intrépidos* Spencer Tracy hacía de pescador en Terranova. Era la historia de un niño hijo de un padre muy rico que va en un barco que naufraga, y es rescatado por un bacaladero. Por aquel entonces no era como hoy, no había forma de mandar aviso, ni los pescadores podían volver de vacío por muy niño rico que fuese el náufrago. Así que el niño rico tuvo que seguir hasta el final. Era un auténtico repugnante aquel niño rico. No quería echar una mano y amenazaba con las represalias de su padre cuando volviesen a puerto, todo porque le hacían limpiar la cubierta o pelar unas patatas. El pescado no acudía y algunos

hombres empezaron a murmurar que la culpa era de aquel mocoso, que había traído una maldición. Y ahí entra Spencer Tracy, que en la película se llamaba Manuel y era portugués. Pues bien, este Manuel, poco a poco, va haciendo entrar en razón al chaval. Con pocas palabras le descubre un mundo desconocido. El verdadero sentido del valor y del trabajo. Aquellos hombres, rudos y sin estudios, reaparecen a los ojos del niño como héroes. Manuel era para él una especie de Ulises que pescaba bacalao y, al mismo tiempo, la figura del padre que no había tenido, alguien que le enseñaba a luchar en la vida codo a codo. Claro está que tenía a su padre en tierra, pero no era un Ulises sino un señor Dólar. El chaval deja de ser un intruso caprichoso y pasa a ser el grumete, el niño del barco. Y el pescado acude a mansalva.

Yo también era un niño cuando vi aquella película, dijo Antonio Ventura. Mucho más pequeño que el de la película. Los pies me colgaban de la butaca. Lo recuerdo todo como si fuese hoy. Era la tarde de un domingo de febrero, uno de esos días agripados, de luz doliente, que empalman una noche con la otra. El mar rompía en el espigón queriéndose salir, con la furia de una bestia en las tablas del cercado. Yo llevaba un abrigo de cheviot de bolsillos muy profundos y, camino del cine, no sacaba las manos, muy apretadas las monedas de real, por miedo a que me las llevase el viento del nordeste como si fuesen dos petirrojos.

Y allí estábamos todos, dijo Antonio Ventura, sumergidos en la oscuridad del cine Rex, encogidos en las butacas, con las llamas de la pantalla lamiéndonos la cara. El pescador Manuel tocaba una zanfona y le cantaba al niño rico con un cariño que nos daba envidia.

¡Ay mi pescadito deja de llorar!

¡Ay mi pescadito no llores ya más!^[21]

Y entonces fue cuando Charo A'Rubia lloró.

Era el suyo al principio un llorar manso que se confundía con el gemido melancólico de la zanfona. Me di cuenta porque ella estaba muy cerca, justo a mi lado, dijo Antonio Ventura. Cogió un pañuelo blanco y trató de contenerse tapándose los ojos. Pero el llanto iba a más hasta que sus sollozos desbordados ocuparon todo el cine como si saliesen de la propia pantalla. Las

cabezas giraron pero después volvieron a su sitio. Los mayores se llevaron el índice a los labios para acallar las preguntas inquietas de los niños. Lloraba Charo A'Rubia y hasta pareció que Spencer Tracy dejaba la zanfona para mirar con melancólica lástima hacia el patio de butacas. Me estremezco al recordar aquel llanto, el mar de lágrimas cayendo sin consuelo, salpicando mi abrigo de cheviot.

El marido de Charo A'Rubia había muerto dos años antes en Terranova. Todo lo que recuerdo de él, dijo Antonio Ventura, es que tenía unas manos enormes con cicatrices en las yemas de los dedos. Me habían llamado mucho la atención porque yo había visto antes esas manos ofreciéndoseme como un cuenco lleno de caramelos. Más tarde me contaron que él mismo se había hecho aquellas heridas, abriéndose la carne a navaja para que con la sangre caliente no se le helasen las manos, un día de frío polar en Terranova.

Charo A'Rubia era mi madre, dijo por fin Antonio Ventura.

Y fue la primera vez que lo vi con la cabeza gacha en la sesión de terapia de grupo, como si arrancase de la garganta un maldito tapón de botella.

La trayectoria del balón

Con la rabia de ir perdiendo, le di un patadón al balón y salió como un obús. Desviado. Le dio en la cara a la mendiga de los plásticos. En el suelo quedaron, destrozadas, sus gafas.

Todo calló en el Campo de Marte. El balón rodó y volvió hacia mí como llevado por un impulso delator. Hasta los ojos de los árboles parecían mirarme con desaprobación y una paloma bajó a contar los fragmentos de vidrio.

¡Corre, Román!, llamó Uri. ¡Corre! Y todos los de la pandilla le siguieron, huyendo al trote hacia la calle del Matadero, con una estela de nerviosas carcajadas.

¡Hijos de la gran puta!, gritó la mendiga de los plásticos.

Era muy fea, cara de patata blanda, con brotes verrugosos en la piel. Pero los ojos, repentinamente desnudos, llorosos y enrojecidos por el arranque de ira, le daban un aire de niña ultrajada en el recreo.

¡Corre, Román! Escuché a lo lejos la voz de Uri: ¡Te va a chupar la sangre!

Ella se removió en su asiento y palpó el montón de bolsas. El recuento del tesoro. Andaba siempre con ese cargamento de sobras y basura, y nosotros la veíamos pasar como una nube sucia que va a ras del suelo, con un velo de moscas y el limo de un caracol gigante. Si hubiese una guerra, pensé, todas las balas perdidas le darían a ella. Así que estás a tiempo. Coge el balón y lárgate. Ni siquiera te ve.

¡Ven aquí, muchacho! Su voz tenía ahora un tono de súplica.

¡Ayúdame, chavalín!

Sentí que tiraba de mí como un sedal. Dejé rodar el balón hacia el seto de

mirtos, recogí la montura de las gafas y los pedazos de cristal, y los deposité en sus manos.

¡Esos hijos de la gran puta! Y murmuró lo que parecía una maldición: ¡Ojalá se les sequen las lágrimas en el manantial de los ojos!

Guardó los restos de las gafas en una de las bolsas. Había un pan enmohecido. Y había también el cuerpo sin brazos de una muñeca vieja.

A ti no, niño, dijo levantándose con mucho trabajo. A ti que no se te sequen. Ya se ve que tú eres un buen muchacho.

Era una mujer de baja estatura pero de una redondez enorme, como un pajar bajo un gabán gris, del color de la lluvia fría. Las bolsas fueron hacia ella, prendidas del tendal de sus brazos. La última, la de las gafas destrozadas, el pan enmohecido y la muñeca amputada, le quedó colgada de la punta de los dedos.

Si quieres, puedes ayudar a esta pobre vieja.

Y allá me fui con ella, como un satélite menudo, con las rodillas heridas por el fútbol, en la órbita de un planeta bamboleante y con un tesoro de basura en el gancho de la mano.

Subimos la cuesta del Campo de Marte, atravesamos la calle que lleva a la Torre, hasta llegar a una calleja de las Atochas. La vieja se detuvo ante una puerta de madera labrada en hiedra, y una aldaba de ninfa. Dejó las bolsas, rebuscó en los bolsillos y fue quitando pañuelos sucios, de ilusionista mendicante, y después un bazar de cosas, desde huesos de cerezas a aspirinas, hasta encontrar la llave.

El pasillo estaba muy oscuro, un túnel del que no se veía el fondo.

Sin las gafas no encuentro esa maldita luz, dijo ella.

Fue entonces cuando entré. Distinguí bien la llave de la luz y fui a encenderla. Y justo cuando lo hice, la vieja me agarró por el gaznate. Una tenaza que estaba a punto de ahorcarme.

¡Ah, cabrón! ¿Pensabas que yo era tonta o qué?

Me sacudió en el aire. Perdí el aliento y vi a mi ángel traspasando el techo: ¡Adiós, Román! Serás un bonito muñeco.

De repente, me soltó y caí al suelo como un saco desollado.

Los niños se recuperan enseguida, eso dicen, y traté de escabullirme entre las columnas macizas de sus piernas. Pero ella me agarró como a un pichón

por las alas de los brazos, otra vez en el aire. Tenía los mismos ojos que aquella maestra que se había vuelto loca y que lloraba al pegar.

¡Pobrecito, pobrecito mío! Mely no te va a hacer daño. Tranquilo, mi niño. Mely nunca le ha hecho mal a nadie. No tengas miedo. ¿Verdad que no tienes miedo de Melita?

Asentí con la cabeza.

No tengas miedo.

Negué con la cabeza.

No, no tengas miedo.

Y cerró de un portazo. Ahora me llevaba fuertemente cogido de la mano. Todos mis sentidos estaban concentrados en los resquicios de luz, en los agujeros posibles para la salvación. En aquel corredor de la muerte, me sentía identificado con cada uno de los bichos de los que había sido verdugo. Me sentía mosca, hormiga, cucaracha, grillo, lagartija, mariposa, renacuajo, cangrejo, ratón. Sí, ratón. Había matado un ratón en la aldea de mis abuelos. Ésa era mi pieza de caza mayor. Vi el ratón agigantado. De mi tamaño. Lloraba por aquel ratón.

No llores. No sé por qué todos tienen miedo de la pobre Mely, dijo ella, enjugando las lágrimas. Si todo lo que hago, lo hago para cuidar de mis niñas.

Abrió una puerta en el pasillo y encendió una luz. Era una habitación pequeña, una despensa. Los estantes estaban atestados de muñecas. Muñecas amputadas. Las había sin piernas, sin brazos, sin ojos. Muñecas greñudas, muñecas calvas.

Es la habitación de mis niñas. Míralas, pobrecitas. Todas han venido de la basura. Y Mely cuida de ellas.

Y entonces me di cuenta de que era capaz de hablar. Una hendidura de luz que venía de mis entrañas.

Yo puedo ayudarla, señora.

De vez en cuando, dijo ella, encuentro una pierna para las cojitas. Y un brazo para las mancas. Pero ¿los ojos? Eso es más difícil. ¿Cómo encontrar los ojos sin arrancárselos a otras? He probado a ponerles ojos de peces, en la basura de los ricos abundan los ojos de merluza, pero se pudren.

Yo puedo conseguir ojos, señora. Sé dónde hay ojos de muñecas.

Me cogió la cara y me miró de frente, como si acabase de descubrir mi

presencia: ¿Y tú quién eres? ¿Qué haces aquí con mis niñas? ¡Fuera, fuera, cabrón de hombre!

Corrí por la cuesta del Monte Alto sin mirar hacia atrás. Por los roquedales del Orzán, jugando a escapar de las olas, encontré a mis amigos.

Hostia, tío, ¿dónde te habías metido?, preguntó Uri.

Fui a dar una vuelta por ahí, comenté como de pasada.

Esa vieja es una bruja, dijo Uri. Suerte que no te pillase. Dicen que fue una puta.

Yo me reí nervioso y puse cara rara. ¿Una puta?

De joven era muy guapa. Demasiado linda. Lo oí decir en el bar de Amancio. Se la folló todo dios. Eso decían. Se la pasó por la piedra medio mundo. Más puta que las gallinas.

Ahora nos moríamos de risa. Era una palabra que nos hacía reír, esa de *puta* unida a la de gallina. Y después me fui de allí por el arenal, y arrojé una concha contra la estela de brillo que el sol pinta en el mar.

La concha fue dando saltos hasta hundirse.

La rosa de piedra

*Chove en Santiago, meu doce amor...
Seis poemas galegos,*

DE FEDERICO GARCÍA LORCA

Mireia tiene un tic. De repente, con el aspa de la mano, aparta el aire de los ojos.

En el pasillo del aeropuerto, los pasajeros que se cruzan podrían pensar que la chica de chaleco y bolsa de fotógrafo al hombro, con cierto peso, por la escora del cuerpo, sólo intenta despejar la mata de pelo rebelde que le estorba la vista. Pero el gesto es demasiado brusco, como si la mano no fuese aspa sino garra que araña con rabia el aire. Para apartar el cabello, bastaría un soplo acompañado de un leve meneo que, por otra parte, es lo que Mireia hacía con naturalidad antes de que el mundo se poblase de moscas y de ese olor espeso que se pega a la piel como grasa de una maquinaria barata. El olor de la muerte pobre.

Mireia tuvo conciencia de ese tic por vez primera ante un espejo en un hotel de Kigali. Anotaba impresiones en su diario. Sintió que su energía para escribir se iba extinguiendo como el grosor de la tinta hacia el final de la carga, cuando el plumín, al secarse, envidia la dureza de un cincel. Cada palabra requería el esfuerzo de un petroglifo. Escribió: Los niños ni siquiera tienen fuerza para pestañear. Y añadió: Ya no imploran, ni expresan nada, ni siquiera el pánico, pues las moscas les secaron las lágrimas y el brillo de los

ojos. Entre cada cincelada, sobreponiéndose a su propia pesadez, la mano oscila ante la cara como una palma de mimbre trenzado.

Fue entonces cuando alzó la mirada hacia el espejo y vio el aura poblada de moscas.

Pero en aquella habitación de hotel, con las contras cerradas para que no entrase el mundo, no había moscas.

¿Por qué haces eso?, le preguntaría mucho después Bastián.

Bastián era ciego, pero sentía como vendaval próximo las aspas de un alma gemela y agitada.

Para espantar las moscas, dijo ella. Y era la primera vez que reconocía en voz alta la naturaleza de su tic.

Mireia, y estamos aún en el aeropuerto, se dejaba llevar por la cinta mecánica, somnolienta pero tensa como un topo que olfatease la repentina luz. Durante el largo viaje de vuelta, su cuerpo, rendido, se quejaba por estar atado con una amarra obstinada a aquella cabeza en vigilia que cuando cerraba los ojos, sólo conseguía ocultar en parte la cicatriz de la tierra rojiza con un gris de humo. El sueño soñaba una paz imposible de terciopelo negro. Ahora, en el *travelling* de la cinta mecánica, Mireia notó que una adición de gris plata despejaba el gris ahumado. Y a continuación, como un revelado de Polaroid, el tropel alegre y bullicioso de los colores publicitarios se apropió de su mirada. Hasta que el rostro se le cubrió otra vez de moscas y tuvo que espantarlas con el tic de su mano.

Hablando de colores, en el baño de la casa de Mireia había un frasco de sales que le dan al agua un tinte azul báltico. La bañera, desde dentro, es ahora como un mar azulísimo en calma. Ella está sumergida. Juega, como cuando era niña, a resistir.

Para llenar la casa de compañía puso una música querida, la que le esperaba con los brazos abiertos, con Nick Cave cantando *Into my arms, oh Lord*, pero, bajo el agua, es una voz de silabeo metálico la que la perturba.

Tenemos el archivo lleno de niños hambrientos con moscas en la cara. Ésta, ésta por lo menos es diferente. Un brazo que pide auxilio entre un montón de muertos. Ésta sí que es buena. La de dios. De puta madre. Como una bandera de carne.

La imagen se frota, azulada, con una contrapágina de Rolex de oro.

Mireia recuerda el día de aquella foto. Quería ir en ayuda de aquel brazo de mujer. De la bandera de aquel cuerpo agonizante. El oficial de los cascos azules la frenó. No estás aquí para eso. Recuerda también la frase del veterano: No se puede enfocar con los ojos llenos de lágrimas.

Y ella apretó los dientes para que no le temblase el pulso. Disparó.

Sí, es verdad, esta foto tiene alma, dijo como elogio su mejor amigo de la redacción.

Soy yo, brazo, cazadora furtiva de almas. Emerge sofocada. Dice: Mierda.

Duerme acurrucada sobre la colcha, sin deshacer la cama. Tiene puesto el chaleco por encima del pijama y cobija la cámara, la protege con la guarnición de sus brazos.

Suena el teléfono. Una voz en el contestador, con entonación segura, acostumbrada a colarse por las rendijas de las paredes.

Hola, soy Inma. Estilista de *Vanguard*. Me dijeron que hoy regresabas de África. Tengo una propuesta que hacerte. Algo especial, que te va a sorprender. La moda fotografiada por una reportera de guerra. Una mirada dura contra el *glamour*. Insulta al contestador, pero no me digas que no. Besos. Inma.

Mireia se agita en la cama. Dice: Mierda. Búscate otra basura para tus fotos de moda.

No te arrepentirás, dice ahora la voz de Inma. Están en O Cebreiro. Mireia ha aceptado el trabajo. Dos días encogida en su cama, aferrada a aquel brazo. Por fin, la voz que piensa por ella le dijo: Suelta ese brazo. Déjalo caer en paz. Vete a hacer un poco el tonto.

En el Cebreiro hay una iglesia austera, desadornada, con el formato elemental de una oración en la alta montaña. Dentro se conserva un cáliz, del que la leyenda local dice que es el santo Grial.

Es verdad, bisbisea Kiss, se parece al de la película de Indiana Jones.

Inma ignora el comentario.

El concepto... ¡Odio esa palabra! Pero el concepto, dice Inma, es que vivimos una nueva Edad Media. El estilo internacional sería el del peregrino. Una nueva espiritualidad que no renuncia a la belleza corporal. Los ejecutivos se vuelven locos con el peregrino pelma de Paulo Coelho. Mística

materia... ¿Es mi móvil? ¡Ya empezamos! ¡Maldito cacharro!

Sí, sí, soy yo. Sí, sí, y sé que eres tú. Claro que estamos trabajando. Sí, todo bien. Espera, no se oye. Estoy en una iglesia. ¿Que quieres hablar? ¡Pero si ya estamos hablando!

Kiss, la modelo, es de una delgadez negligente. A veces, Inma la sujeta por el brazo como si temiese que se la lleve una ráfaga de viento. Con el pelo *garçon*, cultiva un aire adolescente aunque ya no lo es. Su forma de hablar parece carecer de raíz, como indiferente al significado de las palabras que dice. Pero cuando posa sería ante la cámara, sus facciones se endurecen como las de un soldado y su mirada transmite un pesar acuoso, quizá antiguo.

Mireia la está fotografiando en el escenario de las pallozas, las casas campesinas de la vieja Europa prerromana, que aún se conservan en esta aldea, para los peregrinos señal de que entraban en tierra gallega y se acercaban a la meta de Santiago. Entre la niebla, que avanza a ras del suelo como aliento de nieve, surge una figura con guadaña. Mireia parpadea conmovida. La cámara de su mente dispara instantáneas de dolor, la memoria de la guerra. La figura se acerca. Es una campesina que sonríe. Mireia le pide que se deje retratar con Kiss. Dice: ¿Por qué no? Tiene las mejillas sonrosadas como una gracia.

Ahora, por favor, no sonrías, solicita Mireia con una sonrisa profesional.

Para entretenerla, le hace alguna pregunta: ¿Y por aquí pasan muchos peregrinos extranjeros?

Pasan, pasan, dice la mujer. ¡Incluso vienen de Madrid!

Inma habla por teléfono. Si se viese a sí misma, probablemente se haría gracia, pues gesticula como quien interpreta un monólogo en lo alto de una montaña, peinada por el viento como una heroína romántica con teléfono inalámbrico.

¿Que tienes sentimientos encontrados? ¿Qué quieres decir con que tienes sentimientos encontrados? Todo el mundo tiene sentimientos encontrados. Todos los sentimientos son encontrados. Yo también tengo sentimientos encontrados. No, yo no he dicho que no esté segura. Eres tú quien ha dicho que... Lo siento, querido, te llamo más tarde, ¿vale? Es que tenemos que trabajar. Y va a llover. Sí, justo está empezando a llover. No, no necesito contar hasta diez. ¡Una, dos y tres! ¡Te quiero!

Si es mentira, adoro esa mentira.

Al cortar, Inma cierra los ojos y suspira. Paciencia. Te quiero.

Después mira hacia el cielo y se vuelve hacia sus compañeras: Está clareando. Tenemos que aprovechar el día. Seguro que hoy no llueve.

En la fachada de Platerías, en la más antigua puerta de la catedral, aquella cuyo tímpano representa las tentaciones de Cristo, este lugar está ocupado por el ciego Bastián. Ofrece la vieira, la concha de Venus y el más tradicional símbolo de la peregrinación.

¡Vendo vieiras, también vendo historias!, proclama Bastián.

Vieiras, cien pesetas. Cuentos, la voluntad. Se admiten escudos, coronas, marcos, liras y níqueles.

Bastián y Omar son amigos. De hecho, comparten casa con Manuel, el gaitero, con Mouzo, el escultor, y con Don Álvaro, un loro que habla francés. La vieja casa de Bastián, un piso con buhardilla de la Algalia, en la parte antigua, es como una balsa de naufragos. Fueron a parar allí, ayudándose los unos a los otros. Se reparten las habitaciones y en la sala hay una gotera que gotea todo el año, llueva o no, sobre un orinal de porcelana en el que vive un pez de colores llamado Jonás. El suelo de la sala está cubierto de manzanas. Bastián afirma que el aroma de las manzanas es también el del Antiguo Reino de los Sueños.

Mi madre comía muchas manzanas. Lo recuerdo bien, de cuando yo estaba dentro. Le gustaban mucho esas que llaman reinetas.

Omar había ido a buscar al ciego Bastián para protegerlo de la lluvia con una de sus alfombras. Al caminar juntos, es como si la alfombra tuviese alma con sus franjas de colores vivos y ondulantes.

Algún día, amigo Omar, le dice Bastián, alfombraremos todo Santiago.

Ésa será demasiada alfombra, Bastián.

No seas incrédulo. Así hacían por la noche de Corpus en muchos lugares campesinos. Una gran alfombra con pétalos de rosas y hortensias que cubrían todas las calles. Y que después llevaba el viento. ¡Tú serás nuestro canciller de alfombreros, Omar!

¿Es cierto eso que he oído, Bastián? Que el apóstol este que adoráis mató él solo treinta millones y 761.423 musulmanes.

No hagas caso, hombre. Son cosas del *marketing*. Hace siglos había

mucha competencia. En realidad, el apóstol era palestino. O sea, antiimperialista. Cuando veas una farmacia, avisa.

Omar sabe que Bastián se guía por sus ocurrencias. Sus pasos siguen la grafía de un cuento.

He oído decir que hay unas aspirinas contra la saudade, le dice Bastián a la farmacéutica.

La mujer de la farmacia lo mira con asombro.

¿Contra la saudade?

Sí, lo he oído en la radio. Todo natural. Y llevan bicarbonato para los pedos saudosos.

La farmacéutica le sigue la broma: Tenemos unas cápsulas muy buenas para el estrés, la ansiedad, el vértigo y el insomnio. Pero para eso que usted dice...

¿Eso? ¿Le llama eso a la saudade? ¿No hay nada para la saudade? Ya ves, amigo Omar. ¡No hay nada para el mal más antiguo del ser humano! Bueno, pues entonces deme unos caramelos de miel para la garganta.

Calle arriba, jadeando, prosigue su discurso contra la saudade.

¡La saudade! Pereza, reuma, bronquitis de un pueblo anfibio. Teixeira^[22] propuso convertirla en filosofía del «Estado Novo». ¡Qué tontería más tonta! António Sérgio le respondió que también los perros tienen saudade del hueso que no roen. Aunque peor que la saudade es su contraria, la euforia futurista.

¿Y la rabia?

La rabia no está mal. De vez en cuando.

Cuando llegan a la puerta de su humilde morada, los saluda la gaita de Manuel.

¿Escuchas? La *Marcha do Antigo Reino*. ¡Entramos en palacio, Omar!

En su habitación entreabierta, el escultor Mouzo le quita brillo con parsimonia a sus botas talladas en madera de boj. Lleva dos años trabajando. Son, dice, el recuerdo de los zapatos montañeses de su padre, que abrían caminos y senderos con pisar sólo una vez las aulagas y zarzas silvestres.

¡Hola, Jonás!, saluda Bastián al pez. Y luego al loro: ¡*Bonsoir*, Don Álvaro!

Pas ni probleme, dice el loro.

Eres feo y viejo como yo. ¡Que no te engañe la literatura! *Le temps s'en*

va, Don Álvaro.

Cuando llueve, Santiago es una invención submarina. Como el mar no llega hasta aquí, pero sabe de su existencia, se alza en grandes vejigas nubosas que inundan la ciudad de piedra. Y por boca de los caballos de Platerías mana el agua.

Cuando está sola, Kiss contempla con horror los espejos. Revuelve su equipaje, busca en los lugares más insospechados y encuentra su droga: los bombones de chocolate. Se los come compulsivamente. Después se pesa en la báscula del baño. Luego llora.

Cuando está sola, Inma llama por teléfono y prosigue una disputa que parece eterna.

Nunca me he metido en tu trabajo, no sé por qué dices que te condiciono. ¿Que es mi personalidad la que te condiciona? ¿Qué estás diciendo? ¿Has esperado a que estuviese lejos para decirme que soy fría y calculadora? ¿Que yo acorto *tu* sentido de la mirada? Claro que soy calculadora. Déjame decirte que soy yo quien paga el alquiler, ventanas y luz incluidas. ¿Sabes lo que te digo? Que te des por aludido. ¡Vete al infierno!

Inma corta bruscamente. Contempla sus pies descalzos: Él dice que le he robado el alma. Eso ha sido siempre una declaración de amor, ¿o no?

Sesión de moda en el Mercado de la Piedra. Kiss se retrata en puestos de verdura y frutas, de quesos del país, de pescado.

Las caballas brillan como onzas de plata. Piezas de bravura amputadas al mar.

¡Cógelas con las manos!, pide Mireia.

Kiss hace un gesto de asco. ¿Con las manos?

¡Cógelas!, ordena Inma.

Mireia dispara y se enciende el flash. De repente, su mirada se distrae. Bastián, el ciego, huele una manzana y paga la mercancía con un poema.

De todos os amores o voso amor escollo:
miñas donas giocondas...

Le temps s'en va!

Le temps s'en va!... [23]

¡Qué zalamero eres, Bastián!, dice la vendedora de fruta, halagada.
¡Puedes llevarte otra!

Y ahora se acerca a la pescantina. Coge con naturalidad la caballa y cierra los ojos al olerla.

*Do mellor do país,
branca camelia e flor de lis!*^[24]

Esa copla es repetida, Bastián, dice la vendedora.

*Ei ti, raíña de Galicia,
a que me matas,
emigrante gioconda,
vieira peregrina,
rosa do mar,
tenme da vida, amor,
tenme da vida!*^[25]

Mireia lo observa fascinada. Se desentiende de Kiss y apunta con la cámara.

¡Alto!, dice muy serio Bastián, como si descubriese a Mireia con un radar de los sentidos. ¡Nada de fotos! ¡No dais nada a cambio, ladrones! ¡Sois unos ladrones!

La sesión de fotos transcurre ahora en un tejado de la catedral, sobre una cubierta de losas de piedra. Kiss extiende sus brazos. Justo a su lado, la campana de la Berenguela da las horas.

Conocí un tipo en Dublín, dice Kiss de repente, con una rara nostalgia. Era un cubano que se bajó del barco y ya no se volvió a subir. Muy sonriente, pero parecía que siempre tenía frío. ¡Llevaba gorro de lana y guantes en verano! Le pregunté qué hacía y señaló la torre de la catedral diciéndome: Toco las campanas de san Patricio. ¡Qué bonitas son las ciudades en las que aún se escuchan las campanas!

Sentada en el tejado, Inma marca con insistencia en el móvil un número de teléfono.

¡Qué raro! No da señal. Con irónico fastidio: ¡Y eso que estamos en el cielo!

Ahora van en un coche. Mireia conduce. Llueve, y a través del parabrisas el mundo es una acuarela gris que se desvanece y se reconstruye y se desvanece. De improviso, en aquel cuadro borroso entra un rostro que se vuelve ya congestionado por la intuición del dolor. Milésimas de segundo pintadas por un Francis Bacon. El golpe lanza el cuerpo contra el capó. Tras el rápido frenazo, resbala como un fardo hacia el suelo.

Sobre el pavimento húmedo yace Bastián. Desparramado, como destrozado blasón marino, su cargamento de vieiras.

Cuando camina por el pasillo del hospital, Mireia tiene la sensación de que regresa a la pesadilla. Teme que las puertas se abran y surjan las fotos de la matanza y el hambre, sobre todo las más terribles, las de aquellos niños que ya habían dejado de llorar, tan delgados que se les ve el día a través de las orejas y que viven en un deslugar, muertos todavía vivos, vivos ya muertos, transparentes a la luz como la película que los retrata. Por eso, la imagen de Bastián, vivo y despierto sobre la blanca cama hospitalaria, es un alivio, un conjuro.

Lo mira sin decir nada.

¿Hay alguien ahí?, pregunta él con cómico dolor, olisqueando el aire. Debería ser obligatorio llevar perfume. Así distinguiría a la gente que no habla. ¿No será usted la señorita Clair Matin?

Ya sabe quién soy, dice ella. Le he traído sus conchas. Y vengo a pedirle perdón.

¿Perdón? Pero si estoy muy contento. ¡Es la primera vez que me atropella una chica! Fíjese que la última vez fue un cura. ¡Qué desastre!, pero, ahora, ¡una mujer! ¡Una chica guapa!

No, no soy guapa, dice Mireia muy seria.

Bueno, un ciego tiene sus derechos, ¿sabe?, y uno de ellos es ver lo que me da la gana.

Lo siento, de verdad, dice Mireia. Fue un despiste. Tenía como niebla en los ojos.

Deje que le cuente una cosa en agradecimiento por atropellarme de una manera... tan cariñosa. Es una historia que nadie conoce.

La gente piensa que la niebla viene de fuera. Que nace en el mar, o en los ríos, o que desciende del cielo como un cobertor. Pues de eso nada. La niebla de Santiago nace en el interior de la catedral. Hay una cofradía secreta, la de los Tiraboleiros Neboentos, que por la noche, cuando cierran el templo, mecen el botafumeiro, el gigantesco inciensario. Y al amanecer, poco a poco, va saliendo la niebla como vaho vacuno. Sale por debajo de las puertas, por la boca o el culo de las gárgolas, por los ojos de las cerraduras, por las alcantarillas del Inferniño. Y envuelve la ciudad con la mejor seda de Galicia. Así es como nace la niebla.

Kiss se mira en el espejo. Tiene las ojeras de un insomnio interminable. Luego vomita la tristeza en el lavabo. Se viste y se pinta en memoria de la adolescente punkie que ya no es. Se lanza a la calle. Vaga por la Alameda y luego por el laberinto de piedra que es la ciudad vieja. Flaca y gorda, Compañera Sombra, alma esclava, qué más le da. Una música, que le suena a lamento y aullido, va tirando de ella.

Bajo el arco de la casa episcopal, el gaitero Manuel toca una música que huele a hoguera de algas sobre la nieve. El sombrero en el suelo, con unas monedas.

Kiss se sienta en la escalinata, abrazada a sus rodillas. La Compañera Sombra, su alma gemela, vuelve a su sitio.

Cuando acaba la música, Kiss dice en alto: ¡Tengo hambre!

¿Qué?

Que tengo hambre. ¿Me invitas a cenar?

Están en una taberna. Un plato de pulpo a la feria. Ella come y bebe como si fuese la primera vez después de muchos años.

Es horrible. ¿Cómo podéis comer esto?, dice ella, llevándoselo con repugnancia a la boca.

¿A que te gusta?, dice él.

Sí. ¡Qué extraño!

El pulpo es un animal futurista. Viene de otro planeta, ¿sabes?

Yo también, dice ella.

Ahora están sentados en la escalinata que une la Quintana dos Mortos y la Quintana dos Vivos.

¿Y de qué planeta vienes tú?, pregunta Manuel.

Creo que se llama Natal. Es de nieve y de candelas. Y desde la ventana se ve un reno.

¿Os coméis los renos?

Sí. En carne ahumada.

Van a ser las doce, dice él. En cierta ocasión, por la noche, tocó aquí una orquesta, una gran orquesta sinfónica. La gente se preguntaba qué pasaría cuando llegasen las doce y la campana de la Torre del Reloj comenzase a sonar.

¿Y qué pasó?

Unos segundos antes, el director dio una orden con la batuta y la orquesta calló la sinfonía de Beethoven. Y entonces se escucharon las doce campanadas de la Berenguela. Cuando acabaron, hubo una gran ovación.

Las campanas. Kiss apoya la cabeza en el hombro de Manuel y cierra los ojos.

De noche, en la soledad de su habitación, Inma habla por teléfono.

Está bien, no tenemos que discutir. Somos civilizados. ¿Que por qué no quiero discutir? Que te den por el saco. Sí, puedes llevarte la música que quieras. No, no te trato como a un niño. Déjame a Cesária Évora, Paquita la del Barrio y Chavela Vargas. ¿Para qué? Para llorar por ti. No, no te estoy vacilando. ¿Tenemos que hablar? No. Ya no tenemos nada más que hablar. Estoy harta de hablar. Voy a dormir, dormir, dormir.

Llueve. Bajo una alfombra caminan Omar, Mireia y Bastián.

Bastián cojea.

Ciego y cojo, dice. ¡Milagros del apóstol! ¿No me negaréis que parezco un tipo interesante? ¡Lástima que ya no beba! ¡Ciego, cojo y borracho!

¿Bebías mucho?

¡Así me hice catedrático!

Luego, en voz baja, atrapada por un recuerdo: Bueno, tenía a Sil. Él me guiaba por la universidad de las tabernas.

¿Quién era Sil?, pregunta Mireia.

Un perro negro como un tizón, informa Omar.

¡Sil era Sil!, exclama Bastián con sentida solemnidad. Cazaba mariposas de colores.

¿Cómo lo sabes?

Me las ponía en las manos.

En el silencio que se hizo, Mireia pudo ver al *retriever* dar un limpio salto en el aire y volver con un bocado de colores.

Cuando murió, dijo Bastián, no quise otro perro. Dejé de ir por las tabernas. ¡El Sil! Se fue, pero me dejó su olfato.

¿Para qué vamos a la catedral?, pregunta Omar.

Quiero que Mireia vea cómo sonrío la piedra. Porque la piedra está viva, Omar, la piedra está viva.

La piedra es piedra. Lo que pasa es que tú vendes muy bien historias. Deberías vender alfombras.

Es curiosa esta ciudad, continúa Bastián. Las ciudades nacen de ferias, de fortalezas, de pasos fronterizos, de asentamientos del poder y del comercio. Pero esta ciudad, esta ciudad nació de un cementerio. Floreció sobre la muerte. No me digáis que no es curioso. Se dice que Lutero dijo que todo era una leyenda y que en Santiago podía estar enterrado un perro.

Y Bastián añadió con sorna: ¡De ser, sería una vaca, digo yo!

Están en el Pórtico de la Gloria. Bastián explora con sus ojos ciegos, de grises y blancos nebulosos.

Ahí, señala, ahí está la sonrisa de la piedra. El gran enigma. Es Daniel, el profeta, la única estatua del románico con una sonrisa pícara. Arriba, la orquesta de los ancianos del Apocalipsis. Por allí, a la derecha, hay un hombre que se está comiendo un cocodrilo. Y también el tentáculo de un pulpo. Abajo, la animalia del Infierno. En el centro, claro, el Creador. Y ahí, ahí está la sonrisa. ¿Sabes, Mireia, por qué sonrío? Síguele la mirada. Fíjate enfrente. Hay una Salomé. Una hermosa mujer de pechos generosos que aún lo serían más, de no haberlos rebajado a cincel la censura. ¡Y ése es el gran enigma!

Es la primera vez en mucho tiempo que Mireia devuelve una sonrisa.

El Pórtico de la Gloria, esto sí que es una obra abierta. Todo el mundo tiene un lugar en ella. Una vez, cuenta Bastián, llegó un peregrino muy del norte, del país de los vikingos. Larga barba y curtido como cuero de buey por el duro camino. Se sentó allí en la base y ya no se movió. Un mendigo de piedra. Hasta que un día apareció un muchacho a caballo y con otro corcel de la brida. Fue junto a él y únicamente le dijo: ¡Ya puedes volver, papá! Y sin

más la estatua se puso en pie y echó a andar tras su hijo.

Mireia y Bastián están sentados en un banco del mirador de la Ferradura. El crepúsculo, la caída del sol al oeste, tras el monte Pedroso, pinta la vieja Compostela de pan de oro y óleos carnales.

¿Ves ahora la rosa de piedra, la rosa que nace de la nada?

Pues no, ríe Mireia.

Deberías esperar. Hay que darle tiempo al tiempo, ese mago.

Ella le coge la mano y la entrelaza con sus dedos.

¡Ah, por fin, un braille de cariño!, exclama Bastián.

Ya estamos a punto de acabar, dice Mireia. La última sesión será en los acantilados de Fisterra.

¡La Costa da Morte!, dice Bastián. Allí iban los peregrinos a recoger vieiras.

Inma está obsesionada con eso del Fin de la Tierra. Creo que no le van bien las cosas.

Te quiero pedir algo, dice de repente Bastián, muy serio. Llevadme con vosotras.

Y añade parpadeando: No seré un estorbo. ¡Me gustaría tanto ver el mar!

En el coche, mientras los demás charlan o cantan, Inma trata inútilmente de hablar por teléfono móvil.

¡Para ahí!, le pide Inma a Mireia, que conduce.

Hay una cabina a la orilla de una playa desierta. Quien la puso allí debió de pensar en las botellas arrojadas al mar con un mensaje.

¡Hola! ¿Eres tú? No, no me dieron el recado. No, no me pasa nada, es que estoy en una cabina y se está tragando las monedas. Junto al mar, una cabina en el mar. Te quería decir. Sí que somos dos idiotas. Pero tú eres mucho más idiota que yo. Me queda una moneda. La meto por un beso.

Mireia retrata a Kiss en los acantilados, junto a las cruces de piedra del cabo Roncudo, que recuerdan a los pescadores muertos.

De reojo, entre foto y foto, Mireia observa a Bastián. Parece hechizado por el mar. El viento lo peina. Aparta la nariz.

Mireia se concentra en las fotos. Cuando de nuevo vuelve la mirada hacia Bastián, éste bordea el acantilado y se pierde de vista.

La fotógrafa grita su nombre, y brinca por las rocas seguida de Kiss e

Inma. Llegan a una gruta en la que el mar se agita y brama con furia. Pero no encuentran ni rastro del ciego.

Van al pueblo más próximo en busca de ayuda. En el muelle, Mireia cuenta con angustia lo ocurrido. Los pescadores primero la escuchan con atención pero luego se miran entre ellos e intercambian gestos de cómplice incredulidad.

¿Y dice usted que era ciego?

Sí, sí, ciego. Vende vieiras en Santiago.

Un viejo pescador murmura con ironía: ¡Todos los años el mismo cuento!

Y aquí se acaba la película.

La actriz que hacía de Mireia y el actor que hacía de Bastián se sientan ante el mar. Como en una función de despedida, la puesta de sol se esfuerza en no defraudar.

Si yo fuese fotógrafa, dice ella, nunca fotografiaría una puesta de sol.

Y entonces él, imitando el gesto de ojos de cuando era Bastián, le dice: ¿Por qué los que la podéis ver no aceptáis la belleza?

Y la actriz, que vuelve a ser Mireia: ¿Sabes por qué? Yo ya nunca me podré fiar de la belleza. Es la máscara preferida del horror.

El loro de La Guaira

Los domingos sí que comíamos bien. Había un paisano que tenía un restaurante en Caracas y nos contrató de clientes. Nos vestíamos de corbata y nos sentábamos en el lugar más visible del ventanal, como de escaparate, comiendo con entusiasmo. Es una ley de la hostelería. La gente no entra en un local vacío, y menos a comer. Hay negocios que nacen con gafe. Por muy bien montados que estén, la gente no entra y no entra. No me preguntéis el porqué, pero es así. Nosotros trabajábamos de reclamos. Y lo hacíamos muy bien.

Luego íbamos a una plaza que hay allí en Caracas, con una estatua de Simón Bolívar montado en un caballo enormísimo. Un país con una escultura así de grande, con un caballo tan bien hecho, debería marchar bien, pero en fin... Nos sentábamos en aquella plaza y era como estar en casa e ir al cine a un tiempo. Acudían los emigrantes recién llegados y siempre había algún conocido con noticias frescas de la tierra. Y había mucho movimiento. Mucho. Os voy a contar cómo conocí a Cristóbal Colón.

Estaban sentados en un banco, frente a nosotros, dos hombres con pinta de vagabundos. Bebían a morro de una botella. A mí aquella situación me hacía gracia. Mi compadre y yo estábamos allí, de corbata, con la tripa llena pero algo melancólicos porque el domingo por la tarde era cuando más echaba uno en falta lo mejor que había dejado atrás. Y de buena gana me tomaría yo un trago de aquella botella que tanto les hacía reír. Fue entonces cuando uno de aquellos pobres borrachos señaló hacia un lateral de la plaza y exclamó con alegría: «¡Mira, chavo, aquí llega Cristóbal Colón!».

Nos dimos la vuelta, sorprendidos, hacia aquella dirección, y vimos que se acercaba un mulato enormísimo, también vestido de harapos y con una

nube de moscas a su alrededor. Los tres vagabundos se abrazaron jubilosos y celebraron el encuentro bebiendo a morro de la botella de ron.

«¡Colón, pendejo!»

Por aquel entonces yo ya ahorraba algo. Intentabas no gastar un patacón y ahorrabas. Pero lo peor fue al llegar. Estuve a punto de morirme. De hecho, me vi en el otro mundo. Había desembarcado en La Guaira, y allí mismo encontré trabajo en la construcción. El primer día que subí a un andamio hacía un calor de mil demonios, pero yo tenía mucho afán, me quería comer el mundo, cosas de la juventud, que no tienes cabeza. Cuando me di cuenta del mareo, ya me había frito en sudor. Abajo, un peón negro al que llamábamos Blanquito, me dijo: «¡Qué barbaridá, gallego, hueles a llanta quemada!».

Y eso es lo que yo era, una rueda quemada. No se me ocurrió otra cosa que irme para el muelle con un cubo y pedir un bloque de hielo. Y me puse a lamer y a beber el agua que soltaba el bloque. Al día siguiente ya no me pude levantar. Estaba febril, veía todo borroso y amarillo. Dormíamos tres compañeros en la misma habitación de alquiler, con el sitio justo para los camastros. Por la noche me traían algo de comer, pero yo echaba las tripas por la boca. La suerte fue que hubiese una ventana que daba al patio. Y que en aquel patio hubiese un loro.

Aquel loro no paraba de gritar durante el día. Lo único que decía era: «¡Merceditas!». Llamaba constantemente por Merceditas. Y de vez en cuando una voz de muchacha respondía: «¡Ya voy, bonito, ya voy!».

En Galicia, en la aldea de la que yo soy, teníamos una vecinita que se llamaba Mercedes. A mí me gustaba aquella niña, quiero decir que me ponía nervioso y por eso le hacía mil diabluras. Le metía miedo cuando al anochecer pasaba por el camino del cementerio, y cosas así. Escondido entre las lápidas, me burlaba mucho de ella. ¡Mercediiiiiiiiitas!

Así que aquel loro llamaba por Merceditas y eso me mantenía vivo, atento, en un mundo de nieblas y sombras, como si espiase por un agujero del cementerio. Y mucho me tardaba aquella voz de cascabel que decía: «¡Ya voy, bonito, ya voy!».

Pasaron por lo menos ocho días hasta que mi cuerpo encontró su lugar. La habitación dejó de correr como un vagón por un túnel. Y volví a comer. Y

a trabajar. Y después me apareció aquel contrato de cliente-comedor los domingos en el restaurante de Evaristo. Un triunfo si lo comparamos con Cristóbal Colón.

Lástima que nunca conocí a Merceditas. A aquélla, la del loro, jamás conseguí verla, pues el día pertenecía al trabajo y la noche al sueño. Y aquella otra, la niña de mi aldea, recién se había marchado a América cuando yo regresé.

Nuestros barcos debieron de cruzarse en medio del mar.

Camino del monte

Yo sé otra historia de un loro.

Lo había traído doña Leonor de Coruña. Se lo había regalado un naviero que la pretendía. Pero la señora Leonor tenía demasiado carácter para vivir con un hombre, aunque fuese un hombre que la agasajaba con loros. Así que se fue a vivir con su tío cura. Que no se me malinterprete. Ese tío cura era tan hombre que incluso tenía un revólver. Una vez lo asaltaron, sacó el revólver de debajo de la sotana y dijo: «¡Como hay Dios que os reviento el alma!». Y le dejaron ir.

El loro de doña Leonor era muy coqueto. Tenía la cabeza encarnada con mejillas blancas y estrías anaranjadas, alrededor de unos ojitos muy negros, y encarnado era también el cuerpo, con alas verdeazules y púrpura en la cola. El loro también era muy piadoso. Ella le había enseñado el rosario en latín. Tenía por incansable letanía el *Ora pro nobis*.

Uno le decía: ¡Hola, lorito real!

Y él respondía: *Ora pro nobis*.

Nosotros le hablábamos en castellano porque era un loro venido de ciudad. Insistías: ¡Lorito señorito, lorito señorito!

Y él, a lo suyo: *Ora pro nobis*.

¿Cómo se llama el lorito, doña Leonor?

Y ella decía riendo, que era otra mujer cuando se reía: «Se llama Pío Nono, Dios me perdone».

El loro estaba instalado en la balconada de la casa rectoral, entre un abundante cortinaje de habas a secar, ristras de cebollas, ajos y pimientos de

piquillo, mazorcas de maíz y también racimos de uvas escogidas para el vino tostado. Para nuestra envidia, Pío Nono comía higos pasos, huevos duros y frambuesas, y picoteaba una hoja de lechuga que era como un parasol verde que reponían las criadas en el calor de aquel verano.

Fueron las criadas las que, de forma involuntaria, le cambiaron la plática al loro. En la era, bajo la balconada, llamaban a las gallinas para echarles maíz: ¡Churras, churras, churriñas! Y las gallinas acudían tambaleantes como falsos tullidos ante una nube de monedas.

Un día, por la mañana temprano, el loro comenzó a gritar: ¡Churras, churras, churriñas!

Las gallinas se arremolinaron bajo la balconada, esperando inútilmente la lluvia de oro vegetal.

Y desde entonces el loro olvidó el latín y repetía constantemente aquella gracia. Cuando tenía el corral reunido, al acecho del grano, lanzaba una carcajada que resultaba algo siniestra por venir de un ave.

¡Churras, churras, churraaaaas! ¡Ja, ja, ja!

Por allí, ante la casa rectoral, pasaban los recolectores de piñas de Altamira, que eran, como se suele decir, una raza aparte. Pasaban ligeros, tirando de los burros y con el punto de mira puesto en la cima de los montes. Pero un día se fijaron en el loro. Asistieron al espectáculo de llamar a las gallinas, escucharon las risotadas del ave y les hizo tanta gracia que perdieron media mañana en aquel circo. Doña Leonor salió al portal y los reprendió. Les dijo que si las piñas caían del cielo y otras reconvenções que ellos escucharon como un silencioso campamento. Luego se marcharon como se marchan los indios en las películas del oeste, resentidos y sigilosos. A la mañana siguiente, los recolectores de piñas acamparon de nuevo ante la balconada. El loro Pío Nono comenzó el día con el número de las churras, churras, churriñas. Los recogedores de piñas se rieron mucho y después aplaudieron. De repente, de entre aquella gente de rostro de madera del país barnizada por la resina, salió un grito que resonó como el estallido de un trueno.

¡Viva Anarquía!

Pío Nono contempló en panorámica al público, alzó el pico con solemnidad y repitió: ¡Viva Anarquía!

Y hubo gorras al aire y muchos bravos y aplausos.

En camisión, con su pálida faz de luna menguante, doña Leonor salió a la balconada. Y nunca jamás se volvió a saber de aquel loro de larga cola púrpura.

Jinetes en la tormenta

Era mi primera marea en el Gran Sol. Yo quería comprar una guitarra. No una guitarra cualquiera, sino una de verdad, una auténtica Fender, una Strato. En mis sueños, ya le tenía nombre, cuando galopaba sobre el efecto niebla de un escenario, perseguido por un reflector de presidio. Le llamaría *Serea*.

Dicen que el de Irlanda, a partir de los 48° Latitud Norte, es el mar más duro, pero yo no tenía miedo. Y eso que sé que el mar va a por mí. Nací avisado. El día que vine a este mundo, el temporal estuvo a punto de reventar la puerta de casa. No es una exageración. Entró de golpe por la bocana y deshizo la flota de cerco de Malpica. Y deshizo también la verbena de los casados, el baile del veinte de enero. Tocaban Los Satélites. Aún tuvo arrestos para subir por el callejón, bufó como un animal por el faldón de la puerta y luego filtró una bilis de tinta como el aviso de un telegrama.

Recibido.

Los de tierra tienen una ideas muy peregrinas sobre el mar. Le hacen poemas, y cosas así. Pero yo, con el mar, ni palabra. Él ahí y yo aquí. Cuando trabajas hay que vigilarlo de reojo, haciendo que lo ignoras, con todos los sentidos al acecho. Porque al mar no se le vence nunca. Sólo puedes entretenerlo o huir. En cuanto compre mi Sirena, le daré la espalda para siempre. Adiós, tiburón.

En esos versos de señoritos tratan al mar de amante y cosas así. Tonterías. Y afirman esos entendidos del carajo que los pescadores lo tenemos por hembra, y que siempre decimos «la mar». ¡Y una mierda! El mar es un cacho cabrón. El mar es una cárcel. Peor que una cárcel. Ni siquiera hay *vis-à-vis*.

Cada uno tiene en la memoria sus frases históricas. Sus diálogos de película. Éste es el mío.

¡Se estaba mejor en la cárcel!, dice mi padre. Empapado, tiembla de frío y rabia. Acababan de perder los aparejos y salvar el pellejo de milagro.

¡Y a mí quién me diese unos días de hospital!, dice mi madre.

El futuro me sonreía.

Estoy en el *Blue Angel*. La herrumbre del salitre tizna con sólo mirar para el barco. Vamos camino del Gran Sol. Mi primera partida en alta mar. Conozco el código. Debo obedecerles a todos. Quizá a unos más que a otros.

Un hombre bajito pero con cara de mapa grande y brazos largos como remos, todo peludo excepto la calva, susurra a gritos en el muelle: ¡Eh, chaval, cógeme el jarabe! Y desliza una caja de botellas de agua mineral.

Parece que intenta una maniobra discreta, pero toda la tripulación está alerta y lo recibe con mucha chanza.

¿Qué? ¿Otra vez vas a dejar el alcohol, calamidad?, le dice con burla el contraмаestre.

¡Vete a tomar por el culo!, responde el recién llegado. Viene con ropa limpia. Huele a una loción salvaje.

¡El señor Hache-Dos-O!, exclama con malicia el contraмаestre. Y todos ríen, más o menos.

El chato cachola pelada se llama Andión. Va a ser muy amable conmigo, tal vez porque todavía no tengo licencia para reír. Al contraмаestre todo el mundo le llama Bou. Es arisco, pero también me trata bien. De joven conoció a mi padre. La gente del mar suele ser medida por el crédito que merece su familia. Yo tengo esa ventaja. Un lote de difuntos. Y en las tripas la memoria de no marearse.

Bou me da un pasador de hierro, una aguja de un kilo, para que empalme cable de acero. Supero la prueba con sangre en las manos, pero sin mirarlas, con desdén, como si fuese un sudor bermejo.

Es la primera noche. En el camarote que me toca somos cuatro. Además de los catres hay un armario y el espacio justo para no pisarse.

Aprovecha ahora, chaval, que todavía no tienes que amarrarte para dormir, me dice el compañero más hablador. El otro lee una novela del oeste, *Pueblo de cobardes*. Andión bebe una botella de agua. En la puerta del armario ha colocado la foto de una mujer. Lo que me llama la atención es que la foto está enmarcada. Pongo los cascos. Cierro los ojos. Estoy en un ancho

escenario brincando con Sirena en mis brazos.

Bou se asoma a la puerta. Trae una botella de whisky. Bebe a morro y nos ofrece un trago. La botella va pasando de mano en mano. Andi3n, sentado en el camastro, la rechaza. Bou se r3e y la hace oscilar lentamente, como el p3ndulo de un reloj, a la altura de los ojos de Andi3n, que alza la mirada hacia el donante sin decir nada y luego bebe de su agua.

Tira m3s el pelo de un co3o que una estacha, ¿eh, Andi3n? ¡Hasta le has puesto un marco!

Con la comida y la cena bebemos vino Don Sim3n en envase de tetrabrik. Todos bromean con Andi3n, que bebe agua y grandes tazas de caf3. A medida que pasan los d3as, lo van dejando en paz, excepto Bou, que cada vez le pone delante un vaso de cinc lleno de vino a desbordar. La fuerza del mar va a m3s y cuando el vino se derrama, Andi3n pasa una bayeta y lo seca. Despu3s va a lavarse las manos con jab3n. Al principio no fumaba, pero ahora le veo quemar un cigarro tras otro. Ésa es tambi3n la manera que tiene de abrir a cuchillo el pescado para destriparlo. Con una urgencia mec3nica. Observo que apenas duerme. Se queda sentado en su camastro y fuma. Cada vez bebe menos agua y m3s caf3. Bou se asoma todas las noches y le ofrece la botella de whisky. Pero 3l ya no lo mira. Tiene los ojos clavados en la mujer del marco.

¡Ya caer3s, Andi3n, ya caer3s!

Era una foto curiosa, la de la mujer en el marco. Sin serlo, ten3a un aire antiguo. Un retrato de busto, con dedicatoria y todo en la esquina derecha: «*Te espero siempre, mi amor*». La estola de piel alrededor del cuello y los labios tan cromados no suavizaban aquel rostro picudo, que a m3 me recordaba el de un soldado cosaco que hab3a visto en una revista. Lo del cosaco nunca se me olvida porque mi padre siempre se equivoca con una frase chusca: «En aquel tiempo beb3amos como *socasos*».

Cuanto m3s la mirabas, y yo lo hac3a con disimulo cuando Andi3n estaba presente, aquella mujer marimacho se iba haciendo m3s fuerte y atractiva a un tiempo. Si me coincid3a estar solo, me fijaba en ella hasta que se sal3a del marco, me agarraba por los pulsos contra la pared y me besaba bocadentro con su lengua de congrio.

Los primeros d3as la pesca nos hab3a ido muy mal. El mar estaba remol3n

como un espejo vuelto del revés y se movía en ondas plumizas, pero trabajaba su odio en el fondo. Perdimos un aparejo, y el patrón le plantó cara con un surtido de blasfemias. Y el mar le respondió con un golpe que hizo crujir los huesos del *Blue Angel*.

Aquí va otra de mis frases históricas: «El silencio que viene antes del golpe sólo se parece al silencio que viene después».

A partir de los 46° Norte nos seguía un alcatraz. Cuando el mar se embraveció, recogimos el copo lleno, como si escupiese pescado. Entre la pesca, los primeros fletanes, ángeles del mar con sus alas negras. El pez de la suerte. Fue entonces cuando el alcatraz voló hacia Irlanda y regresó heraldo de una gran tribu. Iba a ser una maldita buena marea, la bodega a rebosar en medio de un infierno.

Tras un lance que abarrotó la cubierta, y de destripar y limpiar el pescado sosteniéndonos como peles entre cascadas de agua, nos dejamos caer desfondados en los bancos del comedor. Yo sentía el mar dentro, con su sangre fría recorriendo mis venas. Bebimos interminables tragos. Andiön estaba pálido, encogido, y se frotaba las manos moteadas de escamas. Bou le puso delante el vaso de cinc y lo llenó de clarete barato. Andiön dudó durante largos segundos. Luego se lo bebió de una sentada. Él mismo se sirvió de nuevo. Y así hasta vaciar el bote.

Nadie dijo nada. Ni una broma. Las risas incipientes fueron silenciadas por un severo juez colectivo. Ni siquiera Bou celebró en voz alta su triunfo. Hizo gesto de brindar, se bebió un trago, chasqueó la lengua y se fue.

Aquella noche, Andiön se sentó en su camastro ante la foto. Tenía una botella de whisky entre las piernas y la fue vaciando a lentos sorbos, ajeno al creciente balanceo del *Blue Angel*. El mar burbujeaba por el ojo de buey. Una tos violenta e interminable. Creo que entonces comprendí el hechizo de la mujer del marco. Era como un noray con una estacha al cuello.

La botella de Andiön rodó por el suelo. Él se puso en pie, descolgó la foto y la guardó entre la ropa de repuesto. Después cogió una de las cuerdas que había debajo del armario. También llevaba el cuchillo del pescado al cinto.

Deberías amarrarte, chico. Esta noche viene temporal.

Pero él salió del camarote con la cuerda y el rictus fiero de los que cruzan una línea de alambre. Y la botella rodando. Y Bou gimiendo como un cerdo

agonizante. Y yo me puse los cascos. No hubo ni hay nada como Jim Morrison y sus jinetes en la tormenta. Jinetes en la tormenta. Jinetes en la tormenta.

Toca, Sirena mía, toca.

La maldición de la Malmaison

Conocí a John Abreu cuando estaba preparando un ensayo sobre la emigración, el retorno y el doble sentido de la saudade. Manejaba un título provisional: *El deslugar*. O tal vez *El hogar nómada*. Él podía ofrecerme un valioso testimonio. Sus antepasados pertenecían al modesto campesinado que malvivía para pagar las rentas de los señores de la tierra. Su abuelo había emigrado a Cuba y, desde allí, a Estados Unidos. Trabajó de albañil en los rascacielos. John conservaba una fotografía en la que se veía a su abuelo en compañía de otros, sentados sonrientes allá en lo alto, en una viga de hierro, como estorninos sobre una rama.

Fue ese abuelo, cuando se jubiló, el que empezó con la manía de las rosas. Había comprado un pequeño terreno en Nueva Jersey. Ése era su sueño. Tener un pedazo de tierra, una huerta, donde esperar su final con una azada en la mano. Plantó legumbres y también construyó un corralillo en el que criaba gallinas y engordaba un pavo para el día de Acción de Gracias. Pero una señora irlandesa, con la que se había amigado tras enviudar, le regaló un día un injerto de rosa Cherokee. Y al verla florecer, el viejo Abreu se quedó asombrado, como si de repente descubriese la noción de belleza. Decidió prescindir de las legumbres y del corral y convirtió la finca en una rosaleda. Recorría viveros e invernaderos, asistía a exposiciones y concursos, compraba e intercambiaba rosales, y luchaba contra el oídio y la roya como si fuesen pestes que asolasen a su propia familia. Por las noches, pedía que le tradujesen y leyesen en voz alta un libro titulado *Los misterios de la rosa*.

Yo era su lector preferido, recordó sonriente John Abreu. Me daba un centavo por noche. En un capítulo se contaba cómo Cleopatra había recibido a Marco Antonio en un gran lecho de pétalos de rosa. Mucho le gustaba

aquella historia. Y también la de otro amor con rosas por el medio, el de la emperatriz Josefina y Napoleón. ¿Usted ha oído hablar de la rosa de la Malmaison?

Le dije que sí, por supuesto. En realidad, yo no tenía ni idea de rosas, y menos de su historia. Pero la víspera, mientras le daba vueltas al caso John Abreu, le había echado un vistazo a una enciclopedia.

Uno de los mejores jardineros ingleses, un tal Kenedy, tenía un salvoconducto para atravesar las líneas francesas, y la misión de podar las rosas de la emperatriz.

Así es, asintió John Abreu, sorprendido y satisfecho con mi información. Josefina sobrellevó el repudio y la soledad entre las doscientas cincuenta especies de rosas de los jardines de la Malmaison.

A mí me tiene hechizado la leyenda de Creta, dije con el tono de un iniciado. Una isla de la antigüedad cubierta de rosas y que los navegantes descubrían por el aroma antes que por los ojos.

Yo esperaba una entusiasta aprobación. Era mi último recurso entre el anecdotario que había memorizado. Pero, con un rictus enigmático, John Abreu desvió la mirada hacia el fondo del jardín. En el atardecer de agosto, una perezosa bruma marina atravesaba el seto de tullas y envolvía en gasas los toldos transparentes de los invernaderos. La Malmaison adquirió el inquietante aspecto de un poblado futurista a la deriva.

Esta niebla me pone enfermo, dijo por fin John Abreu. Hiere de tristeza a los rosales. Hizo un gesto señalando la puerta de la vivienda. ¿Qué le parece si tomamos algo?

El salón estaba adornado por todas partes de floreros con rosas. Y también había una mujer. Era más joven que John Abreu, de unos cuarenta años, tez mestiza y con esa melancolía de las mujeres altas, delgadas y de brazos demasiado largos.

Mi mujer, Josefina.

No soy muy dado a impresionarme, desconfío de la belleza evidente, pero tampoco soy de piedra. Era atractiva y silenciosa como una modelo que hubiese dejado atrás la pasarela.

Ella es mi rosa azul.

Me pareció una metáfora apropiada, aunque cursi, pero en aquel

momento no entendí todo su sentido. El algo para beber que me había prometido Abreu resultó ser, cómo no, una infusión de pétalos de rosa.

Tiene cuatro veces más vitamina C que la naranja, dijo Abreu, creo que con un poco de ironía.

Sorbí un trago de líquido ámbar. Sabía a orina vegetal. Volví la mirada hacia la dueña, aparentando una simple curiosidad, digamos científica.

La rosa azul, con perdón, no existe, ¿verdad?

Abreu esbozó una sonrisa.

Aún no me ha preguntado por qué he regresado. No creo que le sirva para una tesis sociológica. En realidad, regresé huyendo. Huyendo de una maldición.

Bebió un trago con calma, paladeando, como si fuese un bourbon que le ayudase a recordar.

Ese abuelo del que le he hablado, dijo por fin, se volvió loco con las rosas. Para ser exacto, enloqueció con la rosa azul. La tranquila afición de su vejez se convirtió en una competición contra el tiempo. Como un embrujado, día y noche experimentaba con híbridos imposibles. Se murió delirando. Convencido de que la había obtenido. Le dijo a mi padre: «Llama a la asociación de obtentores, que la registren, que ya la tengo. ¡La rosa azul Abreu!». Mi padre no llamó, claro. Heredó los rosales. Durante un tiempo, se despreocupó de ellas. Hasta que un amigo lo convenció de que las rosas podían ser mejor negocio que la venta de aspiradoras a domicilio. Nueva York estaba cerca y era el mayor mercado del mundo. Y, en efecto, fue un buen negocio. Aún no se ha inventado en este mundo nada mejor para regalar y quedar bien que una simple rosa. Mi padre compró más tierra y amplió las plantaciones. Se limitaba a las variedades más convencionales. Pero un día, como jugando, consiguió un híbrido, una hermosa variedad carmín a la que llamó *Gloria Swanson*. Ingresó en un club internacional de obtentores e hizo mucho dinero con los derechos de esa flor. Obtuvo varios híbridos más que le dieron una cierta celebridad en el mundo de la rosa. Por cierto, a uno de color cereza lo llamó *Rosalía de Castro*. Al principio, gozaba con esos éxitos, vivíamos una vida cada vez más confortable. Incluso pensó en invertir parte de aquel floreciente negocio en la producción cinematográfica, algo que le apasionaba. Pero un día llegó a casa, borracho, con el cuento de la rosa azul.

Lo había embrujado.

John Abreu saboreó otro trago de aquella pócima.

Le voy a ahorrar detalles. Arruinado, abandonado incluso en su cuidado físico, una noche se pegó un tiro en la gran rosaleda de Nueva Jersey.

¡Esto está muy oscuro!, dijo de repente mi anfitrión. Había una sola lámpara encendida y la noche se proyectaba en grandes sombras de flor sobre las paredes. No me pareció apropiado hacer preguntas. Él cogió de la mano a Josefina.

Ya ve, dijo Abreu, he vuelto para cultivar rosas. Es todo lo que sé hacer. Pero creo que he vencido a la fatalidad. He encontrado mi rosa azul.

A pesar de los focos, en el exterior, al despedirme, Abreu y Josefina me parecieron dos lánguidas criaturas subacuáticas.

No era Creta, gritó cuando me subí al coche. La isla que perfumaba de rosas el mar era la de Rhodas.

Salí de la Malmaison en dirección A Coruña por la carretera de la costa. Era una noche de niebla espesa que mataba a dos palmos la luz de los faros. Por eso, cuando aquellos dos faros se me echaron encima y escuché un último estallar de cristales, pensé que era mi propio coche que había chocado con un espejo. Recuerdo que pasé aquella noche soñando que iba flotando, boca arriba en medio del mar, y que olía a colonia. De repente, mi cabeza tropezaba con algo blando, como medusa. Palpé con las manos. Era mi cuerpo muerto.

Me desperté angustiado por la anestesia y sólo supe que estaba vivo cuando ella, mi Josefina, pequeña, delgada e inquieta como maestra de párvulos, se acercó para darme un beso de rojo geranio.

Mi pobre loco, ¿por qué te dejaría marchar de noche con semejante niebla?

El nido de amor

El hombre iba delante, abriendo las ventanas con aire descuidado. Y también ellas, las ventanas, correspondían con una pereza de madera vieja y artrósica, a la que le afectan mucho los cambios de estación. Cuando alguna de las contras se resistía, el hombre reaccionaba con gruñidos de malhumor de tal forma que su refunfuñar tenía una naturaleza semejante al chirriar de las bisagras.

Pero la luz, que de repente iluminaba la casa con la avidez de quien lleva años a la espera, obró el milagro de que la mujer propietaria, hasta entonces una sombra silenciosa, se volviese locuaz, como un sonámbulo que despierta. Y ahora recorría la estancia sacudiendo el polvo y los fantasmas con la urgencia excitada de quien reconstruye los fotogramas de una valiosa película deteriorada y olvidada.

En medio de esa alianza de luz y pasado, nosotros éramos seres extraños, ocupantes involuntarios de una nostalgia ajena. Luisa y yo ya habíamos compartido esa sensación con anterioridad, en nuestra obstinada y esperanzada ruta inmobiliaria *Pareja joven busca nido de amor*.

Algunos propietarios enseñaban su casa con la distante seguridad de quien ya había encontrado mejor cobijo, liberándose así de un territorio que ahora les resultaba inhóspito. Pero otras mostraban en sus rostros y en la manera de guiarnos una inquietud culpable, arrastrando en sus pies, por el pasillo, una pesada cadena de resistencias y censura. Entonces nos sentíamos profanadores, cómplices de un acto de traición.

La mujer repentinamente habladora llenaba la vieja casa de gente ausente, de laboriosos difuntos. Una abuela que bordaba en la galería, acompañada por la sinfonía de un canario enjaulado. La criada coja que barría la cocina y

bailaba solitarios tangos con la escoba. Las niñas que se probaban los trajes de fiesta de su madre, adornados de brillantes abalorios, y coqueteaban con el espejo.

La mujer propietaria iba abriendo con emocionado temblor las puertas de aquellos desvencijados armarios como si fuesen páginas de una vieja enciclopedia escolar. Estaban vacíos. Solamente había, en uno de ellos, un lecho de papeles roídos. El nido abandonado de una rata. La mujer cerró con espanto la puerta y regresó a su silencio. El hombre aprovechó aquella pesarosa retirada de la dueña para informarnos con rutinaria frialdad de las características de la vivienda.

¡Ah, me olvidaba!, dijo con hastío. Arriba vive una inquilina. Muy vieja. Y además está muy enferma.

Y sentenció, con el gesto de quien decreta una máxima pena: No causará problemas.

Después de esto, nos pareció oír un adiós agónico y que un sonido de réquiem traspasaba el techo y una anciana ánima, junto con el viento, golpeaba con sus alas en el tejado.

Disciplinados, conteniendo nuestro asombro, tomamos nota de la superficie y dibujamos un sencillo plano. Luego intentamos apresurar la despedida.

Esperen. Nosotros también nos vamos, ordenó el hombre con la sequedad de quien lleva un uniforme bajo la piel.

Fuera, en la calle, la mujer miró con añoranza la fachada: ¡Siempre era la primera en recibir la luz del alba! Es la casa ideal para dos enamorados.

Creo que el hombre comprendió que no volveríamos. Miró para su frágil mujer con una extrañísima mezcla de odio y amparo. Y luego, como si viniese de firmar un bando de guerra, se dirigió a nosotros: ¡Tonterías! El amor no existe.

Seguiremos buscando.

O'Mero

Visito a Luzdivina. Hay que aumentarle la dosis.

Fuera, en la calle, junto a un parterre con camelio, hablo con su marido. Me dice que qué tal. Yo le digo que hay que estar preparado. Y él asiente: Claro, si no come es que...

Es gordo como un tonel. De hecho, anda dificultosamente. Se balancea al desplazarse.

Se llama O'Mero^[26]. Apodo marinero. Me cuenta que engordó de repente, de un día para otro, tras dejar el mar. Como si lo hinchase el aire. Que antes era delgado y fibroso. De cuero curtido.

Yo tengo la culpa, afirma de repente.

¿La culpa de qué?

De su enfermedad.

Le dejo hablar. Cuenta que pasó toda su vida en el mar, siempre con ella en el pensamiento. Todos los días le dedicaba un tiempo a la foto de Luzdivina, como si le hiciese el amor. Y cuando volvía era la felicidad. Suele haber problemas, pero éste no era su caso. Estaban de verdad hechos el uno para el otro. Aquella mujer era un regalo de la vida que él no se merecía.

Todo iba bien, como la seda, hasta que se embarcó al atún en Madagascar. En Diego Juárez conoció a Beatrice.

Las mujeres allí, sentenció O'Mero, son las más lindas del mundo. Mestizaje entre India y África. Cuando llegas de la temporada de pesca, hay un lote de mujeres esperando por el barco. Es mucha la pobreza. Se van contigo por la comida y poco más. Y eliges. Eso sí, no se te ocurra despreciar a la elegida. Yo no quería, pero también elegí. Tiró de mí con la fuerza de su mirada. Tenía un arco iris en los ojos. Era muy joven, una chavalita que

llevaba una criatura de la mano. Mientras ella hacía vida conmigo en el barco, el niño esperaba en el muelle, sentadito, obediente y callado. De vez en cuando, ella bajaba y le daba comida de la que hacíamos. Le pregunté si el pequeño era su hermano. Y ella me respondió sombría: El crío es mío. No quise saber más.

Cuando estaba en el mar, busqué la foto de Luzdivina, pero lo que yo veía era el rostro de Beatrice. Se me había metido en el seso, con su piel de aceituna y sus ojos de arco iris, y no había manera de apartarla. Volvimos a las dos semanas y allí estaba, esperándome, con la criatura de la mano.

Nosotros no teníamos hijos. Se nos había muerto uno recién nacido, de ángel. Y no quisimos volver a pasar por aquella tristeza.

El caso es que volví a estar con Beatrice. Con ella a mi lado, perdía toda voluntad. ¡Qué cosa más linda! Era linda como un pecado. Y yo pensaba: la vida hay que vivirla. Pero luego en el mar me entró una tremenda desazón. Aquello que estaba haciendo era un crimen. O dos. No podía comer ni dormir. Y no me atrevía a mirar la foto. Cuando me decidí, no la encontré. Desde entonces cada vez que llegábamos a Diego Juárez, que ellos llaman Antsiranana, no salía del barco. Miraba por el ojo de buey del camarote y allí estaba Beatrice en el muelle con la criatura de la mano. Me iba a volver loco, así que hablé con el patrón, desembarqué, cogí el avión en Antananarivo hacia París y luego regresé a casa.

Pensé que todo iba a ser como antes. Cambiaría de destino, a Namibia o a donde fuese. Pero un día Luzdivina se me presentó con un espanto en los ojos. Traía su propia foto, rota en pedacitos y envuelta en un billete de francos malagays. Por lo visto, me había estado arreglando un pantalón y al descoser la bastilla se encontró con aquellos restos. Yo tenía el pecado escrito en la cara. ¿Qué iba a decir?

A los pocos días, se le descubrió la enfermedad, concluyó O'Mero. Mientras contaba su historia, había ido arrancando hojas del camelio.

La enfermedad no tiene nada que ver, le dije yo con firmeza para consolarlo. Nada. No es nada psíquico. No tiene relación en absoluto. Puede estar seguro.

¿Y yo qué hago si me pide un granizado de limón?, preguntó él de repente.

Dárselo. Dele todo lo que le pida.

Gracias, doctor.

He escuchado historias bastante más duras, pero, por alguna razón, el caso de O'Mero y Luzdivina me dejó muy afectado. Me encontraba destemplado y entré en un bar próximo para tomar algo caliente. Desde la ventana podía ver y oír el vals del mar. Me fijé en los pesqueros de vivos colores y pensé que no hay arquitectura humana más hermosa que la de los barcos. No sé por qué, pero se me ocurrió preguntarle al tabernero si había mucha gente de aquel lugar en Madagascar.

Que yo sepa, nadie. Se han ido a muchos sitios, pero no a Madagascar.

Pero O'Mero estuvo allí, dije yo, aparentando familiaridad.

¿O'Mero? ¿Conoce usted a O'Mero? O'Mero se marea sólo con ver el mar. ¡No ha pisado ni un bote!

Lanzó una carcajada y luego dijo enigmático: Aquí es así, amigo. En tierra sólo quedamos los que no servimos para otra cosa.

Las llamadas perdidas

Nosotros dos

Íbamos los dos en la lambretta de Ricardo Tovar. Éramos más que amigos. Vecinos de puerta con puerta, compartimos juegos desde muy pequeños, pero, además, hicimos juntos las primeras maldades. Y eso une más que cualquiera otra cosa.

Ricardo conducía la moto. Había tardado en arrancar, con catarro en el motor, tosiendo un humo feo por el tubo de escape. Pero ahora rugía solitaria, con nosotros dos de jinetes, sembrando orgullosos petardos de domingo en la desgana mohosa de la tierra. Ricardo era muy diestro para las máquinas, y yo más bien torpón. En realidad, Ricardo era decidido en todas las cosas, y yo, pues yo iba detrás. Lo mismo que ahora. En la moto. Iba detrás, de paquete. Bien agarrado a él, porque a mí me dan vértigo las máquinas. Bien ceñido a él, pegado el pecho a su espalda, y con las manos en los bolsillos de su zamarra. ¡Fue cosa de él, eh! El que metiera las manos en los bolsillos de su zamarra fue cosa de él, eso que quede claro. Él conducía y no podía llevar las manos en los bolsillos. Así que me dijo: «¡Mételas tú, Tomé!». Normal. Éramos de mucha confianza, Ricardo Tovar y yo.

Con el cuerpo ceñido al suyo, por el vértigo y porque soplaba un viento que cortaba con cuchillas de hielo, que amorataba la piel como un cilicio por las llanuras tiñosas del invierno. Un matababras que no se sabía de dónde venía, que iba a la cacería de la moto por el purgatorio, mientras el lento crepúsculo fundía cera en los altares de piedra de la cordillera y teñía en llamas rojísimas el gran peto de ánimas del poniente. La zamarra de Ricardo Tovar se la había traído de Rotterdam su tío, y a la vez padrino, que andaba embarcado en la mercante. La moto, la primera de toda la comarca, también se la había comprado él, el padrino, que era soltero, y quería que a los Tovar

no se les tomase nunca más por pobres. Tener ni tenían tierras, salvo alguna parcela pedregosa y una calva de monte, pero nosotros teníamos tierras y ni bicicleta había en casa. ¡Lástima que mi padrino no se fuese por el mundo adelante en lugar de hozar en la tierra! Los cariños de familia se cultivan en la lejanía. La tierra sólo da resentimiento.

Yo iba demasiado ligero de ropa. Elegante, eso sí, que era el traje que me habían hecho para la boda de mi hermana. Pero entonces era verano, y ahora notaba el frío de tal manera que iría más caliente con un traje del papel blanco en el que envuelven las chuletas los carniceros. Ansiaba llegar cuanto antes al salón de baile de San Pedro de Nós. El frío busca los sitios. Penetraba también por los fondos del pantalón y me hacía sentir vulnerable como si llevara faldas.

Menos mal que podía descansar la cabeza en el ancho y encuerado lomo de Ricardo Tovar. Mi cortavientos.

Ricardo Tovar y yo habíamos robado juntos la primera fruta. Robar, robar, eso no era robar. Íbamos a la fruta, como todos los chavales en uso de razón. En la noche de San Juan se daba bula. Pero el resto del año, había propietarios que se ponían rabiosos y eso ya era entrar en un juego peligroso. Nosotros teníamos mucha querencia por un cerezo de la huerta de Vións, a la vera del camino de Lesta. Este Vións era un hombre que ya metía miedo de lejos. Muy callado. Arrastraba el silencio. Había una marcialidad latente en todo lo que lo rodeaba. También en sus cultivos, ordenados de tal manera que parecían los patrones del sistema métrico decimal. El alineamiento de las coles y repollos, la perfecta formación de los maizales. Cuando acudía a un entierro, en la comitiva fúnebre, parecía que incluso le robaba el protagonismo al difunto y que todos los demás desfilaban como subalternos, en un espontáneo protocolo de alto a bajo, que situaba de solemne estandarte a Vións y de inevitable colista a Petiso de Cousadelo. El carácter severo y dominante de Vións había dado lugar a un celebrado cotilleo vecinal, que yo habría de entender años más tarde. Probablemente había sido invención de Petiso, de quien se decía que le faltaban dos milímetros para ser enano, pero que se defendía con una lengua larga y afilada como la navaja de un barbero. Se contaba que cuando Vións se acostó en la noche de bodas con su mujer y ella exteriorizó con voces cierto placer, «¡Así, más, más, más!», él la acalló

imperioso y turbado: «¡Sobran comentarios, Magdalena!».

A nosotros, lo que nos atraía entonces era el cerezo de Vións. En el tiempo de Santa Isabel, nuestros ojos volaban como pájaros hambrientos hacia las tentadoras picotas. Atravesando la prohibitiva frontera del vallado, colgadas de las ramas del cielo, exclamaban: «¡Aleluya, golosos, aleluya!».

Durante años, nadie se había atrevido con las cerezas carnosas y relucientes como gemas de Vións. Él estaba al acecho, centinela, traspasando con la mirada paredes, vallas, losas y setos. Consideraba la posible profanación del frutal como una causa bélica, y dedicaba gran parte del tiempo a supervisar como un mariscal las líneas del frente. Inventó incluso un artefacto para espantar a los pájaros, un cordel que iba de la cabecera de su cama a la rama principal del cerezo, donde había sujetado dos campanillas de monaguillo. Así, no perdonaba ni a la hora de la siesta, en aquellos días calurosos, y tiraba del cordel cada poco tiempo para poner en fuga a los ladronzuelos alados.

Nosotros dos, Ricardo Tovar y yo, sellamos nuestra amistad en el deseo por aquel pecado capital. Éramos, como quien dice, un par de mirlos más hechizados por las cerezas prohibidas de Vións. A revolar, una y otra vez, por el camino de Lesta, orlado de dedaleras, siempre aromático de hinojo, dando picotadas en las moras de las salvajes zarzas. Nosotros dos, Ricardo Tovar y yo, esperábamos una oportunidad.

Y cuando se presentó la oportunidad, nosotros estábamos allí, en el momento y el lugar adecuados, posados en el mirador de una peña al lado del camino de Lesta. Fue un día de domingo, como hoy, pero de mañana hermosa y soleada como el naipe del as de oros. A Vións sólo lo podían echar de su fortaleza o Dios o el Demonio. Y llegó de improviso el gobernador de la provincia. Vións era el hombre de confianza del alcalde en el lugar. El gobernador, como suele suceder con los gobernadores, era un amante de la caza y la pesca. Las autoridades se presentaron con el capricho de cobrar un corzo aquel domingo y a Vións no le quedó otra que marchar de guía por la cordillera del Corisco. Y, además, tuvo que llevarse los perros. Antes de partir, como si olfatease la hecatombe, dejó instruida a su mujer para que agitase de vez en cuando las ramas del cerezo. Pero todos sabíamos que Magdalena, alegre y despreocupada, era el contrapunto de aquel hombre

perfecto e insoportable.

El Miedo protege el cerezo. Y se había marchado el Miedo.

No lo pensamos mucho, Ricardo Tovar y yo. Allí estaban las picotas, docenas de pendientes celestes de un rojo violáceo, coreando: «¡Aleluya, chavales, aleluya!».

Sentados a horcajadas, catamos todo el sabor que podía llegar a condensar el demorado deseo. Hasta los mirlos se acercaron con confianza, como si fuésemos gente de su linaje, pero en gordo y capitán. Nos hartamos. Sólo quedaron, como recuerdo del tesoro, dos brillantes gemas en lo más alto.

Al día siguiente, subimos con aire inocente por el camino de Lesta. Justo cuando pasábamos al lado de la valla de Vións, escuchamos el sonido rugiente de una sierra y luego unas dentelladas de macheta. Y una risa demencial. El cerezo se derrumbó de repente y habría caído sobre nosotros de no ser por la valla que lo frenó un instante hasta que basculó hacia el camino. Fue una caída sin estruendo, de árbol con alas, pero que nos dejó mudos y aterrados. Todavía hoy, al recordarlo, siento los dientes de una sierra que me cercena por dentro, que me tronza por la cintura y me poda por las muñecas. Menos mal que estaba allí, a mi lado, la mano firme, salvadora, de Ricardo Tovar.

—¡Vosotros dos, canallas! —gritó Vións—. ¡Escuchadme bien! ¡Nadie, nunca más, volverá a comer mis cerezas! ¡Me cago en la infancia! ¡Carne de presidio!

Ya pasamos por delante de la Cruz de los Mártires de Carral. La lambretta corre ahora ligera cuesta abajo. Llevo las manos muy calientes en los bolsillos de la zamarra de Ricardo Tovar.

El pasado verano, habíamos ido en moto hasta A Coruña. La gran ciudad. A mí me parecía mucho viaje, pero Ricardo estaba muy animado, con esa energía alegre que lo empuja a los descubrimientos, ampliando cada vez más el radio de las incursiones. Y tira siempre de mí, de paquete de la aventura. Por ahora. Yo soy de los que tienen miedo. Tengo miedo de ir demasiado lejos, y tengo miedo de que Ricardo Tovar, algún día, pise el pedal de arranque, acelere, y me deje en tierra. Aquí. Para siempre. Sin preguntar con su sonrisa farrera: «¿Quieres venir, pasmón?».

—¿A Coruña? ¿Y a qué vais a Coruña, si es que llegáis allí? —preguntó

mi madre con inquietud.

—Vamos a la Torre, señora —explicó Ricardo—. ¡El Faro de Hércules, digno de ver!

—Yo nunca lo vi —dijo mi madre, algo apenada.

—La he de llevar un día en la moto. ¡Como una señorita!

Mi madre se rió. Vestida de luto de arriba abajo, de su boca salió un pájaro con pintas rosas y blancas. Ricardo Tovar se ganaba de inmediato la confianza de la gente, sobre todo de las mujeres, siendo como es, echado para delante. Atrevido. Bromista. En el fondo, todo el mundo quiere reír, pero aquí pasan los días y el luto se contagia. Mandan los muertos. Y los enterradores.

Y ya cuando salimos de la aldea, Ricardo Tovar hizo relinchar el motor en la primera recta, luego desaceleró un poco, volvió la cabeza para mirar por encima del hombro y gritó: «¡Vamos a pintar la caña de verde! ¡luuuuhuhu!».

Parecía que nunca íbamos a llegar, pero todo cambió con el aroma del mar. El pesado viaje se hizo corto. El tiempo sólo miraba hacia delante. La propia moto cobró nuevas fuerzas cuando comenzó a respirar el paisaje en salazón de la ría del Burgo. Y era cierto que la brisa marina te iba poseyendo como una pócima. De repente, y fue algo así como una ilusión, vi a mi madre con un traje de lunares mirando hechizada el cartel de una película, *Camarote de lujo* creo que era, en la fachada de un cine. La moto siguió su camino. Un guardia municipal dirigía el tráfico y nos dio el alto. Juraría que era Vións, por fin uniformado. Ahora no nos dejará pasar, pensé. Nos va a hacer vomitar los huesos de las cerezas uno por uno. Pero el policía bajó el brazo y silbó con indiferencia. En la Dársena, los barcos pesqueros tenían los colores con los que yo pintaría mi aldea parda, si me dejasen. Al aparcar, que fue por allí, se me ocurrió pensar que había algo de barca en la moto de Ricardo, que quizás había sido lancha en otro tiempo y que se transformó, como hacen algunos bichos, para poder navegar por tierra.

—¿Qué te pasa? ¿Estás mareado?

El viaje me había cambiado la cabeza. La manera de ver. De andar. De hablar. Pero Ricardo Tovar seguía siendo el mismo. Un tipo resuelto que no se amilanaba ante nada. Como si no llevase tierra mansa en la suela de los zapatos.

—¿Dónde está la Torre?

—¡Olvídate de la Torre, que nadie se la lleva!

—Entonces, ¿adónde vamos?

—¡Vamos a la perdición, compañero!

El sitio de la perdición era un callejón llamado calle de la Florida, al que se entraba por una escalinata desde la plaza de María Pita. Había mujeres a la puerta de cada bajo, con faldas entubadas, muy ceñidas, y tacones altos. Señalo eso en primer lugar porque yo llevaba la vista baja. Había oído hablar de putas, de golfas, de pendangas, de furcias, de zorras, de rameras. O también, más veladamente, de mujeres de la vida o echadas a perder. Casi siempre con desdén y asco, mezclado, en el caso de los hombres, con el brillo de un vino turbio en los ojos. Lo que más me confundía era lo de «mujeres alegres», esa consideración de la alegría como un pecado. El cura había hablado en algún sermón dominical de Sodoma y Gomorra, ciudades destruidas por Dios con una lluvia de azufre y fuego en castigo por tanto vicio como allí había. «Y es que el Señor tuvo que tomar medidas, claro, porque la cosa ya estaba pasando *de castaño a oscuro*.» Aunque la gente le adulaba como estaba mandado, a don Manuel, el párroco, no se le daba mucho mérito como predicador, sobre todo desde que se le había ocurrido comparar el misterio de la Santísima Trinidad con la planta del nabo. Nabo, nabiza y grelo. Tres personas distintas y un solo Dios verdadero. Explicó que san Patricio había convertido a los irlandeses con el ejemplo del trébol. Pero, como dijo en confianza mi tía Coronación, una cosa es el trébol y otra, el nabo.

—¡Viene aquí a adoctrinarnos como si fuésemos negritos del Congo! A nosotros, que ya éramos cristianos antes de Cristo. Lo que tiene este cura es gula. ¡Aun haría un caldo de pichón con el Espíritu Santo, Dios me perdone!

La gente consideraba que don Manuel, en el fondo, menospreciaba su inteligencia y que rebajaba a propósito la calidad del sermón. Así que el público le correspondía con una impaciencia inmóvil cuando se demoraba en la prédica. Pero yo notaba que se retomaba la atención cuando hablaba de esos casos escandalosos como los de Sodoma y Gomorra. Estaba claro que lo que allí había era mucho vicio. El primer significado de vicio, en nuestra tierra, es el no trabajar o no amar al trabajo como a ti mismo. Estaba claro que los de Sodoma y Gomorra no tenían callos, al menos en las manos. No

daban un palo al agua. Pero debía haber mucho más, otras razones, para que Dios los bombardease hasta borrarlos del mapa. En este particular, se esperaba un detallado relato acusatorio que nunca llegó. En palabras de don Manuel, «los de Sodoma pensaban que todo era Jauja, pero, claro, luego les salió el tiro por la horma del zapato». El desenlace era bastante confuso. Dos ángeles se habían presentado en la casa de Lot. Los de Sodoma querían ver aquella novedad. «Ver... ¡y tocar!», especificaba don Manuel. Lot se negó, pero ¡le ofrecía sus dos hijas vírgenes a cambio! Al fin, avisados por los ángeles, y con la advertencia de no mirar hacia atrás, Lot y sus familiares huían, mientras la ciudad era destruida. Pero la mujer de Lot no obedeció. Volvió la vista hacia el lugar de la tragedia y, al instante, quedó convertida en estatua de sal. «La perdió esa curiosidad tan femenina», resolvía don Manuel. La imagen de la estatua de sal hacía olvidar todo lo anterior. El merecido castigo por la desobediencia a Dios cerraba el caso. Pero, aun así, desde aquellos días de la infancia, me quedó en el magín una pregunta que me acompaña hasta hoy.

¿Por qué miró hacia atrás la mujer de Lot, qué dejaba en Sodoma?

O, de otro modo: ¿Por qué Dios no permitió que mirase hacia atrás?

Por la calle de la Florida, yo trataba de mirar únicamente de frente y no atender los reclamos, los bisbiseos, los susurros, los gestos de ven-ven de la perdición. Porque yo, que había oído hablar de ella, nunca la había visto. Todavía era bien de día, pero la calle estrecha y ensombrecida olía a noche de verano, a lecho de río seco. Las mujeres traspasaban las puertas con cortina de cuentas y, desde el fondo de los locales, rojas lámparas estiraban la luz hasta verterla con un ardor de ida y vuelta. Quería estar y no estar allí. Ser aguerrido como Tovar, pispar sin miedo, y tener en la lengua su presteza de juglar, pero me asqueaba formar parte de un rebaño de apariencia mansa, con olfato de lobo en la penumbra.

—¿Y no sería mejor ir a picar algo? —sugerí, acobardado.

—¡En eso estamos, compañero! —respondió Tovar, dándome un codazo.

Como si hubiese escuchado, bajo la gran pabela de un rótulo en que se leía *Venus*, una madama nos fotografió con un guiño de ojos y nos capturó con un lazo de humo, lanzado lentamente por un cráter carmín.

—¿Buscáis caramelos, criaturas?

—¡De leche y miel! —soltó Tovar al vuelo.

—Aquí dentro los hay de todos los sabores. ¡Hasta de café!

Nos miró de arriba abajo. Lanzó otro aro de humo. Un diente hacía juego con la boquilla dorada. A pesar del maquillaje carnavalesco, había en ella un poso atractivo, el que sugería la dura talla de sus arrugas.

—¿Tenéis con qué?

—¡Somos soñadores! —exclamó Tovar.

—¡Pues a mirar escaparates en la calle Real!

—¡Somos capitalistas, señora!

—¿De qué banco?

—¡Del de América, of course!

—Venga, pasad. ¡El pico lo tienes de oro, de tratante!

Ya dentro del local, mientras nuestros ojos se acostumbraban a las tinieblas de la profana sacristía, por fin ella se fijó en mí.

—¿No seréis menores?

—Yo ya libré de la mili, señora —atajó Tovar.

—¡Por cara bonita!

—Afirmativo. Y él por mudo. Dos auténticos *cowboys*, señora.

La madama me rozó el paquete con el revés de la mano. La rúbrica obscena, resabiada, de las largas uñas.

—¡Ya verás como canta cuando eche fuera el meigallo! Pero antes tengo que verle la cara a Franco.

Tovar abrió la cartera con esa seguridad que aporta el ir por la vida con dinero en efectivo.

—¿Nos hará una rebaja? Para éste es la primera comunión.

—Ésta es una casa seria. Dos y dos son cuatro, más la voluntad. ¡Dalía!

Estaba de espaldas, apoyada en la barra, y cuando se volvió hacia nosotros, enrojecida por la tinta de una de las lámparas, parecía que había estado llorando. La larga melena lisa y negra caía como un chal sobre los hombros y los brazos desnudos. El cuerpo robusto, las poderosas manos, con la muñeca metálica, de anchos brazaletes, y los muchos anillos engarzando los dedos, desmentían la fragilidad del rostro, que acabó por salir de las brumas con una sonrisa cortante. Deshabitada.

—¡Desteta a estas dos criaturas, Dalía!

—¡No tenga celos, señora! —apuntó Tovar.

—Éste es un tunante. ¡Que no te entretenga!

No sé dónde lo había aprendido, pero Ricardo Tovar tenía el arte de seducir a todo el mundo. Incluso algo pasó en aquel cuarto sórdido entre él y la joven del largo pelo de chal. Cuando me tocó el turno, ella aún se reía, pero no con el gesto mímico de antes, sino con una proporción que la hacía real. Eso me entristeció todavía más, porque sabía lo poco que yo podía dar en la inevitable comparación con Tovar.

—Si te casas, te van a poner los cuernos de una vaca rubia —me dijo primero, cuando notó que mi cuerpo se desarmaba nada más abrazarlo.

Le salió como un refrán. Porque después, sentados en la cama, recogió hacia atrás el velo negro de su pelo, posó la mano de los anillos en mi rodilla, y dijo con suavidad: «Eso te pasa porque tienes un amor escondido. El amor es muy malo para follar». Luego comenzó a saltar sobre la cama y el somier gemía y la luz tibia y hambrienta de la lámpara de la mesita proyectaba en el techo las alas de sus brazos en la marejada del pelo.

Bajó. Me miró fijamente y sonrió mientras nos vestíamos.

—Tu amigo va a creer que fuiste una fiera en la cama.

—Gracias.

Ya vestida, me dio un pellizco en la mejilla.

—Pero recuerda esto, gordito. ¡No pienses tanto! O te saldrán los cuernos de la vaca rubia.

Fuera ya, en la calle, Ricardo Tovar estiró los brazos al cielo y luego me dio unas palmadas de colega en la espalda.

—¡Tremendo, Tomé, tremendo! ¿A que valió la pena?

—Sí. Estuvo bien.

Se echó a correr riendo: «¡Venga! ¡Vamos a ver de una puta vez el faro de Hércules!».

Iba medio sonado, con la cabeza apoyada en la espalda de Tovar, y me despertó el recuerdo de aquel pellizco desflorador de Dalía. Habíamos llegado, por fin, al baile de San Pedro de Nós. ¡El Seijal! El salón más célebre en el mundo conocido. Ricardo Tovar aparcó y calzó la flamante lambretta. Había alguna que otra Gucci, y una manada escuálida de bicicletas.

Ricardo Tovar alisó y abrigó con las manos el cabello engominado.

—¡Ésta es la nuestra, Tomé!

Sentí el cuerpo entumecido, pero él parecía animoso y fresco como si viniese de un baño en el mar. Me dio uno de sus toques en el brazo. Del tranvía, que tenía allí su rotonda, bajó un lindo ramo de chicas.

—¡Fíjate, compañero! ¡La flor y nata de las mucamas!

Yo no sabría distinguir si eran mucamas o no, pero lo que era cierto es que nunca había visto un baile tan concurrido como aquél. Tocaba, en impecable traje con solapas de terciopelo, la deslumbrante orquesta Los Satélites.

El salón era como un gigantesca y cálida burbuja en medio del invierno. Nos metimos de cabeza entre la alegre multitud danzante, él siempre abriendo camino, de proa de arado. Pisé a alguien sin querer. Bajé la mirada y vi los zapatos blancos con hebilla rosa. Pedí el perdón de rutina, procurando avanzar para no encontrarme con el rostro de la víctima, seguramente incomodada. Pero lo que vi de medio lado fue un resplandor. La pícara representación de la alegría. Esa talla que uno echa de menos en las iglesias. El pelo muy corto, como una capucha de azabache, realzaba la cara más bien redonda, donde reinaban unos ojos con vida propia, redomas que bien podían ser el principio y el fin de todas las cosas.

Y cuando deshojaba el sí o el no de hablarle y pedirle un baile, porque estaba extrañamente sola, sin pareja, se interpuso la arrebatadora presencia de Ricardo Tovar.

—¿Bailas, princesa?

Bailó, claro. Cómo no. Los zapatos blancos con hebilla rosa y los negros de punta fina abrieron el círculo de un reloj sin horas que ya no se borraría hasta la marcha del último tranvía de la noche, en el que ella se iría para cerrar en su pequeño cuarto de criada las dos redomas llenas de estrellas. Pero todavía no he contado lo que hice yo.

Lo que yo hice fue beber y beber y observarlos desde la barra de la cantina. Sin rencor ninguno. Porque era así como tenían que ser las cosas. Porque ella era linda y reluciente, y Tovar... Pues, Tovar era Tovar. Si algo comprendía yo muy bien era la cara chispeante de la chica, sus risas, el deseo de que no se rompiese nunca aquel círculo que dibujaban los zapatos blancos de hebilla rosa y los negros de punta fina.

Pedí otra copa de coñac 103 y me di cuenta de que ya leía en la etiqueta coñac 113. Los Satélites tocaban de nuevo *El reloj*. Mi pareja preferida bailaba el bolero muy arrimada. Como si estuviesen solos en el atestado salón. O pudiera ser que yo sólo los veía a ellos. Decidí salir a despejarme. A la intemperie.

Había dos tipos alrededor de la lambretta. La miraban y remiraban. Uno de ellos se subió e imitó el ruido del motor con la voz. Quizás sólo estaban jugando. Les grité y el tipo se bajó. Al verme solo, le dio un empujón y la hizo caer. Luego, los dos vinieron hacia mí. Despacio. No parecía que buscaran camorra.

—¡Tranquilo, hombre! ¿Es tuya esa chulada de moto?

Les dije la verdad. La moto era de un amigo.

—¿Y tú de dónde eres? —me preguntó el otro.

—De Cousadelo —le dije, por no aclararle más.

¿De Cousadelo? Parecía estar consultando un mapa en la cabeza. Fui poco avisado. No medí las distancias.

—¿Y hay motos en la montaña, paletos? Yo creía que arrastrabais el culo por los tojos.

Fue en la sorpresa, mientras yo pensaba en los tojos que justo florecen en invierno, cuando me vino el cabezazo que me partió la nariz. Me levanté del suelo. El cielo estrellado se balanceaba al son de un dolorido reloj.

*Reloj no marques las horas
porque voy a enloquecer;
ella se irá para siempre
cuando amanezca otra vez.*

Las manos, el traje nuevo. Todo. Todo teñido de sangre. Sangre también en los labios, su sabor a sopa de caballo, a vino caliente con azúcar y pan. El almuerzo del abuelo: «Da fuerzas para hozar en el monte». Me eché hacia ellos como un garañón acosado, peleando con las cuatro manos. Iba ciego, borracho, con mi sangre. No era suficiente con hacerles huir. Quería machacarlos en mazo de batán. Oírlos aullar de dolor. Llorar. De rodillas. Llorar de pánico. Uno de ellos consiguió escabullirse, trastabillando. El otro

quedó allí. Como yo quería verlo. De rodillas. Lo tenía sujeto por la cresta.

—Ahora quiero que grites: ¡Soy una mierda!

—¡Soy una mierda!

—¡Y un montón de estiércol!

—¡Un montón de estiércol!

—Muy bien, ahora...

Eché un gorgojo de sangre por la boca. Lo dejé caer.

Los Satélites tocaban ahora *Piel canela*. Coloqué la lambretta en su sitio y limpié con la manga de la chaqueta las manchas de tierra en la chapa. Me puse a andar hacia el puente de O Burgo. Me lavé en agua de mar y me tumbé un rato boca arriba, con el pañuelo frenando la hemorragia. Luego seguí el camino de retorno a casa. A paso ligero. Me sentía con mucha fuerza, con una lucidez fría y brillante, de espejo en el que veía mi propio rostro, como un efecto extraño en la mezcla de licor y sangre.

Subiendo la cuesta de A Rocha, oí el rugido familiar de la moto. En aquel tiempo, distinguías muy bien. Había muy pocos motores que escuchar. Se detuvo y me subí. Sólo se veía nuestro aliento humeante en la helada y el agujero de luz que abría el faro de la moto en la noche.

—¿Por qué no me esperaste? —preguntó, antes de arrancar.

—Me aburría —le dije.

—Al salir del baile, había un tipo medio muerto en el suelo, justo al lado de la lambretta. ¡Joder, qué susto me llevé!

Y añadió, como quien piensa en voz alta: «No sé si no estaría más que medio muerto».

Aceleró. La moto lanzó un relincho y pegó un pequeño brinco en el aire.

Teníamos un largo camino por delante. Se me había pasado la euforia. Sentí que el cuerpo se aflojaba. Metí las manos en los bolsillos de la zamarra de Ricardo Tovar y apoyé la cabeza en su ancha espalda.

La mirona

La primera vez que vio hacer el amor fue en esta playa.

La primera vez no fue a propósito. Era sólo una niña que cogía moras en las zarzas acodadas en el sotavento de los muros de piedra que protegían los pastos del ganado y la primera trinchera de los cultivos. La adusta vanguardia de las coles con su verde cetrino. Espetaba las moras en la dureza de una paja seca como cuentas de un rosario tensado o bolas de una de las varillas de alambre del ábaco de aprender a contar.

La primera vez fue sin querer. Ella iba de retirada, hacia la aldea, y atajó por las dunas. Fue entonces cuando vio a la pareja, una pareja solitaria y medio desnuda en el inmenso lecho del arenal. Y se agachó. El mar le había devuelto la visión con una brisa colorada, de vergüenza y de miedo. Pero se quedó quieta. Comió con ansia una ristra de moras salvajes y volvió a mirar, mientras se lamía con la lengua el bozo tinto que pintaron los frutos.

El mar fue siempre una inmensa pantalla hacia la que se orientaba el mundo del valle, posado con esmero, como un cojín de funda bordada y con pompones, en la silla de alto respaldo de los montes rocosos. Todo, pues, en el valle miraba hacia el mar, desde los santos de piedra de la fachada de la iglesia, con su pana de musgo, hasta los espantapájaros de las tierras de cultivo, vestidos siempre a la moda. Ella los recordaba con sombrero de paja y chaquetas de remiendos, pero, en la última imagen, los espantapájaros gastaban visera puesta del revés y cubrían la cruz del esqueleto con sacos de plástico refulgente de los abonos químicos. Lo que no había en el valle eran pescadores. Nadie traspasaba esa pantalla de mar y cielo, tan abierta, con vertiginosas y espectaculares secuencias, y amenazadora como una ficción verdadera.

La primera vez que vio una película en el salón, que era también el de bailar, pensó que Moby Dick estaba allí de verdad, en el cuadro en movimiento de su mar. Y no andaba descaminada, porque pocos días después el mar vomitó una enorme ballena que quedó varada y agonizante en la playa. Y vino en peregrinaje gente de todos los alrededores con carros tirados por vacas donde cargaban las chuletas gigantes de Moby Dick. Un hormiguero humano, azuzado por las quejas y blasfemias de las aves, celosas de los despojos, fue despedazando el cetáceo hasta dejar en el arenal un oscuro, pringoso y maloliente vacío. El corazón ocupaba el remolque de un carro. Llevó detrás una comitiva fúnebre de rapiñas y perros cojos. El eje, al gemir, pingaba tinta roja.

El mar vomitaba a veces el atrezo de las películas. Cuando era muy pequeña, su padre trajo un gran cesto rebosante de mandarinas. Contó que todo el arenal había amanecido en alfombra anaranjada. Cuando ya era chica, el mar echó en un eructo paquetes de tabaco rubio y botes de leche condensada. Y otro invierno, al poco de casarse, botellas de champán francés y un ajuar de vajilla con cucharas de plata. Casi todos los años el mar daba una de esas sorpresas. La última vez, y fue el año pasado, el mar ofreció un cargamento de televisores y vídeos. Algunos parecían en buen estado. Hicieron una prueba en el único bar de la aldea. Ella esperaba ver islas de coral y peces de colores, pero en la película salió Bruce Lee, dio unos golpes con el filo de la mano, y se cortó la imagen.

El hombre del proyector de cine, que tenía una camioneta de chapa roja y morro muy alargado, era el hombre más feo del mundo.

Un día, en el salón, esta vez preparado para el baile, la niña, sentada en la escalera y con la cabeza engarzada en los barrotes de la balaustrada, vio bailar al hombre más feo del mundo con la mujer más hermosa del mundo. La nariz del hombre feo hacía juego con el morro de la camioneta. Era tan larga y afilada que tenía una sombra propia, independiente, que picoteaba entre las hojas de los acantos del papel pintado de las paredes. Entre pieza y pieza, cuando la pareja se paraba y se acariciaba con los ojos, la sombra de la nariz picoteaba las moscas del salón, de vuelo lento y trastornado.

Eran los dos, el hombre más feo y la mujer más linda del mundo, los que estaban haciendo el amor en la playa, protegidos por el lomo de una duna.

Aquella primera vez, la niña, ya adolescente, vio todo lo que había que ver. De cerca. Sin ellos saberlo, hicieron el amor para ella en la pantalla del mar. Arrodillada tras la duna, compartía la más hermosa suite. El inmenso lecho en media luna, la franela de la finísima arena, la gran claraboya de la buhardilla del cielo, de la que apartan casi siempre las caravanas del oeste con sus pacas de borra y nube, lo que hace que el valle sea un paraíso en la dura y sombría comarca.

Se abrazaron, se dejaron caer, rodaron, se hacían y deshacían nudos con brazos y piernas, con la boca, con los dientes, con los cabellos. El altavoz del mar devolvía a los oídos de la mirona la violencia feliz de sus jadeos. Así, más, más, más. Llegó un momento en que temió que los latidos de su corazón se escuchasen por encima del compás de las olas. Fue la mujer la que venció. De rodillas, como ella estaba, ciñéndose al hombre con la horquilla de los muslos, alzó la cara hacia el sol hasta que le cerró los ojos, ladeó las crines en la cascada de luz, y los blancos senos aboyaron por fuera del sostén de lencería negra.

A ella le pareció que se había acortado la nariz del hombre más feo del mundo. Su sombra debía de andar entre los zarapitos, picoteando en el bordón que tejía la resaca de las olas.

Era una playa muy grande, de aguas bravas y olas de alta cresta que a veces combatían entre sí, como los clanes de un antiguo reino. Siempre fría, con la espuma tersa como carámbanos fugaces, y con la arena tan fina que cuando se retiraba el rollo de la marea dejaba un brillo de lago helado. Cuando envejeció, a ella le gustaba caminar hendiendo con los pies ese espejo húmedo y pasajero porque se decía que era muy bueno para las varices. Alguna vez, en el verano, siempre vestida y con una pañoleta sobre la cara, dormía la siesta sobre la manta cálida de la arena seca.

—¿Por qué siempre andas husmeando por la playa? —le riñó la hija.

—No ando husmeando —se defendió ella, aunque la verdad le enrojeció las mejillas—. ¡Es por las varices!

Aparte de esa costumbre de caminar en la orilla, nunca, nunca, se había bañado en esta playa. Nadie de la vecindad se bañaba en esa playa de aguas majaras hasta que llegaron los extranjeros. Venían del norte, con la casa a cuestas, en caravanas de lánguido rodar o en furgonetas estampadas de soles

y flores, y acampaban al lado de la franja de dunas, esa tierra de nadie, frontera que amansaba los vientos entre la playa y el fértil valle. Más tarde, llegó la moda de los todoterrenos, que atravesaban las pistas levantando polvo, con la diligente indiferencia de los que corren un rally en el Sáhara.

No había ninguna relación entre los campesinos y los bañistas. Desde la posición de los labradores, y a partir del mediodía, los bañistas se desplazaban a contraluz. Eran, al fin y al cabo, extraterrestres. La época del año en que llegaban y brincaban desnudos, con las vergüenzas al aire, o enfundados en trajes de goma para cabalgar con tablas las olas, era también la época del trabajo más esclavo, cuando había que recoger las patatas y las cebollas, sachar los maizales, y segar y ensilar el heno. Las gotas de sudor asomaban como ojos de manantial y trazaban riachuelos en el tizne de tierra de sus brazos. A veces, el sudor bajaba de la frente por el canalón de los ojos. Ella levantaba la cabeza para enjugarlo con el dorso de la mano. La prisionera de la tierra contemplaba la playa entre las rejas verdes del maíz.

Cuando los demás se recogían en casa, ella todavía se marchaba hacia las dunas con la excusa de refrescar cerca de las olas. Pero siempre se escondía en su puesto de centinela, a la espera de que el mar le ofreciese una película de amor.

Su marido no era el hombre más feo del mundo. Ella tampoco era la más hermosa. La noche de bodas, a oscuras, no había sentido placer. Más bien al contrario. Pero después ella soñó que rodaban abrazados por la playa y despertó con un sabor salado en el paladar. Con ganas de volver a hacerlo. Le sucedía con frecuencia y su marido se iba cansado y feliz al trabajo. Se lo llevó una enfermedad traidora y tuvo un mal morir, insomne en las noches, porque no quería irse hasta después del amanecer.

Cuando su marido vivía, y la abrazaba en la cama, ella cerraba los ojos y follaba con un bañista de rostro cambiante y melenas rubias y húmedas, jaspeadas de algas. Después de su fallecimiento, cuando espiaba parejas desde el escondite de la duna, le parecía ver en la convulsión del cuerpo macho el perfil de su marido, trabajando el amor bien trabajado, en progresión de polca.

La última vez que acudió al puesto de centinela fue hace algunos años, un día de setiembre, ya bien entrado el mes. El verano tarda en llegar al valle,

pero a veces regala, como un juguista melancólico, un largo bis. En estas ocasiones, el crepúsculo dura lo que la sesión de cine y se pone en technicolor. Lo que ella vio fue también una escena de amor que le pareció interminable. Al fin, los dos amantes se levantaron y corrieron, riendo, hacia el mar. Se dio cuenta entonces de que eran su nieta y el novio. Pero no lo quiso creer. Ni lo cree. Los campesinos no se bañarían nunca en aquella playa tan peligrosa.

El héroe

Que me llamen Caronte fue cosa de él. De Lanzarote.

Cuando aquella redada de la Brigada Político-Social, que mandaba un tal Piñeiro, y lo recuerdo bien porque ése es también mi apellido, los periódicos publicaron una nota policial con nuestras identidades, las verdaderas y las falsas. Allí aparecía yo, como un bandido, con barba de pincho de tres días y una orla como de esquela alrededor de los ojos. Feo como nunca, como Robinson, después de la paliza que me dieron, que de las piñas no me salvó ni la condición de Piñeiro. Y al pie de la foto, el apodo. Arturo Piñeiro, alias *Caronte*. Se me quedó para siempre. Hay muchas maneras de hacerse famoso, y a mí me hicieron así, poniéndome cara de criminal por luchar contra el tirano. Todo el mundo, incluso en la familia, me llama Caronte. Ahora ya sabe de dónde salió el nombre del bar. De este bar. El bar Caronte. Aquí viene la gente a tomar la última. La última de verdad. La definitiva. Mi especialidad es el *tumbadiós*. Hay otro bar aquí cerca que se llama La Penúltima. Pero créame, no hay mejor clientela que la que viene a tomar la última. Gente pagadora, tranquila, de regreso de todas las mareas, que ya soltó el veneno de alacrán que todos llevamos dentro. Gente con una historia que contar o que callar.

Yo tenía pensado el sobrenombre de Robinson, por el actor, no por el náufrago. Edward G. Robinson, ¡qué monstruo! ¡Cómo zafaba aquel petiso! ¡Era un napoleón de serie negra! Pero Lanzarote ya había escogido por mí sin preguntarme. Me dijo: Tú, Caronte. Y me recitó: *Y tú, Caronte / de ojos de llama, el fúnebre barquero / de las revueltas aguas de Aqueronte*. Lo recuerdo como si fuera hoy. Me quedé apabullado por el peso de los versos. Yo siempre le tuve mucho respeto a la cultura. Y Lanzarote era, con muchas

millas por delante, el más culto de todos.

Sí, señor. Lanzarote era muy culto. Muy preparado. Le corría mucho la cabeza. Pasaba las noches insomne, leyendo, se duchaba con agua fría, tarareaba *La Marsellesa* y ya estaba nuevo. Y era de muy buen ver, muy bien plantado. Las cosas como son. Alto, esbelto, con su bigote al estilo Mastroianni. Dormía y comía en mi casa. Decía que mi casa era la más segura. Yo todavía no sé por qué mi casa era más segura que las otras, teniendo como teníamos la impresora en el bajo, donde hacíamos los panfletos y la hoja clandestina *A Faísca*^[27]. Pero yo siempre confié en él. Además de ser inteligente, tenía olfato y templanza. Era un hijo del exilio. Había mamado buena leche. Y lo enviaron aquí, de levadura. Mi mujer lo lloró mucho. Le pasaba la plancha todas las noches a su único traje. Era un tipo que se hacía querer, aquel Lanzarote.

Lo que tenía era un pico de oro. Como decía Ramón, el más viejo del comité, «este chaval coge la rosa sin que se mueva el rosal». Lo escuchábamos hechizados. Cuando hablaba de forjar la unión entre las fuerzas del trabajo y la cultura, lo hacía de tal forma que nos parecía ver una chimenea de humo perfumado que escribía consignas liberadoras en el cielo. Y otra cosa muy importante entonces. No caía en la desesperación. Muchos de los nuestros, asfixiados, hartos de soportar aquel tiempo de mierda, se hundían en la depresión o se marchaban de emigrantes. ¡Era tan natural sentirse vencido! Yo miraba el calendario y era como mirar el escaparate de una cuchillería, los días encarados, con la punta hacia ti, muy afilados, con su resplandor fugitivo. Los puñales de la Guardia Mora. Porque el peor tiempo para nosotros era el del verano, cuando el dictador, con toda su caterva, venía de vacaciones y tomaba posesión de la ciudad. El calendario se hacía más amenazador que nunca y las soleadas galerías de vidrio, la alegría de los bañistas en la playa, eran para nosotros un decorado inquietante, descorazonador, una contribución involuntaria al Servicio de Propaganda del Régimen. Los *desafectos*, como se llamaba a los opositores o a los sospechosos de serlo, eran detenidos sin causa y pasaban aquellos días a la sombra o desterrados fuera de la ciudad. Nosotros, los que aún no teníamos ficha policial, permanecíamos durmientes, como pájaros silenciosos en una zarza. Seguíamos la rutina del trabajo y sólo nos encontrábamos en grupo en

alguna merienda campestre, en el bullicio de una romería. Yo, por entonces, era vendedor de enciclopedias y libros a domicilio. Recuerdo que trabajé muy bien la *Guía Médica del Hogar*, del doctor Vender. Me abrió muchas puertas. Tenía más éxito que el *Nuevo Testamento*.

A propósito de romerías, aquel verano fuimos a los Caneiros de Betanzos. Yo me sentía muy bien río arriba, todos bebiendo y cantando en las barcazas, engalanadas de ramos de laurel y serpentinas y banderitas de colores. Sí, señor. Río arriba. Cómo se alegra el corazón río arriba. Es como ir tirando las costras de la vida, las raspas del mundo por la borda. Sin camisa, medio desnudo, cantaba y bebía. Me salían ramas silvestres por las orejas. Y Lanzarote le dijo a Lucía, a mi mujer: «¡Mira qué feliz! Parece el buen salvaje de Rousseau». Y es que yo soy de mucho pelo en el cuerpo y coco liso. Las cosas como son. ¡Qué bien me vendría una mata del pecho en este descampado de la cabeza! Bien. Anclamos las barcas en una isla de bosque. Al poco de comer, me quedé dormido sobre la hierba como quien queda varado en un sueño. ¡Nunca había dormido tan bien! Estábamos muy lejos. En otro planeta. Y a mí no me importó que Lanzarote y Lucía se fueran a dar una vuelta. O dos.

Todo cambió al regreso, río abajo. Los cantores desafinaban en la noche. Unos jóvenes gritaron: «¡Hombre al agua!». Y lo vi caer como un saco blanco que comienza a rasgarse y chapotear en las foscas aguas. Cuando lo izaron, se escuchó una tremenda maldición entre carcajadas. El vino tinto había callado en las camisas. Yo iba inclinado sobre la quilla, como un mascarón. Pasado el jaleo de los gallitos borrachos, Lucía, con aquella voz hermosísima que tenía, de tiple pulida en la coral Follas Novas, comenzó a cantar *No xardín unha noite sentada*. Por una vez, las oscuras corcheas de una balada centellaban en el agua del río Mandeo como truchas doradas. ¡Lástima que escatimase tanto aquella voz de seda! Yo bien sabía que sólo cantaba cuando, en domingo de fiesta, le hacía las rosetas de nata a un *brazo de gitano* o cuando tenía fiebre de amor. Y fue entonces, poco antes de arribar, cuando se me acercó Lanzarote y me dijo al oído: «Tenemos que hablar esta noche. Solos. Nosotros dos». Yo pensé que el asunto sería Lucía. En otro tiempo, ya lo habría mandado al fondo del río, con una faca en el corazón y una piedra al cuello. Pero yo había cambiado mucho. Aceptaba lo

que viniese de la misma forma que la barca se dejaba ir en reflujo. Con tal de que ella cantara, no me importaría nada que volase de capullo en capullo.

No. No se trataba de Lucía. Lanzarote también había tenido un sueño. Un plan extraordinario. Me lo contó de madrugada, solos en la cocina, mientras Lucía dormía. Yo comía hígado de cerdo encebollado con el ansia que dan los celos reprimidos. Él hablaba. Hablaba y hablaba con su pico de oro. Y yo dejé de comer y atendí hechizado como el niño que escucha un cuento que no lo deja dormir. Delante de mí, gracias a su novelar, desfilaban todos los héroes muertos de nuestra historia. Incluso vi rodar por el suelo la notable cabeza del mariscal Pardo de Cela, tumefacta la frente de embestir, hasta ir a parar a la puerta de la catedral de Mondoñedo, donde la pobre boca pregonó: «¡Credo, credo, credo!».

Lanzarote me miró fijamente, con aquellos ojos que cambiaban de color según el acorde de la voz, y dijo con oscuro énfasis:

—¡Necesitamos un héroe, compañero!

Había algo nuevo en su expresión. Algo que yo no había visto antes. Podía ser, a veces, melancólico, pero jamás fúnebre. Su voz sonaba ahora como un cincel grabando epitafios y sus ojos eran dos tizones.

—No entiendo.

—Es muy sencillo. Estamos atascados. No hay salto adelante. No nos engañemos. De mí para ti, compañero, el estiércol donde fertiliza la Historia es la sangre. ¡Alguien tiene que morir por la causa!

—¿Qué estás diciendo? Rechazamos la violencia hace tiempo. Si yo estoy con vosotros es por eso. Porque quería luchar contra la muerte.

—Escucha bien, Arturo. No se trata de matar. Se trata de lo contrario. De una inmolación. Alguno de nosotros tiene que sacrificarse para que nazca un héroe. Morir para triunfar. ¿Entiendes ahora?

Si alguien tenía madera de héroe era Lanzarote. Él reunía todas las cualidades. Pero no me acababa de convencer la idea. Era más joven que yo. Más listo. Más guapo. Yo era más gordo, pero si nos pusieran en la balanza de la Historia, yo sería la paja y él el grano. Su disposición al sacrificio me parecía un despilfarro. Todavía más. Un acto de soberbia por su parte. Una chulería.

—Es mejor que dejemos este asunto. Cuando descanses, lo verás de otra

forma.

—No. Hay que decidirlo ahora —me dijo—. ¡En caliente! Después, sólo le veremos los inconvenientes.

Estaba cansado. El cuerpo tiraba de mí, trataba de remolcarme hacia la cama. Hacia aquella barca de lecho de pluma donde viajaba Lucía. Estaba ya a punto de decirle que hiciese lo que le diera la maldita gana.

—Admiro mucho tu valor, Lanzarote. ¡Me quito el sombrero! Pero te necesitamos vivo.

—¡Por supuesto! —sentenció, creo que con sorna—. El héroe eres tú, Arturo.

—¿Qué dices?

Me señaló con el dedo índice. El dedo apuntador de la madrastra Historia.

—Tú. Tú serás el héroe, Arturo.

—¡Y un huevo de avión!

Aquello era más de lo que estaba dispuesto a escuchar. No me parecía que él estuviese borracho, ni yo tampoco, pero la conversación era ya la de dos curdas abrazados a la luna.

—¡Anda! Vamos a dormir.

—No, Arturo. No vamos a dormir. ¡Siéntate!

—¡Yo no quiero ser un héroe! ¿Está claro? ¡Conmigo no cuentes! Así que no hay más que hablar.

—Tú eres el único que puede ser un héroe, Arturo. ¡El único!

Su pico de oro me atrapó otra vez cuando ya estaba dándole la espalda. No sé muy bien lo que me pasaba. Por vez primera noté aquel extraño sabor a cecina humana en mi paladar. El de la madera de héroe.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es verdad.

—Pero ¿no harías tú mucho mejor héroe? —le dije, reconduciendo el asunto al terreno de la broma—. Joven. Apuesto. Eminencia. Con apellidos ilustres, pero honrados. De linaje sin pulgas. Premiado con la distinción del exilio. ¡Imagina en cambio mi retrato! Yo soy un fallo en la evolución de las especies, Lanzarote.

Se rió con ganas. Quizás, pensé, era todo un vacile, una coña, y yo aquí, tomándomelo en serio, como un estúpido. Adlátere con cuernos. Gilipollas.

¡Me cago en la elocuencia!

—Yo no sirvo —dijo, muy serio de repente.

—¿Por qué? ¡Explícate de una puta vez! ¿Por qué tengo que ser yo el héroe?

—Por dos razones.

—¿La primera?

—No importa el orden. Las dos van unidas.

Ahora sí que intuí que el cabrón de Lanzarote hablaba en serio. Había elucubrado a fondo. Tenía todo muy bien pensado. Seguro.

—Tú fuiste uno de ellos, Arturo. Eso es un detalle muy importante. Le dará mucha más repercusión a tu acto de sacrificio.

Me di cuenta de que ya hablaba, y yo así lo escuchaba, como de un hecho a punto de consumarse. Y tenía mucha razón en lo que decía de mi historial. Yo había sido uno de ellos. Todavía más. Hubo un tiempo en el que yo había estado dispuesto a matar y a morir por el dictador. Cuando cumplía el servicio militar, vinieron a reclutar gente para la Legión. Y allá fui, de voluntario. No me arrepiento. Si no hubiese ido a la Legión, en África, no pensaría lo que ahora pienso. Porque hice la guerra en el Ifni. Una de las guerras más raras de la historia de España. Una guerra que no existió. Murió gente, amigos míos, pero no existió. El año 1957 fue terrible. Sé lo que es ver a un compañero degollado como un cordero en el desierto. Y sé lo que es degollar como un trofeo la cabeza de un enemigo. Allí, en el ventado peñón de Ifach, comencé a entender. Cuando regresé, me encontré con que nadie sabía nada de aquella guerra, que los periódicos y las radios habían ocultado la verdad, y me sentí como un fantasma. Comprendí que eso éramos todos para aquel bicho. Peones de un tablero de ajedrez en una morgue. Equivoqué el destino, pero no me arrepiento de la vivencia de la Legión, de haber tatuado el Sagrado Corazón en la espalda, por si me disparaban por detrás. Ese tatuaje no puedo ni quiero borrarlo.

—La otra razón —continuó Lanzarote— es quizás todavía más importante. ¡Tú eres el único que tiene cojones de verdad!

No encontraba ningún rastro de ironía en sus palabras. Al contrario, murmuró con tristeza: «Yo no soy capaz de hacerlo».

—¿Hacer qué?

—¡Quemarse!

En nuestro argot, quemarse significaba estar detectado por la policía política, invalidado para el trabajo clandestino.

—¿De qué me estás hablando?

—¡De quemarse! ¡Arder! ¡Arder como un mártir en la hoguera!

Tenía llamas en los ojos y me contagié. Vi todo el plan con perfecta claridad, antes de que me lo contase. Y cuando me explicó los detalles, yo decía que sí con la cabeza. Sellamos un pacto de hermanos. Nadie sabría nada hasta el final. Ni siquiera Lucía. Después, él dedicaría todos sus esfuerzos a ensalzar la figura del nuevo héroe.

—¡Te lo juro por la memoria de nuestros muertos! ¡Haré de ti una antorcha en manos del pueblo!

El día señalado era el día grande de las fiestas de la ciudad. Por la noche, después de la cena de gala, el dictador salía al balcón del Palacio Municipal y saludaba al gentío. Ése era el momento. Yo ardería en el medio y medio de la multitud como una tea humana. De rodillas, con los brazos en cruz. Sería un golpe para las conciencias. Dejaría una huella imborrable.

Lanzarote y yo lo preparamos todo. Con una excusa, trasladamos el aparato de propaganda y limpiamos la casa. Convencimos a los compañeros para que se ausentaran de la ciudad por una temporada. Y cuando llegó el día, le dije a Lucía que fuese al cine Hércules con Lanzarote, que ponían una muy buena, *Millonario de ilusiones*, con Edward G. Robinson, por supuesto, y que yo llegaría un poco tarde, quizás la pillaría empezada, porque tenía algo que hacer.

—¿Qué tienes que hacer? —preguntó Lucía intrigada.

—Verme con una antigua novia —le dije, con un guiño de ojo.

Se lo solté así, sin pensar. Después me di cuenta de que le había dejado una pista fácil para cuando ella reconstruyese los momentos que precedieron mi viaje a la posteridad. Los legionarios éramos también conocidos como «los novios de la muerte».

Lanzarote me acompañó un trecho. En la despedida, me sujetó por los hombros, mirándome como un padre a un hijo, el mundo del revés, y me dijo: «Gracias. ¡Ahora ya sé cómo es un héroe!».

Por la noche, envolví con la chaqueta la botella de anís El Mono llena de

gasolina y allá me fui, con ella bajo el brazo. Las manos me olían ya a carne socarrada. Era una noche de verano, sin brisa ninguna en la ciudad del viento. Una noche rara en A Coruña. Hacía bochorno y el sudor pegaba la camisa a la piel. Quizás era yo, que sudaba toda la grasa acumulada en los últimos años. Puede parecer extraño, pero me sentía más joven, ligero, libre, a la manera del adolescente que por primera vez sale solo a divertirse en la noche. Echaban fuegos de artificio en la bahía y yo los gocé como si fuesen en mi honra y no en la del tirano. ¡Venga, fogoneros! ¡Arriba España con doscientos truenos de subida! ¡Viva el verde de clorato de borita! Pero cuando estalló en el cielo el último árbol de lucería con sus ramas de colores, todo cambió. Se levantó un aire fresco que arrastró en un soplo el vaho caliente de la noche. Y en las alturas comenzó a relucir otra pirotecnia. Daba la impresión de que los truenos arrastraban cadenas y griñones por los tejados de la Ciudad Vieja. Yo sentía frío, pero no podía ponerme la chaqueta. Fui hacia los soportales de la plaza de María Pita, como mucha otra gente. Desde abajo, contemplábamos los racimos de luces y el teatro de las sombras pamplineras en las vidrieras del Palacio. Por un instante creí distinguir la suya. La Sombra reverenciada. Miré hacia el balcón vacío. Llovía como el primer día del diluvio universal. Llovía hacia abajo y hacia arriba. Las gruesas gotas rebotaban en el pandero de la tierra.

El gentío fue desapareciendo y me quedé solo. Solo mirando el balcón vacío. O casi solo. En las esquinas de la plaza se veían las siluetas de los esbirros. Policías de la secreta disfrazados de policías de la secreta. Los miré de reojo, tipo Robinson. Me puse la chaqueta. Bebí un pequeño trago de gasolina y fui trastabillando un poco, sin exagerar. El ardor de la boca y de la garganta me congestionó la cara. Debía de tener un aspecto glorioso. En este país siempre se respetó mucho a los borrachos.

Cuando llegué al cine Hércules allí estaba, en la puerta, Lucía. Yo iba todo empapado, como un rodaballo. Me escurría el agua por todos los riachuelos del cuerpo. Ella también estaba mojada. Mojada de tanto llorar.

—¡Se marchó! —me dijo.

—¿Quién? —pregunté por preguntar.

—Lanzarote. ¡Se fue para siempre!

La abracé. La abracé con pasión como si estuviese llorando por mí.

—¿Qué tal con tu antigua novia? —preguntó entre sollozos.

—¿Ésa? Ésa no compareció.

El escape

He ahí, pensaba, una certeza: La belleza existe. Sentía la emoción de haberla descubierto yo de verdad, a la belleza, como otros descubrieron la electricidad, el teléfono o la radio. Cuando la tenía delante, nada me parecía en el mundo más importante que aquella mujer desnuda. No encontraba acontecimiento comparable a aquella luz carnal. El hombre apesadumbrado, taciturno, pero madrugador, vivía entonces el despertar de una primavera. Una caricia cósmica que me arrancaba de la soledad, de la tristeza y de la neurastenia. Los cabellos de la mujer acostada salían del cuadro y se enrizaban en mis ojos, como gavillas de una hiedra dorada, como candelas que dan vida a una calabaza vaciada.

Hay cuadros que quieres tocar con los dedos y hay cuadros que son ellos los que tocan. Los que titilan como gotas de rocío en las telarañas de tus ojos.

—¿Qué? ¿Se siente mejor ahora? —preguntaba con cierta sorna Silvari, cuando me sorprendía de observador solitario.

Porque yo era una persona infeliz. Me pesaban mis penas como si llevase los bolsillos llenos de monedas fuera de circulación. Eran penas que ya no valían nada, ni siquiera para mí. Habían perdido su frescura amarga, ese sabor a escarolas que tienen las penas cuando todavía alimentan. Por lo demás, se habían convertido en incómodas inquilinas para el cuerpo. En carne de desahucio. Subían reumáticas, de los pies a la cabeza, por una escalera de peldaños desgastados. Penas que se habían vuelto ásperas, que ya no podía compartir con nadie y que también rodaban como vagonetas herrumbrosas cargadas de escoria por una vieja mina. Mal llevaba la digestión, la circulación, la respiración. Y el sueño. Eso era lo que peor llevaba. El mal dormir. Hay gente que dice que duerme con la conciencia

tranquila. Y se queda tan ancha. ¡Estúpidos! Sesos fritos en su propia grasa. Una cosa es dormir a pierna suelta y otra que descansa la conciencia. ¿Quién puede dormir hoy con la conciencia tranquila?



Retrato de Simone Nafleux, Germán Taibo. Palacio Municipal. A Coruña.

Y, no obstante, yo me sentía tranquilo cuando miraba hacia aquella mujer desnuda. Un reposo que reparaba los estragos del insomnio, enmarcados en el uniforme oscuro de ordenanza. Si mi físico estaba tallado a escarpia por las penas, el de ella era el autorretrato de la felicidad uno de los días en que se permitió el capricho de existir, no para humillar a los infelices sino para redimirlos. Porque lo más maravilloso es que no era un cuadro irreal. Sabíamos que esa mujer vivía. Gozaba en el diván de los ojos. Era adorable y pública como el sol. Podías sentir su roce, las cosquillas del aura. Tenía razón Silvari cuando dijo aquello tan preciso y extraño, ¿cómo era?

—¡La mirada táctil, señor Chao!

Exacto. Era ella la que me repintaba, unas pinceladas de ocre sobre el gris, en aquel momento de curación, cada mañana, mientras las máquinas de escribir comenzaban a llenar de ecos el Palacio Municipal con su baile de claqué.

Y claro que existía. Se llamaba Simone Nafleux.

Éramos dos los enamorados. El otro, como ya se han imaginado, era Silvari, el jefe de Protocolo. Nuestros trabajos se desarrollaban en la planta noble, pero eran de naturaleza muy distinta. Yo era un subalterno. Debía estar siempre disponible, reaccionar como un resorte a la llamada de los timbres,

pero, mientras no se requiriesen mis servicios, permanecer discreto, quieto y silencioso, como una parte del mobiliario. Silvari era el hombre más visible del ayuntamiento. El maestro de ceremonias. Él no era la autoridad, pero sí era él quien le daba forma, quien, por decirlo así, la ponía en su sitio. Una vez, en una cena de gala, me impresionó mucho ver cómo el rey de España, que había sucedido al dictador, le consultaba a Silvari el lugar en el que tenía que sentarse. He ahí el poder real, pensé. El de Silvari. Pero en otra ocasión, en otro ágape de muy alto copete, moví por casualidad una gran cortina del salón y me lo encontré allí, agachado. Me hizo una señal de chitón y compartí el escondite. «Hay un pique tremendo», cuchicheó. «Todos quieren sentarse al lado del Rey.» En cuestión de pocos minutos, el murmullo de voces dejó paso al alegre tintineo de los cubiertos. «¡Asunto arreglado!», proclamó Silvari. Y salimos con mucha discreción del refugio. Después, me explicó otra variante, que yo no había contemplado, en la teoría del poder: «Cuando hay un conflicto entre ellos, lo mejor es desaparecer. ¡Dejarlos solos! Como en la manada, siempre acaban colocándose en el sitio que les corresponde». Y añadió con un guiño de ojo: «¡Tan importante como el aparecer es el saber desaparecer!».

Tiempo después, cuando lo del homenaje al famoso escritor, me acordé de esa frase de Silvari. El hombre célebre entraba en compañía, entre otros, de un banquero engominado, que en aquel entonces también paladeaba la fama. Pero esta de las caprichosas finanzas no era tan meritoria, o eso pensaba el escritor, como la de la literatura. Sucedió que unos chavales, situados detrás de una de las vallas metálicas que separaban al público, gritaron hacia el cortejo: «¡Un autógrafo! ¡Fírmanos un autógrafo!». Y el célebre escritor, instintivamente, se volvió complacido hacia ellos, dispuesto a estampar su nombre en la libreta que extendían. Fue en ese momento, y los que estábamos cerca lo vivimos como el peor batacazo jamás inferido al parnaso, cuando uno de los pillos gritó: «¡No es por ti, gordo! ¡Es por el gominas!».

A lo que íbamos. Llegué a tener, creo yo, una relación de mucha confianza con el señor Silvari. Una relación de amistad que resultaba extraña en aquel tiempo y en aquel lugar, siendo como era yo de modesta posición y él un personaje tan notorio e influyente. Había otra cosa que nos separaba.

Que nos empujaba hacia órbitas bien distintas. La fuerza de la gravedad de la historia. Yo había estado apartado del servicio público por ser sospechoso de desafecto al Movimiento Nacional. La tradición republicana familiar, que llevábamos como un honroso blasón, se tornó en un estigma, en un maleficio que tulló nuestras vidas. Una marca de familia, al nacer, era la peca negra en la espalda. Y fue como si esa peca creciese en mancha por todo el cuerpo hasta señalarnos como proscritos. Lo peor de estas cosas es que se te meten dentro y acabas viéndote a ti mismo como parte de una estirpe rara. La mancha también afecta a los ojos, filtra lo que ves, le da al exterior una tonalidad sepia. Sí, llega un momento en que admites la sucesión de golpes a la manera de un *sparring* en el ring de boxeo. Dices: ¡Te tocó llevarlas, amigo! Y aguantas. Y callas. Cuando obtuve mi reingreso como funcionario, cambió mi situación, fue un respiro económico, pero aquel que yo había sido, el alegre y atrevido, el escritor de apropósitos de carnaval, aquél ya no volvió. El gato se había comido a la golondrina.

Yo sólo revivía cuando iba a visitar a Simone Nafleux.

El jefe de Protocolo era un triunfador. Un hombre del Régimen de Franco, al que había que servir, tal era la fórmula, «con adhesión inquebrantable». En el Palacio Municipal estaba la llamada Sala de los Relojes. Albergaba maquinarias de distintas épocas y la obsesión inútil del conservador era sincronizarlas, tratando como enfermos cardiacos a los relojes atrasados o adelantados. Yo observaba con curiosa admiración su silenciosa labor de despiece y montaje. Tenía manos de cirujano.

—El problema —dijo un día el conservador de relojes, murmurando entre dientes— es el escape.

—¿Qué es el escape?

El conservador me miró con sorpresa. Quizás ni era consciente de que yo continuaba allí, después de acompañarlo por el corredor y abrirle la puerta de la Sala de Relojes. Sentí que mi pregunta era inoportuna, como si un intruso entrase de repente en un quirófano e interpelase al doctor que manejaba el bisturí: «A ver, dígame en treinta segundos, ¿qué es la vida?».

—El escape —dijo de modo nada solemne para semejante revelación— es lo que va entre el tic y el tac.

El jefe de Protocolo, el señor Silvari, estaba siempre a punto. Cumplía su

cometido en pompas con eficacia puntual y a la vez con el despliegue campanudo de un carillón. En aquel tiempo, ninguna nube se detenía en su ventana. Era un hombre que coleccionaba chistes de la misma manera que otros, como yo, amontonaban penas. Era capaz de hacer reír a la armadura medieval expuesta en el rellano de la Escalera de Honor.

Dejó a toda la comitiva real estupefacta cuando le contó al monarca, recién coronado y todavía indeciso entre instaurar la democracia o prolongar la dictadura, el chiste del australiano que quería comprar un boomerang nuevo pero no era capaz de deshacerse del viejo.

También a mí me hizo reír después de mucho tiempo. Y creo que yo era un hueso más duro de roer que un monarca o la armadura medieval.

Un hombre entra en su casa y sorprende en la cama a su mujer con un desconocido. «¿Qué horas son estas de llegar?», se adelanta a preguntar la esposa con tono severo. «Pero..., pero ¿qué hace ese hombre en mi cama?», pregunta a su vez el marido. «¡No cambies de conversación!», le riñe la mujer.

Me sorprendí a mí mismo riendo como un bobo. Había perdido la costumbre y me dolían las oxidadas mandíbulas.

—Hay otro de cornudos que no está mal —dijo él, satisfecho de su poder como un mago triunfante delante de un crío taciturno—. Trata de un coronel de Infantería —y me guiñó el ojo, como quien comparte un episodio que se aproxima a la verdad—. Nuestro hombre sospecha que su mujer tiene amores con otro. Entonces, sitúa un centinela de paisano cerca del domicilio. El espía se presenta al poco tiempo en el cuartel confirmando las sospechas: «Mi coronel, le ha sido franqueada la puerta de su casa a un elemento que responde a la descripción». Muy ofendido y enfurecido, el oficial sale en dirección de su casa, escoltado por un grupo de soldados. Era cierto. Su querida y hermosa mujer yace con un tipo bohemio, músico, por más señas. El coronel trata de desenvainar el sable, pero se lo impide el nerviosismo, por más que tira de la empuñadura. Intenta entonces disparar la pistola. También falla. El arma se atasca. El deshonorado, ante tanto infortunio, ya no es capaz de articular palabra. Y es en ese momento cuando se oye la voz, en animoso clarín, del soldado apostado a la puerta: «¡Con los cuernos, mi coronel! ¡Con los cuernos!».

No. No había nubes en su horizonte. Y, no obstante. No obstante, había algo en Silvari que siempre lo distinguió de los cerberos más fanáticos, incluso en sus años de inquebrantable adhesión al franquismo. Algo que se quebraba en él, como un hueso de cuco en el interior de un reloj, cuando hacía aparición la brutalidad. En una ocasión, muy dolido por una orden injusta de la que después hablaré, Silvari venció la natural prudencia y le dijo al teniente de alcalde de quien había partido: «La bestia que todos llevamos dentro, usted la lleva por fuera».

—¡No me venga con indirectas, Silvari! ¡Y cumpla la orden!

También él fue entonces a visitar a Simone Nafleux.

Cuando llegó, yo ya estaba allí, en el Salón Dorado, con el desnudo, electrizado dentro del oscuro uniforme. Al lado del cuadro, como única información, un pequeño letrero: «Germán Taibo, 1918». Había sido el propio Silvari quien me contó, otro día que compartimos la hechizada contemplación, la historia del desnudo más hermoso de la pintura gallega de todos los tiempos.

Germán Taibo nació en A Coruña en 1889. La familia emigró a Buenos Aires, cuando él tenía dos o tres años de edad. Ya desde muy joven demostró tener un don muy especial para el dibujo y la pintura. Y una dama francesa muy adinerada, convencida de haber descubierto a un genio, le pagó el viaje, la estancia y los estudios de formación en París. Aprovechó muy bien el tiempo. Aprendió de los grandes maestros de la época, y sobre todo conoció a Simone Nafleux. Mientras la pintaba, se enamoró de aquella joven que se ganaba la vida como modelo. Justo después de hacer este desnudo, en 1918, viajaron a A Coruña, huyendo de una terrible epidemia de gripe. Allí se habían vuelto a establecer sus padres. Le dio tiempo a pintar tres paisajes con árboles de su tierra natal, entre ellos, el castañar de Castro de Elviña, del que hoy sólo queda en pie un castaño. Pensando que el mal estaba conjurado, volvieron a París. Germán Taibo se puso a pintar *El leñador y la muerte*. Al terminarlo, falleció.

—¿Por qué está ella aquí? —le había preguntado yo.

—Fue el padre —me explicó Silvari—. El padre del pintor viajó a París y regresó a A Coruña con lo que más había amado su hijo. Con Simone Nafleux.

Recuerdo que en aquel momento había pensado que era un milagro que ella continuara allí. Que sobreviviera a los dictados y censuras. Todavía hacía poco tiempo que la policía había retirado una pequeña reproducción de *La maja desnuda* de Goya de una librería, por considerarla un atentado a la moral. Estaba vigente una circular gubernativa sobre las medidas mínimas del traje de baño en las playas y la obligación de vestir albornoz, y jamás tumbarse, fuera del agua. Y, sin embargo, ella seguía allí, tal vez invisible por su cegadora desnudez.

—¡Vea usted! Hay una orden de retirar el cuadro —dijo en esta ocasión Silvari, entre el pesar y la indignación.

—¿Por qué ahora? —pregunté.

—Porque va a venir de visita el nuevo arzobispo de Santiago.

La miramos con demora. Más que un desnudo era un manantial de luz. Podías sentir el germinar vegetal en la cueva de los ojos.

—¡Entre el tic y el tac! —pensé en voz alta.

Pero Silvari no estaba para melancolías sino furioso.

—¡Vamos a joderlos! ¡Ella no se va de aquí!

El jefe de Protocolo tenía una expresión desconocida para mí. Vi en sus ojos un eléctrico arrebatado de rebeldía. Lo que había a mi lado era un hombre valiente que transmitía confianza.

—Si la dejamos ir, quizás no la volveremos a ver nunca.

—¿Y qué podemos hacer nosotros, señor Silvari?

Nos llevó mucho trabajo. Toda aquella tarde, en la víspera de la magna recepción, y con la excusa de ultimar los preparativos, estuvimos en el Palacio Municipal con la única compañía de los operarios. Silvari le había dicho al concejal que guardaríamos provisionalmente el cuadro en un sótano, entre mazos de los viejos boletines de la provincia, mientras no se decidiese el nuevo destino. Pero lo que hicimos fue colocar una fina rejilla de madera que cubrió la pared. Y el cuadro. Después, el señor Silvari llamó a una floristería e hizo un pedido de urgencia. Muchas camelias, todas las camelias blancas y rojas que pudiesen traer. Con ellas recubrimos el enrejado hasta componer una espléndida alfombra natural que ocultaba totalmente a la mujer desnuda.

—¿Y después? ¿Qué pasará después? —pregunté con mi otro ser

miedoso.

—¿Después? ¡Después, ya veremos! —respondió Silvari, frotándose las manos y valorando la obra muy satisfecho.

El de la gran recepción fue un día que amaneció gris y se encaminó hacia peor, con una lluvia sucia, como caída de una sentina, que desadornaba la plaza.

—El tiempo no acompaña —comentó el alcalde a Silvari, en la espera del eminente invitado, y a mí me pareció que soltaba un profético aviso.

Cuando por fin llegó la comitiva motorizada, Silvari se apresuró con un paraguas y abrió la puerta del automóvil para que descendiese el arzobispo. Se produjo entonces un extraño incidente. La orquesta municipal, situada en los soportales, que tenía que interpretar, según lo previsto, una pieza de música sacra, se lanzó a tocar un pasodoble. El arzobispo saludó a las autoridades y luego hizo un gesto de brindis con la mano hacia los pocos curiosos que resistían en la inclemencia de la plaza.

—¡Sí, señor, como un torero! —comentó al desconcertado alcalde. Él parecía divertido, pero la primera autoridad municipal echaba fuego por los ojos y yo empecé a notar el inequívoco olor que desprende el churrasco de subalterno.

Después, todo fue bien. Pero cuando el arzobispo, autoridades y las fuerzas vivas locales entraron en el Salón Dorado, mi corazón latía como un reloj enloquecido. Sin escape. En la recepción, mientras se esperaba por el vino de honor, busqué a Silvari con la mirada. Estaba, contra su ser natural, muy serio y pálido, aparentando que escuchaba a un animado interlocutor, pero los ojos oscilaban vigilantes. Supe que esperaba, como yo, la llegada inevitable de la fatalidad. Y ésta se presentó vestida de camarero. Nada más entrar él, el camarero, en la sala, pude ver en su bandeja nuestras dos cabezas. Una corriente de aire cerró de golpe la puerta con tal fuerza que el temblor desmoronó la gran alfombra florida.

Allí estaba, en el centro de la pared, desnuda y espléndida como una diosa de carne y hueso, Simone Nafleux.

Debería decir que se hizo el silencio más absoluto. Pero yo escuchaba, con un estruendo nunca antes oído, todas las maquinarias de la Sala de Relojes.

El arzobispo se volvió hacia la mujer desnuda. Algo de púrpura le pasó a las mejillas. Al parecer, había nacido en la cuna del vino del país, por la ribera del Miño. Sus facciones, todo su cuerpo, eran de una cierta e inconfundible arquitectura campesina, al contrario de la siniestra flaccidez de su sardónico predecesor. Dio unos pasos adelante, como si fuese a certificar la autenticidad de un milagro. Después, se quedó quieto, hechizado. Yo sabía lo que él sentía. La inmensidad de aquel momento. Y entonces se dirigió al alcalde con los brazos abiertos en interrogación.

—Pero ¿por qué tenían tapada esta gracia de Dios?

En versión de Silvari, quizás más sutil, aquel generoso pastor habló de la «sombra de Dios», que, por lo visto, es el verdadero nombre de la luz.

La duración del golpe

Había soñado muchas veces con esta entrada, incluso la había estudiado con detalle en la Escuela de Náutica, pero era la primera vez que llegaba a Nueva York. Amanecía. El sol entraba con nosotros, a popa, en el ángulo de estribor. Semejaba que lo remolcábamos, que tirábamos de aquel precioso pecio con una malla de oro y cabos de alpaca. Entrábamos lentamente, casi al ralentí, y en proporción inversa al latido del corazón. Allí estaba, desperezándose a babor, ¡era ella!, la Estatua de la Libertad. Lence, uno de los marineros, comentó en voz alta: «¡Pues sí que tiene buenas tetas!».

Recuerdo muy bien aquel día. Era el 24 de febrero de 1981. Atracamos en uno de los viejos muelles de Brooklyn. El sol se había soltado del amarre, centelleando sobre Manhattan, se había ido en busca de las hojas de vidrio de las altas torres, haciéndolas crecer todavía más. De otra manera, descendiendo en perfectas diagonales de sombra, también alargaba sobre el ras el frío vacío, arqueológico, de los gigantescos galpones portuarios. El práctico me explicó que aquellos pabellones habían sido almacenes de avituallamiento en la Segunda Guerra Mundial. Ahora eran agujeros negros en la constelación de la ciudad, que engullían y expelían ratas del tamaño de liebres.

Afuera todo parecía grande. Los ojos tenían que acostumbrarse a una nueva medición de la realidad, multiplicada la escala en la poderosa urbe. Había menguado el barco, que en una travesía es el centro del universo, y también nosotros nos habíamos achicado.

El propio práctico era de una corpulencia extrema, y por lo tanto, un hombre amistoso y hospitalario. Tenía, además, algo importante que contarnos. Desplegó ante mí un ejemplar del periódico *The New York Times*.

En un gesto innecesario, me señaló la foto con el dedo. Yo ya me había fijado en ella, atraído el ojo por el imán fatal de nuestra historia. Un hombre uniformado, con mostacho y con tricornio, me miraba con fiereza y odio y me apuntaba con su pistola.

El periódico informaba de un golpe de Estado militar en España. Todavía no estaba claro si había triunfado o no. Leí el pie de foto. El personaje del mostacho, tricornio y pistola se llamaba Antonio Tejero, era teniente coronel, y comandaba las fuerzas que ocupaban el Congreso en Madrid y tenían secuestrados al presidente, al Gobierno y a los diputados.

El práctico, con calmosa curiosidad, esperaba que leyésemos toda la información. Pero no nos hacía falta. Era difícil explicarle que con la foto teníamos suficiente como para comprender la gravedad de lo que estaba pasando. Aquel rostro, aquella mirada, aquel arma, activaban una información que ya estaba impresa en nuestros genes.

—*Franco comes back!* —exclamó el práctico, como quien enuncia el título de una película.

—*Yes. Again and again.*

—Hay que llamar allá —dijo Muñiz, de Caramiñal—. Si éstos vuelven, yo pido asilo. Me quedo aquí. ¡Que les den mucho por el culo!

El práctico parecía interesado por nuestra reacción. Pero yo no estaba allí. Yo salía de la Escuela de Náutica, en A Coruña. Íbamos en pequeños grupos, procurando no llamar la atención. Era el 11 de marzo de 1972. El día anterior, la policía franquista había abierto fuego contra una manifestación obrera en Ferrol. En el suelo quedaron muertos dos trabajadores del astillero Bazán, Daniel Niebla y Amador Rey. Los heridos de bala se contaban por decenas. Nos llegaron noticias de salvajes tormentos a algunos detenidos. Ferrol estaba muy cerca, y mucho más para nosotros, que ya medíamos interiormente las distancias por carta marina. Como quien dice, casi se podía sentir el eco de los disparos rebotando en el mar. Mientras caminábamos silenciosos, masticando el asco y la rabia, mirábamos extrañados cómo proseguía la rutina diaria en nuestra ciudad. En la Escuela de Náutica había un sentimiento muy extendido de oposición a la dictadura y hervían los sueños utópicos. ¿Por qué había anidado allí, precisamente allí, tanta inquietud si, más pronto que tarde, nuestro hogar sería el mar? Pronto le diríamos adiós a la tierra.

Seríamos del partido de Ulises. Quizás era eso. Quizás la saudade se adelantaba al futuro. ¿Cómo marchar sin una Ítaca a la que querer volver?

Teníamos una urgencia. Eso era lo que nos hacía distintos. El enfrentamiento con la dictadura iba más allá de la política. Era una cuestión personal. Un día, en el encerado de clase, alguien había escrito con tiza, en el código internacional, la palabra libertad.

Lima India Bravo Echo Romeo Tango Alfa Delta

Permaneció allí mucho tiempo sin que nadie la borrara.

Para la gente de mar es pecado desoír una llamada de auxilio.

Por eso sé que este rostro me mira, amenazante, con espuma de odio en el blanco de los ojos. Como aquel otro hombre de loden, de abrigo verde, en la esquina de la calle Rubine con la plaza de Pontevedra el 11 de marzo de 1972.

Los grupos habían ido convergiendo en la plaza y, a una contraseña, cortamos el tráfico y comenzamos a gritar.

¡Abajo la dictadura!

Otra vez.

¡Abajo la dictadura!

Ahora.

¡Libertad, libertad, libertad!

En la esquina, en la acera, el hombre del abrigo verde me mira fijamente. Ojos y boca espumean odio. Agita el paraguas.

—¡Viva Franco! ¡A estudiar, a gritar al mar, cabrones! ¡Viva el Caudillo!

¿Y el resto? ¿Toda esa multitud de la acera? Silencio. También nos miran duramente. Silencio. ¿Y la chica que sostiene un ramo de dalias blancas? Ella también nos mira con desconfianza. Quizás tiene miedo de que pisoteemos sus dalias blancas. Quizás no nos entiende.

¡Escucha! Posición:

Lima India Bravo Echo Romeo Tango Alfa Delta

¿Recibido mensaje? Cambio.

Repito posición:

Lima India Bravo Echo Romeo Tango Alfa Delta

Después de la retirada, cuando se acercaron las sirenas policiales, algunos procuramos refugio en un bar del Orzán. A esas horas, la carraca de la

televisión golpea la sien. De repente, en la película, pero retumbando en aquel bar de bebedores solitarios, con olor a antigüedad desinfectada: «¡No disparen! ¡Fuimos nosotros quienes enviamos el mensaje en la botella! ¡No disparen!».

En el muelle de Brooklyn, el práctico está interesado en nuestras sensaciones.

—El sentido de la vergüenza.

No. Vergüenza no es la palabra más exacta.

—El miedo.

¿Miedo? Sí, eso es, miedo. Sí, estoy lejos, a salvo, pero la sensación es miedo. Miedo en cada neurona, en cada célula del cuerpo.

Me va a blanquear de repente todo el pelo. Temo que el práctico se dé cuenta y anuncie impresionado el espectáculo por la bocina: «¡Miren, observen! ¡Su cabellera se está volviendo blanca!».

No estoy aquí. Soy el tío Eduardo.

Muchos años huido. Como un topo. Se acostumbró a la oscuridad, a la noche permanente en el desván. Su último refugio era un entablado bajo la cubierta del tejado. Lo que él llamaba un nicho en el cielo. Durante un registro, uno de los guardias golpeó allí con la culata del mosquetón. Cuando se fueron, Eduardo salió del escondite y tenía el cabello completamente blanco. ¿Cómo se puede blanquear el pelo en unos minutos? ¿Qué anilina corre por la sangre cuando el miedo es tan atroz?

Cuando recuperó la normalidad, intentó asomarse a la vida, pero entonces le pusieron fama de lunático. No conseguía acostumbrarse a la luz del día. Se sentaba siempre en la penumbra, tan pálido, los ojos claros velados por una especie de gasa, con aquella aura del cabello albo, que semejaba un espectro, pero permanecía alerta y captaba los ultrasonidos, ruidos imperceptibles para nosotros, como el radar de un murciélago.

No está loco. No es cierto. Todo lo que dice es muy sensato. Y conserva el mejor sentido del humor, el de los cascarrabias, el de los viejos socarrones. Pero su fama de paranoico le viene por esa manía en asegurar que el dictador no ha muerto. Que es todo una trampa. No se trata en él de una ironía. Está convencido de que el dictador vive en alguna parte, quizás oculto en un hermoso pazo con camelias Lazo Negro y Vestido de Satán, y que bajo la

losa del Valle de los Caídos está el último miembro de su guardia mora. Respira, toma chocolate, ve películas de Walt Disney, y, sobre todo, hace listas negras. Deja que media España se confíe para volver a aplastarla.

—¡Pero, tío! Se aprobó una constitución, hubo una amnistía, hay un rey que es un figura, el que gobierna es Suárez, elegido por el pueblo...

—¡Ajá! ¿Y quién es ese rey? ¿Y quién es Suárez?

—Franco murió, tío. Hace ya años. Comido por los gusanos. ¡Dale al interruptor de la cabeza! ¡Enciende la luz! Murió, la espichó, la palmó. Como tododíos. ¡Echa fuera ese maleficio! En el único lugar donde está vivo es dentro de ti. Se está alimentando con la caña de tus huesos.

Ladea la cabeza. Niega y niega.

—¡Ilusos! Sois todos unos pardillos. Os van a coger en las nubes. ¡Cazar como conejos!

Por fin vuelve Muñiz. Ha estado hablando por teléfono con España. Pletórico. Me da un abrazo.

—¡Esta vez no pasaron! El golpe fracasó. Por poco, pero fracasó. El Rey no se apuntó y les jodió la jugada.

El práctico nos da la mano y la enhorabuena. Se despide satisfecho. Hoy tendrá algo que contar a su mujer.

—Se olvida su periódico.

—Para usted. ¡Un souvenir de Nueva York!

Le echo la última mirada a la foto del espadón. Doblo el periódico como quien archiva una pesadilla.

—¡Jódete, cabrón!

También yo debería llamar a casa. Hablar con el tío Eduardo. Decirle: «¿Qué? ¿Echaste fuera ese demonio?».

Necesitamos un alivio. Fueron muchos días sin tocar puerto, y los hombres piden un respiro. El empleado de la agencia naviera recomienda que vayamos todos juntos. Nueva York no es el mejor lugar para que una tripulación se disperse por ahí. Así que llama a una camioneta y nos lleva a un local con mujeres en Atlantic Avenue. Se llama The Big Country.

—*Count, Kunt!* —bromea el chófer.

—¿Y éste por qué se ríe? —pregunta Inda, el cocinero.

—*Kunt* es coño.

—¡Eso ya lo sé! ¡Está en el *Hamlet*!

The Big Country tenía una larga barra que se perdía en un fondo oscuro. La mayoría de las chicas eran sudamericanas y se armó pronto entre ellas y nosotros un ambiente de mucha folía, picardías y piropos que se entrelazaban en espirales de humo, en una creciente nebulosa que para nosotros tenía la forma de un sembrado de estrellas.

De repente, un zurriagazo desde el fondo. Y a continuación, el trueno de un vozarrón.

—¡Españoles!

No sé el porqué, pero sentí un escalofrío. Todas las chicas se habían callado y apagaron la sonrisa. Alguien tenía que acudir a aquel oráculo oscuro. Así que atravesé la línea de sombra. Un hombre muy grueso, con arrobos de grasa en el vientre, sentado entre cojines en una gran silla de mimbre. Era viejo, seguramente muy viejo, pero con la cara fofa y lampiña de un niño tragón de golosinas. Y de esa naturaleza eran sus manos, con los dedos hinchados. Acariciaba una fusta.

—¿Sois españoles, chico?

Su acento era cubano.

—Afirmativo.

—¿De qué parte de España sois, chico?

—La mayoría de Galicia, señor.

—¡Gallegos, gallegos! Yo también soy gallego. He dado unos cuantos tumbos por ahí delante, pero soy gallego. De cerca de Meirás. Donde veranea Franco, ¿tú sabes, chico?

—Franco murió hace años, señor.

Y añadí con vehemencia:

—¡Gracias a Dios!

Él golpeaba con la fusta en la palma de la mano izquierda. De una manera pausada, metódica, como la cuenta atrás de un reloj brutal.

—Así que tú eres de los que cree que Franco está muerto, ¿eh, muchacho?

Y luego soltó una carcajada que hizo temblar sus carnes fofas. Me marché sin despedirme. Eché a andar. La luz ya me había abandonado del todo cuando atravesé el inmenso descampado que me separaba del muelle. Los sin

techo prendían hogueras en bidones metálicos para resistir en el ring de la noche. Con alegría, distinguí por fin la arquitectura más familiar, el escorzo de nuestro barco. Veterano, herrumbroso, con cicatrices en proa, como el morro de un boxeador. Apuré el paso. Él era mi Ítaca. Mi verdadero país.

La confesión

¿Qué le dices? ¿Qué le dices a un chico cuando él se te arrima mucho?

Le digo que no se arrime tanto.

Pero, si él te gusta, ¿verdad?, dejas que se arrime algo.

Algo. Algo, sí.

¿Cómo de algo? ¿Mucho?

¡No, mucho no!

Y en ese algo que tú dejas que se arrime...

¡No, si yo no lo dejo!

Has dicho que algo sí.

Un poco. Sólo un poquito.

En la confesión no se miente. Recuerda que estás hablando con Dios.

¡Cuéntale a Dios la verdad! Después te sentirás mejor, más limpia. ¡Ya verás!

Dime, dime una cosa: En ese poco, ¿tú notas su cuerpo?

¿Su cuerpo? ¡No, su cuerpo no!

¿No sientes sus brazos?

Sí, sus brazos sí.

¿Sus hombros?

También.

¿Sus piernas?

A veces.

Cuando es muy lenta la música, ¿no sientes su rodilla abrirse camino entre tus piernas?

Yo no dejo que abra mucho camino.

Pero ¿cuánto dejas?

Un poquito, ya le dije.

¿Y las manos? ¿Dónde pone él las manos?

Es un baile de pareja.

¿Dónde las pone?

En la cintura.

En la cintura, ¿dónde?

¿Dónde va a ser? En el talle, en la cintura.

Ya. Pero ¿más arriba o más abajo?

Por el medio.

¿Y no baja? ¿No baja a veces la mano?

A veces, la baja. A veces, la sube.

¿Y tú lo dejas subir y bajar?

Un poco. Para cambiar de postura. Pero sin pasarse.

¿Qué haces si se pasa?

Ponerle el freno.

¿Cómo lo frenas?

¡Me pongo tiesa!

Pero, si él insiste, y si él te gusta mucho, mucho, ¿no te rindes? ¿No cedés?

¡No, padre! Tengo la tentación, pero me aguanto.

¿No te dejas ir aunque sólo sea un momentito?

Puede ser. Un momentito, sí.

¿Y qué notas en ese instante?

Su corazón.

¿Seguro que no notas nada más?

No. Sólo su corazón.

¿Cómo hace el corazón?

¡Retumba!

¿Retumba?

Sí, retumba.

Dime una última cosa. Si cuando lo frenas, él sigue adelante, ¿entiendes?, él persevera, ¿tú qué haces?

Le digo que no me trepe.

¿Qué es lo que le dices, muchacha?

¡No me trepes!

Repítelo, repítelo, por favor.

No me trepes.

Se había entretenido en la casa de las costureras. Se rieron con ganas, hasta llorar de risa, cuando ella les fue desvelando la confesión.

COSTURERA 1: ¡Pobre! ¡Se enamoró de ti, Marisa!

COSTURERA 2: ¿Enamorarse? Ese cura nuevo es un vicioso, ¡te lo digo yo!

COSTURERA 1: Lo que pasa es que se aburre con las papa-hostias. Cuando pill a alguna moza, no quiere soltarla.

COSTURERA 2: Y tú, ¿por qué no le paraste los pies?

Lo pensé al principio, dijo Marisa. Pero después... No sé. Fue como ponerse a jugar con él a las palabras.

Al poco de marchar, se le echó la noche encima. Recordó la vieja adivinanza: ¿Qué cosa es que cuanto más grande menos se ve? ¡Soy yo!, le respondió la oscuridad con su gran boca desdentada. De todas formas, no había pérdida. Era el propio camino, en su hondura, quien la conducía, guiados los pies por las roderas de los carros. Ella no era miedosa. Al contrario, sentía en la noche, como en la soledad, un cierto amparo. Fue el silencio, un espeso silencio, lo que la alertó. En alguna vigilia de la infancia, para andar por el sobrado de la casa y no ser oída, evitar el gemido delator de la madera del suelo, ella contenía la respiración y pisaba levitando con los calcetines de lana. De esa naturaleza era la presencia que notó al acecho, caminando a la par, tras la cornisa de matorral, en lo alto del talud. Un pisar sin pisar en el suelo acolchado de hojarasca. Se apoderó de ella un desfallecimiento. El cuerpo no respondía a las órdenes de la cabeza. Cuanto más quería apurar el paso, más se le resistían las piernas, rígidas y flojas al tiempo. Intentó rezar un padrenuestro para librarse de aquella cuerda invisible, pero la corriente que le tullía el cuerpo también le cortaba el habla.

Hacía mucho tiempo que por allí no se tenían noticias del lobo. A veces aparecía algún mostrenco muerto y despedazado, a medio roer. Pero había quien decía que aquel estrago, por la forma de las dentelladas, no era de lobo sino de perros abandonados por los cazadores y gentes de la ciudad que habían mudado su carácter esclavo y ahora atacaban en salvaje manada. Su padre sí que había tratado al lobo de frente. Por eso había entrado en su

mundo no como una leyenda de tiempos remotos sino como una herencia que todavía aullaba por las devesas de la memoria. Pero el miedo, el verdadero miedo, le había contado el padre, no lo mete la visión del lobo. El miedo se va cuando lo tienes de frente. El miedo de verdad, lo que estremece, es el aire del lobo.

No tenía un palo a mano ni voluntad para buscarlo. No llevaba mechero, ni cerillas, ni ninguna cosa de meter ruido. Le daba vértigo sólo pensar en agacharse para coger una piedra. Ésa es la parálisis del miedo. El miedo que mete miedo. Pensar que cualquier movimiento, de huida o de defensa, va a ser interpretado en tu contra. El fluido de la voz, la única arma de confianza, se detenía en la represa de la garganta, daba la vuelta y hacía runrún en las tripas, como si las palabras engordasen de angustia. La voz, pensándolo bien, tiene efectos maravillosos. A ella le había prestado muy buenos servicios. Era de pocos caprichos, muy humilde en sus deseos, pero de dar el paso de expresarlos casi siempre se le cumplían. Cuando pasaba una estrella fugaz, que eran almas en camino por el cielo, había que decirle: Dios te guíe. Y a continuación, pedir un deseo. Pedirlo en secreto y guardarlo para sí. Su hermana pequeña, que era muy soñadora y alegre como una pandereta, contó un día en casa que había visto una fugaz desde la galería, antes de acostarse, y no hizo falta indagar por el anhelo. Ella misma se apresuró a desvelarlo: Pedí marcharme de artista con el Teatro Chino de Manolita Chen. Estaban cenando y todo el mundo se quedó en silencio, cabizbajo, mirando el fondo de la taza de caldo, como si intentasen encontrar la estela de una estrella caída al mar.

Y después, continuó diciendo la hermana pequeña, satisfecha de haber llamado la atención hasta el punto de provocar al tiempo la inquietud muda de la familia, el crepitar del fuego en el hogar, la curiosidad algarera del viento, despertando las ventanas con los nudillos de las ramas, después soñé que cuando estaba en el prado, pastoreando las vacas, venía Manolita Chen con un traje de seda azul y pámela blanca y me decía: ¡Venga, niña! Vente conmigo que tú eres demasiado linda para estar aquí, de criada de las vacas e institutriz de las gallinas.

Todos se echaron a reír, pero el hermano más severo preguntó: ¿Quién te enseñó esa finura? Eran diez hermanos, entre mujeres y hombres.

¿Qué finura?

Eso de institutriz de las gallinas.

¡Me la enseñó Xan das Bolas, el del cine!

¿También has visto por aquí a Xan das Bolas?

Sí. El mismo día que a Manolita Chen.

¡Qué suerte! Tu cabeza es una sala de fiestas, nena.

A partir de mañana, dijo el padre muy serio, con la solemnidad de lo irrefutable, y mirando hacia los hermanos mayores, a partir de mañana la pequeña no volverá con el ganado ni hará trabajos de carga ni limpiará el gallinero. Ayudará a su madre y estudiará. Nada más.

La palabra, como la estrella fugaz, tiene algún poder.

Del retrato de familia, Marisa escuchó dos voces.

Mira el miedo de frente, le decía el padre. Pero el miedo no devolvía la mirada. Lo que ella veía era una masa compacta de sombra. Todo el bosque semejava un perturbado ser de fábula.

La otra voz era la de la hermana pequeña. Reía hacia ella y le decía:
¡Persígnate!

Si conseguía llevar el pulgar al centro de la frente, sería fácil, porque las cruces, en el cuerpo, se hacen cuesta abajo. Se santiguó atropelladamente, diciendo la fórmula en un murmullo encadenado.

Por la señal
de la Santa Cruz
de nuestros enemigos
líbranos Señor
Dios nuestro
en nombre del Padre
del Hijo
del Espíritu Santo
Amén

No, no es así, le dijo riendo la hermana pequeña. Repite conmigo, despacio y con coraje:

Por la señal
de pico real
comí tocino
y me hizo mal
si más me dieran
más comía
por el mal
que me hacía
fui tras del
con un cordel
y me dijo mierda
para ti y para él

De entre los altos setos de laurel salió la luna con un resplandor de orgullosa alquimia. En el desconcierto de la repentina claridad, el rufián dio un paso en falso y tronzó con un pie una rama seca que acabó por hacer añicos la densidad del miedo. Marisa se sintió liberada y subió a mirar con valentía por encima del ribazo. En la cuesta del monte se recortaba, huidiza, la silueta del páter.

El lobo y la sirena

Pensábamos que se derrumbaría y que haría de su caída un suceso, un ruido tremendo, hercúleo y sentido como era. Pero sólo se le cayó el pelo, y fue de repente, aquella misma noche, como si la muerte le pasara la guadaña rozando la cabeza.

Rodolfo estaba casado con Mariña. Habría que añadir algo más. Rodolfo giraba en la órbita de Mariña. Así, a la manera de un satélite, el ciclo de su humor dependía de la distancia de la mujer querida. Cerca de ella, era un ser auroral y se movía calmo en serpentina, como los ríos bravos cuando amansan en el regazo de un valle feliz. Lejos de ese arrullo, primero parecía desorientado y luego mudaba en sombrío, rudo y agrio. Por donde él pasaba, pasaban cien caballos y la noche. Eso era lo que ocurría alguna vez, cuando se dejaba arrastrar al bar por los amigos. Hacían mofa de aquel amor de tórtolas, que lo había incapacitado para las juergas, el fútbol, en el que destacó como líbero, las partidas de cartas, las borracheras de sábado noche. ¡La ebria camaradería de antaño! Y entonces tenía que ir Mariña en su rescate. Lo llevaba del brazo como si le pusiera una camisa de fuerza a un corazón atormentado.

En Cambre de Lira había un monumento. Un castillo medieval en ruinas, desmoronado por las guerras y el abandono, y quizás también herido en la propia estima, pues por toda memoria era conocido como la Casa del Perro y la Sardina. Sorprendía mucho al vecindario que acudiesen estudiosos o turistas a interesarse por aquel montón de piedras. Como también me sorprendió mucho a mí saber, cuando lo supe, que los motivos del escudo nobiliario, lijados por el tiempo, no eran un perro y una sardina sino el lobo y la sirena. De todas formas, la primera vez que yo oí hablar de monumento en

Cambre de Lira fue en referencia a Mariña. Un domingo por la tarde, había ido con mi padre en la vieja furgoneta Austin a recoger a unos cazadores, y a la vuelta, uno de los hombres exclamó al verla pasar por la orilla de la carretera, con un ramo de mimosas: «¡Qué monumento!». Y otro añadió: «¡Y qué curvas!». Al mirar por la ventana de atrás, con su forma de pantalla, alejándonos de la admirada como de un vago fotograma crepuscular, sentí también por vez primera la inquietud de tener que compartir con otros hombres, incluso brutales, un mismo hechizo, un mismo día, a la misma hora. Y que eso sucediese más veces, en otros paisajes, en otros días y en otros crepúsculos.

La desolación de Rodolfo. Eso sí que sabíamos que no se podría compartir, aunque todo Cambre de Lira sintió como una ruindad del destino la inesperada muerte de la bella Mariña. Una enfermedad que la marchitó y se la llevó de un soplo. Fue como si todos oyéramos caer en el silencio una redoma con una blanca rosa dentro. Mientras duró el velatorio, el hombre sólo salía de la casa para andar y desandar el porche con paso corto y la mirada inquisidora y fiera, trepando y resbalando hacia lo alto por las delgadas losas del infinito.

Esperábamos, sí, que se derrumbara. En la comitiva del entierro también él parecía caminar hacia un foso y la vecindad, en lugar de darle consuelo, era una escolta que lo empujaba al abismo y le decía adiós con sus pañuelos blancos. La muerte de Mariña se había convertido ahora en la verdadera prueba para el enamorado y el capítulo final, como en los grandes amores de ficción, no podía ser otro que el fin de Rodolfo. En la formalidad del pésame, las palmadas en la espalda y las expresiones de ánimo más repetidas, «¡Vamos, Dolfo», «¡No desfallezcas ahora!», «¡Lo sentimos por ella y también por ti!», sonaban aplausos al hombre que va a dar el paso decisivo hacia el vacío.

Rodolfo nos decepcionó. Salió adelante.

Eso sí, de una forma extraña. En su segunda vida, había un comportamiento en extremo metódico. Funcionaba como si se tragase una batería eléctrica. Después del trabajo, lavaba y abrillantaba su coche Orion con el mimo de quien cepilla un caballo campeón de carreras. Recortaba los setos de mirto del jardín con la precisión del barbero Naia, que antes del corte

de pelo dibujaba un croquis de la patilla: «Te voy a hacer un 2x5x3, estilo Tom Jones». Podaba las plantas con la pulcritud de un cirujano. Y, sobre todo, Rodolfo cortaba el césped. No un día a la semana, sino cada día de cada semana. Lo rasuraba. Pasaba y pasaba la máquina sobre la hierba repelada como una moqueta.

Un día lo vimos a cuatro patas, palpando con las manos el suelo, al lado de la cortadora.

—¿Qué pasa, Dolfo? —le preguntó mi padre.

—Perdí un tornillo —dijo él sin apartar los ojos de la perfecta alfombra del césped—. Un tornillo de la cortadora.

Y allá fuimos los dos, a ayudarlo. Parecíamos tres sabuesos a la busca de un rastro.

—Hay que ir muy despacio —indicó Rodolfo—, palmo a palmo, porque de lo contrario podemos enterrarlo sin darnos cuenta con el peso de las rodillas.

Algo escuchó el señor Figueroa, el vecino, que se asomó estirando el cuello tras el seto. Era un hombre de baja estatura, de carácter muy fuerte, y con tanto dominio de sí mismo que, a la menor oportunidad, lo ampliaba a los demás.

—¿Qué buscáis?

—Un tornillo. Un tornillo que perdió Dolfo.

También él se sumó a la meticulosa exploración. Y todos los desocupados que iban pasando por delante del jardín de Rodolfo. Éramos unos diez rastreadores de Cambre de Lira a la búsqueda de un tornillo.

—¿Cómo es el tornillo?

—Pequeño, de unos centímetros, y la cabeza redonda.

—¡Pues tiene que aparecer como que hay Dios!

El señor Figueroa, que ya había decidido ponerse en pie, pasando a dirigir la operación, exclamó de repente: «¡Ya sé!». Y se marchó a toda prisa. Cuando volvió, traía un artilugio mecánico con mango largo, parecido a una aspiradora.

—¿Y eso qué es?

—¡Un detector de metales, señores!

—¿Y usted para qué quiere en casa un detector de metales? —preguntó

Armando, que era guarda forestal, con gesto inspector.

—¿Y a ti qué carajo te importa? —le espetó el señor Figueroa. Se decía que había amasado una fortuna con la compraventa de fincas de emigrantes. Tenía un Cadillac, traído de Cuba, que sólo sacaba del garaje los domingos. El resto de los días viajaba en un Renault *Cuatro Latas*. Mi padre aseguraba que Cambre de Lira estaba llena de ricos que vivían como pobres, trabajando como burros para los bancos, y que incluso había algún pobre que vivía como un rico. Creo que exageraba. Pero lo cierto es que el señor Figueroa tenía demasiados dientes de oro.

Iba oscureciendo y a Rodolfo se le habían puesto los ojos de linterna. Muy serio, concentrado, seguía los movimientos del cabezal del detector que manejaba el señor Figueroa. De repente, se escuchó un pitido y se encendió un piloto rojo. Nos quedamos todos pasmados con aquella lucecita intermitente.

—¡Ahora sí que sí! —exclamó pletórico el tratante de fincas.

Pero debajo del cabezal no había nada. Extrañado, el señor Figueroa, y pese al gesto contrariado de Rodolfo, arrancó un jirón del perfecto césped. La luz del piloto aumentó entonces en intensidad y frecuencia.

—¡Aquí debajo hay algo gordo!

—Lo que yo busco es un tornillo —recordó Rodolfo.

—¡Sí, hombre, sí! Ya aparecerá el tornillo. Pero yo te digo que aquí hay algo. Algo serio.

—Quizás un tesoro —soltó alguien con sorna.

—¿Por qué no? —dijo el señor Figueroa muy caviloso—. ¡No sería el primero!

Y luego regañó con la mirada al resto, como quien se esfuerza en tratar con ignorantes: «Aquí, bajo nuestros pies, hubo un castro, señores, una ciudad prerromana, de mucha alcurnia. ¡Esto fue una capital mucho antes que Nueva York! Y donde hubo un castro, hay un tesoro. Eso no falla».

—Lo que yo busco es un tornillo —insistió, murmurando, Rodolfo.

Le noté en el habla que había perdido la voluntad. Había en él algo de fantasma y autómatas a un tiempo. Nadie le hizo caso. Se estaba hablando de tesoros.

—Puede ser cualquier otra cosa —dijo Armando—. ¿Qué sé yo? ¡Una

guadaña!

Quedaron mudos un instante. Ya era de noche. Para mí que la noche había llegado antes de tiempo, quizás atraídas las tinieblas por la novedad del detector de metales con su silbato. Siempre me extrañó que la noche, una cosa tan grande, fuera tan silenciosa. Alguien había encendido la lámpara del porche. En el último resplandor del poniente, en lo más alto de la colina, se dibujaba el antiguo castillo, con un prestigio que no tenía por el día. La noche premia la constancia de las ruinas. Pronto, la luna compondría con las aves noctívagas y los cascajos de la historia un misterioso almanaque. Hacia allí miraba Rodolfo.

Los hombres cavaban en su jardín. Primero hicieron con cuidado un pequeño agujero. Pero después ya usaron herramientas mayores. Picos, palas y azadas. Para ver mejor, se ayudaban con una lámpara de cámping-gas. Y es verdad que ya semejava un campamento de excitados buscadores de oro, cada vez más atraídos por el pozo que abrían bajo sus pies.

—Le estamos destrozando el jardín —dijo Armando, en un momento de clarividencia.

El señor Figueroa había asumido el papel de capataz: «Eso ahora no importa. Luego lo arreglamos. Lo dejaremos como el Nou Camp de Barcelona».

Por fin, se escuchó un golpe diferente. Hierro que golpea en hueco. Los hombres rodearon el pozo. La lámpara alumbraba la expectación de los rostros sudados. Quietos, obnubilados, mientras el jefe Figueroa extraía con mucho mimo el hallazgo. Soltó una nerviosa carcajada.

—¡Que el demonio me lleve si esto no es un cofre!

Sí que lo era. Un cofre de madera con refuerzos de metal.

—¿Pesa mucho?

—¿Está cerrado?

—¿Los celtas usaban cofres?

Los ojos de Figueroa centelleaban. Le temblaba el habla.

—¡Traed esa maza!

Y sin más, golpeó y rompió la tapa.

—¡Me cago en el Banco de España!

—¿Qué hay? ¿Qué tiene? ¡Dejad ver!

Se echaron todos hacia delante y después, al mismo tiempo, hacia atrás. De nuevo, quietos. Silenciosos.

—¡Son libros!

—¿Libros? ¡Mirad bien!

—Sólo son libros. ¡Qué desgracia!

—Pero están en latín. ¡Igual valen un potosí!

—No es latín. Es francés —dijo el señor Figueroa. Repasó los tomos y fue leyendo en voz alta: Voltaire, Rousseau, Montesquieu. Luego, escupió en el suelo.

—Los debieron enterrar cuando la guerra.

Nos fuimos yendo todos. Allí quedó Rodolfo, sentado en un peldaño y con la mirada perdida en el pozo que le habían abierto en el jardín.

—¡Qué pequeño es el mundo! —exclamó mi padre por el camino.

Era lo que siempre decía sin que nadie le quitase la razón. Pero yo pensaba para mis adentros que el mundo debía de ser muy grande, lleno de intrigas y que cada persona era un misterio. Para empezar, los dedos de mi mano derecha jugaban, en el bolsillo del pantalón, con el tornillo perdido de Rodolfo.

Snif, bang, bla, bla, bla

En la diáspora del viaducto, protegidos del escrutinio policial de los conductores de la deshora, distingue una pandilla de jóvenes alrededor de un bidón que les sirve de estufa y de marca para el círculo de una danza inconsciente, al ritmo del bongo y de los espasmos del mar en el cercano dique. En el cubo de espejos de la Torre de la Estación de Seguimiento Marítimo, la luna rompe en 111 lunáticos fragmentos. Pero uno de los trozos, el más carnal, arde en el bidón, con las llamas azules y naranjas de los cuerpos vivos desprendidos de las ramas del cielo. La indecisa corriente de aire agita los resplandores y en los muros de hormigón exhuman los graffitis. No se trata de una estampa marginal, como cabría pensar, pues en todo hay una voluntad estética, como si el ingeniero de caminos ya hubiese concebido aquella cavidad como el futuro paisaje de un videoclip. Jóvenes blancos que sueñan ser negros, con el gorro y el foulard de la noche.

Instalación artística en el museo de Europa.

Catacumba.

El hombre del abrigo y el sombrero pasea su heterónimo como un forastero expulsado de una habitación de hotel por el insomnio.

Apurar el paso.

Ver sin mirar.

Embozado en sus hombros.

—¡Ése es el poeta! ¡Eh, poeta!

Evitar el contacto visual. No darse por aludido. Apurar el paso.

—¡Ése fue uno de los que me jodieron la vida!

El hombre del abrigo y el sombrero de ala se da la vuelta como movido por un resorte. Desoye los consejos de la biología y de la prudente razón.

Peor todavía: desanda todo el camino que lo llevó más allá de la Estación del Escepticismo a la de la Indiferencia. Reacciona ante las palabras, como el ex adicto ante el humo del tabaco. Por lo visto, todavía hay construcciones semánticas que le producen emociones. La última vez, hace ya algún tiempo, se había sentido atacado por un crítico que le reprochó falta de ambición, relamer el desasosiego de la propia existencia, no elevarse ni un palmo sobre la materia de la vida. Y él había respondido: «El perro de presa vino, por fin, a mear a la farola».

—¿Quién dijo eso?

—Yo. ¡Estás en la lista, tío!

—¿Qué lista? ¿De qué me hablas?

—En la lista de los que me jodieron la vida.

En el resplandor de las llamas, tenía cara de ángel y demonio, el físico de un adolescente en el que van tomando posiciones, como injertos, los gestos duros de un hampón. Los otros se rieron.

Amedio Salgueiro trató de recordar. Tenía un temor casi reverencial por las leyes de la causalidad. En sus tiempos de vanguardia optimista creía en el poder conmutador de la poesía, pero no a la manera de los socialrealistas, que confiaban en un laborioso despertar de las conciencias mostrando las llagas, sino que la suya era una creencia en la efectividad, inmediata y precisa, de la poesía, de la misma naturaleza, misteriosa y utilitaria a la vez, que la fe campesina en la abogacía de los santos. De tal manera que si él, Amedio Salgueiro, escribía un poema contra el dictador, como de hecho hizo la Nochebuena de 1961, el inédito *Vudú*, no era tanto por la abstracta pretensión de que se tambalease el sistema sino que se tambalease el mismo Franco, aquel hombre pequeñote, cruel y ruin, que le estallara la pluma estilográfica en la mano que firma, la mano asesina.

Escribir así requería la concentración de una plegaria, como quien reza en solitario y sabe, todavía en la inconsciencia, que participa en un peligroso juego. Y quedó estupefacto cuando los informativos lameculos del Régimen dieron cuenta, de una forma muy parca, no por eso exenta de milimétricos eufemismos, que aumentaron la repercusión de los hechos, de un desgraciado accidente doméstico, justo ocurrido el 24 de diciembre de 1961, en el que había resultado herida seriamente la mano providencial del Generalísimo, que

Dios guarde muchos años.

El poema había cumplido su misión. Y él quemó *Vudú* de inmediato, hizo polvo de las cenizas y las lanzó al viento para que no quedara ni rastro de la diatriba más certera dirigida al tirano y que nunca sería revelada ni a los seres de la mayor confianza. No sólo porque cualquier rumor, en comunidad tan poco discreta como la literaria, podría acarrear graves tormentos, sino por la íntima convicción de que el poema había surgido con la contrapartida de no ser divulgado. Trató incluso de borrarlo de la mente, de olvidarlo como cosa jamás escrita, y, al no conseguirlo, utilizó la coartada de la razón, modificó la secuencia de los hechos, asegurándose que aquello que había escrito, si alguna vez lo había escrito, fue una ocurrencia posterior al episodio del estallido de la mano del dictador. Necesitaba ese convencimiento para escribir de nuevo. Cumplido el objetivo, necesitaba la incredulidad.

Se apartó del compromiso con la historia, y volvió la mirada hacia el paisaje, como el pintor japonés que siempre vuelve al monte sagrado de Fujiyama. Escribió a la manera de los haikus, sucintas descripciones en las que germinaba, contenida como el futuro aleteo de la oruga, la emoción. Eso, la aparente resignación de la hierba, el flujo de las mareas, el taller del sol trabajando la esfera de colores para las vidrieras de un templo infinito, el atento reloj interior de las aves emigrantes, le llevó a un período de sosiego, aunque él sabía que aquella armonía era tan aparente como la trompetería invernal del organistrum que dibujan los carámbanos en los canalones de un tejado. Su Fujiyama estalló en una erupción que llenó de cenizas, humo y lava ardiente aquel poemario de haikus que tituló, al final, *Pendientes dorados para una mujer casada*.

No llevaba ninguna dedicatoria, pero sí ciertas insinuaciones que difícilmente podrían pasar inadvertidas. Sí pasarían para el reducido círculo de lectores y entendidos del mundillo literario local, por más que se disparasen las especulaciones, pero no desde luego para la destinataria de aquellas alhajas de orfebrería poética. Como antaño, la poesía de Amedeo Salgueiro estaba viva. Fue bien recibida por la crítica, incluso con confusión por aquel a quien consideraba un perro de presa, envuelta la brutalidad en pedantería, y a quien le atribuía el lema: «Paso corto, vista torcida y mala intención». Estaba viva y tenía, era su secreto anhelo, el don de la causalidad.

Aquella mujer existía. Era una vieja amiga que el deseo había redescubierto como un desnudo que oculta los ojos con la mano en un cuadro, como hace la joven que pintó Germán Taibo en 1914. No Simone Nafleux, sino otra.

Fue así. Un día, en la playa, adonde habían acudido en grupo, ella salió del mar y se recostó a su lado, a contraluz, en la toalla que tenía dibujado un abanico, a su vez pintado con motivos de flores y geishas. Pero lo primero que vio Amedeo Salgueiro fue una gota dorada que se deslizaba lentamente, como un ser vivo, desde el lóbulo al cauce del ojo, como el camino inverso de una lágrima.

Esperó. Esperó a que llegase a sus brazos la mujer casada. Y ocurrió de la mejor forma posible. Como en un haiku. Sin que nada de lo construido tuviese que derrumbarse por algo tan sencillo. Él se limitaba a estar enamorado y a hacer el amor cuando ella quería. Fue un amante tan apasionado como discreto. Cuando ella dejó de interesarse, y aunque se veían en actos sociales, él no pidió explicaciones ni menos todavía hizo nada por reavivar el fuego. En aquel tiempo, él estaba escribiendo un tipo de poesía alegre y amable, como canciones pop nacidas del bullicio de los mercados populares, en las pequeñas tiendas y bares, en las salas de espera de un dentista o del otorrinolaringólogo, en las paradas de bus, en las peluquerías o en las páginas amarillas de la guía telefónica.

Carnicería La Selecta
de Ferrol,
póngame una cabeza.
Carnicería Mancebo
de Santiago,
póngame un hígado.
Carnicería Mari Carmen
de Coruña,
un corazón, por favor...

Era una poesía que no pretendía nada, excepto congraciarse con las pequeñas cosas de la vida, pintar las naturalezas vivas y muertas del entorno diario, la intrahistoria de lo cotidiano. Poemas de vecindad, de alegre

celebración, como las primeras canciones de los Beatles. La crítica calló. Sólo reaccionó, con enojo, el del paso corto. Y entonces fue cuando él envió una sencilla carta al periódico donde habían publicado el despiece caníbal: «El perro de presa vino, por fin, a mear a la farola».

Un día supo, por el propio marido, que ella estaba enferma. Una enfermedad seria. Un enemigo implacable, pero al que estaba enfrentándose como una serena amazona. Le impresionó que la explicación de su distanciamiento le fuese dada, y con tan extrema delicadeza, por mediación del marido. A partir de entonces, se estableció una relación muy estrecha, de apoyo y atención, de cariñoso respeto, entre ellos tres, conservando cada uno su cielo como los árboles que arraigan juntos sin querer secarse, compartiendo el suelo. Pero ella se fue, sin querer, se durmió.

A él, que no se le había ocurrido antes escribir contra la muerte, le salieron de las entrañas poemas de un desasosiego infinito, airados primero, resignados luego, hasta dejarse ir la escritura en un reflujo sin retorno. Fuera del papel, del lienzo, de la vida.

—¡Me jodiste, tío! —dijo el chico con cara de ángel del demonio.

Había sido un error detenerse a hablar. Hizo un gesto de apaga-que-me-voy con el brazo y echó a andar.

—¿No eres tú el poeta de la cama revuelta?

Se echó a andar. Pensó. ¿Qué está diciendo? ¿La cama revuelta? De repente, recordó. Se dio la vuelta.

—No era la cama. ¡Las sábanas! ¡Las sábanas revueltas!

—¡Eh, espera! Tranquilo, tío. Es verdad. Las revueltas sábanas de la bahía.

Así era el verso. ¡Qué raro! ¿Por qué lo recordaba aquel chaval? Volvió sobre sus pasos, no por vanidad, sino por una honda extrañeza. Había sido su último poema, el que cerraba *Vita pesima*. No había vuelto a escribir más ni pensaba hacerlo. No tenía ni una brizna de esperanza en los ojos.

—Sí que lo recuerdo —prosiguió el adolescente de gorro de lana—. Las revueltas sábanas de la bahía, una única nube de gris egipcio, sin sol ni luna...

—¡Muy bien, Toni! —aplaudieron los otros.

—¿Cómo, cómo es posible?

—En la selectividad. Me lo pusieron en el examen de selectividad. Había que hacer un comentario de trescientas palabras. Para un poema de mierda, trescientas palabras.

—¿No eres capaz de hilvanar trescientas palabras seguidas? —dijo él, intentando mantener la calma.

—¿Sabes qué escribí? Escribí: «Éste es el poema de un hombre que está solo en la cama, mira hacia el techo y recuerda su media naranja». ¿Qué más podía decir?

—¡Saudade coñotiva! —añadió un colega.

Pasó en alto el comentario. Miró fijamente al joven que recordaba el poema.

—Estabas equivocado. El suspenso fue merecido. El hombre estaba muerto. Piénsalo bien. Escucha.

*Las revueltas sábanas de la bahía,
una única nube de gris egipcio,
sin sol ni luna,
un viento inmóvil,
el gorjeo de la concha que se cierra,
Y tú también te fuiste,
barca mía.*

Las miradas convergieron en las llamas del bidón y en el velo de gasa negra que desprendían. Alguien inició un aplauso que todos siguieron con intensidad de clac.

—¡Sí, señor!

—¡Eso es un poeta!

—¡Vale, Garcilaso!

—¡Qué mal huele! —exclamó él—. ¿Qué carajo quemáis ahí?

—¿Qué va a ser? Libros. Libros de poesía —dijo muy serio, con las manos en los bolsillos, el que llamaban Toni—. Ahora trabajo en una fábrica de guillotinar invendibles. De Góngora a Amedeo Salgueiro.

—¡No puede ser! —dijo él con pánico, arrimándose al bidón de llamas humeantes para ver—. ¡Bestias! ¡Jodidos cabrones!

Se rieron a carcajadas.

—¡Tranquilo, tío! Son folletos de propaganda. Dejan montones tirados por ahí, sin repartir. ¿No ves los colores del fuego, poeta? Los libros son muy malos de quemar.

Volvió el sonido de los bongos.

—¡Echa un trago, colega!

El calimocho le supo bien. Un sabor agridulce, a aceite de motor humano.

—¿Quién pintó eso? —preguntó él señalando los graffitis.

—Un tronado que anda por ahí. Los sprays cuestan un pastón.

Notó otro sabor, una fosforescencia, un picor que se le subía a la cabeza. Al encadenarlos, los signos funcionaban. Un relato perfecto. Detonante.

Snif, bang, bla, bla, bla

Al marchar, escribía. Pestañeaban los ojos ahumados, con el interruptor de la brizna. Esperanza en el poniente del ojo. Sin querer, llevado por una alegre obligación, escribía variantes del relato. Snif, puaf, bla, bla, bla. La linterna de la mirada recorría los muros con luz húmeda. Snif, mua, bla, bla, bla. Escribía. Después de tanto tiempo, escribía. ¿Mmmm? ¡Mmmm!

La sinceridad de las nubes

Era uno de los pocos jóvenes que continuaban en el valle, trabajando el campo y cuidando ganado. Al preguntarle la profesión, en unos documentos escribía agricultor; en otros, granjero. A veces, nada. Podría haber emigrado. A la ciudad o al extranjero. En realidad, tenía tantos oficios como dedos. Podría levantar paredes. Colocar una instalación eléctrica. Empalmar cañerías y reparar la bomba de agua del pozo. Lijar y pintar una verja. Hacer una escalera de caracol. Injertar un frutal en un espino, ajardinar un yermo. Y era un buen mecánico: nadie maneja hoy tantas máquinas como un hombre de aldea. Fuerte, decidido, animoso, ¿por qué no se marchaba?

Sabía que el tener automóvil le obligaba a ciertos servicios colectivos. El viernes por la tarde, la abuela de Inés le pidió, como otras veces, que fuese a buscar a su nieta a la parada del autobús, allá, en el lejano cruce de carreteras. Inés estudiaba Medicina en Santiago de Compostela, pero, al bajar del transporte, parecía que había atravesado Europa. La mirada algo extraviada, verde tormenta, en la orla frondosa de las ojeras. Vestía un suéter de cuello cisne. Él la saludó como un chófer profesional y guardó el equipaje en el maletero. Antes de ir a casa, dijo ella, llévame, por favor, a ver el mar.

Él sabía en qué sitio estaba pensando. A veces, en su ausencia, él se sentaba allí, en la grupa de la duna. Por el camino, los pies descalzos de Inés nombraban, embrujaban: Estrella de la junquera, anémona, melga, manzanilla, lirio del mar, cardo marino. Ahora, silencio. En la fragua oceánica del poniente, entre ascuas que chirrían, germinaban a un tiempo las olas y las nubes. Creo que voy a dejarlo, dijo ella. No sirvo para médico. No soporto el dolor.

Todo se aprende, dijo él. Y pensó, sin decirlo: Descubrirás que eres

valiente de un día para otro. Además, no hay trabajo. Te matas a estudiar, y después ¿qué? Él la animó: Siempre habrá trabajo para los médicos. Especialízate en lo de los viejos, ¿cómo se dice? Geriatria. Eso, geriatria.

Una ola rara, de las que no embisten ni besan la arena, cruzó veloz de izquierda a derecha, como una mecha encendida de espuma. Todo resultaba sincero en la playa desierta: Las olas, las nubes. Una bandada de gaviotas reidoras. Galicia entera debería estar sembrada de marihuana, dijo ella de repente. Le ofreció una calada y él negó con la cabeza. ¿Sabes? Romeo y Julieta bebían vino caliente con canela y frambuesa; venga, hombre, ¡una calada! Una nube. Una ola. Y otra. Y otra.

Los Inseparables de Fisher

En el puerto de Dar Es Salaam, un muchacho le ofreció una pareja de pájaros de vivos colores. Él preguntó cómo se llamaban, pero el chaval se limitó a extender la mano libre, como si estuviese cansado de dar explicaciones que terminaban en fracaso. Con la otra, sujetaba la pequeña jaula, hecha de cáñamos y atada con lazos de junco. Por un momento, la jaula le pareció una prolongación de los dedos y las extremidades del niño, largos y delgados huesos anudados con la piel. Los pájaros permanecían acurrucados, tranquilos. Los intensos ojos negros, resaltados por un borde blanco. Azabache, recordó, engarzado en plata. Pero lo que le decidió fue la manera lánguida en que uno de los pájaros apoyaba la cabeza en el otro.

Había estado seis meses trabajando en un atunero, entre Madagascar y las islas Seychelles, y ahora volvía a casa. Un fatigoso viaje en avión, con escala en París. Seguro que con aquella pobre jaula artesanal, no pasaría los controles. Agujereó una caja de zapatos y metió dentro los pájaros. Notó que le temblaba la mano al contacto con las plumas. El marinero no estaba acostumbrado a pesos tan ligeros. Las aves desprendían el calor de una bombilla pobre. Llevó la caja en la bolsa de mano. En el aeropuerto de Orly, levantó la tapa de la caja y respiró aliviado cuando los vio vivos y acariñados.

Ya en el destino, en Galicia, la primera parada fue para comprar una jaula grande y comida apropiada. El dueño de la tienda de animales le explicó que se trataba de una pareja de Inseparables. Los Inseparables de Fisher, así se llamaban. ¡Carajo con el nombre!, dijo el marinero. Como si desconfiara de su capacidad para valorar aquella posesión exótica, el hombre de la tienda le fue guiando por el colorido del paisaje. El cuerpo verde oliva. El pico rojo. La caperuza naranja. El obispillo azul. ¿El obispillo? Fíjese ahí, en la

rabadilla, le señaló el pajarero. Hay un detalle muy importante, añadió luego, mirándole de frente con un cierto recelo. Tenga mucho cuidado al abrir la jaula. Si uno de ellos desaparece, el otro cantará hasta morir.

Un atardecer, el marinero no encontró a su mujer en casa pero oyó su voz. Se acercó a la ventana de la terraza y allí estaba ella, en el tejado, sujetándose con una mano a la antena de televisión mientras sostenía con la otra la jaula con la portezuela abierta. Llamaba a uno de los Inseparables de Fisher, posado en una de las ramas de aluminio de la antena. Sintió vértigo, miedo por ella. Durante una hora, el tiempo, más o menos, que tardó el pájaro en volver, él no dijo nada. Sólo murmuró algo (Alfa Mike Oscar Romeo) en el código internacional de señales del mar.

El puente de Marley

Tenía en la pared de la habitación un póster de Bob Marley y la abuela, que sólo veía lo que quería, y así estaba como una rosa, le dijo: «Muy bien, nena, ¡un Sagrado Corazón!». Y era verdad que se parecían. Marley, Jesucristo y el muchacho del puente. Lo veía pasar desde la playa fluvial, con su pelo de rasta y el andar desgarrado, pero rítmico, como si caminara sobre una cuerda floja o la línea del horizonte. Un día se cruzaron y él le sonrió. Ella amplió la sonrisa hasta que ocupó su mente. Se enamoró de aquella sonrisa. Pero nunca más vio al muchacho del puente. En aquel pueblo, la gente humilde nacía con una maleta debajo del brazo.

Cuando de verdad se casó, ya no tenía el póster de Marley ni de ningún otro. Sólo una pequeña reproducción de *Pájaros de la noche*, de Edward Hopper. La abuela, sí. Conservaba su Sagrado Corazón de Jesús, cada vez más desvaído. Era un cuadro este que la deprimía. La exposición de la víscera rosácea, con sus llagas y la corona de espinas, le parecía un icono de crueldad en la habitación de una enferma. La pintura de una cultura caníbal, que idolatraba a su víctima. Cristo, el último cristiano. La abuela mentía. Decía que sólo veía un resplandor.

Ella se casaba con una sonrisa que pertenecía a la vida. La víspera de la boda había llevado a su novio al puente y consiguieron balancearlo con el embate de sus cuerpos entrelazados. El otro enlace, el oficial, fue una ceremonia a lo grande, a la que se dejaron llevar sin resistencia, conscientes de que se unían dos apellidos, dos herencias, dos dinastías. Era día de Corpus y, al salir de la iglesia, caminaron como reyes sobre una alfombra de flores. Al principio, entre flashes y saludos, no se fijó en las estampas vegetales que pisaba despreocupada, y que docenas de manos habían compuesto en la

noche.

Hasta que empezó a ver la alfombra como un cuadro que la incluía. El Espíritu Santo, una paloma de pétalos de dalia blanca. La Biblia con los lomos de cascás de pinos y el perfil de las hojas de fideos. Un Dios Padre con el cabello plateado de serrín de aluminio y el manto azul de hortensia. En la mano, un rayo negro, de granos de café, con resplandor de mimosas. Y, cuidando de no pisar el Sagrado Corazón, pétalos de rosa con corona de zarzas, al final de la alfombra, alzó la vista, buscando con angustia su propia sonrisa. Hacía años que el puente no existía.

Algo de comer

Mi madre lanzaba de vez en cuando miradas de reproche que no impresionaban a nadie, como balas de fogeo. Mi padre las esquivaba parapetado detrás de las cartas o encogiéndose de hombros. Y yo me había hecho invisible entre la bruma de tabaco que invadía la sala y que se acampanaba en nube densa sobre la ciénaga de la mesa. En camiseta, sudorosos, como una cuadrilla de soldados cansados pero tercos, mi padre y sus amigos encaminaban la partida de tute hacia el alba. Uno de ellos, el que llamaban Curtis, agitó el tronco seco de una botella de whisky. La inclinó y todos esperaron la última gota como una prueba de la que dependiese el orden del universo. Curtis, yo lo sabía de otras noches, era un hombre imprevisible. Lo que prestaba ahora, dijo después de chascar la lengua, era algo de comer.

Habían cenado horas antes. Los platos todavía estaban apilados en el lavabo de la cocina. ¡No hay nada que rascar!, exclamó mi madre, como si tratara con prófugos a los que era inútil ilustrar con oraciones subordinadas del tipo: A estas horas de la noche...

Algo habrá, dijo Curtis. Siempre hay algo. Y luego preguntó, señalando mi pecera: ¿Cómo se llama ese pez, chaval? Dragón Dorado, respondí con pánico. Mi padre encontró un bote de aceitunas en la alacena. La carne más rica es la de la iguana, dijo de pronto Curtis, con un resplandor verde en la mirada. Sin duda alguna. Pero lo más raro que comí fue la piraña grande, el *capaburros*. Hay que freírla en la manteca de sus propias tripas, como hacen los indios del Orinoco.

Dejaron la baraja a un lado y hablaron de comida. Sólo había dos cosas en las que ponían un alegre entusiasmo de hermandad: En el escarnio de algún

ausente o en la comida. Mi madre se había puesto a fregar el suelo bajo la mesa, para echarlos. Pero eran gente demasiado bregada como para hacer caso a tan elemental indirecta. En cuanto a comer, todos habían probado cosas muy extrañas. Desde hostias a granel a guiso de caimán. El único que permanecía en silencio era Lens. Era también el único que no se había descorbatado. Siempre vestía como un dandy. ¿Y tú, Lens? ¿Qué fue lo más raro que te comiste? Era tardo en hablar. Por fin, escupió dos huesos de aceituna en la palma de la mano y los mostró como un tosco jeroglífico. Entonces, ¿es cierto eso que cuentan?, preguntó Curtis. No tuve más remedio, dijo Lens. Nos habíamos encariñado. Yo y aquella chica rumana del club. Él le cortó de un tajo un dedo del pie. La marcó como a una esclava. Y yo... Lens cerró el puño sobre el par de huesos. Esto, sentenció, que no salga de aquí.

El alba asomaba con perfume de lejía.

El duelo final

Él tenía aquella manía de llevar siempre la contraria. Adornaba mucho sus opiniones con juramentos y blasfemias, aunque su maldición preferida era más bien inocente: «¡Mala mar te trague!». Había una que a mí me parecía terrible y que él reservaba para atemorizar al rival en momentos decisivos: «¡Me escarbo los dientes con el Palo de la Santa Cruz!». Un día, un guardia de tráfico le pidió que se identificase, después de adelantar a más de cien por hora en una curva con raya continua, y él profirió toda una filosofía: «¡Me llamo André Dosil y me cago en Copito de Nieve y en la Raíz Cuadrada de Tres!».

Pero lo que a mí me llamaba la atención era la vehemencia con que se oponía al parecer de los demás, fuera quien fuera y fuese sobre lo que fuese. Dosil luchaba contra el mundo. Tenía un anzuelo clavado en las entrañas. Yo comprendí muy bien, mejor que en la clase de Lengua en el instituto, lo que eran las oclusivas, esa implosión que contenía por ejemplo la «p», cuando Dosil se revolvió con vehemencia contra un viajante algo chinchón que había invocado como argumento decisivo en su favor la opinión de la mayoría. Se escucharon dos auténticos petardos fonéticos en aquel templo del saber que era el bar de mis padres: «¡Me cago en la opinión pública!».

La propia manera que tenía de afincarse en una esquina de la barra del Universal recordaba a esos boxeadores que se clavan en un ángulo del ring, resistiendo la andanada inicial mientras planean el fatal contragolpe. Era soltero. No tenía amores conocidos. Y trataba a las mujeres como seres invisibles. Sólo lo vi dos veces vencido. Una fue cuando murió su madre: «Ponme una copa, chaval. ¡Me cago en la pena!».

Con la televisión luchaba cuerpo a cuerpo. Sin tregua. Nada más escuchar

la sintonía del noticiario, se ponía en guardia, ojo avizor, acodado en la barra, y con las mandíbulas apretadas. Defendía a Milosevich, al presidente de Corea del Norte, a Sadam Hussein, a Fujimori, e incluso, en alguna ocasión, a Fraga Iribarne. ¿Gaddafi? ¡Gaddafi es una bellísima persona! Y como ya nadie le llevaba la contraria, se enfrentaba en voz alta a la pantalla: «¡Hijos de la Coca-Cola! ¡Me cago en Todo!».

Una noche, entró Charo en el Universal. Trabajaba en el horno de una panadería cercana. Traía en la cara el dorado de la hogaza, y una melena ondulante, del color del pan de maíz. A mí me ponía nervioso la holgura libre de su mandilón blanco. Dosil, sólo atento a la tele, la había tomado con unos manifestantes. «¡Había que caparlos a todos! ¡Me cago en la inocencia!» Y Charo le espetó: «¡No digas barbaridades, André! ¡Eres un animal de bellota!».

Esperamos la réplica con pavor. Pero Dosil, ruborizado, bajó la cerviz: «¡No te enfades, Chariño! Calla el cerdo cuando canta el ruiseñor».

La medida del agrimensor

*«Fuimos tristes
en el dulce aire que del sol se alegra.»*

DANTE

¡Le va a devorar el frutal!

El tallo de la hiedra abrazaba el tronco del manzano como una boa. Tenía el color de la piedra lavada y una pelambre crespada, de estera, que se alisaba como un músculo tenso a medida que ascendía. Allí donde había una rama, brotaba de la hiedra una lengua bífida, codiciosa, que al besar hincaba con raíces y se ceñía con ventosas en un posesivo beso. Entre los trinos de los pájaros, se oía crecer y reptar como el sonido de un contrabajo cuando el músico deja de tocar las cuerdas.

Las hojas del manzano eran de un verde manso, que dependía del humor de la luz. Un verde que tenía edad, como las piezas de un tendal humano. En la infancia, al germinar, un verde lavanda, tierno, casi transparente. Y después estaba aquel verde alegre de la juventud, de guirnalda en domingo festivo, de paño de chaleco de gaitero en alborada. Un verde de traje de faena, un verde mandil, en días laborables, mientras se lograba el fruto. Tembloroso más tarde como el ánima de un verderón en el cielo oxidado. En el otoño, hay un día en que las nubes adquieren sonido, como el día aquel en que por vez primera Pedro Madruga incorporó la pólvora a los campos de batalla de Galicia. El verde viejo del manzano se tiñe entonces de pigmentos. Esos colores interesantes no son señales de muerte, como acostumbramos a

pensar, sino estrategias para ahorrar luz y prolongar la vida.

Pero, como es sabido, las hojas caen.

En esa época, las ramas desnudas del manzano quedaban sin el porqué, en un coma profundo, mientras se sentía respirar guerrera a la siempreverde, el jadeo de su taimado avance por aquellos senderos suspendidos en el sueño.

¡Le va a devorar el frutal! Al principio, la amistosa advertencia de los vecinos tenía un deje de ironía. Quizás ese hombre no se daba cuenta de lo que estaba sucediendo en su huerta. Quizás no sabía distinguir entre el verdugo y la víctima. El árbol descansa, pero esa hiedra no. El árbol duerme, pero la hiedra es insomne. Lo va a consumir. Lo va a ahogar. Tiene estudios, pero él no debe de saber. Dicen que es un perito con carrera, pero una cosa es medir la tierra y otra conocerla. Lo que pasa dentro de la tierra no es broma. Se muere y se mata. ¿Por qué mira los avances de la siempreverde con esa indiferencia?

A mí me gustan así, confesó él ante la insistencia, sabiendo que esa respuesta sería comentada como una rareza. Pero ésa era la verdad. Lo hechizaba la hiedra, aquella lujuria oscura, incansable en el robo de la luz, sorbiendo todo para su disfrute.

Me gusta por la sombra. Es por la sombra, añadió para no parecer inconsciente.

Aquí la sombra nos la da Dios de balde, le respondieron.

Y era cierto que el país era sombrío la mayor parte del año. Vicioso de toda la gama de nieblas y la escala de lluvias. Hasta la luz de las lámparas eléctricas parecía sentir escalofríos, intimidada por unas tinieblas corpóreas que tenía que doblegar en cada anochecida. Y fuera, también en la noche, allí estaba la hiedra, ceñida al ser lisiado. Exuberante. Loba.

Quien más se preocupaba por la suerte del manzano era una mujer, Dora. Un día, en el verano siguiente, se detuvo al lado de la cerca, posó el gran cesto que llevaba en la cabeza, almohadillada con un paño, y le hizo un elogio tan sentido de aquellas manzanas que sorprendió al hombre: Si todavía fuese joven, sería capaz de robarlas. Así mismo se lo decía. Dar, ya daba muy pocas. Él había probado una y le parecía amarga y dura de más. ¡No estaría madura, hombre, que son muy sabrosas! Dora, en el encomio, con la corona del paño en la cabeza, imitó la degustación con la naturalidad de una gran

actriz. Cerró los ojos, suspiró de gozo, como si saboreara un mosto, y sonrió al final, de una forma que ruborizó al hombre. En todas las hectáreas del mundo habitado, ¿cuántas escenas se seguirían dando en las que aparece una mujer, un hombre y una manzana? Ella misma se ofrecía para podar la hiedra si él quisiera. El hombre dijo: Lo haré yo, no se preocupe.

Ella lo miró con desconfianza y su despedida fue como un juramento: No lo deje morir. ¡Quedamos en eso!

Fueron las manzanas podridas, caídas al suelo, las que hicieron que el hombre recordase su promesa. Cerró los ojos y vio a Dora. El paño del mullido era un aro de luz fluorescente. Después de comer la manzana y sonreír, le decía con sorna: ¡Valiente hombre eres tú! De acuerdo, se rindió él, ¡acabemos de una vez! Y entonces se enfrentó a la siempreverde. Ese invierno, si la dejaba, devoraría definitivamente al frutal. No es que sólo fuese umbría. Se estremeció: Era la sombra. Sus hojas estaban hechas de cartílago de sombra.

Al terminar la poda, sacudió el polvo de la sombra con las manos y en dirección al poniente. Los tentáculos de la hiedra formaban un montón informe esparcido por el suelo de la huerta. Nunca antes se le había ocurrido pensar, a él, al agrimensor, que la extensión de la tristeza de un hombre pudiese abarcar tantos metros cuadrados.

Todos los animales hablan

Señor director de la revista *To Pick On*:

Como veterinaria jefe de Metamorfosis, me veo en la obligación de salir al paso ante la grosera manipulación que han hecho de mis declaraciones en el reportaje por ustedes titulado *Un asunto kafkiano: La cantante Penélope Lamar interna a su querido Ulises en la selecta clínica de salud mental Metamorfosis, después de un confuso intento de suicidio*.

Recibí con amabilidad al reportero de *To Pick On* y, con el permiso de nuestro cliente, accedí a responder a algunas preguntas sobre la personalidad de Ulises. Traicionaron esa confianza, al tergiversar una información muy delicada. Ahora lamento no haberles dado una mordedura.

Aprovecho la ocasión, y puesto que el saber no ocupa lugar ni la cultura general perjudica a la salud, incluso tratándose de la salud de los periodistas, para aclararles que ni siquiera aciertan cuando asocian el adjetivo kafkiano con el nombre de nuestro establecimiento. A ustedes puede parecerles una confusión irrelevante, tratándose de una publicación frívola y sensacionalista, por definirla con benevolencia. Además, según tuvo la gracia de explicarme por teléfono, a sus lectores les importa un pito Kafka y un carajo Ovidio, lo que demuestra la poca estima que tienen por su trabajo, su producto y su público. Por cierto, que en dicha conversación telefónica usted confundiese a Ovidio con un futbolista brasileño debería ser suficiente motivo para desistir en este empeño aclaratorio, pues es como gastar cera en ruin difunto. Pero sepa que tengo dos especialidades: la Psicología Animal y la Paciencia.

Las palabras no son inocentes y, como ya ocurría con el barbero de Kamala, la lengua afilada puede hacer más daño que una navaja. Si consultasen el diccionario, suponiendo que tengan alguno en la redacción,

verían que el apelativo *kafkiano*, tan manido por los de su oficio, tiene el significado de «cosa absurda o de pesadilla, propia de las obras de Kafka». En este caso, su reiterado uso, en titular y texto del reportaje, ¡trece veces!, sumerge a nuestro establecimiento en una atmósfera de anomalía y sospecha.

En realidad, *Metamorfosis* debe su nombre al gran clásico latino Publio Ovidio Nasón (a propósito, y ya que trato con cotillas, le diré que el apodo de Nasón le vino dado por el tamaño de la nariz en esta noble familia). Incluso estuve tentada en llamar a esta clínica El Sueño, como uno de los capítulos de *Las metamorfosis*, donde se narra con pocas palabras el amor de Alcione, la hija de Eolo, el dios del viento, y Ceix, hijo de un astro. Tal vez, sí, tal vez la más hermosa historia de amor jamás contada.

Imagino su sonrisa resabiada y cínica, señor director. Hablar de amor en *To Pick On* es como cantar una canción de cuna en un tanatorio. Pero lo que sigue viene como anillo al dedo para el objeto de esta carta.

En resumen: Ceix se marchó en un viaje por mar, no sin antes hacer una firme promesa a Alcione: «Regresaré a ti antes de que la luna llene por completo su disco por dos veces». Pero el deseado viajero no llega en ese plazo ni después. Alcione pasea por la costa y lamenta su ausencia: «Aquí soltó las amarras, en esta playa me besó al marcharse». De repente, ve un cadáver que flota en el agua: «¡Ay, desgraciado, quienquiera que seas, y tu mujer también, si es que la tienes!». Hasta que comprueba con horror que es a Ceix a quien el mar arrastra. Y dice, fíjese en la maravillosa precisión sentimental del lamento: «¿Así, oh queridísimo; así, desventurado, vienes hacia mí?». Y entonces Alcione se arroja desde un dique, pero el viento, su padre, la alza y sus brazos se prolongan en alas. Y se posa sobre el frío cuerpo del ahogado y lo besa con su pico de ave y los dioses, a petición del pueblo, que tiene corazón para estas cosas, permiten que Ceix vuelva a la vida en forma de pájaro y la pareja se ama y anida sobre el mar.

Así contó Ovidio el origen de los alciones, que hoy se identifican con los martín pescadores.

¿Qué tal, director? No es la típica historia de *To Pick On*, pero tampoco está mal, ¿no?

Bien, ya sabe el porqué de *Metamorfosis*. Ahora voy a intentar responder, uno por uno, a sus comentarios del género bobo pero no inofensivos, pues la

maldad del atrevido puede ser tan dañosa como una picadura de avispa o una china en el zapato.

Lo que dice *To Pick On*: «Según la directora de Metamorfosis, la doctora veterinaria Sol Doval, Ulises está dotado de una sensibilidad especial para la música. Es como si tuviese los tímpanos hechos con membrana de alas de mariposa. *Primer Guau*: ¿No me diga? Los perros y sus dueños tienden a parecerse. ¡Ya sabemos en qué NO se parecen la cantante Penélope y su perro! Él sí sabe de música. ¿Y qué prefiere? Pueees, según la ínclita doctora veterinaria, le gusta Schubert, el reggae de Bob Marley y se emociona con el fado *Estranha forma de vida* de Amália Rodrigues. ¡Lo que hay que oír!».

Mi turno: Existen medios muy precisos, por ejemplo la llamada *curva de la demanda de Dawkins*, para conocer los gustos y las preferencias de seres como Ulises, aunque mucho me temo que con su reportero sólo funcionaría el experimento de los actos reflejos de Paulov. Ulises puede expresar su deseo de escuchar, por ejemplo, *No woman no cry* de Marley de una forma no muy distinta a como nosotros seleccionamos esa canción en una gramola de un bar. Sus conocimientos musicales, por supuesto, son adquiridos en un aprendizaje y eso es más mérito de Penélope que nuestro. La capacidad de aprendizaje musical existe en muchos animales. Hay pájaros que se enamoran de los trinos de otros, y los aprenden, ¡y abandonan el suyo!, aunque también es cierto que donde mejor canta un pájaro es en la rama de su nido.

Lo que sí dice *To Pick On*: «La doctora Doval asegura, sin pestañear, que entre Penélope y Ulises existe un nivel de comunicación semejante (repito, lectores, ¡semejante!) al de dos personas en la intimidad. Preguntada si eso significa que Ulises comprende el lenguaje humano, la directora de Metamorfosis responde sin dudarle: ¡Por supuesto!

—Entonces, ¿también entiende los conceptos abstractos como... el amor?

—El amor —responde la doctora Doval— sólo es un concepto abstracto para quien no lo tiene.

—¿Y habla? —pregunto yo, ya lanzado—. ¿Podemos decir que Ulises habla?

La doctora Doval me mira extrañada, como si preguntase una obviedad:

—¡Claro que habla! ¿Todavía no se ha enterado usted de que todos los animales hablan?

Segundo Guau: Pues no, señora, no sabía yo que todos los animales hablan. Al salir de su consulta, saludé a un pastor alemán, a un dogo belga, a un setter irlandés, a un husky siberiano y a un *palleiro* gallego con idéntico resultado: No se dignaron dirigirme la palabra. ¿En qué clase de facultad le dieron el título a esta guapa veterinaria? Un perro es un perro, por importante que sea su compañía. ¿O va a resultar ahora que es Ulises quien inspira las canciones de amor de Penélope? Por nuestra parte, estas declaraciones nos ratifican en lo que ya hemos apuntado: La cantante está como una cabra, y la psicóloga de animales, tocada del ala.»

Mi turno: El reportero recortó a propósito la mitad de mi argumentación para construir la caricatura que él ya tenía prevista. Es cierto que dije que todos los animales hablan. Y lo repito: Todos los animales hablan, incluso los periodistas de *To Pick On*. Pero omitió adrede una cita fundamental de Ludwig Wittgenstein que daba sentido a mis palabras: «Si un león pudiese hablar, nosotros no lo entenderíamos». En cuanto a la relación de Penélope Lamar y Ulises le dije que podía ser, en cuanto a afecto, tan estrecha como la de dos personas... o dos perros. Depende de cómo se mire. Es una forma de hablar. Lo explica de una forma muy sencilla Stephen Budiansky: «Es un lugar común decir de un perro que se comporta como un humano, pero un mejor análisis de la situación sería decir que el perro piensa que nosotros somos perros». Por otro lado, ¿qué hay de malo si fuese cierto que Ulises inspiró las canciones de amor de Penélope? Los hermosos sentimientos enriquecen a quien los tiene y es capaz de expresarlos, independientemente de la naturaleza del destinatario.

Éramos conscientes de que este asunto se prestaba a la burla y al morbo si llegaba a oídos de indeseables sin escrúpulos, como por desgracia así ha sido. En una ocasión atendí a una elefanta de circo. Le habían puesto demasiada anestesia, cinco litros, para operarla de una muela y no pudimos hacer nada para salvarla. El domador lloró de pena. Y me contó que hablaba con la elefanta en cuatro idiomas, pero que en la intimidad sólo se dirigía a ella en italiano, *Oh, la mia piccolina!*, y la hembra lo rodeaba con su trompa y lo levantaba en el aire. Cuando yo estoy enferma, mi gato sale al parque y me trae ratones a casa.

Lo que dice *To Pick On*: «Pese a nuestra insistencia, la doctora Doval no

aporta una explicación convincente sobre las causas del internamiento de Ulises en la clínica Metamorfosis. Se habla de un intento de suicidio, ¿es eso posible en un perro? “Claro que es posible”, responde la doctora con su facundia habitual. “Los animales también sufren depresiones que pueden conducirlos a la desgana de vivir.” Todo parece indicar que la feliz vida de Ulises se torció cuando entró en escena el batería del grupo *O Artilheiro Flanagan*, con quien Penélope inició lo que se llama un apasionado romance. ¿Puede un animal sufrir un desengaño sentimental?, preguntamos a la doctora. “¿Y usted qué piensa?”, me dice ella clavándome su mirada del color de la azurita sobre blanco de plomo. *Tercer Guau*: Aquí, con perdón, hay gato encerrado. Hay rumores para todos los gustos, algunos incluso de mal gusto, pero que nosotros, cumpliendo con el sacrosanto deber de informar, no podemos dejar de consignar. ¿Estamos ante una operación publicitaria? Un drama con animal por medio entenece a un mundo que cada vez se parece más a Disneylandia. ¿Será cierto que Ulises entró en la clínica con una herida de bala y a las puertas de la muerte? ¡La respuesta en el próximo número de *To Pick On!*».

Mi respuesta AHORA: Comenzaré por el final, pues se trata de una grave insinuación. Si fuese cierto lo que se apunta como rumor, yo sería la primera en denunciar el hecho. Después de lo expuesto, ¿cree alguien que permanecería impasible ante el intento de asesinato de un perro? No. Una cosa es que Ulises se sienta «como si le hubiesen pegado un tiro» —ésa fue la expresión de mi ayudante— y otra que se lo hayan pegado. Lo que sufre nuestro paciente es una depresión profunda que sólo se puede superar con el tiempo y la medicación. El arrogante reportero despreció la amplia explicación que le di sobre el padecimiento mental en los animales. A veces, y al igual que ocurre con las personas, por motivos de apariencias banal. No hace mucho, atendí a un caballo, un auténtico campeón, que de repente se negó a correr en los hipódromos. Creían que tenía un problema fisiológico no detectado y lo intentaron todo con la mulomedicina. Al final resultó que no le gustaban ni el color del establo, recién repintado, ni un nuevo cuidador, que llevaba un bigote a lo káiser. Eran los típicos caprichos de una estrella del deporte. Pero tenía sus razones. Antes lo cuidaba una mujer con manos de seda y crines negras, brillantes y lisas como el azabache. El caso de Ulises es,

al tiempo, más sencillo y más complicado. Tiene el corazón partido. Se niega a comer. Y odia la música folky de *O Artilheiro Flanagan*.

Eso es todo.

Lamento que hayan lesionado mi honor profesional y comparto la amargura de Charles Darwin cuando, ante las embestidas de la ignorancia, escribía a un amigo: «Debería haber sido usted abogado en vez de botánico».

Chiapateco

Me gustaría llegar a viejo para decirle a un nieto que tenga que no cace grillos. Que no los espante. Que no los haga salir del agujero con su meada. Y para explicarle el porqué.

Me gustaría llegar a viejo pero no es probable que llegue. Como dicen en los pronósticos del campeonato de fútbol sobre los equipos modestos, las posibilidades de que yo llegue a viejo son más bien remotas.

Además, antes de llegar a viejo, tengo que nacer.

Pese a lo que digan, nacer no es nada fácil. Es más bien complicado. Si tuviese a mano unas estadísticas, podría demostrarles cómo existe una íntima relación entre las tasas de natalidad y mortalidad. Si lo expresamos gráficamente, la esperanza de vida sería como un arco tensado entre una y otra tasa. Ese arco está hecho de piel que se va curtiendo. Al tacto, la última capa de piel es como la espiga de maíz pero sin granos de maíz.

La piel de la tasa de mortalidad es áspera. Podrías encender una cerilla en el dorso de sus manos.

Alguien le contó a mi madre que hay sitios en los que los niños nacen en el agua, en una piscina a 36,5 grados centígrados de temperatura. Los bebés salen al mundo flotando con suavidad, como sueños acunados en un pentagrama. El cordón umbilical enlaza lo real con lo imaginario. Cuando se cortan, el niño que era cuento se hace real. Su hermana dibujó para él una linda casa con porche y flores en el alféizar de las ventanas. Y cuando cortan el cordón, también la casa con flores se hace real.

Yo ya pertenezco a la realidad antes de nacer. No soy un cuento. Soy un problema. Cuando mi madre va a la ciudad, algunos la miran como si llevase un saco de problemas en el vientre. Pero ella, pese a todo, me lleva de buena

gana, como si cargase con una saca de maíz de colores.

Y si nazco a destiempo será por un susto. Por un susto grande. Como los que hacen salir a los grillos de sus agujeros.

Mi hermana pinta sustos en la escuela. Cuando corten el cordón que me une a mi madre, esos sustos se harán realidad. Vendrán los que pisan el maíz.

Me gustaría llegar a viejo para explicarle a un nieto que tenga: Están los que plantan el maíz y los que pisan el maíz.

A mí lo que me gustaría de verdad es nacer y no nacer. Que nadie cortase el cordón hasta que se acabaran los grandes sustos. Cuando mi madre plantase el maíz, yo cantarí como un grillo al sol. Y cuando llegasen los de los sustos, con sus botas herradas pisando el maíz, volvería otra vez al vientre de madre, a 36,5 grados centígrados.

Pero ya he nacido y me han cortado el cordón y estoy en la escuela y pinto sustos porque han vuelto a callar de miedo los grillos.

El estigma

Por la noche, en mi ventana del Hogar de la Milagrosa, busco una estrella. La estrella de la que vengo. ¿Será aquella que pestañea como si me quisiera decir algo? ¡Hola, Estrella! Emitiendo para un sistema exterior, emitiendo para un sistema exterior. Aquí Desterrado.

Posición:

Golf Alfa Lima India Charlie India Alfa

¡Bah, ni puto caso!

Hoy vi un documental en la tele que me ratificó en mi teoría. Explicaban que la vida llegó a la Tierra en un meteorito o algo así, como un ómnibus caído del cielo. De hecho, la Tierra se fue haciendo redonda y con la gravedad dentro a fuerza de hostias, como la saca que golpea y golpea un boxeador.

Dios: ¡El Gran Boxeador!

¡Joder! ¿Cómo no se me había ocurrido antes?

No sé el resto, pero desde luego Moisés y yo somos extraterrestres. Dicen que aparecimos en la puerta del orfanato, criaturas de Dios, etcétera, etcétera. Pero ése es un cuento de Madán Titín que se cree todas las películas, empezando por esa de la Biblia. Tiene cruzados los cables de la realidad y el sueño. Es de esa clase de personas que cuando les van a poner una multa de tráfico piensan que el policía se dispone a darles un décimo de lotería. Libraría de la condena perpetua al peor criminal a cambio de un villancico bien cantado el día de Nochebuena. Le pone buena cara a todo y a todos. Sobre todo a nosotros, los que tenemos el Estigma.

Eso se lo oí una vez, escuchando detrás de la puerta. Que teníamos el Estigma y que nos lo tenían que quitar.

Madán Titín discutía con el inspector Cambas. Él venía poco por el Hogar, pero creo que era el verdadero jefe.

—A estos niños hay que liberarlos del Estigma —decía ella como si le fuera la vida en el asunto—. No pueden llevar el Estigma sólo porque sus padres murieron de lo que murieron.

—Desengáñese, señora. El Estigma lo llevarán siempre —afirmó él con aquella voz que metía frío en el cuerpo—. El Estigma no depende de usted ni de mí. Depende de la sociedad, del sistema. ¡Usted fue la primera que se atrevió a darles de comer sin ponerse guantes en las manos!

¿Lo ven? ¿Ven cómo somos de un planeta muy lejano? Tenemos algo que los demás no tienen: El Estigma. ¿Y qué me dicen de los guantes? ¡Joder! ¡Había que darnos de comer con guantes!

A Moisés no hay más que verlo para darse cuenta de que no llegó al portal en un cesto sino en algún vehículo extraño, a propulsión. Incluso cuando duerme, como ahora, es un ser raro. ¿Desde cuándo un chaval de catorce puede emitir esos ronquidos que atraviesan la noche y el espacio a miles de decibelios? ¿Se estará comunicando por su cuenta con el Exterior?

Cuando despierta, le digo: «¿Oyes, Moisés? Tienes dentro una orquesta de burros desafinados».

Y Moisés va a mirarse en el espejo con la boca abierta, a ver si tiene burros dentro. No es tonto. Es que no comprende bien el lenguaje terrícola, que es muy falso. Él toma todo, como quien dice, al pie de la letra.

Si tú le dices que tiene burros dentro, pues le parece raro, claro, pero él cree en lo que le dices. No conoce el Doble Sentido, que es el sentido más importante de los humanos. Cree en lo que dices. Confía en ti. Y entonces va a mirar si es verdad que tiene burros dentro. Y le sorprende mucho no encontrarlos.

—¡No ha, ho! —me dice señalando la boca muy abierta.

—Era una broma, Moisés. ¡Una broma!

Y entonces sonrío, algo mosca, pero sonrío: «Paz bromista».

Pero ¿por qué carajo me tuvieron que poner Paz de nombre? Le pregunté a Madán Titín que quién había sido el culpable y no quiso confesarlo. Es uno de los secretos mejor guardados de la Tierra. A ver, ¿quién fue el cabrón que le puso al chaval el nombre de Paz? ¿Cree alguien que se puede circular por

la vida con semejante nombre? ¿Nombre? Paz. ¿Cómo? Paz. El tipo tiene que sujetarse la barriga para que no se le salgan las tripas de la risa. Madán Titín explica que seguro que fue con la mejor intención. No me lo creo. Si fuera así, ¿por qué no me llamaron, por ejemplo, Triunfo?

—¿Cómo dice que se llama?

—Paz Estigma.

—¡Las desgracias nunca vienen solas, chaval!

Moisés, como estaba explicando, es un tipo muy sensible. Hay que tener cuidado con lo que le dices. Un día salió al patio muy contento con el balón de fútbol que le regaló Madán Titín y me hizo gestos para que bajase. Pero yo estaba anclado a la ventana y no tenía ganas de moverme. A veces, muchas veces, me pasa eso. Que no quiero salir de al lado de la ventana. Pongo el walkman y me paso el día aquí, clavado, mirando hacia afuera como si todo fuese una película. ¡Sucede cada cosa! El otro día, en la calle que hay tras el muro del Hogar, casi se matan dos tipos que discutían por el sitio donde aparcar el coche. Uno de ellos cogió una porra, tipo policía, y entonces fue el otro y abrió el maletero y sacó un bate de béisbol. ¡Qué espíritu deportivo! ¡Qué bien pertrechada anda la gente! De no ser por el señor Francisco, que les apuntó con la manguera de regar, aquello hubiera terminado en choque de civilizaciones, en baño de sangre, con los melones abiertos y los sesos por el suelo. Lo más curioso es que los dos coches eran una mierda. Ni me acuerdo de las marcas.

Volviendo a Moisés, el caso es que me hizo gestos para que bajase a jugar con él, pero yo me quedé parado, sin responder. Lo que pasa es que él es muy persistente, qué terco es. Y seguía allí, con el balón en brazos, como si fuese una estatua de Mano de Vaca, un portero de fútbol de quien siempre habla el señor Francisco, y que era bizco y paraba todos los penaltis.

Por fin, le grité, sin malicia ni nada, sólo por decirle algo: «Mira, Moisés, ¡tírate al mar!». Y fue el muy animal y saltó el muro y allá corrió a todo correr hacia el mar del Orzán. De no ser por el señor Francisco, que hace de jardinero y vigilante, y que fue detrás, se hubiera lanzado con balón y todo, como un delfín, en las frías aguas del océano.

¿Será el Estigma lo que hace roncar a Moisés como si naciese una borrasca en su pecho? Yo no ronco, pero, al parecer, soy algo sonámbulo y

dicen que me paso la noche pegado a la ventana, como hoy, o que ando por el jardín muy ligero, como si tuviese alas, con los pies descalzos y a un palmo de la tierra.

—¡Eso sí que no! —dijo Madán Titín—. Creo todo menos que un hombre pueda volar. Y queda muy mal en los cuentos.

—Pues vaya creyéndolo —le contestó el señor Francisco—. El chaval vuela. Va muy bajo, pero vuela.

El señor Francisco contó que me encontraron una noche de luna sentado en el tejado. Y yo le pregunté si tenía pinta de hombre lobo y si aullaba.

—No —me dijo muy serio—. Sólo hacías globos con la goma de mascar.

Cuando mi amigo se despierta, le digo: «¿Oyes, Moisés? Ya sé por qué roncas. Creo que de pequeños nos pusieron algo en el cuerpo, un aparato miniatura bajo la piel, un chip o algo así».

—¿Un chip? —repitió extrañado.

—Sí, un cacharrito, un emisor, algo así. También se lo ponen a los perros en Europa para tenerlos localizados. Eso es lo que hace que tú ronques y yo sea sonámbulo. Nos provoca alteraciones. Tenemos que descubrir dónde lo llevamos. Lo llaman el Estigma.

Tal como yo esperaba, Moisés se fue por la mañana a toda velocidad a la búsqueda de Madán Titín. La quiere mucho. Y le preguntó: «¿Dónde tenemos el chip?».

—¿Qué dices de chip?

—El del Estigma, ¿dónde lo tenemos?

—¡Déjate de estigmas! ¿Quién te ha contado esa tontería? ¿Fue el alocado de Paz, a que sí? Hala, ¡a ducharse!

Lo pasábamos muy bien en la ducha. Nos enjabonábamos el uno al otro hasta formar nubes de espuma. Moisés sentía cosquillas en todas partes. Me hacía gracia verlo reír como una criatura, grandullón como era. Ahora que lo pienso, pegado en la noche a esta ventana que me hace viajar por los años como si todo sucediera hoy, fue una época bastante feliz aquella del Hogar, cuando andábamos buscando el Estigma como quien busca un pequeño agujón bajo la piel.

El leikista

—¡Un poco de tristeza, señores! —rogó el fotógrafo.

Como si saliese de la madriguera mal cerrada de la muerte, aquella boca entreabierta y con faltas dentarias, un grillo desandaba los montes del cuerpo yacente que cubría una sábana blanca. En lo alto de la pared donde apoyaba el cabezal de la cama, un flash de mayo entró por el foco mal encuadrado de un ventanuco. El músico se detuvo en el valle del bajo vientre, abrió las alas, y tocó con mucho brío un allegro. Quien tenía que llorar, reía.

Aquel velatorio parecía una fiesta y el fotógrafo se vio obligado a pedir compostura. Consiguió que los niños dejasen de corretear alrededor del difunto y que la familia posase como Dios manda. Pero mantenían la sonrisa a la vera del muerto a la manera de una partida de cazadores delante de un lobo cobrado.

Fue entonces cuando él pidió tristeza.

—¡Un poco de tristeza, señores! ¡Un poco de tristeza!

Años después, el muerto llamó al timbre del fotógrafo en la ciudad. Tuvo cuidado de apartarse de la mirilla de la puerta. El fotógrafo estaba sentado en el salón, al lado de la galería acristalada que daba a la ensenada del Orzán. Anocheceía en sepia sobre todas las cosas. Pero el fotógrafo no reparaba en la posta de la puesta del sol que redoraba las aguas y barnizaba también los materiales innobles que encontraba a su paso en la brutal fachada urbana. Tenía la mirada clavada en el vaso, en aquella sima donde emergían las imágenes perdidas.

—¡Otra vez borracho! —le diría su mujer al volver, como un eco mil veces escuchado.

—Es líquido para revelar —respondería él, con otro eco manido.

Le pareció raro, no era la hora habitual y tenía llave, pero pensó que era ella la que llamaba a la puerta. ¿Quién, si no? Era la casa particular, se habían mudado hacía poco tiempo, ignoraba como invisibles a los vecinos, y no podía esperar la visita imprevista de un amigo por la simple razón de que había borrado de su mente el concepto mismo de la amistad.

Se levantó, espió por la mirilla y no vio a nadie. Pensó en las antiguas fotos perdidas, hechas sin filme, y que ahora no se le iban de la cabeza. Decidió, por fin, abrir la puerta. No, el muerto ya no estaba. Se había ido, otra vez, sin reclamar su copia.

El protector

La vio llegar. Traía una bufanda azul celeste y una chaqueta de lana verde y roja, como un campo de amapolas. Pese a las ojeras, tenía esta mañana una mirada luminosa y serena. La miel de los ojos había sustraído el brillo sacudido por sorpresa de la helada. En el invierno de Uz, hay que decirlo, el sol era un forastero. La mayor parte de los días, en la humedad sombría, la vaharada del aliento quedaba estática en el aire, pegada a la boca, como los *bocadillos* con que hablaban los personajes del cómic que hasta entonces había estado leyendo el guardia.

Si se dio cuenta de la miel de los ojos fue porque las otras veces sólo había visto en ellos otra cosa: El terror.

Era atractiva. No espectacular, es decir, muy atractiva, pues lo era con descuido. Los cuadros que pintaba le parecían al guardia, él, que se apresuró a decir que no entendía nada de arte, de una belleza cegadora. Preferiría no haberlos visto. Porque desde ese momento, sin él tener ningún propósito, supo que, de tenerlo, sería inalcanzable. No por complejo de inferioridad cultural o algo así, sino por otro tipo de distancia, una cosa que tenía que ver con la ley de la gravedad, lo centrípeto y lo centrífugo, y otros oscuros conceptos que se le mezclaban entre los recuerdos de la escuela y la balística. Ella se desplazaba en bicicleta. También él preferiría que no fuese así. Tardaba más en desaparecer. Al pasar, dejaba una estela en la retina. Se prendía al paisaje.

Siempre pensó lo mismo. Lo que pensaba ahora: ¿Por qué no te vas? ¿Por qué no te largas de una puta vez?

No podía entender cómo alguien pudiese dejar Madrid para venir a vivir aquí. Y más, siendo artista. ¡En Uz, en una casa solitaria!

—¿Otra vez?

—Otra vez.

—¿Toda la noche?

—Toda la noche.

—¿Los mismos ruidos?

—Los mismos. Piedras en el tejado. Como un reloj. Primero pequeñas, ruedan como canicas. Luego, más grandes. Sólo pararon una hora, de tres a cuatro, más o menos.

—A esa hora pasamos nosotros por allí.

—Ya lo sé. Vi las luces del jeep. Pero luego volvieron los ruidos. ¡Es para enloquecer!

—Hice unas averiguaciones. Los vecinos dicen que ellos no oyen nada.

—¡Por favor! Yo ya sólo confío en usted. ¡No estoy loca! Sé que lo murmuran por lo bajo, pero no es verdad. ¡No estoy loca!

—Tenga paciencia. Quizás es algún chico joven, algún bromista. La gente bebe y luego hace cosas raras.

—¿Todos los días, uno tras otro? No, no es un bromista. Tiene que ser un degenerado. ¡Un psicópata!

—Tranquilícese. Todo se arreglará. Esta noche volveré por allí. Haré unas rondas. Quienquiera que sea, acabaré atrapándolo.

Y volvió por allí. Claro que volvió. Toda la noche. Primero, piedras pequeñas, como canicas. Luego, cantos rodados. Como un reloj de péndulo que golpea la noche con sus pesas. ¿Por qué no te vas? ¿Por qué no te marchas de este maldito infierno?

La gasolinera

Cerrar cerramos a las doce. Si pudiese, me fumaría esta media hora que se hace una eternidad. ¿Quién va a pasar por aquí ahora, una noche como ésta, con este viento que arroja puñaladas de frío, que hace temblar a los brezos? El atracador. El famoso atracador de las gasolineras. El Atracador Fluorescente. Dicen que monta una Golden Star y que cuando pasa es como si pasara un rayo a ras de la carretera. Dicen que lleva un foco en el casco, como el de los mineros, que enciende al descabargar y que te ciega. Es curioso que no haya venido nunca por aquí. Atracar atracó todos los alrededores. De Carballo a Santa Comba, de Santa Comba a Cee. Pero por aquí no pasó nunca. Quizás desprecia las bajas recaudaciones. Ésta es una carretera secundaria, que ya es mucho decir. Cuando llega este tiempo, yo creo que se borra del mapa. Más que una gasolinera solitaria parece una plataforma marítima. ¡Mirad el oleaje de los eucaliptos esta noche! ¿Escucháis la furia del temporal en el tren de lavado? ¿A que la pradera tiene algo de mar arbolada?

No puedo largarme porque, si me diera por ahí, justo a las doce aparecería el jefe. No falla. Podría venir antes, pero no. Éste estira los minutos. Si por él fuese, me tendría aquí toda la noche atado a una cadena por si viniese el demonio a repostar gasóleo. La que ya pasó fue la furgoneta de las chicas de alterne. Las van repartiendo por los clubs de carretera. ¡Qué pena que hoy no parase a repostar! Al principio, no era capaz de mirarlas. Me daba corte. No sé. Siete u ocho mujeres ahí metidas, muy morenas o muy rubias o las dos cosas, con aquellos ojos tan grandes, de nieve negra o así. Me hacía el ocupado, viendo correr los números en el contador. A veces pienso en los kilómetros de vida. La vida de las personas es como la de los coches. No sé si

me siguen. Hay coches con muchos años y pocos kilómetros. Eso quiere decir que duran mucho pero vivieron poco. Yo tengo pocos años, pero, desde que trabajo aquí, tengo la sensación de que viví la tira de kilómetros. La gente, una pareja joven, por ejemplo, se detiene y el conductor te dice con alegría: «¡Lléname el depósito, por favor!». Bien, pues estoy dándole kilómetros de vida. Echas cuentas: ¿Qué harán con todos esos kilómetros? ¿Cuántas veces follarán en la ruta? ¿Escucharán la Vaca del Viento en Fisterra o a Jarbanzo Negro en la Feria del Queso de Arzúa? Y otras veces es al revés. Alguien te entrega un billete arrugado y te dice con voz ronca: «¡Para lo que dé!». Parece que está pagando muy barato un tramo último, decisivo. En este caso sirves el combustible con algo de remordimiento.

Cuando para la furgoneta de las chicas de alterne, con sus ojos de nieve tizón, yo no sé qué sentir. Echo mano de la Reserva de Kilómetros Extraños, una mezcla de superexcitación y diésel de vergüenza. Menos mal que me dejé crecer mucho el pelo, melenas que me protegen de las rachas heladas. Si no, ellas verían la intensa fluorescencia colorada de mis orejas, esa enfermedad profesional del mozo de gasolinera.

Al volante de la furgoneta de las chicas de alterne va un hombre con un mostacho que parece un matajuntas sobre la boca y dos bolsas oscuras bajo los ojos, como si guardase en ellas miradas caducadas. En el otro asiento delantero, a veces va una de las mujeres y a veces va la propia noche allí sentada. La última vez que pararon, la joven que iba delante me sonrió. Llevaba polvo de estrellas en los párpados. Y yo recogí y guardé aquella sonrisa con la esponja de limpiar el parabrisas. Fue una cosa rara. Nadie te sonrío en esta carretera, como si hubiese una señal de prohibido.

Esas luces no son las del coche del jefe. Qué va. Un camión frigorífico. Dos hombres en la cabina. El copiloto consulta el mapa. «¡Lleno!», escupe el conductor cuando le doy las buenas noches. Abro la tapa del depósito. Me dispongo a llenarlo de kilómetros helados con pálido olor a peces muertos.

¡No puede ser!

El instinto me aconseja que permanezca en calma. Una ojeada al contador. Silba. Eso es.

No, no puede ser.

Otra vez los gritos ahogados. Los golpes. Hay alguien ahí dentro,

golpeando en las paredes de la cámara frigorífica.

Haz como que no oyes. Él mira por el retrovisor. Lo veo de reajo, por las persianas de las melenas.

Disimula. Silba. Claro que...

Si silbas, es peor. Otra vez los golpes. Las voces. Más fuerte. El golpeteo desesperado dentro de la cámara.

Hay gente ahí dentro.

No puede ser.

Le tiemblan las manos. Se equivoca con el cambio. Un acto de valor en el momento decisivo. Entre las cortinas deshilachadas de las guedejas, intenta fotografiar con la mirada al conductor. Éste, de arriba abajo, toma la vuelta: «¿Algún problema, chaval?».

Una mirada al compinche como quien dice: «¡Venga, hombre! Tenemos faena. Trae las tijeras, la máquina de esquilar y el desatornillador. Vamos a ver qué es lo que tiene en la cabeza este chaval. Desatornilla aquí, en la tapa del cráneo. ¡Así que era esto! ¡Una placa fotográfica! ¡Me habías hecho una foto sin permiso, cabrón! ¿Y por qué has tardado tanto en llenar el depósito? ¿Qué hacías ahí detrás? ¿Eres curioso, eh? ¿Te gusta meter la picha en todos los culos, verdad? ¡Fíjate en lo que hay aquí! ¡Justo al lado de los neurotransmisores de la Asociación de Ideas y de la Ruta Encefalográfica de los Sentimientos y del Sistema Binario Prestación / Denegación de Auxilio! Justo ahí, ¡una grabación! Veamos el título. ¡Ajá! *Las voces de la desesperación frigorífica*. Sentenciado, chaval. ¡La cagaste!».

No, ningún problema. Gracias y buenas noches. Incluso consigue forzar una sonrisa boba.

Cuando por fin llega el jefe, frotándose las manos, dedos activos contra dedos pasivos: «¿Qué, cómo fue todo? ¿Pasa algo? ¿Te comió la lengua el frío? ¡Hostia, chaval! ¿Qué le pasó a tu pelo? ¿Qué es lo que miras con tanto miedo? ¿Me oyes? ¡Me cago en ningún dios! ¡Muévete! ¡Estás helado!».

Próxima la música de un walkman, el monótono bramar del mar de los árboles. Más todavía, él se sumerge y bucea hacia un profundo hogar.

La limpiadora

Tenía dos relojes despertadores. Uno en la habitación, sobre la mesilla de noche, pequeño y de metal macizo, que emitía un sonido intermitente, bajo y penetrante, una señal acústica de aparato clínico que en el sueño era un punto verde que iba y venía como una rana menuda en la charca de la luna. El otro, el que dejaba en el suelo del pasillo, al otro lado de la puerta de la habitación, era grande y estruendoso, como suelen ser los relojes baratos. Estaban cronometrados con una diferencia de cinco minutos. Al primero, lo aplastaba como si fuese un bicho, con la vana esperanza de que el tiempo se detuviese. Pero el segundo repicaba sin compasión y, somnolienta, se levantaba y lo acallaba de una palmada, como si fuese un perro inquieto.

Cogía el primer metro, en Dollis Hill. Había otras mujeres a las que saludaba con una complicidad amodorrada. Con el tiempo, a lo largo de los años, había ido conociendo una especie de red secreta. Limpiadoras de casas, de oficinas, de tiendas, de grandes almacenes, de hospitales, de cines, de escuelas, de museos. Del Parlamento, en Westminster. Entre ellas, podrían describir el mapa oculto de Londres, con sus rincones y escondrijos. El Londres del desaliño, con sus manchas, sus lanas de polvo bajo las camas, sus papeles difuntos y envases vacíos. Su basura. Había conocido de todo, incluso la aristocracia más cutre, pero también se había encontrado con hogares cálidos, que parecen limpiarse solos, como hace con las calles la bayeta de la lluvia soleada. «¡Se casan los lobos!», se exclamaba en su tierra cuando ocurría esa cosa tan linda, el cruce de lluvia y luz.

Así era la casa que le tocaba ahora, en Chelsea, después de limpiar el 12 Bar Club en la calle Denmark.

Abría la puerta, descorría las cortinas de la sala y los objetos de adorno,

entre los que abundaban las figuras y las máscaras africanas, talladas en marfil o madera oscura, parecían desperezarse, lavarse con la luz húmeda y saludarla: «¡Se casan los lobos, Raquel!». La parte de atrás de la casa daba a un pequeño jardín, con un césped de corte perfecto, recortado al fondo por una rocalla que ascendía en terrazas, como el acantilado de una isla que esperase la embestida de un mar verde. Había algo más que le hacía agradable la estancia. Estaba siempre sola. El primer día, la mujer que la contrató le mostró la casa y le enseñó el funcionamiento de los electrodomésticos. Al moverse, y lo hacía con una enérgica desenvoltura, parecía ejecutar una tabla gimnástica. Era esa clase de mujer madura que mantiene a raya el buril de la edad y el torno del peso, que se entrena aparte en la carrera contra el tiempo. Raquel pensó que había algo en ella de la misma materia que las figuras de la sala. Llevaba gafas. Unas gafas de lentes gruesos que, lejos de avejentarla, y con su pelo rubio y corto, peinado hacia atrás con gel, le daban un aspecto de nadadora que había atravesado la noche a braza.

En realidad, el retrato de aquella mujer lo había ido perfilando con el paso de los días. Le llamaban mucho la atención las notas en papel *post-it*, amarillas, adheridas en el espejo del cuarto de baño. Un día leyó: «Creían en la verdad, pero sólo la usaban en casos de emergencia». Otro: «Escarlata O'Hara no era bella, en realidad, pero los hombres no se daban cuenta». Un día: «Si eres hombre, pon la mano en la llama». Y al siguiente: «Me encanta jugar con fuego».

Todas las notas tenían el mismo tipo de letra. La letra de la mujer que le dejaba sobre la mesa de la cocina algunas instrucciones escritas. Un día tuvo que repasar el papel una y otra vez para ver si había comprendido bien: «Por favor, hable con las plantas».

Era cierto que algunas de las plantas estaban marchitas. Sobre todo, una flor de Pascua. Las regaba y mantenía cerca de las ventanas. Con las tijeras de cocina, con delicadeza, podaba las hojas secas. Pero ¿qué les iba a decir a las plantas? ¿En qué idioma les hablaría? ¿Y si aquella mujer estaba loca?

Miró fijamente hacia la flor de Pascua. Melancólica. Los nervios contraídos de las hojas. Un color de ictericia apagaba su esplendor rojo. Y le dijo: «¿Qué? ¿Tienes frío, bonita?».

Escucha. Voy a contarte una historia.

Era una chica que decidió emigrar el mismo día en que su antiguo novio se casaba con otra. Sólo sus padres sabían que estaba embarazada. A nadie más se lo dijo y ellos guardaron el secreto. Había asumido que tenía mala suerte. No sólo ella sino toda la familia. Había un destino de carácter que marcaba, como blasón en el entrecejo, cada casa de la aldea. Había los mañosos, los juerguistas, los avaros, los rebeldes, los traidores, los justos o los mentirosos. Incluso había una casa en la que había pasado algo que no se podía contar. Su familia era muy normal. Simplemente, era la de la mala suerte. Su padre, huyendo de la mala suerte, había trabajado una temporada en el mar, pero tuvo que dejarlo. La fama de los hombres corre a veces por delante de ellos. Así que cuando llegaba a un puerto ya le veían cara de mala suerte. Cuando el novio la dejó, ella no le fue a pedir explicaciones, pese a la dolida insistencia de la madre.

Escucha. Hay cosas por las que jamás hay que pedir explicaciones.

Así que se marchó. Su intención no era propiamente emigrar sino desaparecer. Apartarse para siempre de los raíles de la vía de la mala suerte. Lo primero, desde luego, era no tener la criatura. Nadie a quien traspasar los recibos. Entre las direcciones de Londres, llevaba la de una clínica. En principio, vivió en la vivienda de una prima que había emigrado cinco años antes, en 1969, y que vivía en Cornwell Crescent. Un día, un día luminoso como éste, se sentó en un banco en Queens Park. Estaba cansada de haber subido la cuesta de Ladbroke Grove desde Portobello. Al lado de un seto de mirtos, había un chiquillo muy silencioso, al acecho de no sabía qué, con una botella entre las manos, con la boca tapada con el pulgar. Tenía el pelo rojizo y con pecas de manzanilla en la cara. Mordía los labios al andar sigiloso. Por curiosidad, siguió de reojo sus movimientos de chaval felino y se dio cuenta, estremecida, de que lo que el niño hacía era cazar avispas vivas. Ella conocía bien el uniforme de las avispas. Su abdomen amarillo. Las listas negras. Su aguijón.

Cuando el chaval se acercó más, ella le preguntó, con las cuatro palabras de inglés que sabía, que cuál era su nombre. Y entendió Ismael.

Se quedó sin pensar. También ella tenía pecas del color de la manzanilla. Se llevó la mano al vientre y dijo: «Bien, Ismael o como te llames. ¡A ver si

eres capaz de cazar avispas vivas con las manos!».

La casa de las gaviotas

«¡Francisco Reis, estás preciosa!» La voz de mi madre sonaba como un altavoz de la Tómbola de la Caridad. Yo me tapaba los oídos.

—¡Mira qué guapo va!

Pero yo no quería mirar, no. Escondida en el rincón más oscuro del cuarto, acurrucada entre las muñecas como la más atónita de ellas, escuchaba las llamadas y las risas de mi madre en un todo mezclado con el chiar y el andar de zancos de las gaviotas en el tejado, justo sobre mi cabeza. Mi madre, venga a reír, me buscaba y tiraba de mí señalando victoriosa hacia delante con la barra de labios.

—¡Venga, nena, no te avergüences! ¡Pero si está bárbaro, está chévere, nuestro cabezón!

Y allí estaba él, muy serio, mirándose a un espejo que era incapaz de abarcar el cuerpo entero. Yo tenía la impresión de que todos aquellos postizos, los pechos, la peluca, las pestañas, los pendientes, los adornos todos, eran conscientes de su falsedad e intentaban huir de él.

De mi padre.

De mi padre que, ignorando mi horror, mi desconsuelo, mi desengaño, gira con torpeza sobre los zapatos de tacón para levantar, ¡cielo santo!, el vuelo del vestido blanco. Porque éste era el año que le tocó ir de Marilyn. Estoy viendo las tiras del traje de bailarina, ceñidas como cinchas a sus musculosos hombros de tritón. Cuando yo quería presumir con las amigas, les enseñaba la foto en la que él aparecía en el selecto grupo de los nadadores coruñeses que habían sido capaces de ir a nado por las frías aguas del Atlántico hasta Ferrol. Pero en ese momento, como de hecho así fue durante muchos años, estaría dispuesta a renegar de mi padre.

—¡Eh, Rosa! ¿No es ése tu padre?

Y yo, sin querer mirar: «¿Quién? ¡Tú estás loca!».

—¡Perdona, chica! ¡Se parecía tanto!

Ése fue el Año de la Caperucita Roja. ¡Dios, qué vergüenza! Claro que era él, con sus dos colegas, Diego Mouriz, de lobo, y Clemente Paderne, de abuelita. El miércoles de Ceniza. Tres días sin aparecer por casa. Estaban sentados en un banco del Jardín Romántico de San Carlos. Mi padre comía con ansia un sándwich. La gran cabeza inclinada, los lazos de las rubias trenzas de la peluca de paja besando el suelo. Podía escucharse el roce del envoltorio de papel de plata con las púas aguzadas de su barba. Con la falda colorada recogida sobre las rodillas, dejaba ver los pololos blancos con cenefa de encaje, confeccionados con esmero por mi madre, y en contraste grotesco con las peludas piernas del tritón.

Mi padre tenía la costumbre de disfrazarse de mujer en carnaval.

Aparte de eso, no era un tipo especial. Lo que llevaba normalmente sobre los hombros era la seriedad. Cuando me acompañaba de paseo, iba dos pasos detrás y serio, muy serio, como un guardaespaldas. Yo lo miraba desde abajo y me sentía a salvo de todos los peligros. Tenía esa cabeza grande, portentosa, algo inclinada hacia delante como si le pesara la seriedad. O quizás esa inclinación era la consecuencia de la mirada diagonal del tritón que se hizo peluquero. Sus ojos vivos y profundadores, incrustados bajo la cornisa de la inmensa frente, detectaban de inmediato cualquier imperfección. En algún momento de debilidad, conseguíamos que nos hiciera el número del cabezudo. Ponía los ojos en blanco, el dedo índice soportando el peso de la testa en la punta de la nariz, y componía la efigie tambaleante de un frankenstein. Todos reíamos, pero nadie tanto como mi madre. Ella reía y reía. Había una canción que hablaba del cascabel de tu risa. Pues ese cascabel lo llevaba puesto mi madre.

La seriedad de mi padre no era algo que él pretendiese corregir, sino que procuraba perfeccionar con el paso del tiempo en la línea El Hombre Más Serio del Mundo. Tampoco era un producto de la edad. Era serio ya de joven. Una corta temporada trabajó de camarero y lo dejó, según decía, porque no soportaba que le llamasen Pssssh u Oiiiiiga. Por supuesto, ser camarero era para él un oficio tan serio como incomprendido por el común de los mortales.

Él hablaba de la hostelería como una de las bellas artes. Para ser un buen camarero hay que tener los brazos de un batería de jazz, las piernas de un bailarín y la mirada de un fotógrafo. Pero, vamos a ver, ¿a quién le gusta que le llamen señor Psssh o míster Oiiiiiga? Fue entonces cuando conoció a mi madre. Porque hay otra cosa que se ignora de los camareros: El amor puede llegar a ser una enfermedad profesional. El camarero debe evitar el cruce de miradas con la clientela. Cuando ella no se daba cuenta, le hacía retratos con sus ojos de paparazzi. Y después, cuando cerraba el local, se sentaba en la misma mesa que ella había ocupado y revelaba aquellas fotografías en la penumbra.

Ese camarero con ojos de paparazzi y la chica morena, agitanada, de largas melenas rizas, que leía novelas en un rincón de la cafetería A Barra, tras la nube y el estruendo bélico de los jugadores de cartas y dominó, formaban parte, como un cuadro invisible pero bien impreso, del decorado de la casa de las gaviotas.

Cuando él se hizo barbero, de alguna forma inauguró un estilo. Por decirlo con sus propias palabras, no era de los que tocaba música en el aire con las tijeras ni hacía contorsiones de acróbata alrededor de la silla. Tampoco era un espectáculo como conversador. Mi padre sostenía que hay poca gente más indefensa que la que se pone en manos de un peluquero o de un dentista. Él se concentraba en la operación, cortaba el pelo con la distancia sobria de un delineante sobre la obra. De triunfar su escuela, sería la de la seriedad, la conquista paciente de las proporciones, la confianza que irradia quien jamás hará maravillas pero tampoco provocará desastres. Pasado el tiempo, debo decir que fracasó. Quedó confinado, a la defensiva, solo con los fieles, en el pequeño local con dos sillas y un espejo, sin otro reclamo que las diagonales franjas blancas, rojas y ultramar pintadas en el marco de la puerta, como la señal de una antigua logia, sin atreverse con el letrero en neón de «peluquería unisex» en el que tanto le insistía mi madre.

Pero llegaba el carnaval y mi padre se transformaba como una oruga. Nunca lo encontraba desprevenido. Lo esperaba de Mona Lisa pescadera, de Madonna portuaria, de Folklórica o Moderna, pero siempre en lencería femenina, y su estampa de mujer fatal dejaba una estela de pasmo en las aceras de la ciudad.

Mi madre sí que era algo especial. Había un suceso que ya formaba parte de la leyenda familiar. Ocurrió al poco de casarse, cuando yo ni siquiera era un pedido en los grandes almacenes de la nada. Mi padre había ido al estadio de Riazor con los amigos, a un partido de fútbol del Deportivo contra el Real Madrid. El campo estaba abarrotado de gente. El Madrid salía como favorito, pero había esa atracción de reeditar la historia de David y Goliat y que el pequeño tumbase al poderoso. La sorpresa tomó cuerpo. El equipo local se había crecido bajo la lluvia, plantaba cara en el barrizal. Lo que contaba mi padre es que había un silencio muy tenso, al acecho, cuando ya faltaban pocos minutos. Todos los ojos tras la bola del destino, pestañeando con la brizna de la esperanza. Y fue entonces cuando desde los altavoces de la torre de Maratón salió aquel aviso.

«Comunicamos al señor Francisco Reis que se ponga en contacto urgente con sus parientes por asunto familiar grave.»

Parecía ahora que todo el estadio esperaba en un silencio de pésame que se levantase Francisco Reis. Mi padre también oyó el nombre. Pero lo oyó como si llamasen a otro. Miraba alrededor con la esperanza de que se levantase alguien llamado Francisco Reis, y que se abriese paso con el rostro pálido, desencajado, en dirección a las Malas Noticias. En vano esperó a que se levantase otro Francisco Reis. No lo había. Mi padre, así lo contaba, se desdobló aquella noche en el estadio. Una parte de sí miró hacia la otra y le dijo: «Tienes que tener valor, tienes que levantarte y mantener el tipo. ¡Llaman por ti!». Él vio el rostro del miedo, del pánico, en los amigos. El estremecimiento de pensar que pudo haber sido por ellos la llamada. Todo eso pasó en segundos. Todo el estadio sintió el pánico hasta darse cuenta, uno por uno, que ellos no eran Francisco Reis.

Francisco Reis se sintió fatalmente único. Identificó aquella voz, la del locutor oculto en la torre de Maratón, que leía las alineaciones, la publicidad y los avisos urgentes, como la voz del Más Allá. Se levantó, atravesó la grada, la multitud de cabezas sincrónicas como una plantación de girasoles orientándose hacia la luz cambiante del balón, y fue a la búsqueda de una cabina telefónica, porque entonces, y tampoco hace tanto tiempo, no había móviles. El dedo indeciso en el disco de marcar. Había demasiada información en ese mensaje tan simple. Hablaba de contactar con los

parientes. Temió que si llamaba directamente a su mujer, a quien acostumbraba a tratar como Mi Corazón, qué horror, no saldría su voz sino la de una grabación de la compañía, «No existe ningún teléfono con esa numeración», o que el aparato se descolgase solo y se escuchase un silencio teñido por los reproches obscenos, afilados, hirientes de las gaviotas.

Pero, al final, llamó y allí estaba ella, con el cascabel de su risa.

—¿África? ¿Qué pasa, Corazón? —preguntó con angustia.

—¡Que te quiero mucho, Francisco Reis! ¡Que quiero que vengas a deshacer la cama!

Y añade la leyenda familiar que aquella llamada fue mi principio.

El ático en el que vivíamos era para mí como el puesto de grumete en un barco. Cuando el hombre del tiempo señalaba la borrasca de las Azores penetrando por Galicia en la península ibérica, su puntero señalaba justo nuestro ático. Había un falso techo de madera y encima, el tejado de uralita, pero la casa no terminaba ahí. Estaba la vecindad de las gaviotas con su alboroto, con sus pleitos sin fin, peleando por el territorio justo encima de nuestras cabezas. Y con sus idilios. Para nuestra desgracia, hacían sus indigentes belenes en los canalones, tapando a veces los desagües. El nuestro era un hogar cálido lleno de goteras. El remate venturoso, pero accidentado, de una serie de cuadriláteros superpuestos que cada noche transmitían sus peleas y escupían por las persianas las raspsas de luz de los televisores para alimentar el hambre insaciable de las gaviotas.

En nuestra casa no se rompían platos. Supongo que mis padres se querían de verdad porque, con el paso de los años, nunca llegaron a las manos. Cuando yo tendía la ropa por la noche, el patio de vecindad transmitía a menudo combates de boxeo, atenuados los golpes por el timbal de las televisiones. Y en vísperas del carnaval, como en una primaveral renovación de complicidades, mis padres preparaban en silencio, dejándome al margen, el disfraz de mujer.

—¡Pero mira qué guapo!

Mi madre tiraba de mí para ir juntas a la calle de la Torre y verlos de comadres a los tres, a mi padre, a Clemente y a Diego, contoneándose, meneando la figura entre el río de gente, hasta desembocar en el Campo da Leña. Ella riendo y yo ardiendo de rubor y rabia, rezando para que no pasaran

mis amigas (*¿Es tu padre, Rosa? ¡Sí, es mi padre! ¿Pasa algo?*), y escuchando impotente las chanzas de los mirones.

—¡Cómo le pega ése a la cumbia!

—¡Qué pinta de putón verbenero!

Y el regreso a casa era siempre igual. Cuando llegaba, parecía una de esas figuras descompuestas del arte abstracto, que ahora tanto me fascinan, un molde descartado del Génesis. Los zapatos de tacón permanecían pegados a él por esa extraña fidelidad que nos tiene el calzado. Las carreras de las medias. El sujetador caído, perdidas las tetas postizas, mostrando por fin en el amplio escote la pelambreira del pecho de tritón. La peluca de rubia en la mano, apretada como una cabellera arrancada en combate por un indio de las películas del Oeste. La voz ronca. La derrota.

—¡Pero, nena, no te avergüences!

Y mi madre, riendo, todavía bailaba con él, en el lento surco del vinilo, una de Nat King Cole, envueltos los dos en un brazo de gaviota, haciendo garabatos en la piel de la noche con la lengua y la pintura de los labios.

El año en que decidieron que yo era lo suficientemente grande como para quedarme sola con las gaviotas, mi madre se disfrazó de Gran Gatsby, así le llamó, y salió por su cuenta con un traje de tela blanca, la corbata escarlata, el postizo de un bigote recortado y una visera que le recogía la catarata en rizos de su pelo. Era muy buena modista mi madre. Su máquina Singer era lo único que acallaba a las gaviotas.

—No te preocupes. Si llego tarde, llamaré.

Pero no llamó. Yo me quedé dormida delante del televisor, tumbada en el sofá. Me despertó el teléfono. Era mi padre. El amanecer devolvía las rasgas de luz por las persianas.

—¿Y tu madre? —preguntó él. Afónico. Angustiado. Lo imaginé en la cabina con el ceño fruncido de una mujer muy seria.

—Está dormida —mentí—. Llegó muy cansada.

—¡Es que esto cansa mucho, nena!

Fui a su habitación y me acosté sobre la cama, sin deshacerla. Sentí una extraña paz. Las gaviotas, no sé por qué, se calman al amanecer. Desperté años después. Los estoy viendo. El Gran Gatsby y Marilyn bailan descalzos en la sala, cosiéndose los cuerpos, con esa tendencia a la proporción que

tienen todas las formas del universo, incluso las ruinas. Pincho en el tocadiscos aquella canción francesa que tanto les gustaba, *Le temps de vivre*, les sonrío y me echo a volar escaleras abajo porque se está haciendo tarde.

Espiritual

Ahí está. Fíjate.

Redujo la velocidad y ella pudo leer en voz alta el texto de la valla publicitaria.

«El mundo dice: Ver para creer. Y yo os digo: Creed en mí y veréis. Firmado: Dios.»

Pues sí. Era cierto. Una valla publicitaria sin otra identificación. La firma de Dios. Letras en negro, de tipo gigante, sobre fondo blanco. Había otras tres vallas de semejante tamaño, en letras de colores y con fotografías, pero que casi pasaban inadvertidas al lado de la valla de Dios. Bien miradas, completaban un rompecabezas: Un Seguro de Vida, un Hipermercado y una Residencia de la Tercera Edad.

Deberían retirarla, dijo el conductor de la ambulancia, un joven con el jersey de la Cruz Roja. La gente se despista, se sale del carril y choca con los que vienen en sentido contrario. Como si condujeran con los ojos cerrados. Ya van media docena, por lo menos. Accidentes mortales. Se lo dije a uno de los guardias que hacía el último atestado: ¡La culpa es de los anuncios de Dios! ¡Vaya a ver!

¿Y qué hizo?

Fue a mirar. Al leerlo, quedó medio grogui. Se lo noté. Es lo que les pasa a todos los conductores. Pero no hizo nada, supongo. El anuncio sigue ahí. Y habrá más accidentes, más muertos. ¡Ya verás!

Quizás no quiso informar contra Dios, opinó la doctora. ¿Qué le dirían sus superiores, los que están en los despachos?

El joven se rió: Eso fue lo que pensé yo.

¿Tú tienes que ver para creer?, le preguntó ella, peinándose con los dedos.

No. Yo creo sin ver.



Virgen de la Serpiente (detalle), Caravaggio.

¡Pues qué tonto!, exclamó ella. Y sonrió al paisaje.

Venían de regreso del hospital, de dejar a un accidentado. El asfalto se estrechó monte arriba y en la ladera galopaba, escapando del oeste, una yeguada de nubes azules con malva y bronce en las ancas.

El joven disminuyó la velocidad casi a la de un caminante. Sabía que ella se iba a fijar en aquella casa. Era como si estuviese hecha en hiedra. Las ventanas eran ojos cerrados con pestañas verdes y el tejado, un manto de esos pequeños helechos que llaman hierba dorada, donde sobresalían los campanarios púrpura de las dedaleras. Pero la chimenea echaba humo y, en la era, un hombre cortaba leña con una macheta.

¡Esa casa! ¡Para un momento!

No. No puedo parar del todo.

¡Qué lugar más hermoso!

¿Te parece bonito?

¡Un sueño! ¿A ti no?

Esa casa, esa casa tiene una historia. Cuando un niño pregunta, se le dice que no se puede contar.

Ya. Una casa de fantasmas.

No. Aquí no existen los fantasmas. Eso es un invento moderno.

¿Endemoniada?

Eso puede ser.

Pero ¿qué pasó en esa casa?

En esa casa, nada. Pasó en Buenos Aires.

¡Cuántas vueltas das!

Se dice que el hombre que vive en esa casa mató a su padre. De una puñalada. *Fue en la esquina de las calles Cabello y Coronel Díaz.* Así dice el relato que corrió por aquí. Con esas palabras.

¡Qué horror! ¿A su padre? ¿Ese hombre que vimos pasar?

La verdad es que lo mandaron, como quien dice, con la sangre en el cuchillo. El padre emigró y se había aprovechado el viaje para que llevara una gran arca llena de encajes con la encomienda de venderlos. El trabajo de meses y meses de muchas mujeres. Pero de él nada se supo. Nada. No envió ni un peso. Cada vecino de la comarca que emigraba llevaba el encargo de investigar. Pero nada. Ni una huella del vendedor de encajes. La familia vivía con ese baldón, con esa vergüenza. Cuando el hijo se hizo mozo, tan pronto tuvo la edad, se embarcó y se marchó a la busca del padre. Regresó muy pronto. Él, por su boca, nunca contó nada. Traía una cicatriz. Eso es todo.

Pero ¿es cierto o no que mató al padre?

¡Yo qué sé! Yo no lo vi.

¿Ves? Quizás ocurrió justo al revés y el que murió fue él. Quizás ése es el padre.

No está mal pensado, dijo el joven. ¿Sabes una cosa, lo más curioso de todo? Es la única persona en la que de verdad confían los vecinos. Desde que comenzaron los robos de los santos para venderlos a los ricos Europa adelante, él es el custodio de las imágenes. Ahí está la Milagrosa, la que

camina sobre las nubes. Y ahí está la Virgen de la Serpiente, la que le enseña al niño a pisar la culebra del mal.

No sabía que existía esa Virgen.

Pues aquí está. Las dos son bien lindas.

¡Me gustaría verlas!

¡Acabas de llegar y quieres ver todo!

Todo.

Cuentos de un invierno

La llegada de Ingrid

Despertaba, a veces, con un rugido que venía de Dumbría y atravesaba la noche. A veces, el rugido pasaba de largo, con ese escándalo que hacen los monstruos cuando van de vacío. A veces, se detenía. Yo sabía que se iba a parar porque reconocía su resuello al tomar el desvío y subir con el alegrón la loma hasta nuestra casa. Cuando era así, cuando el monstruo entraba jadeante en la explanada, y quedaba un rato resoplando, enojado por el asedio de *Puskas*, yo sentía venir una corriente de aire que subía por las escaleras, seguía a grandes zancadas por el pasillo y hacía tambalearse todas las cosas de la casa. Tenía miedo de que tirase abajo la puerta de mi cuarto y me arrastrara en remolino como un huracán con garras hasta una gigantesca cámara frigorífica. O algo así. Pero era un temor pasajero, que desaparecía sin más cuando escuchaba la voz alegre, cantarina y amistosa de Ramón acallando a *Puskas*, después de mandar a dormir a su camión Pegaso. Las cosas volvían a su sitio. La corriente de aire, ahora suave y táctil como la brisa que mueve las sábanas del tendal en la explanada, me acariciaba la cabeza, trepaba por las láminas de la persiana y columpiaba mis sueños.

Ramón era muy amigo de mi padre. Como hermanos, decían ellos. Ya lo eran de chicos, cuando jugaban juntos al fútbol en el Sporting Rivés. Y juntos, después de los partidos, iban a los salones de baile. Tanto en el campo de juego como en el baile eran conocidos por el mote de Dúo Dinámico, por esa casualidad de llamarse Manolo y Ramón, igual que la famosa pareja de músicos, y por esa amistad tan fuerte que tenían. Era un sobrenombre que les divertía y que recordaban siempre con un brindis cuando se celebraba algo. Los estoy viendo. Más bajo y moreno mi padre. Rubio y alto Ramón. Remangados. La camisa desabotonada por el pecho, dejando ver sendas

cadenas doradas y con un crucifijo arfando en las olas del vello. Sonríen, alzan los vasos, se miran a los ojos: «¡Viva el Dúo Dinámico!».

Chelo, mi madre, se suma al brindis: «¡Sí, sí, viva el Dúo Dinámico!».

Me parece que todavía se ríe más que ellos. Y es que es muy sonriente. Incluso cuando está triste, con esa nube que a veces la persigue, como si llevase un lote de niebla sobre la cabeza, e incluso cuando llora, su cara no obedece y dibuja una sonrisa.

Mis padres, al casarse, se fueron a vivir con mi abuela, la madre de Chelo. Mientras la abuela se ocupaba del establo y de la huerta, mi abuelo había sido cristalero, y la mitad de la planta baja de la casa, apartada del pueblo, pero muy amplia y cerca de la carretera —«bien situada», ésa era la expresión—, estuvo ocupada como almacén y taller de cristalería. Y cuando yo era pequeña todavía se guardaban allí grandes cristales apoyados en caballetes, que le daban la forma algo inquietante de un oculto campamento de cabañas transparentes. En realidad, la cristalería no se había cerrado del todo. Mi madre sabía el oficio. Lo había aprendido de mi abuelo sin él quererlo. Sólo con mirar, un día tras otro. Así que, de vez en cuando, ella todavía atendía algún encargo. Yo la acompañé al pueblo a reponer la luneta rota de un comercio.

—¿Sabes qué es lo que corta el cristal?

No. Todavía no lo sabía.

Ella me enseñó aquella punta casi invisible, como si fuese el mecanismo secreto de la vara mágica de un hada.

—Es un diamante.

—¿Un diamante?

Cuando cortaba el cristal, su mirada concienzuda trazaba la línea adelantándose milímetros a la punta del diamante y yo sentía la corriente por dentro, un escalofrío que me abría en dos. Ella apretaba los labios y, con el canto de la mano, de un golpe exacto pero contenido, partía la parte sobrante. Para mí, el verdadero rostro de mi madre es el que estoy viendo desde el otro lado del escaparate, mientras ella limpia de la nueva luneta las huellas impresas en masilla de sus dedos.

Mi padre trabajaba en la construcción como escayolista. Pasó de la blancura de los cielos a las tripas de la tierra. No es ninguna metáfora que se

me ocurra ahora. Lo decía él riendo, como si fuera el estribillo de una copla popular. Se marchó a Alemania, tentado por una oferta de trabajo en la minería, cerca de Colonia. Según el reclamo laboral, no había nada que dudar. No podía perder esa oportunidad. Se ganaba en un año lo que aquí en diez. La idea era estar una temporada, cinco o seis años, y ahorrar. ¡Ahorrar! Y después irse para la ciudad y comprar como socios un garaje y alquilar las plazas. Echaron esas cuentas optimistas una noche en el comedor. Y hubo un brindis. Y a continuación jugaron una partida de baraja. Porque marcharon los dos amigos. Manolo y Ramón. El Dúo Dinámico.

Aquella noche recuerdo estar al principio muy triste. Después, acabé riendo. Acabé riendo por la forma tan graciosa que tenían de jugar a las cartas. Petaban en la mesa al echar cada naipe y decían juramentos y pecados como si estuvieran peleando de verdad. Sin embargo, era todo una comedia. Y mezclaban dichos muy chistosos y sin sentido.

—¡Te voy a hartar de almejas! —gritaba Ramón.

—¡Con Dios tiembla Toledo! —respondía mi padre.

Se fueron. Era verdad que se iban. Poco después, la abuela cayó enferma de eso que llamaban y todavía llaman «una grave y larga dolencia», y mi madre se dedicó a cuidarla, además de atender el ganado. Porque vender las vacas sería interpretado por mi abuela como una señal del fin, ella que todavía rezaba por un milagro. Vendió, eso sí, los cristales que quedaban en el almacén, y aquel día que vinieron a buscarlos me pareció que marchaban con docenas de retratos de mi madre sonriente.

Al cabo de ocho meses, Ramón tuvo un accidente en la mina y volvió de reposo. No había sido muy grave, por suerte. Había llevado un golpe en la cabeza y roto unas costillas. A medida que curaba, el susto creció dentro de él y, finalmente, decidió no regresar a Alemania. Había tenido un sueño. De la brecha de la herida, decía en broma, salía una golondrina, y él se levantó y la siguió hasta llegar a la boca. Y allí le dijo: «¿Sabes el camino de tu casa? Lo sé». Pues tarará que te vi. Con los ahorros, se hizo con una camioneta de segunda mano y comenzó a recorrer la comarca como transportista. Fue una buena idea. Un año y pico después ya se atrevió a comprar a crédito un camión nuevo. El Pegaso de Ramón.

Está ahí, en la explanada. Tiene una avería. Anda, pero hace un ruido

extraño. *Puskas* olfatea al monstruo. Mea en sus llantas. Después, se desentiende y se tumba al sol. Ese gesto del perro tiene cierta importancia para mí. Detiene el tiempo. Sus patas, delante y atrás, forman un paréntesis. Ramón le pide a mi madre unos paños y los extiende sobre el suelo. Son paños blancos. Ramón desmonta una rueda. Y luego otra pieza. Después me dice: «¡Vas a ver lo que hay!». Y me enseña el cilindro con el juego de bolas de acero: «Hay una que está mal. Una picada. Sólo una». Abre la boca, hace un gesto de payaso y señala con el índice hacia dentro: «¡El camión tiene una muela picada! Y cuando pasa eso, le pasa lo que a las personas. Hace mucho ruido. Es lo más importante que pasa en el mundo. Todo gira alrededor de esa nada».

Lava las bolas en gasolina. Las limpia y las seca con uno de los paños blancos. Una a una. Con delicadeza. Pone la última a contraluz. Brilla. Lanza destellos. Ramón desvía la mirada hacia la ventana de la cocina. Detrás del cristal, mi madre sonrío.

Para venir en Navidad, este año, como el anterior, y el otro, mi padre coge un tren que tardará dos días y dos noches en llegar a la estación de San Cristóbal en A Coruña. Ramón irá a buscarlo y yo iré con él. Ramón ya está abajo, tomando un café en la cocina, me dice mamá cuando viene a despertarme. Claro, pensé, Ramón ya está en casa desde hace tiempo. Llovía mucho. Diluviaba. Pero yo había oído muy bien la carraspera del Pegaso, su ronco murmurar, y los ladridos empapados de *Puskas*. Era así. Cuando llovía, ladraba con hastío. En noches como ésta, era la luz de los faros del Pegaso, que entraba por las rendijas de las láminas de la persiana y hacía una escalera de sombras en la pared, era esa luz la que ayudaba a oír, como si por ella gatearan los sonidos, también el cuchicheo de bienvenida de mamá en la puerta, un saludo que más se oía cuanto más bajo era dicho. A mí me pasaba igual cuando jugaba al escondite, que no quería que me oyesen, pero la garganta me traicionaba y gritaba mucho: «¡Quien quiera salir que se esconda!».

Ahí está mi padre, en la ventana. El tren viene muy despacio, pero parece que no se va a parar nunca. Todo ese tiempo es para pensar. Lo que se piensa, pesa. Pienso que mi padre está más viejo de lo que era. Quiero decir, que pasó más de un año desde hace un año. Por ejemplo, ha perdido mucho más

pelo en este año que en los otros años juntos. Se nota todavía más porque el pelo que conserva, muy peinado y húmedo de brillantina, trata de tapar la calva. Su piel se ha blanqueado hacia la palidez, como si se apoderara de ella el reflejo en el aguamanil. ¿O son las ojeras lo que causa esa impresión? Creo que sonrío con menos ganas que otras veces, pero puede que sea una idea falsa ya que, por el contrario, su abrazo es mucho más fuerte. Es un abrazo que me alza del suelo y que me hace girar como en un carrusel.

Manuel y Ramón se dan primero la mano y después un abrazo. Un abrazo rápido, con palmadas en las espaldas, como las que se dan los hombres. Ramón intenta llevar la maleta más grande. Manuel no la suelta. Ramón insiste en llevarla. Manuel lo aparta, sin brusquedad, pero con firmeza.

Me gusta ir en la cabina del Pegaso. Ahora voy en el regazo de mi padre, mientras Ramón conduce. No llueve como por la noche. Lo que hay es una niebla muy densa. El Pegaso se abre paso con sus rugidos. Me gusta ir dentro de este ruido. El día se va despejando, van emergiendo las cosas y las personas en los bordes de la carretera. No hay casi tráfico. Parece que es nuestro camión, el Pegaso de Ramón, el que va dejando por el camino fardos de luz para reponer el paisaje y que todo va quedando atrás más claro que antes de nuestro paso. Miramos hacia delante, no hablamos, estamos concentrados, ponemos todo nuestro tesón, toda nuestra energía en el trabajo que estamos haciendo: el de abrir el día.

Cuando ya se intuyen las montañas con corona de roca que miran hacia el mar, y con la niebla huyendo en yeguada dispersa tierra adentro, mi padre me dice: «Esta vez te he traído un regalo muy lindo».

—¿Y qué es? —le pregunté, sabiendo que no iba a responder.

—Es una cosa muy linda. Casi tan linda como tú.

Puskas nos recibió saltando con furia delante del morro del camión, tratando de detenerlo con rabiosos ladridos. A mi padre le hizo mucha gracia. Ahora sí que reía como antes, y me pareció que esa alegría le devolvía juventud y hacía renacer matas de pelo. Mamá salió a la puerta. Ahora éramos nosotros, Manuel, Ramón y yo, los que estábamos dentro de una ventana. Ramón paró el camión y *Puskas* dejó de ladrar. Brincaba y jadeaba excitado, deseando vernos salir de una vez del interior del monstruo. El primero en bajar fue mi padre y el perro daba vueltas a su alrededor, le lamía

las manos y agitaba el rabo en un recibimiento que conmovía. Y entonces saltó Ramón de la cabina. *Puskas* giró en redondo y corrió hacia él. Le lamía la cara.

El regalo de mi padre era una preciosa muñeca de ojos azul cielo y pelo rubio y largo, recogido en una coleta. No era gorda ni trenca como las de aquí. Era esbelta, delgada y alta, y vestía un jersey de lana jaspeada con cuello cisne y pantalones muy ceñidos. Lo más sorprendente de todo es que era una muñeca que hablaba. Yo había oído decir en la escuela a las otras niñas de padres emigrantes que había muñecas de ese tipo, que podían hablar. Pero una cosa es oír hablar de ellas y otra muy distinta oírlas hablar. Metías la mano por debajo del jersey, por la espalda, tirabas de una anilla, la soltabas, y era entonces cuando oías hablar a Ingrid.

La primera vez que habló Ingrid todo lo demás quedó en silencio. La tenía mi padre en sus manos y la colocó mirando hacia nosotros. Estábamos en la explanada, delante de casa, como para una foto: Ramón, mi madre, *Puskas* y yo. El Pegaso, detrás.

—¿Qué ha dicho? —preguntó mi madre.

—*Ich liebe dich, Liebst du mich?*

—Sí, ya. ¿Y eso qué significa?

—Dijo «Te quiero» en alemán. Te quiero. Eso dijo.

—¡Qué complicados son los alemanes! ¿Hay que hablar tanto para decir «Te quiero»?

—Bueno. Primero dice «Te quiero» y luego pregunta si me quieres: «¿Me quieres?». Yo te quiero, ¿tú me quieres? Eso es lo que dice. Las dos cosas.

Mi padre repitió, mirando hacia ninguna parte, como si hablase solo: «*Ich liebe dich, Liebst du mich?*».

Después de la comida, Manuel y Ramón jugaron a la baraja. Mi madre puso encima de la mesa una botella de coñac sin empezar. Una botella envuelta en una red dorada. Aunque me repugna el coñac, me gustaría beber de esa botella. Los hombres se echaron dos copas y comenzó la partida.

Yo esperaba que mi padre dijera aquello de que con Dios tiembla Toledo y que Ramón soltase riendo lo de que iba a hartarlo de almejas. Pero esta vez no decían nada. Petaban, eso sí. Golpeaban fuerte en la mesa cuando tiraban las cartas, una encima de otra. ¡Pan! ¡Pan!

Ingrid repetía su frase como el estribillo de una canción. Pero, siendo tan guapa como era, su voz sonaba como una plegaria.

Yo le decía, para tranquilizarla, que sí, claro que te quiero, mujer.

—*Ich liebe dich, Liebst du mich?*

—Sí, sí. Te quiero, te quiero.

Otro trago. Otra partida. Llovía de nuevo. Una llovizna muy gris que la noche había enviado de avanzadilla.

—*Ich liebe dich, Liebst du mich?*

—Ya te lo he dicho mil veces. ¡Qué pelma eres! ¡Te quiero, sí, te quiero!

—¡Anda, nena! —dijo mi padre, muy serio—. Vete con la muñeca para arriba.

Y subí hacia mi cuarto. La vi por la puerta entreabierta. En su dormitorio, mamá limpiaba los cristales del ventanal con un paño blanco. Lo hacía de una forma concienzuda, obsesiva, como si limpiase manchas invisibles. Desde abajo, por las escaleras, subía el eco de los golpes, pan, pan, pan, que los puños daban contra la mesa.

Cuando marchó el Pegaso de Ramón, en la anochecida, se oyó primero el arranque, luego una aceleración, y allá por la cuesta, el estruendo del remolque del camión al dar tumbos como si fuera cargado de cristales rotos.

La barra de pan

Tras el entierro, en el cementerio de San Amaro, habíamos ido al Huevito y luego al bar David para brindar por el alma difunta. Había muerto la madre de Fontana. Él estaba muy apesadumbrado, como si el peso de la caja continuase aún allí, en su espalda, y con ese aire de dolor culpable que tienen los hijos cuando se les va la madre. En su caso, la madre había tenido Alzheimer y confundía a su hijo con el hombre de la información meteorológica en la televisión.

¡Mira qué formal está!, decía ella. Y le mandaba un beso soplando en la palma de su mano hacia la pantalla.

Fontana interpretaba aquella desmemoria como una señal de protesta, de acusación indirecta por sus largas ausencias. Estaba soltero como todos nosotros y le iba la bohemia. Le llegó a tener mucha antipatía al Hombre del Tiempo. Hasta que O'Chanel le dijo un día: es que se parece a ti, Fontana. Es igualito a ti.

Y Fontana se puso un traje de chaqueta cruzada como el de aquel Hombre del Tiempo y le dijo: mamá, soy yo.

Ya veo que eres tú, le respondió su madre sonriente. Mucho he rezado para que te dejaran salir de las isobaras.

En la barra del bar estaba Corea. Era un bebedor solitario, que no se metía con nadie. Pero en lo poco que hablaba, incluso cuando quería ser amable, le salían apocalipsis por la boca, que decía con una voz grave, como paladas de tierra. Por eso, cuando se acercó a Fontana, nos pusimos en guardia. Pero Corea le puso la mano en el hombro y le dio un pésame sorprendente: a los muertos hay que dejarles ir. No hay que tirar de ellos hacia abajo. Hay que abrir una teja en el tejado. Y que el alma busque su sitio.

Sin más, Corea se fue hacia la barra, bebió el trago que le quedaba, pagó la ronda y se marchó por la puerta sin despedirse.

Por un tiempo, nos quedamos mudos. Es una hermosa oración, dijo por fin O'Chanel.

La mejor, añadió Fontana pensativo.

Va un brindis por el alma.

¡Por el alma!

Es cierto, dijo O'Chanel. Es cierto que hay cosas que tienen alma. O dicho de otra manera, hay sitios en los que se posan las almas como los pájaros en las ramas.

O'Chanel siempre tenía un cuento en la recámara para tapar los tiempos muertos. Sólo necesitaba un trago para, según él decía, mojar la prosodia. Había emigrado a Francia de joven, en uno de esos trenes que salían atestados de Galicia. Y le había ido bien. Oye, tú, ¡yo colocaba guardabarros en la Renault!, decía como un mariscal victorioso. Incluso contaba que había estado sentado con un filósofo célebre en la terraza de un café a la orilla del Sena y que el filósofo había tomado notas de cuanto él le decía. Por supuesto, aseguraba O'Chanel, antes me pidió permiso. ¡Ése sí que es un país con cultura y educación! Y es que a veces le entraba nostalgia del revés: ¡aún he de volver a París! Un hombre con prosodia allí es un galán.

Yo, una vez, dijo ahora O'Chanel, una vez me comí un alma.

Y miró a su alrededor, uno por uno, como quien pide tiempo antes de ser contrariado.

De niño, en los tiempos del hambre, mi madre me mandó con la cartilla de racionamiento. A ver qué daban. Siempre daban poco, pero cualquier cosa que entrase en casa del pobre era un manjar. Nosotros vivíamos en la aldea, pero no teníamos tierras. Mi padre, ya sabéis, era obrero. Los labradores aún se iban arreglando. Venían los de Abastos, rapiñaban todo lo que podían, pero siempre había algo que echar en el puchero. Pero el nuestro, las más de las veces, sólo tenía un hueso para darle sabor al caldo de verdura. Y éramos muchos en la familia, una rueda de polluelos alrededor de la madre. Cuentas esto ahora y se ríen de uno, pero vosotros sabéis que era cierto.

Pues bien, mi madre me mandó con la cartilla. Me dijo: anda, a ver qué dan.

Salí por la mañana, temprano. Tenía que andar cinco kilómetros hasta Cambre. Dejé atrás la casa, oscura y ahumada, porque las desgracias nunca vienen solas y el fuego arde mal, se hace perezoso cuando no tiene sustancia que cocer. Dejé atrás a mis hermanos, una letanía coral de llanto y tos. Y el día, por fuera, era como la casa por dentro. Con una niebla pegajosa, una roña fría y tristonera que envolvía todas las cosas y se te metía en la cabeza. Había algunos pájaros en ramas y cercados, pero todos parecían estar de luto, ensimismados y con el capuchón fúnebre. El camino estaba enlameado y yo buscaba apoyos de piedra para no empapar los zuecos, pero a veces resbalaba, hasta que el barro me llegó a los tobillos y entonces me despreocupé, y me metía en los charcos adrede, como animal de agua. Por los lugares que pasaba, la gente no parecía verme. Yo decía buenos días, miraban de reojo, pero no respondían a mi saludo. Era un niño invisible.

Así fue mi viaje hacia la barra de pan. Porque todo cuanto me dieron cuando mostré la cartilla fue una barra de pan.

Y volví abrazado a la barra. Para mí, aquel pan tenía el color del oro. Ahora caminaba con mucho tiento, dando rodeos para encontrar un buen paso. Por nada del mundo podía resbalar y echarla a perder. Fue entonces cuando el hambre despertó. Yo la mantenía en vereda, entretenida, adormecida, pero creo que despertó al sentir tan cerca el pan. Y, sin pensar, arranqué un cuscurro. Y lo dejé ablandar en la boca, demorando, sin masticar. Me sabía a todos los sabores. A dulce, a caramelo, a maravilla. Y ya noté que el día estaba clareando, con la niebla que se alejaba, deshilándose en los árboles.

Y los dedos siguieron agujereándole las entrañas, haciendo bolitas de miga. Andaban a su aire, sin que yo tuviese cuenta de ellos, y llevaban las migas a la boca como si fuese otro quien me las diese. Sí que era un bonito día. Nunca había reparado en los colores que tiene el invierno en Galicia. Con las violetas al borde del camino, los tojos que doran los montes, las flores de los nabales como inmensas alfombras palaciegas, las luces de feria en las ramas de las mimosas.

Otro bocado y los pájaros se ponen a cantar. El mirlo, el petirrojo, el gorrión, el reyezuelo, la collalba, el herrerillo, el pinzón, la alondra en lo alto. Alegres parientes que no emigran.

Otro pedazo de pan en el paladar y las campanas de Sigrás que se ponen a repicar. No era un sonido fúnebre, como acostumbraban en aquel tiempo. Era un repique festivo, que recorría los campos como una alborada.

El mugir de las vacas y el canto de los gallos parecían himnos de abundancia y de vida. Un viejo apilaba estiércol en el carro, llenando la mañana de un aroma cálido que olía a las cosechas futuras, a cachelos cocidos y a borona, e incluso a las sardinas del mar.

¡Buenos días, chaval!, dijo Vulto, el viejo vecino que nunca decía palabra. ¡Feliz Navidad!

Aquel saludo cariñoso tuvo el efecto de una bofetada. Vulto era mudo y la Navidad había pasado hacía un mes.

Miré hacia abajo. De la barra sólo quedaba un polvo de harina en el gabán. Ante mi casa, lo sacudí como quien sacude un pecado. Abrí la puerta y una docena de ojos, en aquella cueva ahumada, miró con brillo de ansia hacia mí.

¿Qué te han dado?, preguntó mi madre.

Un pan, dije, una barra de pan.

Para no retrasar más la penitencia, añadí a continuación: me la he comido entera por el camino. Y dejé caer los brazos, acercándome a ella con desazón, deseando que me golpease muy fuerte.

Mi madre me miró de frente, como quien se pregunta en qué momento se estropea la obra de Dios. Pero luego me acercó a su vientre y me secó la cara con aquel delantal que tenía, estampado de flores de manzanilla.

Y mi madre dijo: ¡has hecho bien, hijo, has hecho bien!

El amor de las sombras

No hay problema. A *Dandy* también le gusta el bacalao.

La vendedora de O Rei do Bacallau se inclinó desde lo alto del mostrador y le hizo al perro unas gracias muy adornadas. Besos de pestañas. Caricias de aire.

Guapo. Te gusta el bacalao, ¿eh? Goloso.

Pero *Dandy* es un tipo duro. La miró con indiferencia. Estaba sentado y, finalmente, movió el aspa de la cola con perezosa cortesía, un ángulo de 90 grados en el suelo. Ahora va a decir, pensé, pensó: animalitos, son como personas.

Son como personas.

Con incredulidad, la miró. No soy guapo. Quizá lo fui. Por alegre. Alegre sí que lo era. Sabrosón. Bailaba el vals sobre dos patas con mucha compostura. Digan lo que digan, la vejez es una ruina. Y no me gusta el bacalao, aunque lo prefiero a cualquier otro pescado. Deja en la escudilla una sustancia de cerdo marino. Goloso, sí. Cuanto más viejo, más goloso. Cosas de la cultura, que uno le va cogiendo el gusto. Pero no hay que pregonarlo por ahí, viejo. No me avergüences.

Dandy movió ahora la cola como la aguja de un radar.

Notan que se habla de ellos.

Sí que lo notan.

Y hacen mucha compañía.

Sí que la hacen.

Hora de marchar, *Dandy*. Peligro. La conversación puede derivar. Viejo solitario con perro en Nochebuena. Objetivo apetecible para estampa sentimental. Y cuando ya me despedía, la vi a través del vidrio de la puerta.

Parecía dudar si entraba o no, la mano en el pomo, pero la cabeza vuelta hacia el escaparate. Si yo tuviese tu cola, *Dandy*, la movería como un náufrago el brazo. Ella, indecisa. Como siempre.

Hay que apurar el paso, *Dandy*, porque se va sin entrar. Medirá los pros y los contras. Bacalao, sí, bacalao, no. Las calorías. La sal. Lo venden desalado, nena. Además, te lo prepararía yo. Un milhojas de bacalao al horno. Con lonchas finas de patata cocida. Salsa de cebolla y pimientos verdes. Por encima, una bendición de aceite de oliva virgen. Una pizca de pimienta blanca. Se va.

¡Lore! ¡Lorena!

Tú no sabes quién es, *Dandy*. Tantos años. Ella... no me reconoce. Quita los lentes para ver mejor. La culpa es del ruido, que no deja ver. Ese estruendo de altavoces. Campanadas de villancicos tocadas con el alegre martillo de la crucifixión. Belén, Belén, campanas de Belén. Canciones que empalagan, que empachan las neuronas. Los conspiradores, disfrazados de niños, de ángeles, disparan directo al corazón, *Dandy*. Impunes, año tras año, pulsán cuanto antes el botón del calendario.

Por fin. Por fin me localiza en algún lugar del archivo sentimental. O, quizá, no lo puede creer. Me considera una aparición.

Lorena.

¡No me lo puedo creer!

El barullo se apaga. Los dos en primer plano. Cerca del estanco que hace esquina. Filmándose con intensa demora. Nada de lágrimas. Si filmas, no llores. Nada de abrazos. Llevan las manos ocupadas, y además... ¡Los extras que no miren a cámara! Sólo la estanquera. Eso es. Sólo una mirada. Ella, sí. Es consciente de la trascendencia histórica del encuentro que se está produciendo a escasos cinco metros de su puesto. Unos segundos de luminosa melancolía. Ella sabe de qué va. Por eso, la expresión se nubla un poco cuando baja la cabeza y observa el pliego de sellos de correos que está vendiendo a un cliente. Aquellas cartas. Dios mío. Hace cuarenta años.

Te escribí muchas cartas.

Fui un bruto, Lorena. Estaba en otro mundo.

No. No se dijeron nada de eso. Él iba a intentar explicarse. Pero no. Era absurdo. Necesitaría el tiempo de otra vida. Y ella ladeó la cabeza y borró

todo con la elegancia de una sonrisa. Todo.

¿Es tuyo el perro? ¿Cómo se llama?

Dandy.

¡Hola, *Dandy!*

Parece mentira. No había vuelto por aquí. Por el barrio. Desde que llegué de Allá, nunca. Y mira tú. La primera vez, y mira tú, ya ves, me digo: ¡Capicúa! ¡Pero si es Lorena!

Una sonrisa terminante. La de ella. Una declaración vergonzosa, la de él. Para ponerse colorado. Como ante la ley, cualquier cosa que diga puede ir en su contra. Nota en el paladar las espinas de las palabras más neutras: volver, barrio, aquí, primera vez.

He venido a comprar bacalao. Vivo en la otra punta de la ciudad. Detrás del estadio de Riazor. Dimos un buen paseo, ¿a qué sí, *Dandy?* Es lo bueno que tienen los perros, que te sacan a pasear. Andamos bien de piernas, el *Dandy* y yo.

El bailarín. Muevo el brazo, ¿recuerdas, Lorena?, en la pista de baile del Liceo de Monelos, abarrotada de parejas, atoldada de palmeras. Canta Manolito, de la Orquesta X. Agito el brazo con el pañuelo blanco en la mano, una bandera de conveniencia, y tú correspondes, saltando, en alto los brazos desnudos, valientes. *Te quiero, palabra de honor, y te digo que lo que digo es tan cierto, que vivo soñando tu amor, esperando, esperando con los brazos abiertos.* Y yo atravieso el océano, los remolinos que giran y giran, las olas, las mareas, el olor a deseo del sudor salado y de la colonia barata. Rumbo a Lorena. El uno para el otro, toda una vida y corazón loco, en la sombra brisa de las palmeras.

Debería haber emigrado allí. A ese lugar llamado Lorena, entre canción y canción, y no a ultramar.

Tengo que irme, dice ahora ella.

Mírame bien y escucha de mis labios cuatro palabras que son mi razón: ya no te quiero, ya no te quiero.

Él improvisa. Una manera de retenerla, la comunión del recuerdo: ¡esto cambió mucho!

Mucho.

Es como vivir en el centro. ¡Quién lo iba a decir! Las huertas, la estación

del tren, el río. Desapareció todo.

A veces, dice ella, con las lluvias, el río se desborda por los sumideros. Había anguilas, ¿recuerdas? Ahora sólo es una inmundicia. ¡Menos mal que no se ve!

Acuse de recibo. El rabo tieso de *Dandy*. Hilo directo con el pensamiento.

Lo que hay es una buena tienda de bacalao. Ya tenemos solucionada la cena, ¿eh, *Dandy*? Sí, señor, ¡en Nochebuena, bacalao!

¿Y él come bacalao?

¡Le gusta mucho! Un milhojas de bacalao para dos. ¡Mira cómo baila la cola! Más bien para tres. La guitarra también come.

La guitarra. Se le alegró la vista. Es palabra que no tiene espinas.

Pues yo todavía no sé lo que cenaré. Me gusta el bacalao. Fue lo que siempre comimos en Navidad, pero ahora se me hace muy pesado por la noche. Tengo que ver, tengo que ver. Ahora, sí. Me voy. Me alegro de verte bien. ¡Adiós, *Dandy*!

Y al marchar, directamente a los ojos, cerca y lejos, tierna y dura: parece un buen perro.

La cola de *Dandy*, medio caída, conectada a mi pensamiento.

Y se va. Ahora, sí. Si tú quisieras, Lorena, cocinaría para tres. Hay bacalao de sobra. Lo que pasó, pasó. Como las huertas fértiles, como el río. Como la pista de baile del Liceo de Monelos, como la Orquesta X, como la sombra musical de las palmeras. Todo derrumbado por la vorágine. Un milhojas de bacalao por todas las cartas sin respuesta, Lorena. No lo crearás, pero mi corazón atravesó mil veces el océano en tu busca. Cuando eso ocurría, no tenía papel a mano.

Ridículo. E infame. Un erizo en la boca. Mejor así, mejor callar.

A la vuelta del paseo, sintió un cierto dolor de cabeza que atribuyó al peso del cielo, enlosado en granito atlántico. Y también a la tortura tronante de los villancicos comerciales. Hacia Belén va una burra. El sentimiento de culpa, como el paso de la terca burra. En la marea de gente, alguien que lo hechiza, que abre un pasillo a contracorriente, una joven con walkman y guitarra en bandolera.

Toda la tarde cavilando, sin querer. La idea que no puede apartar. Qué disparate. Qué locura. Qué cursilada. Qué bochorno. Qué maravillosa idea. *Si*

regresara el amor, aquel amor verdadero. Si te pudiera querer con mi ilusión tempranera, si yo pudiera volver a mi fugaz primavera. Sentados, hombre y perro, delante de la televisión. Es curioso cómo distingue *Dandy* la realidad y la pantalla. Se yergue vigilante, ladra, ante cualquier sonido inusual. Odia los taladros. Los martillos neumáticos. Pero no se inmuta con los disparos en la televisión, con los bólidos que chirrían en el circuito y estallan en llamas, con las muchedumbres que huyen despavoridas, ni, lo que es más increíble, con el rugido de un león en la reserva de Bostwana. Si una paloma se posa en el alféizar de la ventana, allá va *Dandy* con toda su cólera, rencoroso por la naturaleza incomprensible del vidrio. Pero la visión en el televisor de *Los pájaros*, que tanto perturbó al viejo, a él no le provocó ni un bostezo.

Hoy, a él, al viejo, hundido en el sofá, con un sueño furtivo, mientras *Dandy* yace a sus pies en la profundidad del propio ovillo, lo inquietan como rachas de viento las frases entrecortadas que le llegan del documental.

El mandril herido por el cocodrilo se interna en los bosques de Bostwana. La hiena manchada toma su misma dirección.

Al levantarse, le duelen los huesos. El calendario tiene los nudillos de un boxeador que golpea la saca del tiempo. El frío blando y pálido del bacalao en el agua. La melancolía eléctrica de la lámpara de la cocina. Abre el frigorífico en busca de las cebollas y los pimientos verdes. Allí está, a punto de caducar, la idea. Tómala ahora o tírala a la basura.

Y ahí tenemos al hombre, en camino, por las calles desiertas de la Nochebuena, pisando las hojas en rojo cuché de los catálogos de Toys 'r' Us. El hombre con el perro, husmeador y farandulero, con el regalo de este paseo no programado. El hombre con la guitarra en bandolera. Con una bolsa de operario donde lleva la marmita con el milhojas de bacalao y también una botella de oporto. En los bares, echan el cierre y algún naufrago en tierra sondea la caridad de la penúltima. La noche va a ser dura, dicen los olmos de Catro Camiños, como si otearan un temporal de motosierras. El hombre agradece la soledad pues peregrina en el tiempo, pero al escuchar el río, el rumor del cauce subterráneo, entubado, siente la zozobra de un desembarco fantasmal. La idea huye en la luz verde del último taxi y lo deja solo, con *Dandy*.

Cuando llega a la casa donde vive Lorena, arrecia ya la lluvia. Es el

primer piso. Pispas desde el portal de enfrente. En la ventana que da al balcón, parpadean las luces de un árbol de Navidad, pero en el mate del techo rebotan los destellos harapientos del televisor.

La idea era cantar. Cantarle como antaño. Si regresara el amor, aquel amor verdadero. Desenfunda la guitarra. Tiene las manos entumecidas. El rabo de *Dandy* se mueve en interrogante. Estamos empapados, compañero. Qué estampa. Mejor será llamar. Sin más. Traigo un milhojas de bacalao, Lorena. Pero el timbre tiene el aspecto inconfundible de los timbres mudos hace tiempo. Y la puerta no tiene aldaba.

Lorena. Más fuerte. ¡Lorena!

Se abre la ventana del balcón de enfrente. Asoma un niño.

¡Mamá! Hay un señor con una guitarra y un perro.

Ahora viene la madre. Mira con incredulidad. Ese silencio que tanto moja en la intemperie. La mujer llega a una conclusión: inofensivos, empapados.

¿Necesita algo, señor?

Venía de visita, al primero. Está cerrado. No escuchan.

Espere, voy a abrirle nuestro portal.

Y cuando baja y abre, entonces sí que se apiada.

¡Por los clavos de Cristo! Están como sopas. ¿Viene a ver a Lorena? La llamaré por teléfono, para que abra.

Implorando con los ojos: ¡por favor, no haga eso! ¡Ni se le ocurra!

Extrañeza. Mucha extrañeza.

Déjeme esperar aquí a que escampe. Sólo eso.

¿Escampar? No va a parar en toda la noche. Irá a peor. Suba, ande, suba a secarse un poco.

No puedo. No puedo dejarlo aquí.

Pues suba el perro. ¿No morderá?

No, señora. Ni a los ladrones. Y menos, mojado.

Al entrar, murmuró: pórtate bien, *Dandy*.

El niño los observa, feliz con la novedad, pero manteniendo una distancia. La madre reaparece con las toallas.

Ésta, que ya está para trapo, puede usarla con el perro. No se quede a la puerta. Pase, pase. ¡Pobre animal! Pasa tú también.

Dandy. Se llama *Dandy*.

¿Dandy? A ella se le escapó una risa. Cierto es que *Dandy* había encogido, había perdido unos centímetros de estatura y de estima con la lluvia. También él. ¿Ves, Lorena? Una de esas ocasiones en que el corazón había atravesado a la otra orilla y lo había dejado al paio. Secó la cara y el pelo.

Debo parecer uno de los del *Titanic*.

Ella volvió a reír. Seguro que le hacía gracia la coquetería de un viejo. Era una mujer muy morena, delgada y resuelta, de ojos grandes y negros, con una punta de brillante grafito que pintaba rápidos bocetos al mirar.

No puede estar así, con esa chaqueta mojada. ¡Va a coger una pulmonía!

Pero. Nada de peros. Al rato, ya traía en las manos otra chaqueta de hombre. Su talla, más o menos.

Y tampoco supo negarse cuando le dijo que se sentase a la mesa. Ellos ya estaban cenando. Asado de cordero con arroz y una ensalada. El viejo se acordó de su marmita.

Es un milhojas de bacalao. Si no le importa, podríamos calentarlo un poco. Ya está todo en su punto.

¡Por Dios! Eso no se pregunta. ¡Bacalao, qué maravilla! ¡Con lo que me gusta a mí el bacalao! De cría, siempre lo comíamos en Nochebuena. Pero estos niños de ahora, ¿sabe usted?, son carnívoros.

El perro también come bacalao. ¿Le importaría que se lo sirviera en la escudilla?

¿Te das cuenta, Antón?, le dijo al niño. ¡El perro come el bacalao!

Pruebe usted, señora, por favor. Va con patatas y salsa de pimiento verde y cebolla. Lo preparé yo mismo.

Eso tiene que ser una delicia.

Cuando iban a dar las doce, la mujer se levantó de repente. Recordó algo que debía ser muy importante. El grafito de los ojos pintó en el aire una picardía.

¡Van a dar las doce, Antón! ¡Se va a ir la luz!

¿La luz?

Miró al viejo como una bruja juguetona y le guiñó un ojo: mi marido está de guardia. En la central de abastecimiento. Es electricista. Nos prometió un apagón para las doce en punto. Va a ser sólo un minuto. Su manera de estar

con nosotros. ¡Venga, venga al balcón! ¡Verá qué magnífico, qué oscuro queda todo!

Y a las doce en punto se fue la luz en la ciudad. Una música de fin de mundo, de lluvia cabalgando en el viento, de río que retorna, abarcó con su fuelle la tierra toda. Fue entonces cuando se abrió la ventana del balcón de Lorena. Pensó con certeza que las sombras se reconocían de un lado al otro del océano de la calle. Cuánto, y con qué dolor, se habían amado aquellas dos sombras. Y era verdad que todo resultaba magnífico, oscuro, los añicos de luz.

El enamorado de María

A mí me había llamado Chefa y yo a Chefa, a mi querida Nora, no le podía decir que no.

Ella sabía muy bien que a mí siempre me tendría dispuesto. Haría cualquier cosa por verla un instante feliz. Estaba pegado a aquel amor imposible como una lengua sedienta, ardorosa, a una barra de hielo.

Sí, me había llamado Chefa y allí iba yo, otra vez, dispuesto a hacer el tonto por ella. Iba de rey mago, de Gaspar, para participar en su belén viviente. Y había cumplido el pedido por completo. Le llevaba un magnífico Melchor, mi amigo Nacho Lamas, el *Sportman*, y un auténtico Baltasar llamado Marcelino, el vendedor de corbatas por la calle. Porque ella me había insistido mucho en que de Baltasar fuese un negro genuino y no un sucedáneo con la cara embetunada. Su voz me había llegado con una excitación juvenil, fuera del tiempo, con aquella ola envolvente, narcótica, de la que nunca seré capaz de librarme. Si se callase un momento, si prestase atención, podría escuchar mi pulso por el hilo telefónico, e incluso el desdoblamiento de los latidos. Me derrotaba siempre, hacía de mí un blando y decadente vate rendido ante el fantasma de una camelia, y capaz, ante ella, de llamarle «rosada aurora» al amanecer. Me pasaré toda la existencia preguntándome el porqué de haber escogido como marido a aquel tipo vulgar y que sólo parecía emocionarse con la caza. Lo único interesante que tenía este hombre era el dinero. En realidad, yo debería estarle agradecido. Ella sólo se acordaba de mí cuando imaginaba la vida como un teatro.

Pobre Chefa. Muy aburrida tenía que estar en el pazo señorial, con blasón de impostor, asediada por los chasquidos de los sueños desamparados, esos insectos que nunca se extinguen. Bueno, esto último era de mi cosecha, pero

con qué placer la imaginaba melancólica o aun sonámbula, con los pies descalzos por las frías losas de piedra, en una fuga secreta hacia el pasado. ¡Yo, el Señor del Pasado!

—¡Ya verás, Martín! ¡Va a ser un belén único, algo nunca visto en Galicia! Participarán todos los aldeanos. Cada uno hará de sí mismo. Labradores, pastores, costureras, lecheras, lavanderas, el zapatero, el herrero, el panadero... ¡Y habrá un Niño Jesús de verdad! Un niño que acaba de nacer aquí, en la casa, hijo de una criada. ¿Quieres creer que la madre se llama María?

—¿Y el padre es carpintero? —pregunté por preguntar, con algo de sorna.

Fue un extraño silencio. Ahora sí que podía escuchar yo sus latidos, un lento y doloroso piano de Satie por sus venas.

—Del padre no se sabe nada —dijo ella, por fin—. María no suelta prenda. Se volvió muda.

Pero pronto Chefa retomó su tono brioso, como si todo en la vida fuese una comedia, y se echó a reír: «¡Bueno, eso no tiene importancia! ¿Qué más da un hombre que otro? ¡Ya le buscaré un padre al niño! O mejor aún, no se lo busco. Lo cuidaré yo, que no tengo a quién. Tu misión ahora es traer a los Reyes Magos, con un Baltasar de verdad. Por aquí todavía hay gente que nunca vio a un negrito».

Y luego añadió ese zarpazo eléctrico de gata, sabedora de que me estremecía: «¡No me falle, doctor Rank!».

De verdad. Repitió esa idea una y otra vez. Todo tenía que ser de verdad. Dar la sensación de verdad. Inventar la verdad. Ésa era la regla. Como cuando estábamos juntos en el escenario del Teatro Rosalía. Son aquellas horas, aquellos breves insertos en que éramos otros, lo que conservo como verdad de mi vida. ¡Éramos bárbaros, fantásticos! Las hojas no se caían del calendario. Éramos unos hermosos y extraños lepidópteros, ignorantes de que las calderas del mundo estaban a punto de estallar de odio. Pero nosotros vivíamos en el escenario. Corríamos hacia el teatro pisando las nubes de la ciudad. Allí, en el Rosalía, estaba la verdad.

—Hablando en serio, ¿os vais a atrever con el gran Ibsen? —preguntó Camilo Díaz cuando le pedimos un boceto de la escenografía.

—¡Sí, señor! ¿Imaginas algo más coruñés que Ibsen? —dijo Chefa

exultante, abarcando la luz de la galería con las alas de su echarpe plateado. Y luego añadió, imparable, con su particular y vehemente precisión—: ¡Somos el sur del norte! ¡Escandinavos de sangre caliente! ¡Los Contradictorios! ¡Estorninos noruegos en las palmeras del Cantón!

Y así fui su doctor Rank en la *Casa de muñecas*, de Henrik Ibsen. Y creo que no hubo otra Nora como Chefa en la historia del teatro. Porque su cabecita era igual, soñadora y alocada. Y quizá tampoco hubo otro doctor Rank como yo. ¡Maldita memoria! Va borrando todo menos aquello. Vuelve cada frase con más nitidez. El tiempo vacía su saco de hojas secas sobre mis hombros.

RANK.— (*Mira hacia ella.*) ¡Hum!...

NORA.— (*Después de una pausa*) ¿Por qué sonrío?

RANK.— Si ha sido usted quien sonrió...

NORA.— No, doctor, le juro que fue usted.

¡Ah, maldición! ¡Nadie murió como yo morí en la *Casa de muñecas*! ¡No hay otro doctor Rank en el mundo entero que haya puesto una cruz tan certera en su tarjeta de visita! Cumplí el mandato de Ibsen más allá del escenario. Cuando Chefa encontró su Helmer, ese hombre mediocre, me fui de su vida como un animal herido. El día de la boda me pidió fuego y encendí su cigarro con un billete de dólar americano. Y marché. Marché como un difunto que tiene la suerte del bacará. Me libré de la guerra, mientras mi país se despedazaba en la matanza. Y sólo volví después de que el mundo reventase por todos los costados. Era otro hombre, de mente fría. Nunca me interesó jugar contra Dios el póquer de la Historia. En la geopolítica, los grandes amos ya habían decidido la suerte de España. Y, en cuanto a mí, me habían expulsado de la enfermiza ficción. Conducía mi *coupe* Packard y compartía el veloz desapego de las ruedas sobre el suelo. Pronto volvería a marchar. Quizá para siempre. El mío era un país condenado a la insuficiencia respiratoria.

Lo que pasó es que me llamó Chefa y yo a Chefa no le podía decir que no.

Así que allí íbamos los tres Reyes Magos en mi convertible camino del belén viviente del pazo de Sirena. Con las vestimentas puestas, para no demorar. Nacho, el Melchor, parecía un Borbón barbado, con la despistada

mirada subida a la torre de su estatura. El más rey de los tres, hay que decirlo, era Marcelino, el vendedor ambulante de corbatas, a quien conseguí contratar como Baltasar sin mucha resistencia por su parte. El vendedor de corbatas, con el colorido muestrario en la percha de su brazo, me comentó, sin darle mucha importancia, que su padre era rey en algún lugar de África. Así que ahora iba en el asiento de atrás, serio, callado, con una majestad antigua, de tal forma que la pelliza del chambo parecía auténtico armiño sobre sus hombros y en la bisutería barata engarzada en la corona pugnaba la voluntad de brillo de las piedras preciosas. Quizá ese lustre surgía de la curiosidad cordial de sus ojos, fascinados por el exotismo de las estampas campesinas que íbamos dejando a los lados de la carretera. Por la ruta de Bergantiños cayeron turbiones de lluvia de tal calibre que parecía que el *coupe* iba a naufragar entre un temporal de pinos, ferozmente sacudidos por olas escapadas del mar de Razo. Las casuchas de piedra, los alpendres, los hórreos, los campanarios, parecían formar parte de un mundo sumergido, en el que de vez en cuando surgían silenciosos seres náuticos, buzos abisales, moviéndose flemáticos en prados submarinos, cubiertos con corozas de juncos o paja o amparados en la mecánica surrealista de los paraguas, como grandes y oscuras medusas. Hasta que, ya metidos en el país del Xallas, se escurrió de repente la tormenta. Era la hora del crepúsculo. Los atados del forraje del maíz semejaban gigantescas tulipas de cansada luz verde. En el lienzo de fondo de Nemancos, el sol se despedía en un rojo coágulo, entre nubes de alquitrán. Deseé: Chefa estaría a la espera desde aquella balconada de piedra barroca que imitaba las curvaturas del tronco reptil de la glicinia, y el claxon ebrio de mi Packard llevaría un alegre rubor a sus mejillas.

Fue en esa luz confusa cuando tuve que frenar de repente. Una frenada violenta que hizo derrapar al auto y casi lo vuelca. Me llevé la mano a la corona y a mi peluca de rey, que me tapaba los ojos. Lo que antes había visto, lo que me había hecho reaccionar, no era una alucinación. Una cuadrilla de hombres de a caballo nos cortaban el paso. Vestían guerreras sucias, pantalones harapientos. Conté que eran cinco, varios con mosquetón al hombro. Uno de ellos gastaba sombrero de alas. No sé el porqué, pensé en una película del Oeste, con soldados confederados errantes después de la derrota. Estuve a punto de gritar: «¡Alto, alto! ¡Hay que repetir! ¡Vuelvan a

las posiciones iniciales!». Pero Nacho Lamas me devolvió a la realidad.

—¡Bandoleros! ¡Me cago en las reglas del marqués de Queensberry!

Nos miraban muy serios desde las honduras de sus rostros enjutos. Las barbas de alambre. De osar acercarse, los murciélagos quedarían clavados en aquellas púas. Hasta que uno de ellos comenzó a reírse. Al poco, todos reían como quien cabalga a horcajadas de la risa. También los caballos relinchaban y reían, reían y relinchaban.

—¡Vinieron, vinieron los Reyes Magos! —se mofó uno de ellos, con cara de randa.

El Gary Cooper del sombrero hizo un adorno con el caballo. Las manos delanteras del animal cabriolaron a la altura del parabrisas. Luego, el jinete descabalgó. Era visible la cartuchera con pistola en la funda. Pero no sacó el arma, sino el sombrero. Sonrió, pero las faltas en la dentadura le dieron al gesto un sentido burlón.

—¡Bienvenidos, majestades de Oriente! Reciban los honores de la Agrupación Guerrillera de Galicia.

—Lo que te dije —murmuró Nacho, en el asiento de copiloto—. Bandidos. La cagamos.

—¡Calma, Melchor! —dije con un suspiro.

—¡Bonita máquina! —exclamó el que parecía ser el jefe, acariciando la carrocería de mi Packard granate—. ¿Harían el favor de salir?

Obedecemos. Mientras, eché mis cuentas. Estábamos en 1951. Hacía un año que yo había vuelto de América. Manuel Ponte, el jefe guerrillero, había sido ejecutado en 1947, cuando ya estaba claro que las potencias aliadas no intervendrían para derrocar a la dictadura de Franco. A partir de ahí, todo había sido una lenta agonía. El maquis estaba en trance de extinción, acosado por batallones enteros, reventado por chivatos e infiltrados, y sólo resurgía en acciones que se presentaban como «bandidaje» en las escasas y veladas alusiones de los periódicos. En esta época de liquidación irreversible, sólo sobrevivía un mito, que andaba en la boca de las gentes como héroe o villano. Un fantasma vivo. Foucellas. Este hombre flaco, salido de una rendija del tiempo y que actuaba con la serenidad del indómito, ¿sería el célebre Foucellas?

Me sorprendió la voz de Baltasar, silente hasta entonces. Consultaba su

reloj de cadena, las manos enguantadas en blanco.

—¡Estamos fuera de hora! La señora Duquesa se va a poner como una fiera.

—Si es un atraco —dijo Nacho Lamas, palpando la cartera bajo la capa—, tengan, esto es todo lo que...

—¡Quieto! ¿Tú eres Melchor, no?

Nacho se quedó pensativo. Todo aquello estaba resultando imprevisible. Al final, asintió: «Sí, soy Melchor».

—Pues a partir de ahora el Melchor seré yo —dijo el jefe—. ¡Dame el traje de rey a ver qué tal me sienta!

El asaltante vistió la gran capa con pelliza, luego colocó el postizo de la larga barba y la peluca. Y, con cierta solemnidad, se puso la corona. Su compañero cascabelero, desde lo alto de la montura, gritó con sorna: «¡Viva el Rey!».

El jefe de la partida, ya coronado rey y muy en su puesto, dio unas cuantas órdenes con presteza. Que desviasen el auto hacia un camino de carros, donde quedaría oculto por altos setos de laurel. Que dos de los hombres armados de mosquetón quedaran custodiando al destronado Lamas. Que nos subiéramos, Baltasar y yo, a las dos cabalgaduras libres. Y a continuación, mirándonos fijamente, y haciendo un gesto de degüello: «Supongo que sabrán ser discretos, caballeros. ¡Marchando!».

Camino del pazo, y más que nada para quitarme el pánico que me causaba montar aquella yegua parda, me decidí a charlar con aquel comandante estrafalario. Al fin y al cabo, los dos éramos reyes.

—Disculpe la confianza, pero ¿no será usted ese al que llaman Foucellas?

—¡Foucellas hay muchos! —respondió él, enigmático.

—Cada vez menos —me atreví a responderle.

Pensé que se iba a enojar o largar un discurso. Pero no. Se calló. Los caballos marcaban en el empedrado un reloj impaciente. Él pareció darse cuenta de mis esfuerzos por sostenerme con algo de dignidad: «Tenga cuidado con esa yegua. ¡Es de mala sombra!».

—¿No irán a cometer un crimen en el pazo? —pregunté, ya en el campo de la osadía.

—Usted calle y obedezca —dijo con voz grave—. ¡No va a pasar nada!

—Entonces, ¿a qué viene esta comedia?

Tiró de las riendas y me encaró, en una brusca maniobra que casi me desmonta. Sus ojos tenían algo de tizón humedecido: «¿Comedia dice? ¿Usted, señorito del carajo, piensa que estamos en el medio de una comedia?».

—No se enfade, pero en ese pazo hay gente a la que quiero mucho.

Me dejó de una pieza cuando respondió: «Pues tranquilo. Estamos a la par».

Después fue él quien llevó la conversación: «¿Usted qué hace, qué hace en la vida?».

—Yo estoy de paso.

—¡Ése es buen oficio, sí señor!

Reímos. Le expliqué que, justo antes de la guerra, había emigrado a Montreal primero y después a New Jersey, en Estados Unidos. Me iba muy bien. No había tenido suerte en el mundo del teatro, pero sí en el arte de vender electrodomésticos. «¡El futuro ya está aquí!», le dije al guerrillero, impostando la voz de locutor publicitario.

—Yo siempre quise ser electricista —dijo él, de repente—. La suma de justicia y electricidad, ¡eso sería la revolución!

—¡Véngase para allá! —exclamé sin pensarlo mucho. Y después añadí por lo bajo—: Se lo digo en serio. Usted es valiente y rebelde. Un hombre así es aquí aspirante a difunto, pero en América hace siempre fortuna. ¡Véngase! Me comprometo personalmente a ponerlo a salvo en un buque en Lisboa. El día de Año Nuevo sale un trasatlántico rumbo a Nueva York.

—Quería ser electricista, pero fui cestero —seguía él con su historia, como si no me hubiese oído—. Es curioso. Si une dos cestas, hace la esfera del mundo. Cada cesta es un hemisferio. Mientras las hacía, las cestas, entrelazaba mimbres como meridianos y ataba los paralelos con cortezas, mucho pensé en el universo y en el sentido de la vida. ¿Se venden bien los electrodomésticos?

—¡Es un milagro! En poco tiempo, cada hogar de América tendrá su nevera, su aspiradora, su televisión, su lavadora... ¡Véngase! ¡Todavía está a tiempo! Alguna vez hay que dar el salto de caballo en el ajedrez de la vida. Y le digo otra cosa: allá las mujeres son hermosas... ¡Y muy liberales!

—¡Aquí tampoco faltan las mujeres lindas! —apostilló con algo de retranca.

—No digo yo que no. Pero ¿qué me dice de América? ¡Aquí la historia ya está acabada!

Pensé que se revolvería contra esa diagnosis, pero me sorprendió de nuevo con una confesión: «En lo que me toca, eso es cierto. Para mí ya no caerán más hojas del calendario. Lo sé muy bien. Sólo tengo miedo de una cosa. La traición. Ése es ahora mi tema. Ya desde pequeño no entendía el porqué de Judas. Aparecía en el extremo de la mesa de la Santa Cena y ya le veía la catadura. Mi abuela decía que había vendido a Cristo por muy poco dinero. ¡Qué manera fea de salir en la pintura!».

—Al parecer, quería el dinero para comprar una finca. Y la compró. Y en la finca había una higuera y Judas se ahorcó en aquella higuera.

—¡Ese Judas era muy del país!

—¡Era!

Ya se escuchaban los villancicos. En la fría noche, entre las vaharadas de los caballos, y con guiño de neón de la luna, llegó como un alegre morse el sonido de las panderetas. Sentía una sensación muy extraña. Una mezcla inquietante de ser a la vez el personaje de un cuento y el eslabón de una tragedia que se me iba de las manos, como la brava montura que me revolvía las tripas.

Cerca del pazo, al seguro del alto muro de piedra, el jefe del maquis hizo un gesto con el brazo y allí quedaron los dos hombres que nos escoltaban. Fuera del portón ya había una rapazada a la espera. Nos miraron pamos y, vencida la incredulidad, comenzaron a dar gritos con alborozo.

—¡Vinieron los Reyes Magos! ¡Vinieron!

Como una niña corría Chefa hacia nosotros por el camino abovedado de los plátanos. Y detrás de ella un coro de gente ataviada de figuras del belén.

Cuando bajé de la yegua, no me fue fácil mantenerme de pie. Ella me cogió de las manos, con un alegre temblor. Había en su mirada, redoblado, ese brillo que yo siempre malinterpreté como promesa.

—¡Qué sorpresa, Martín, qué maravilla! ¡Y a caballo, como si fuese verdad!

—Es que tuvimos una avería —expliqué.

—¡No, no! ¡Es el destino que tanto nos quiere!

—Majestades —dije a Melchor y Baltasar, señalando a Chefa—, ¡he aquí el hermoso destino!

Ellos representaron muy bien su papel. Incluso Melchor le besó la mano.

—¡Venga, venga! —exclamó ella—. El Niño Jesús está impaciente. ¡No deja de llorar!

Y allá fuimos por el vestíbulo hacia el belén viviente. Quedé muy impresionado. La puesta en escena no podía ser mejor. Todo el interior estaba transformado, como un mundo en pequeño metido en una redoma. Caía nieve. Levanté la mirada. En el balcón interior, con los brazos cruzados, en un observatorio en el que no se perdía nada, como un almirante en su puente de mando, allí estaba Pedro Nerio, el señor del pazo de Sirena. Desde ese balcón interior, un grupo de criados vaciaban sacos de plumón y confeti blanco que caían con melancolía sobre nosotros. Me gustaría, por despecho, que Nerio pudiera leer en mis labios lo que ahora yo le decía a Chefa: «¿Sabes que daría la vida alegremente por ti?». Ella, siguiendo el juego, aparentando turbación como en el teatro: «¿Cómo? ¿De verdad?». Y después, claro, se echó a reír.

—¡Vamos, vamos a adorar al Niño!

En la monumental chimenea del pazo, teniendo por techo su gran campana de piedra, allí estaba el Portal de Belén. Y era cierto que antes de ver al detalle la escena, ya se escuchaba el angustioso llorar de la criatura. Melchor murmuró: «Son las pajas que le pican en la piel». Y se adelantó unos pasos. Caminaba decidido, como hipnotizado. El san José era un hombre anciano. De hecho, estaba medio adormecido, sentado en una banqueta. El niño lloraba y pateaba, pero no, no era por las pajas, pues sobre ellas, para que estuviese en lecho suave, habían puesto una piel de oveja. Melchor lo levantó y lo acunó con el balancín de sus brazos. Fui consciente de que a todo Belén le estaba emocionando aquel gesto del rey mago que nada más llegar consolaba al niño. Pero el niño seguía llorando. Y fue entonces cuando Melchor se lo pasó a la madre. A María.

—¡Lo que tiene es hambre!

María. ¡María Santísima, virgen del Cielo, madre de Dios! ¿Cómo no había visto antes a esta mujer? ¿Cómo no me había fijado en ella desde el

primer momento? Si el espíritu de la belleza se hiciese carne, quiero decir, si el espíritu de la carne se hiciese belleza, quiero decir. Era una Madonna campesina con la luz dadivosa de la Flora de Tiziano. Y creo que pensé en ella, en aquella ilustración del álbum de Florencia, porque cada vez que miraba a aquella Flora deseaba con ardor que se dejase caer del todo la túnica de su hombro izquierdo.

Sí. Melchor le entregó la criatura a la madre. Y la madre dejó caer la túnica de su hombro izquierdo, pudimos ver la aurora rosa de su pezón, y le dio de mamar al niño. Y la boca del niño, amarrado a la teta con brazos de náufrago, era la boca del mundo. Un mundo que había dejado de cantar villancicos. Porque nevaba de verdad sobre todos nosotros. Todos sabedores, sin saber, de que algo estaba pasando. Mientras el niño mamaba, Melchor y María no dejaban de mirarse. Todo quedó en suspenso. Y era tal el silencio que sólo se escuchaba en el salón del pazo el sonido incandescente del filamento de los ojos. Deseé quedar para siempre en aquella estampa, ser una pizca de óleo en aquel cuadro. Con el niño prendido del hilo de leche, Melchor y María hacían el amor con la mirada.

Como cuentan de ciertas aves cuando están en celo, ellos no oían ni los pasos del cazador. Pero yo sí. Me di cuenta de dos cosas. Que en la cara de Chefa había dos surcos de lágrimas, aunque no lloraba. Y que arriba, en el balcón interior, uno de los criados musitaba algo en el oído de Pedro Nerio y que a éste se le estaban tensando los músculos de quien otea un peligro o una pieza mayor.

Me acerqué a Melchor y tiré de él. Tiré del brazo con fuerza, sabiendo que estaba desgarrando una estampa divina.

—¡Marchando, Melchor! ¡Marchando!

Él se fio. Y todo se precipitó. Todo se puso de repente en caótico movimiento.

Cuando conseguimos subir a los caballos, ya estaban Nerio y varios de sus hombres disparando con las escopetas desde las ventanas. El señor del pazo dio la orden a gritos de que nos cerrasen el portón, pero cubrieron la retirada los maquis que habían quedado a la espera. Tirada por los perdigones, la corona de Melchor rodó por el suelo. Cuando nos alejamos por los atajos de monte, yo me sentía eufórico no por nada sino porque, con

asombro, vi que dominaba la brava yegua que me había amargado la ida. Es muy fácil satisfacer el orgullo de un hombre. ¡Qué presumido iba yo cuando llegamos a donde estaba el Packard!

No hubo tiempo para las despedidas. Ni yo insistí más con América y los electrodomésticos. Mientras aquel hombre marchaba al galope y se fundía con el bosque, yo pensaba en Chefa, en mi pasión varada en un límite medroso. Los perros ladraban. Mandaban telegramas urgentes por los hilos de la noche, de lugar en lugar, de aldea en aldea, más allá de las fronteras. «¡El amor que lo mueve todo, el sol y las estrellas!», exclamó Baltasar. Y Nacho Lamas, fastidiado y aterido, preguntó: «¿El qué?».

El partido de Reyes

¡Para, Félix! *Son las cinco de la tarde, una hora menos en Canarias.* Eso decían siempre los locutores de Carrusel Deportivo. Y así era Félix, a quien nosotros llamábamos Feliz, porque ceceaba algo y sonreía cuando lo reprendíamos. Una Hora Menos. De chavales, cuando jugábamos una pachanga en el patio de la escuela, no había problema. Lo dejábamos participar y nos divertía su terquedad en perseguir el balón como si éste estuviese imantado y él calzase herraduras, sin importarle que traspasase la red imaginaria de la portería o que la sirena pusiera fin al recreo. Durante un tiempo, él continuaba su atropellada carrera, la cara enrojecida, la respiración entrecortada, y parecía entonces que era el balón quien jugaba contra él, como un burlador, hasta que lo detenía el súbito descubrimiento de la soledad o el redoble de un aviso.

Stop, Félix. ¡A clase!

En verdad, nadie disfrutaba el juego como él. Le iba la vida. Si lo felicitabas por un disparo, ese punterazo al azar que acaba en gol, se abrazaba a ti con un afecto desmedido, abrumador, y te comía a besos, y temías que te lamiese la mejilla con su larga lengua rosada, hasta que lo apartabas y limpiabas el salivado rubor con la manga. A veces, hipnotizado por el rodar del balón, se confundía de equipo, y disputaba la posesión a un compañero. Si le reñías, se quedaba apesadumbrado, y sus ojos rasgados y distantes uno de otro, como los de un batracio, parecían expresar dos desconuelos a un tiempo.

No quiero ser cínico. De críos, a Félix, o Feliz, le llamábamos como insulto Mongol. A mí me borró esa tendencia mi madre de una bofetada en los morros. Y cuando pasó el disgusto, me contó la historia de aquella

criatura que al nacer tenía la piel suave y membranosa de una uva. Fue también entonces la primera vez que oí hablar del síndrome de Down. Tal como yo lo entendí, una cosa era Félix, que era como nosotros, y otra, una especie de duende relojero llamado Down que maquinaba por dentro para cambiarle la hora, distorsionarle el micrófono de la voz y volver áspera y pasa su piel de uva.

En medio de los contratiempos, había algo admirable en el desfase horario de Félix. La misma porfía que ponía en la caza del balón, la empleaba en las tareas escolares. Nuestra caligrafía, por ejemplo, se había ido encogiendo o agrandando, las líneas ascendían o decaían, las letras altas se alzaban más o perdían su altiva cresta, e incluso había quien dejaba la «i» sin su bonito punto, capada, como si la vida empezara a apremiarlos hacia ninguna parte. Él, no. Él perseveraba en un desafío permanente con la perfección, enderechando la escritura por el zócalo de las líneas, inclinándose en las curvas como un ciclista, y ajustando la medida como si a cada letra le correspondiese un crisol natural e invisible.

En pinturas y dibujos, fuese cual fuese el asunto propuesto por el maestro, siempre incorporaba una grúa de la construcción y un tendal. Si era un paisaje marino, él chantaba una grúa entre las olas y donde ataba el tendal, con el otro extremo en tierra, o situaba la grúa en la costa y alargaba el tendal hacia el mástil de un barco o en el pico de un alcatraz, con una ringlera colgante de piezas de ropa que rotulaba fosforescentes en lila o amarillo limón. El maestro le daba vueltas y vueltas a aquella fijación, pero cualquiera de nosotros podía ver su sentido del marketing, la marca inconfundible de Grúas Ferreiro, la empresa del padre, y el magnífico tendal, la espléndida guirnalda, con colchas y alfombras, que su madre colgaba en el balcón. Por lo demás, y durante muchos años, Félix pintaba el mar de color naranja, las nubes intensamente oscuras y ceñudas y un sol verde, grande como una manzana *granny smith*.

Cuando comenzamos a jugar en serio, con partidos concertados fuera de la escuela, Félix no era convocado, pero él se presentaba siempre, avisado por un sexto sentido, y muy animoso tras la silenciosa cuadrilla. Nos hacía sentir incómodos, pero Valdo Varela, el más decidido, muy capitán, le impartía órdenes sin miramientos.

—Tú, Félix, de recogepelotas. ¡Así empezó Maradona!

Y Félix, o Feliz, correteaba atareado por las bandas, con la larga lengua fuera, pero sin descanso, y brincaba los setos tras los balones perdidos con un entusiasmo profesional. Si vencíamos, Varela sabía tener con él la grandeza de un líder: «¡Lo has hecho muy bien, Dieguito!». Pero si perdíamos, lo dejábamos atrás como una oveja coja.

Nuestros partidos, a la manera de los de los mayores, tenían una segunda parte más secreta. En algún cobertizo, tras la tapia del cementerio o entre las rocas de Beiramar, fumábamos los primeros pitillos. Lo hacíamos con mucho paripé, serios y solemnes, como si cada vaharada fuese una firma de notario que adelantase el futuro. Félix se reía. Le decíamos: «¡Venga una calada, campeón!». Pero él lo rechazaba y nos observaba con esa mirada cáustica de quien está de vuelta de todos los vicios.

—¿No irás por ahí con el cuento?

—Con el cuento, con el cuento —repitió Félix, riendo a su manera.

—Pues entonces —se levantó Varela muy violento con el *chester* en la mano—, ¿por qué no fumas, infeliz del carajo?

Félix miró hacia los demás, buscando un noray, pero el chiste ya estaba en marcha. Cogió el pitillo con la mano temblorosa y lo metió en la boca, mordiendo el filtro. Aspiraba y soplabla seguido, sin soltarlo. Estaba atufado, congestionado. El humo le salía por el vidrio roto de los ojos. Hasta que escupió todo, tosiendo, con las manos en el pecho, y Varela le dijo: «¡Muy bien, Maradona, muy bien! Estás hecho un hombre».

Para el día de Reyes, habíamos pactado un partido contra los de las Casas Baratas. El partido del siglo. Una prueba de fuego, aunque el tiempo era de invierno crudo, desterrado el sol desde el San Martín. Los días transcurrían entre diluvios, encogidos como mendigos en una pegajosa anochecida. Nos daba calor el balón. Calentando en los soportales, esperábamos el día con la fe de los cristianos en el calendario, mientras el resto del mundo, pasado el desahogo del fin de año, proseguía, sombrío y entumecido, su rutina.

Hasta entonces, la única relación que habíamos tenido con los de las Casas Baratas era el lanzamiento mutuo de pedradas. Una rivalidad tribal, dictada por el suelo, entre *Vikingos*, ellos, instalados en el arrabal, y los *Madamitas*, como ellos nos llamaban a nosotros, a los de siempre, a los de la

Plaza. Medirse en el fútbol era distinto. Se trataba del honor, fuese lo que eso fuese. Una histórica contienda que nos tuvo ocupados e inquietos toda la semana.

Y allí estábamos el día de la verdad. Con los pies helados y el corazón brioso. La cita era en el campo de Agra Vella, donde jugaba el glorioso Unión Beiramar la liga de la Costa. Había llovido por la mañana, y el campo, a la orilla del río, era un archipiélago, con una calva de arenas movedizas delante de cada portería. Pero nadie iba a recular.

—¿Dónde está Varela?

Nos faltaba uno. Nuestro capitán. Lo retendrían en casa, con alguna labor. Estaría en camino. Hicimos tiempo. Varela era el central. No hacía virguerías, pero era un auténtico destructor. Su voz era como una tercera pierna. Gritaba tanto que teledirigía el equipo y acojonaba al rival. Hasta el balón rodaba aturdido cuando iba hacia él y frenaba antes de llegarle al pie. Por enésima vez, oteé encaramado a la valla de madera. El camino, surcado por el agua desbocada, era como un río desmemoriado.

—El Varela no viene —aventuró Zezé.

Los de las Casas Baratas se fueron colocando en perfecta formación. Callados, la mirada dura, casi todos rapados como si los soltasen del Reformatorio, con los brazos tensados, a punto de desenfundar un revólver invisible. De entre ellos, el que tenía la voz cantante era el guardameta. Lo conocía de vista. Coco liso. Le llamaban Tokyo.

—No va a venir. Te lo digo yo. Le tiene miedo a ese bestia.

—¿Miedo Varela?

Zezé era menudo de cuerpo, pero muy bravo. Fibroso, siempre alerta, mitad ratón y mitad gato, trastornaba el área contraria y era capaz de tumbar a un defensa sin tocarlo, sólo con el baile. Nunca buscaba el cuerpo a cuerpo, el enfrentamiento. Tenía esa cualidad de hacerse respetar de abajo arriba.

—El otro día le hizo un corte de mangas desde el bus y ahora se raja. No va a venir. En el fondo, es un cagón.

Como si nos leyese los labios, desde el campo contrario, a la manera de un pastor que ordena el rebaño, nos gritó el coco liso.

—¿Qué? ¿Jugamos o lo dais por perdido?

Tokyo era un tipo imponente. Hacía por dos de nosotros, pero tampoco

era el más viejo. Al parecer, de niño se fracturó una pierna saltando el muro de la rectoral para robar fruta y en el hospital habían experimentado con él un nuevo complejo vitamínico. Eso era lo que contaban. Ahora, al verlo enfrente, lamenté no haberme roto yo también una pierna.

—¡Nos falta uno! Podemos jugar otro día.

—¡Yo cuento once! —gritó, sarcástico, el gigantón.

Y fue entonces cuando lo vimos, sonriente en la banda, con su balón de Reyes Magos, de estreno, debajo del brazo, en brillante blanco y negro, como un ajedrez esférico, rotulado rombo a rombo por él mismo. Vestía la flamante camiseta de Grúas Ferreiro, caída como una túnica hasta las rodillas, marcando así una barriga en forma de aguacate.

—¿O es que el mongol no juega?

—¡Se llama Down! —gritó Zezé con coraje.

Los propios compañeros lo miramos muy extrañados.

—Tiene nombre, ¿sabes? ¡Se llama Down!

—¿Qué es? ¿Un fichaje inglés? —ironizó alguien en el otro lado.

—Sí. Es nuevo en el equipo.

Zezé llamó a Félix. Él acudió corriendo, excitado.

—Hoy no vas a recoger pelotas. Vas a jugar de titular.

—Titular.

—Sí, titular. Aquí. Con tu equipo.

Le temblaban las piernas. La mirada desdoblada entre el enemigo y nosotros.

—Te llamas Down —le dijo Zezé con firmeza—. Desde hoy eres Down, nuestro lateral derecho.

—Down. Lateral derecho.

—Eso es. Vas a defender. Tú estate ahí, en esa banda. Que no pase el balón. Chuta hacia adelante. Siempre hacia adelante. ¿Entendido?

—Siempre adelante.

—Ahora, fíjate bien en lo que te voy a decir, Down. Es muy importante. No dejes sola tu banda. Pegado siempre al delantero. No lo sueltes nunca. No lo dejes respirar. No pases nunca, nunca, más allá del medio campo. ¿Ves esta raya?

Down seguía la marca, casi borrada por el agua. La rotulaba de nuevo con

los ojos.

—Pues aquí, en esta raya, paras.

Down se quedó pensativo. Parecía calibrar su crédito, la tremenda responsabilidad de asumir un límite.

—Parar en la raya.

—Muy bien, Down. ¡Vamos a ganar este partido!

No. No íbamos a ganarlo. Sufrimos mucho. Pero tampoco estábamos llevando una paliza. Ellos marcaron un gol nada más comenzar. Reaccionamos. El problema era que llegábamos con mucha dificultad a la portería del rival, y cuando lo conseguíamos, el coco liso era, como diría el presidente del Unión, un *muladar* imbatible.

Pero peleamos sin bajar la cerviz. Y entre todos, con la larga lengua fuera, quien más luchó fue Félix, nuestro lateral Down, ceñido al delantero como una sombra. La cara arañada, el labio partido, una costra ocre, de fango y sangre, en las rodillas. No fue esa banda nuestro flanco débil. No. Al revés. Cuando esperábamos el fin del suplicio, Down cortó un pase del contrario y arrancó tras el balón a trompicones, con esa manera atropellada de correr que tenía, desconcertando a los que le salían al paso, avanzando en sorprendentes errores que el balón, como si tuviese vida propia, transformaba en regates.

Y pasó la raya prohibida. Esquivó a tres más, sin mirar para ellos, con la orientación de un ciego, y se plantó enfrente de Tokyo.

—¡Tira, Down! ¡Tira!

Hizo lo más difícil. Intentó driblar al gigante y, de hecho, lo sentó de culo sin tocarlo, pero Tokyo reptó en el lodazal como un cocodrilo y trabó con las fauces de las manos el pie izquierdo de Félix. Era un penalti claro, la máxima pena, pero nadie reclamó. Todos los demás fuimos ralentizando la escena hasta quedar inmóviles y mudos espectadores de aquel duelo. El gigante intentó sujetar la pierna de Félix para derribarlo, pero se le fue escurriendo. A la desesperada, agarró la bota, que le quedó en las manos como un pez muerto. Liberado del cepo, tambaleándose, Félix avanzó hacia la meta. Lo veíamos a cámara lenta. En aquel tris inconcebible, los postes y el larguero de eucalipto, mal pintados, con la memoria reverdecida de la antigua piel, formaban un arco del triunfo en el horizonte. Había dejado de llover. De entre las nubes, salió el efecto especial de un haz de luz que parecía enfocar al

héroe. Había surgido también de improviso la pirotecnia del arco iris y pisábamos en las pozas las serpentinas caídas de aquel cielo poco antes pavoroso.

Creo que los de las Casas Baratas y nosotros comprendimos en ese momento, de alguna manera, lo que el viejo párroco, el iracundo don Pedro, llamaba el Estremecimiento Divino. Después de la representación de la pasión de Cristo en la Semana Santa, nos interpelaba con el displicente sarcasmo de quien trata con una tribu de paganos irre recuperables: «¿Habréis sentido al menos el Estremecimiento Divino?».

—Eso sí, don Pedro.

Nos daba mucha risa ver al concejal Bartal vestido de centurión romano, con la panza de un buey, las piernas trencas al aire, impartir órdenes por un megáfono: «¡El buen ladrón que tire ese puro! ¡En la cruz no se fuma, hostia! ¡Es un *ultimato*! Educación, señores, ¡me cago en el infarto del Sagrado Corazón!».

Félix y el estremecimiento. Los sentimientos tienen días. Oyes hablar de ellos. Están ahí, como una simiente. Hay sentimientos que no nacen nunca, que sólo los conocemos de oídas o los imaginamos. Recuerdo esa escena, por otra parte cómica, como el día en que reconocí la emoción. La sentí de verdad. Una planta que trepaba por los pulmones, por la garganta y hacía cosquillas en los ojos.

Iba a meter un gol, con el monstruo derrumbado a sus espaldas y un halo de luz que se refractaba en la camiseta de Grúas Ferreiro. Lento, lentísimo. El resto, espetados como esfinges de terracota. Pero entonces fue cuando noté una corriente de frío en las turbas del cerebro, que replegó la planta de la emoción. Un presagio. Un fatídico presagio.

No pasar nunca la raya. Nunca.

Y en efecto. Félix se clavó con el balón a un paso de la meta. Miraba ese su balón de estreno, el balón de Reyes, todo sucio, empapado, convertido en un recuerdo de guerra. Iba a llevárselo a las manos. Yo intuía, sabía, que ahora iba a cogerlo con las manos sin rematar la jugada. Los de las Casas Baratas se rieron. El grandullón Tokyo, el guardameta *vikingo*, se irguió de nuevo. La realidad dejó de rodar a cámara lenta.

—¡Tira, Down!

—¡Tira, Félix!

—¡Tira de una puta vez!

Me salió el grito de los adentros, un gallo distorsionado y ronco que nunca antes había oído.

—¡Pasa la raya, Félix! ¡Pasa la raya!

Entró, entró. Félix apañó el balón del fondo de la red, lo limpió con las mangas, y volvió cabizbajo, cojeando, sin recoger la bota, con la cara arañada, con su labio partido. Hacia fuera, la larga lengua rosa, como el pico de un cisne. Corrí hacia él. Lo abracé. Esos ojos rasgados y separados. Ese respirar entrecortado. El vapor de su boca en la anochecida. Su barriga de aguacate. Revolcados con él en el suelo. Ese beso de saliva y carmín de sangre.

El cartero de Papá Noel

Le gustaría que la mano fuera un peine para acariciar el pelo de la niña. No por nada lascivo. Aquel peine imaginario estaba hecho con púas de su infancia. El recuerdo de la hermana al peinarse los domingos por la mañana era una de las pocas treguas en la historia de su mirada. Pero, a propósito de miradas, el cartero de Papá Noel recordó la del jefe de personal de los grandes almacenes. Era la típica mirada marca El Escudriñador Receloso. Marca La Pillada del Subordinado. La sintió todo el día como un alfiler de una etiqueta clavada en la espalda. El jefe vestía de arriba abajo el traje de una cautela gris, admonitoria, como si quisiera acentuar el contraste con la falsedad de los postizos que llevaba la cuadrilla de los carteros de Papá Noel, contratados temporales. «Nada de confianzas. Es suficiente con una sonrisa, ¿entendido?». Luego murmuró, en un tono menos hostil, como si hablase por otro canal: «Vivimos tiempos raros y la gente anda con la mosca detrás de la oreja».

Risco se sintió, por un instante, culpable, un estafador como el Hombre del Saco. Miró sonriente hacia la madre e hizo un gesto de saludo mientras el fotógrafo disparaba la polaroid. Era guapa, la madre. En realidad, al sentir el cuerpo ligero, el de la niña que se había sentado confiada en sus rodillas, él estaba pensando en el encanto alejado de la mujer que correspondía a su sonrisa, pero sólo a medias, con una curva, la de la sonrisa, un poco melancólica. Quizá ella estaba pensando en otra cosa. En un lugar paradisíaco. En otra vida. Lo mismo le ocurría a él. Al cartero de Papá Noel.

La niña era la última de la fila, así que Risco decidió tomarlo con calma. Por su trono había desfilado durante ocho horas una multitud de chiquillos. La mayoría, nerviosos, tartamudeando, y colorados como cerditos

amenazados por un lobo. Él preguntaba de forma automática, siguiendo el guión que les había dado el jefe en el apurado adiestramiento.

¿Qué tal te portaste este año?

¿Fuiste bueno, buena?

¡Seguro que sí!

Dime, ¿qué regalos vas a querer por haber sido tan bueno, buena?

Anda, habla, sin miedo.

¡Pero si traes la carta! ¡Magnífico! Mucho mejor, así no me olvidaré.

Los niños también parecían responder a un parco guión escrito, con monosílabos, aunque algunos no conseguían soltar ni pío, ahogados por la emoción. O el miedo. En algunos de esos momentos, Risco sintió la sensación de que aquel escenario tan falso iba a estallar como ocurre en los filmes de dibujos animados con algunos grandes pasteles de merengue que ocultan un petardo. Había otros chicos más desenvueltos. Y también, unos cuantos mocosos realmente descarados que se acercaban a él con el mirar pillo y con ese brillo a bala de plata que tiene el desprecio.

—Tú, en realidad, no eres el cartero de Papá Noel —le espetó uno de aquellos resabiados.

Risco mantuvo la calma, en principio, y respondió con una sonrisa asesina muy profesional. El manual de instrucciones indicaba que en estos incidentes había que reaccionar con un soborno preventivo. Entregar a los insolentes un puñado de caramelos. Y eso hizo. Pero, al final, cuando el chinche marchaba, el cartero de Papá Noel le dio, con mucho disimulo, un pellizco invisible.

—¡Tú eres un *pringao*!

El chaval le había dado en el centro de la diana de la humillación, pues no había ningún insulto que le enfadara tanto como ese de *pringao*, que lo hacía sentir como una nulidad pegajosa. Aquella molécula satánica parecía conocer su mente y la forma de trastornarla, como el sargento de instrucción que le había tocado en desgracia durante el servicio militar.

—No eres cartero ni nada —remachó aquel demonio angelical—. Lo que eres es un payaso y una mona.

—Lee bien mis labios, mamarracho —murmuró Risco sin perder la sonrisa—. Como te agarre fuera, hago de ti un excremento de burro.

Pero esta muchacha, la rubita del cabello alisado, tenía unos ojos lindos y nada de maldad. «¿Qué regalos quieres por haber sido tan buena? Seguro que has sido muy buena este año, ¿a que sí?». Ella quedó pensativa, con la boca cerrada. Como hechizada por las barbas. Risco aprovechó para echar un vistazo hacia la madre. Y, en ese juego de ir y venir, la niña crecía con el cuerpo de la madre en su imaginación. «¿Y si fuese desnuda bajo el abrigo de pieles?», fabuló sobre la mujer. Tenía ahora la sensación de haberla visto antes, de notar aquel hechizo en otro momento de su vida. Pero eso le pasaba al cartero de Papá Noel con casi todas las mujeres. A lo largo de toda la jornada había estado alerta, tenso. Ni siquiera había ido al aseo para no separarse de su querido saco. Ahora sentía un sosiego placentero, el convencimiento de que su proyecto había sido genial, e incluso llegó a compartir aquella felicidad atávica de una multitud que compra adornos y perfumes. Ese placer de pasar a poseer. Esa extensión. Y también él rozó como si fuera un fardo de mágicos amuletos el gran saco donde depositaba las cartas para Papá Noel.

—Tienes que abrirla —le dijo la niña, por sorpresa, cuando le entregó la carta. Llevaba un aparato de corrección bucal.

—¿Quieres que la abra ahora? —preguntó él con extrañeza—. Sería mejor que la abriese el propio Papá Noel.

—No, no. Ábrela tú, por favor.

No le gustaba nada aquella armadura del color del plomo que aparecía de repente en las encías y bordeando los dientes. Le pareció que aquellos alambres lo devolvían a la más dura realidad. Y Risco había decidido no volver nunca a la dura realidad.

—¡Vaya, vaya! —dijo él, aparentando un cordial interés, y mientras abría el sobre ilustrado con las bayas rojas y las hojas verdes del acebo—: ¡Ajá! El juego de Zaraida, la Bruja Adivina. ¡Muy bien! Un walkman y los casetes de Laura Pausini y Bon Jovi. ¡Perfecto! Un cachorro de alaska malamute. ¡Buena idea! ¿Sabes que a mí también me gustan mucho los alaska malamute? Y además...

Risco sintió un escalofrío, un relámpago helado fustigaba su cuerpo. La niña era ahora una bomba adherida que lo hacía temblar. Tenía la sensación de que si la muchacha hiciese chascar la funda metálica de los dientes todo

saltaría por el aire.

«Y además...», decía al fin la carta a Papá Noel, «hay que devolver lo que no es de uno. Antes de que cante el gallo».

El cartero de Papá Noel miró hacia la mujer madura con ojos de castrado. Recordó. Sí que la había deseado antes. Era una de las empleadas del Don, una de las hermosas Mariposas de la Noche, el secreto e intocable harén del capo Ciempiés. Y todavía recordó más. Aquella preciosidad era una conexión misteriosa con «el otro lado». La mujer del agente Lapela. Nada más y nada menos. Una mensajera de lujo. Notó su sonrisa helada como un estilete en la lengua. La niña saltó del regazo de Risco y corrió al lado de la madre.

—Dile adiós al cartero —dijo ella.

Risco respondió al saludo con un gesto de títere. Por lo menos, y a pesar del escozor que le causaba, la espesa barba postiza le sirvió para ocultar el colorado rabioso de la cara.

Por los altavoces dieron aviso de que se acercaba la hora del cierre. Toda la gente parecía poseída por una urgencia loca. También Risco escuchó las campanadas silenciosas, el avance aplastante de las agujas. Cuando se dio cuenta, el cartero estaba solo, sentado en aquel sillón de patas torneadas, sobre una tarima con moqueta granate, como un comediante derrotado. El fotógrafo y los dependientes había desaparecido sin despedirse. «Muertos de hambre», pensó Risco, «no volveréis a verme el pelo».

Su mente estaba trabajando. Tramaba. Estaba seguro de que en la puerta de salida del personal habría algún gorila del capo Ciempiés para seguirlo y mantener una cálida sesión de «amistad» a tortazo limpio. Su única ventaja era que ellos no podían sospechar cuál era el escondite de la preciosa mercancía. Se levantó como un resorte, ató el saco con energía, lo abrazó como un tesoro y se metió entre la multitud que abandonaba los grandes almacenes como si huyese del incendio de los relojes. Nadie pareció fijarse en él. Era la hora de pirarse para todos. También para el cartero de Papá Noel.

Se subió al coche en el aparcamiento y salió zumbando. Puso el radiocasete. Aquélla era la canción de Roy Orbison que lo había venido acunando desde hacía días.

Trabajando todo el día

y el sol no brilla

¡El hijo de puta de Ciempiés! Él está podrido de dinero y monta esta comedia por unos kilos de mierda. Toda la vida jugándome el pellejo por él. Eres el mejor, Risco. No hay piloto de planeadora como tú. ¡Si te dejaran participar, serías campeón de motonáutica! Los niños te admiran. De mayores quieren ser Risco, el as del mar. ¿Sabes una cosa? Te envidio, Risco. Yo soy el que manda, el que tiene el poder. Pero tú eres mi héroe.

Y una mierda.

Oigo la lluvia caer,
toda la noche caer y caer

Llovía. Risco acarició el cobertor del volante. En comparación con la lancha motora, con la rudeza de las fugas en el mar, aquel coche deportivo era como una botella de cava rodando en terciopelo. El soñado Ferrari, la primera compra después de darle el palo al Ciempiés. ¡Que se fastidie! Nadie sabe lo que es pilotar una motora por los límites de la ría. La del mar es una carretera muy jodida. A los cuarenta años tienes los huesos desencajados. Es como correr todo el tiempo en un féretro trepidante. Procurando no hacerte astillas contra una batea mejillonera. En las vísperas de Nochebuena, en la gran descarga para dar abasto de «harina» a las finas narices de oro en las fiestas más cristianas, Risco decidió que se había ganado a pulso un fardo del negocio de la droga. Y estaba allí. En el saco del cartero de Papá Noel.

Cada día digo mi oración
para tener mi propia función

La frontera de Portugal estaba a una sola hora de distancia en coche. Una vez allí, y con los contactos que tenía, a Ciempiés podrían darle por el reverso de la medalla. Se quitó la molesta barba y se preguntó cómo habían podido descubrirlo. Pensaba que el disfraz del cartel de Papá Noel en unos grandes almacenes era una idea de película, insuperable. Pero no. Allí había

llegado el ojo omnipresente de Ciempiés. ¿Quién sería el delator? ¿El jefe de personal? ¿El fotógrafo de la polaroid? Aquel chaval repugnante que le llamó payaso quizá era ya un esbirro. Ciempiés siempre fue muy amigo de dar «oportunidades» a los jóvenes.

A lo lejos, como luz de baliza en noche lluviosa, la peca roja de un semáforo. Reduce. ¿Y eso qué es? ¿Una sirena policial? Estaba atento, centinela, a los coches que venían detrás, pero no había visto nada extraño, ninguna maniobra sospechosa. Y él tenía muy desarrollado el instinto de persecución. El auto con la sirena luminosa se puso a su altura. Por la ventana de la derecha asomó un brazo agitando una de esas barras de neón en forma de falo fosforescente. Risco miró en el espejo, justo a tiempo de ver la sonrisa fúnebre de Lapela. Entonces lo imitó. Bajó la ventana, echó fuera el brazo izquierdo y le hizo el signo de Capricornio. Al poner los cuernos, el guante blanco del cartero de Papá Noel también emitía un aquel fosforescente. Todas las cosas tenían ese aura tan especial de las noches de Navidad. La reacción policial fue fulminante. Trataron de adelantarlo para luego atrancarle el paso. Risco aceleró a fondo. El Ferrari Testarossa brincó en proa, con el morro, como un caballo de mar. Ni semáforo ni rayos. Cuando ya había tomado alguna delantera, Risco hizo la sorpresiva maniobra. Un trompo que lo puso en la dirección contraria y dejó al tenaz Lapela con la cara del santo Cornelio.

¿Y ahora? Volver a casa, ni soñarlo. Pero no podía seguir así, de cartero de Papá Noel. Tenía que encontrar un dique de abrigo, un portal de Belén, un refugio de confianza.

El PK2 era un pequeño club de carretera. Una de esas linternas rojas entre dos curvas, en las afueras deshabitadas. Para Risco, el PK2 era lo más parecido a un hogar. Allí encontraba eso que llaman calor humano. Era el único lugar donde siempre le pareció que pagaba de menos. María, Fátima, Lourdes, Pilar, Covadonga, Montserrat, Rocío... Nombres falsos, seguro, tomados de un calendario con santoral, mujeres que desaparecían de repente. Esclavizadas, vendidas a subasta, llevadas por las carreteras secundarias de Europa de antro en antro, de jaula en jaula. Risco lo sabía. Risco no hablaba de eso. Ellas tampoco. En aquel territorio dominado por los hombres lobo no estaba permitido el lujo de los porqués.

La linterna roja estaba encendida, pero la reja que protegía la puerta

estaba cerrada con candado. Dejó el saco en el suelo, metió el brazo entre los hierros y golpeó con los nudillos en el cristal, intentando que sonara como un redoble familiar. Los eucaliptos parecían cerrar la casa en un círculo hostil. Sólo atravesaba el silencio el gorjeo de los desagües, aquella canción de fado libre. Y también su corazón al latir, diciendo en morse nombres de mujer: María, Fátima, Lourdes, Pilar, Covadonga, Montserrat, Rocío. ¿Quién abrirá al final?

Fue Fátima, la morena, la de la sonrisa de perlas. Pero hoy no sonreía.

—¡Abre, nena! Vengo a brindar por los días del futuro.

El futuro había sido borrado en aquella mirada espantada. Entreabrió lo justo para deslizar un sobre. Vaya por Dios. Parecía que todo el mundo se había tomado muy en serio el trabajo de cartero de Papá Noel.

—Lo dejaron para ti. ¡Y ahora vete! ¡Lárgate!

El Ciempiés estaba muy ingenioso esta temporada. Otra vez el sobre con la rama de acebo y las bayas rojas. Y, en el interior, aquel mensaje tierno como un epitafio: «Antes de que cante el gallo».

Escuchó el rugido de los todoterreno por las tripas del monte. Aquello estaba a complicarse más de lo debido. No podía pasar en coche por la frontera. Se sabía controlado por un visor infalible. La unión de la Ley y del Crimen iba a por él, un fuera de juego. El cartero de Papá Noel. Tenía que encontrar una salida, un callejón hacia alguna parte. Y fue cuando recordó que había un territorio en el que era imbatible. Donde ningún Ciempiés ni el agente Lapela podían con él. El mar. Era el momento de ejecutar aquel consejo de Mulligan, aquel loco irlandés con quien había compartido trabajo en la pesca en el Gran Sol y también una noche de juerga en Derry, terminada en pelea con medio ejército de los ocupantes ingleses: «¡Gallego! Si vienen a por ti a 120, ponte a 160!». Nadie le daría caza en su caballo de mar.

Cuando el cartero de Papá Noel se vio en el medio de la ría, estaba seguro de que la misión de su vida estaba a punto de cumplirse. Iba a ser libre por fin. En el asiento del copiloto iba el saco rojo, su tesoro. Antes de arrancar, comprobó la calidad de la mercancía. Era pura «harina», como le llamaban a la coca, más rosada que blanca. La lancha rápida cortaba el mar esta vez con una forma de yubarta a la que sólo faltaba la gran aleta dorsal. A esa velocidad se pondría pronto, en dos horas, en el puerto de destino. Hubo un

momento muy extraño al pasar la bocana de la ría. Primero pensó que aquello que surgió a proa eran tres islotes nunca antes vistos, tres obstáculos más en su camino. Luego, cuando redujo y giró a babor noventa grados, se dio cuenta de que los peñascos se movían, se hundían y volvían a emerger. Eran dos ballenas adultas y una cría. Emocionado con su propia ingenuidad, pensó que el mar le ofrecía un belén inaudito.

Cuando llegó a Áncora, en Portugal, se encontraba al tiempo excitado y cansado. Al fin, estaba a salvo. Después de amarrar la embarcación, anduvo tambaleante hasta un pequeño arenal. La noche aquí estaba despejada y se acostó con el saco de almohada. El cielo estrellado y la luna creciente imitaban para él un decorado de Navidad. Despertó cuando sonaron las campanas para la Misa del Gallo. Y con la inconfundible voz ronca de Papá Noel, también conocido como Ciempiés justo a sus espaldas: «Venga, Risco, espabila, que el tiempo no se para con nadie. Y hay mucha felicidad que repartir esta noche».

OK, OK y OK

Yo no sé lo que le pasó al *Begonia*.

Ni yo ni nadie. Y quien diga lo contrario es que tiene erizos en la lengua.

No. Yo no dije que lo de los compañeros es un invento. ¿Cuándo lo dije? Tampoco es que lo mío sea un evangelio. Pero hay que medir las palabras. Porque es muy fácil enfangar a alguien, ponerle mala sombra, y después no hay mar que lo lave.

Yo no seré santa Clara, pero falso no soy. Pan por pan. Fue un golpe de mar lo que escoró al *Begonia*. Otra cosa no pudo ser, creo yo. El embate hizo correr la carga del pescado en la bodega, de estribor a babor. Y luego ya no hubo manera de enderezarlo. No desaguaba. Se le atrancaron las compuertas del registro. Y las bombas de achicar que tampoco trabajaban. Una cosa rara, es cierto. De repente, fue así, nada funcionaba en el *Begonia*. Y el barco no era malo. ¡Qué va! A veces pasa eso. El mejor vino se vuelve vinagre. Pero la causa fue un golpe de mar. Yo sentí el golpe de mar. ¡Lo sentí! Que me caigan los dientes uno a uno si no es verdad.

Sentí el trallazo del golpe. Lo estoy oyendo. ¡Trassssh! Como un tremendo latigazo de cuero del mar en lomo del *Begonia*. ¿Que los otros no lo oyeron? Pues yo no lo soñé.

Eso que cuentan los compañeros, eso de que no había nada de oleaje cuando nos hundimos, eso es un caso de fantasía. No puede ser así como ellos dicen. Porque algo de mar habría, digo yo. Estábamos allá arriba, donde más pega, donde más zumba y golpea, donde más rabia. ¿En el Rockall, en el norte de Irlanda, y en el mes de diciembre? No voy a medir el viento por arrobas, pero algo de mar habría, digo yo. Ya no hablo de tempestad, pero aquello, carajo, no era una piscina, no era un baño jacuzzi. Y había montañas

de niebla. Eso no se me va de la cabeza. El momento en que subí al puente, cuando fue lo de la llamada de mi mujer por la radio costera, eché el brazo por la ventana de la derrota y podía agarrar niebla como puñadas de lana. Eso que pintan ahora ellos de mar calma, eso es mucho pintar. ¿Que por qué lo pintan así? Y yo qué sé. Tontos no son.

No, mentirosos tampoco. Quizá ellos vieron una cosa y yo, otra. No lo sé. Quizá se les metió una impresión en la cabeza. Sí. Creo que eso fue lo que les pasó. Que se les metió una impresión en la cabeza, y no recuerdan lo sucedido, no sintieron el trallazo.

Yo no digo que mientan, no, y además ellos son diez a decir y yo estoy solo, pero, vamos a ver, eso que cuentan de que el *Begonia* enloqueció, de que se giró y se revolvió como un ser con ánima, de que se puso, como quien dice, a cabecear por su cuenta, brincando hacia adelante, de que se enfureció, de que se sacudió para lanzarnos fuera, y de que, en fin, eso de que se hundió él, el barco, a propósito, porque determinó hundirse, a mí, pan por pan, a mí eso no me convence, a mí no me entra en la cabeza. Es de película, ¿no le parece? De dibujos animados. Pero nosotros, los del *Begonia*, somos todos hombres hechos y derechos. ¿Lo somos o no lo somos? No somos niños para que nos cuelen un cuento ni viejos para creer en brujerías.

¡Ah, lo del fuego! ¿Alguien se puede creer eso que dicen del fuego? ¿Que todo comenzó por el fuego? ¡Por favor, por favor! ¿Pero de qué fuego hablan? En el *Begonia* ardió lo que se quemó. Casi nada. Unos trocitos de papel. ¿Se va un barco a pique por una chispa, por una pavesa?

La respuesta es no. Bien sé yo que no. Me conozco. Quizá bajé del cielo a coces. OK. Puedo ser un desastre. Pero no soy de los que cambia de chaqueta así como así. Nunca dejé a un compañero desnudo, así, solo ante la jauría. Puedo ser un peleón. Camorrista. Lo que quieran. Ahora, lo que no me va es cotillear, y menos aún de quien ya marchó de este mundo. Pero yo bien que se lo dije. Yo bien que lo avisé. Le dije que se preocupara de lo suyo. Era el patrón, bien lo sé. Era una buena persona. OK. Un corazón en la mano. Pero tenía esa manía de andar a todo. Mira que lo avisé. Primero, achanté, pero luego se lo dije. Le dije bien claro que no me comiera la moral. Que me dejase en paz.

Era un buen tipo, un alma de Dios. ¿Cómo voy a negarlo? Y un

profesional con callo. ¿Qué puedo decir a eso? Lo mejor. Ponía los cinco sentidos. Conocía el mar como la palma de la mano. Era muy bueno, de acuerdo. Conmigo se comportó siempre como un señor. Confió en mí cuando venían mal dadas. Fue la mano que me dio de comer. OK, OK. Sí, ya sé que no había quien me quisiera en el mar y que, de no ser por él, yo seguiría allí, en la escalera de Santa Lucía, sacando brillo a la barandilla de hierro, contando los barcos como un jubilado. Pero voy a decir algo. Que no se me malentienda. Pero si no lo digo, reviento. Él no estaba donde tenía que estar.

Repito. No estaba en su posición.

Estaba allí, mirándome. En vilo. Los ojos clavados en mis manos.

Habíamos cenado bien en Nochebuena. A hartar. Y delicias, ¡eh!, nada de rancho. El cocinero se portó. El gordinflón sudaba gotas de aceite de tanto guisar y hornear. Nos trató de lo mejor. Ese banquete no se lo dan los ricos en un crucero. Desde luego, yo nunca había comido ese festín. Era la primera Navidad que pasaba en el *Begonia* y ya los compañeros me habían comentado que se cenaba mejor que en una boda. Pero a mí me parecía mucho decir. Incluso pensé que era una puya que le tiraban al cocinero.

No me lo creí hasta que lo vi. Y pensé lo que ya había pensado antes, al poco de embarcar. Que, por una vez en la vida, tenía suerte. Era un chollo, el *Begonia*. No había ratas ni cucarachas. Y eso para mí era ya una bicoca, viendo lo que se ve por ahí adelante. Estuve en un palangrero donde te comían los bichos. ¡El catre de Noé! Tenías que tener cuidado de dormir con la boca cerrada porque ya no era la primera vez que te iban las cucarachas a limpiar la dentadura. ¿Cuánto bulto hacen cien mil cucarachas, cuánto montón? Pues un compañero calculó que allí había alrededor de cien mil cucarachas. Por lo menos. Y otra cosa. Ningún otro bicho, ni siquiera la rata, es capaz de comer cucarachas. Sólo las cucarachas comen cucarachas. ¿Por qué Dios inventó cosas como las cucarachas? Hace falta tener una mente complicada, con perdón.

Sí, el *Begonia* era un barco limpio. Pintado. Sin herrumbre. Y así era también la gente. Oro de ley. Lo mejor del Gran Sol. Una docena que ni escogida en un campeonato mundial de lobos de mar. Generosos, alegres, bravos. No me importa lo que ellos digan de mí. Yo no tengo ninguna pega, ninguna cuenta pendiente. El más flojo de ellos haría un buen capitán. ¿Qué

más puedo decir? Lo que ellos digan va a misa. Pero luego está lo que no se dice. Y ahí quería llegar yo. A lo que no se dice. Porque, si decimos algo, hay que decirlo todo.

El patrón no tenía lluvia en la gorra. No la tenía mojada, no. ¿Quién me desmiente eso? Nadie. Porque era así. No estaba en su sitio. Estaba allí, atónito, como si yo tuviese dos alacranes en vez de manos. Al pie de la escalera del puente, sin querer subir. Como si yo hiciese malabares con los erizos.

Habíamos terminado de cenar. Íbamos a descansar unas horas esa noche. No habría un nuevo lance hasta las seis de la mañana. Así que todo el mundo estaba de buenas. Lo que pasa es que él andaba resentido conmigo. Y eso fue porque oyó la conversación. Si estuviese a lo suyo en vez de querer arreglar el mundo, pues no le pasaría nada. Pero permaneció allí, con la antena puesta, y oyó la discusión. ¡La bruja que parió a mi mujer! Y puedo decirlo porque hay confianza. Me llama por la radio costera para decir que rompió el coche, siniestro total, un coche del trinque.

—¿Y el seguro? Cambio.

—El seguro no cubre el desastre. Sólo lo tenía para daños a terceros. Cambio.

—Pues y cambio y corto y que el demonio os confunda. A ti, mujer, cabra loca, al seguro, y a todos los cabrones de tierra adentro. Cambio y corto. No quiero saber nada. A tomar por el culo.

Y entonces intervino él, a su manera.

—Pero ¿qué dices, hombre? Tranquilízate. Pregúntale a tu mujer si se encuentra bien. Tuvo un accidente, ¿no la has oído?

—Claro que oí. ¡Siniestro total! Todo cuanto ahorramos, un montón de chatarra.

—Ya, hombre, ya.

—Pero quizá ella también se llevó un golpe. Y los nervios. ¿Estará mal de los nervios? Y además, ¿no decías que estaba preñada?

Y va y me da la puntilla: «¡Una noche como ésta, hombre! ¡La Nochebuena!».

—Pues para mí, ¿sabe lo que le digo, patrón?, ésta es una mierda de noche como otra cualquiera.

Y ya no me quitó el ojo de encima. Lo tomó por la tremenda. Se puso muy santurrón. Como si la felicidad del universo dependiese, qué carajo, de aquella maldita llamada y de lo que dijese o dejara de decir a mi mujer. ¿A qué tanto *rendivú*, tanto miramiento? Que me dejara en paz, eso le dije. No, no es cierto que lo amenazase. Para nada.

—Si quiere oír cariños, llame usted. Llame a su mujer por el satélite.

Sí, eso sí que se lo dije. Noté que acusaba el golpe. Su mujer había fallecido hacía poco tiempo. Pero yo no quería hacerle ningún mal. No quería recordárselo. Yo sólo quería que no me atosigase. Yo sólo quería que apartase de mí esos ojos de crucificado.

Estábamos allí, sentados en el comedor, que era de dos mesas alargadas. Unos charlaban y otros discutían qué película poner en el vídeo. Y él quedó parado, de pie, en el primer peldaño, concentrado, atento a lo que yo hacía con las manos. Atento a los recortes. Yo no tenía nada pensado, no fue una cosa hecha a conciencia, no. Fueron los dedos los que trabajaron. Había unas hojas de periódico atrasado. Unas páginas de anuncios de viviendas, de casas en venta. Lo recuerdo porque yo mismo le había echado una ojeada el día anterior. Y había algún anuncio señalado con un círculo. Algún tonto que soñaba con casa y jardín. Y yo, para matar el tiempo, recorté trozos y me puse a jugar con el papel. Algo de maña tengo. Y me salió una figurita. Y luego otra. Una me llevó a la otra. Y la segunda a la tercera, al niño, que era así, del tamaño del pulgar, cabezón y gordito. Le hice una tiritas de papel como lecho de pajas y lo acosté allí. Así salió. Una cosa automática. Un belén en el plato de cinc.

Encendí las pajas con un mechero. Y eso fue lo que ardió. Todo lo que se quemó en el *Begonia*. Y él se me echó encima. Como un toro. Si no lo apartan, me mata, me ahoga con esas manos que tenía que eran como cepos. Y todo por nada. Fue un chiste, OK, una burrada. Pero por una burrada más o menos no van a caerse las vigas todas del cielo.

¿Que cuándo fue el golpe de mar, el trallazo? ¡Y yo qué sé! No sé de qué golpe me hablan. Yo, como todos. ¿OK? Oír, oír, yo no oí nada.

Madonna

Tengo 15 años, casi 16, y estudio cuarto de ESO. Vivo en una pequeña aldea y mis padres tienen una granja de vacas. Casi todo el mundo por aquí tiene vacas. Incluso en las carreteras hay señales de tráfico triangulares para avisar que hay vacas. Pero, en clase, hasta ahora, nunca habíamos hablado de las vacas. Los profesores vienen cada mañana de la ciudad, en sus autos, y quizá con la prisa no reparaban en las señales. Ahora, de repente, todo el mundo se ha fijado en las vacas: se han convertido en bichos raros. En la televisión salen rodeadas de guardias, como delincuentes rumiando droga, y las cámaras las enfocan de cerca, deformando su cara; como quien desenmascara una peligrosa red de psicópatas cuadrúpedos que se oculta en oscuros establos del Oeste.

Nos han puesto una redacción sobre el mal de las vacas locas y me he sentido fatal. Como otro bicho raro. Preferiría un castigo o un ejercicio con raíces cuadradas. No arrancaba al escribir. Los dedos asustados, como quien cose sin dedal. Lo he oído tanto estos días que un badajo de hueso me repica en la memoria:

*en ce fa li tis
es pon gi for me.*

Podría escribir la enfermedad por su nombre científico. Pero el abuelo decía que nunca había que referirse a Satanás por su nombre. Él, que había sido emigrante en Argentina, lo llamaba Petiso o Boludo. Yo no sé cómo escribir para engañar a un mal tan enorme. Me gustaría hacerlo hacia atrás, como dicen que se escribe en algunos idiomas.

Si escribiese hacia atrás, podría hablarles de Dosinda, la vieja ciega que ordeñaba su única vaca. Nadie más que ella podía palpar las ubres de la arisca *Mora*. Y lo hacía cada noche, antes del amanecer. Cuando alguien diferente intentaba el ordeño, las ubres permanecían secas. Así que podríamos decir que aquella leche pertenecía por igual a las mamas de la vaca y a las manos de Dosinda. La primera luz del día era el cubo de leche que la ciega sacaba del establo.

El año pasado nos explicaron en matemáticas los números negativos. Me costó trabajo entenderlos. Los números negativos existen pero no existen. El profesor me dijo que pensara en una deuda. Eso es un número negativo. ¿Puede ponerse a las personas el signo menos? Supongo que cuando están muertas, como lo están Dosinda y *Mora*. Para mí no han desaparecido exactamente, así que serán «menos dos». Pero no sólo los muertos son números negativos. En la granja de mis padres hay catorce vacas y siempre les dicen que ésa no es una explotación rentable, que lo mínimo para existir son veinte o más. Así que mis padres tienen «menos seis vacas». Hasta ahora todos teníamos vacas de menos. Para que no hubiese números negativos, sobraba gente y faltaban cabezas de ganado. Eso era lo que nos decían una y otra vez en las oficinas, en los bancos y en los periódicos. Las granjas deberían ser como fábricas, y las vacas, inmóviles máquinas comedoras de pienso para engordar más rápido. De no ser así, nos decían una y otra vez, todos nosotros acabaríamos siendo números negativos.

Las aldeas y los pueblos de alrededor se van poblando de seres con número negativo. Dicen que es así en toda Galicia. Quiero a mis padres, pero a veces, cuando voy somnolienta en el autobús escolar, sueño que no se detiene, que crecemos en edad por el camino, hasta llevarnos a Suiza, Londres, Barcelona o Canarias. Tengo una prima en Barcelona que ya es peluquera. Me gustaría parecerme a ella. Yo, que soy tímida, envidio mucho su desparpajo. En el verano, en un baile, un chico le dijo: «Tienes unos ojos muy lindos». Y ella le contestó: «Tú lo que quieres es echar un polvo, ¿verdad?». Lo dejó pasmado.

Fue ella la que bautizó como *Madonna* a la vaca rojiza. Y le quedó el nombre, aunque tiene el número ES —LU —21491C. Mi profesor preferido es el de dibujo. Un día nos habló de los colores fríos y cálidos. El color más

cálido que conozco es el de la vaca *Madonna*. Escribo hacia atrás y recuerdo su primer parto. Fue la Nochebuena del año pasado. Estábamos muy nerviosos por la coincidencia. Y además hacía frío y el viento aullaba en los aleros del establo. Pero mi padre dijo, antes del parto, que iba a ser un buen ternero. Había metido el brazo en los adentros de la vaca y rozado los ojos de la cría. Ya parpadeaba en el vientre de la madre. Ésa es la buena señal. En las granjas, cuando nace el becerro, no se deja que la madre lo vea. Tampoco lo puede lamer. Si permites eso, la vaca luego no suelta la leche, la retiene para la cría. Incluso si se muere, una vaca sigue dando leche durante horas si es para su hijo.

Mi padre apartó el ternero de la vista de *Madonna*, lo colgó de las patas y lo palmeó como si fuera un bebé grande. Pero ese día mi madre estaba rara. Y le ordenó: «¡Déjalo que vaya a mamar!». Y es que mi madre, cuando se pone así, parece que ve en la noche como la ciega Dosinda.

Tres historias

El despertar de la criada

Dudó si entrar o no. Y también su cuerpo se movía en la indecisión. El corazón bombeó una valentía enrojecida a la piel del rostro y luego se acobardó. Palideció. Un bedel salió al paso nada más empujar ella la puerta. La miró desde lo alto de su estatura. Y a ella le vino a la cabeza una palabra desconocida. La estatura del bedel era *gendármica*. Y su mirada era también *gendármica*. Y más todavía cuando el portero tradujo esa mirada en palabras.

—¿La carta de autorización, señorita?

No, no tenía ninguna carta. Traía un recorte de prensa. Antes de subir las escaleras, lo sacó del bolso, pero la mano había ido haciendo con él una bola para calmar los nervios. Ella acostumbraba a calmar así sus desasosiegos. Tenía esa tendencia. Con el papel, con la masa de la harina, con la arena blanda y húmeda utilizada para limpiar la grasa de las ollas de metal y la cocina de hierro.

—Vengo a ver las pinturas del señor Sívorí —dijo ella intentando aparentar naturalidad—. No se me pasó por la cabeza que hiciese falta una carta especial.

La puerta era la de la Sociedad del Estímulo de Bellas Artes, en Buenos Aires.

—Así es normalmente, pero este caso es la excepción. La junta directiva decidió restringir la entrada a socios y a personas autorizadas.

—Es sólo para echar una mirada —dijo ella, consciente de que, en su condición, no podría abrirse paso si no conseguía ablandar el corazón del bedel—. Vine andando desde muy lejos, señor. Desde Caballito. Sólo es echar un vistazo, señor, y nada más.

—Si usted ha recibido noticia de la exposición, sabrá también de las

circunstancias. Bastante revuelo ha habido.



El despertar de la criada. 1887. Eduardo Sívori. Museo Nacional de Bellas Artes, Buenos Aires.

—No sé nada —mintió ella—. ¿Qué circunstancias?

—Digamos que hay un cuadro que no se puede ver —dijo el bedel, con cierta impaciencia.

—¿No se puede ver? ¿Está prohibido?

—Para usted, sí —dijo él, sorprendido por la dirección de la pregunta—. Mire, yo no entiendo. Cumplo órdenes. Y ya está.

—Sólo es una mujer desnuda, ¿no es así?

—Ya veo que sabe de qué va la cosa. Así que no insista. Por favor, despeje la puerta.

Ella se echó a un lado. Subía los peldaños de la escalera de la Sociedad del Estímulo de las Bellas Artes un grupo de gente elegante con un cotillar excitado. Eran dos varones y tres mujeres. La más joven tendría su edad. El bedel recibió a los visitantes con una serie de contenidas inclinaciones de cabeza que más parecían un modo de contarlos que de agradar con reverencias. Ella fue consciente de que su presencia lo mantenía en tensión.

—¿Esta gente ha pasado sin carta, sin más?

—Se da la casualidad de que esta *gente* son socios creadores de la

Sociedad del Estímulo, señorita.

—¿Y usted es creador?

—Bien, estoy aquí desde que se fundó, hace más de diez años, en 1876. En cierto modo, soy un fundador.

—¿Y no tiene poder para dejar pasar a una criada?

El bedel no entendió a qué venía aquella pregunta tan absurda. Ahora sí que estaba incómodo. Enojado. De vez en cuando caía por allí alguna loquita. Pero ésas, al menos, pretendían ser artistas.

—Déjeme en paz. ¿Por qué no se va? Está al caer la noche. Y si tiene que volver a Caballito, será mejor que...

—¿Le parecen de verdad feos los pies?

—¿Los pies? ¿Qué pies?

—Los de la mujer desnuda. Los de la criada. Éstos.

—¡El cuadro fue hecho en París! —murmuró él con desagrado.

—Sí. *Le lever de la bonne*. Allí fui yo con la familia Sívori. Hasta que me enviaron de regreso. Y no me pregunte el porqué.

El bedel bajó la mirada y contempló los pies que ella acababa de liberar de los zapatos. Por un momento le pareció que encontraba la llave de aquella misteriosa conversación. Pasaba las horas mirando fascinado el cuadro de *El despertar de la criada*, de Eduardo Sívori, y reconoció la naturaleza inconfundible, los grandes pies descalzos, el rudo erotismo, la deforme hermosura, el peso cansado de la historia del trabajo alzado en un extraño e invencible lugar del deseo. Esos pies que tanto habían escandalizado a los expertos y académicos de arte, con comentarios de rechazo en revistas y periódicos, en el Buenos Aires de 1896. Según los entendidos, semejantes pies estropeaban el magistral desnudo. Él mataría por ellos. Por los pies.

—Por favor, déjeme ver mi retrato —rogó ella.

—Lo siento mucho —dijo él, intentando amortiguar la violencia del empujón decisivo—. Sin autorización, no puede entrar.

Cerró de repente la puerta a la mujer descalza. Mirando por el vidrio, medio oculto, se aseguró de su marcha. Y así fue. Iba menguando por los peldaños abajo hasta desaparecer. Luego, él pudo volver junto al cuadro del despertar. Por fin.

El misterio de Uz

No era un equipo temible, pero había algo en ellos que metía miedo. Me refiero a los de Uz. Sporting Electra de Uz, para ser exactos. Era uno de los clubes históricos de la Liga de la Costa. Y por lo que oí, el nombre tenía su origen en una de las primeras centrales hidroeléctricas. La compañía había desaparecido, engullida después de la guerra por otra más poderosa, pero el nombre de Electra sobrevivió a lomos de aquel equipo hosco, que parecía arrastrar el balón como una penitencia, con sus piernas leñosas, empujando los propios cuerpos como carretillas.

Eran duros, pero no criminales. El castigo iba con ellos más que con el contrario y contagiaban su juego pesaroso. Todo era así en Uz. La afición consistía en una comitiva deshilachada, unida sólo por un engranaje de silencio rumiante, hidráulico, que sólo se manifestaba en los momentos álgidos como un resentimiento de la naturaleza. De vez en cuando, sobresalían algunos lobos solitarios que merodeaban con la mirada oblicua al árbitro.

Todos los partidos que me tocó jugar en Uz eran invernales, fuese invierno o no. Incluso cuando florecían en organdí los saúcos, laureles y mirtos que ceñían aquel camposanto con unas letras escritas en alquitrán que rezaban Stadium. Incluso en esas fechas de primavera, antes de San Juan, sobre la cancha de Uz había un toldo de nubes con voluntad pétrea.

El de hoy era un *match* de juveniles. Excuso decir que los jóvenes de Uz aparentaban un conjunto de recios veteranos de una segunda posguerra. Su objetivo era transparente. Jugaban a no perder. Casi nunca perdían. Nunca ganaban. Y hoy nosotros queríamos machacarlos, hundirlos de una puta vez en la miseria. Así como lo digo. Y la cosa marchaba. Entramos con dos a

cero en la segunda parte. Habían sido dos tantos laboriosos, conseguidos después de salvar la ciénaga donde se atrincheraba la defensa anfibia del Uz.

El problema fue el 16.

Hicieron un cambio y salió un bailarín pelirrojo, lampiño y con pecas con ese número. Digo bailarín porque contrastaba con el bloque del Electra, la geometría corporal en pentágono del resto de los jugadores. Y bailarín también por la forma de jugar. Se movía con el balón como el vagabundo de Chaplin, veloz, juncal, zigzagueante. Nos desarboló abriendo rutas intransitables. Había metido un tanto nada más entrar, y ahora enfilaba de nuevo nuestra meta con desparpajo, capeando el temporal con la camiseta volandera. Lo agarré. La prenda se rompió en jirones. Tenía una piel blanquísima, de un blanco hipnótico. Y el rojo del cabello se incendiaba más a medida que se alejaba, driblaba a nuestro guardameta, y nos humillaba entrando con el balón en la portería.

Se fue al vestuario, con la camiseta desgarrada, sin esperar al pitido final. Antes de subir al autocar, busqué al 16 en todo el entorno del campo. Al fin lo distinguí. Iba solitario, con una mochila a la espalda, caminando por la orilla de la carretera y de un mar de centeno.

Un parroquiano de Uz, con voz de aguardiente, me dijo al pasar: «Te gusta la chica, ¿eh? ¡Quién la pudiera pillar!».

La sombra de un sueño

Entró sin saludar y cubrió el formulario con letra hosca. Sí, ya sé que se dice tosca, pero la de éste era hosca. Mi forma de escribir también es así. Quieres apurar y lo que haces es perforar. Traía un papel con el título del libro en letra más estilosa que la suya. Miré de reojo: *Maravillas de la vida de los insectos*.

—Ya está prestado —dijo con sorna Aosta—. Lo tiene Pope y no lo ha devuelto todavía. Debe de estar atascado en los escarabajos enterradores.

El otro, al que llamaban Mac, apretó el bolígrafo como un punzón. Lo conocía de vista. Nunca habíamos cruzado una palabra. Aparté mi silueta con disimulo. Incluso en prisión, las herramientas de la cultura son muy peligrosas. Es increíble la cicatriz que puede dejar un bolígrafo, también un lápiz, en la cara. No digamos ya la estilográfica. La firma de una pluma en la mejilla.

Mac soltó al fin el bolígrafo. Miró a Aosta con desprecio.

—Lógico que se atasque en los enterradores. Todos estamos interesados en tu autobiografía.

—Mi autobiografía la estoy escribiendo yo —dijo Aosta en tono burlón—. Se titulará *Zona de sombras*. No te preocupes. Tú no sales ni como sombra.

El otro se quedó un rato pensativo. Yo también. Sombra. Es una palabra pegadiza. Se queda con uno.

—Más te vale —masculló Mac, para luego despedirse en voz alta con lo que sonó a aviso—. ¡Apúrate a escribirla!

Cuando el joven se marchó, Aosta me hizo un gesto para que echase un vistazo a las solicitudes de lectura. Un mazo de hojas. En todas figuraba la

misma petición: *Maravillas de la vida de los insectos*.

Tardé en reaccionar. Me fijé en las letras. Ya me pasaba de niño, cuando me tocaba escribir en el Cuaderno General, y se me iba el tiempo leyendo lo que otros habían escrito. No conseguí nunca empezar una redacción. Tenía muchas ideas, pero no me llegaban a las manos. Incluso Marcelo Bretón llegó a escribir su cuento. Era muy breve, pero lo escribí. «La señora del pazo gritó a las criadas: “¡Cerrad las ventanas para que no entre el Céfiro!”. Y ellas se echaron a reír. Pero cerraron las ventanas.» Le pregunté a Marcelo quién era el Céfiro y se encogió de hombros. El mundo está lleno de amenazas desconocidas. Yo no dejé rastro en el Cuaderno General. El maestro me abroncaba. Y me golpeaba con la regla en las manos. Ahí tenía razón, ahí acertaba. Las manos se lo merecían, no yo. La de historias que tenía en la cabeza. Pero a los dedos les faltaba ímpetu, ligereza. Voluntad.

—¿Qué les pasa a éstos con los insectos?

—Lo hacen para comerme la moral —explicó Aosta, llevándose el dedo a la sien—. Un trabajo de xilófagos. Subrayan cosas en ese libro. «El tic tac del verdadero reloj de la muerte es el signo nupcial.» Cosas así. ¿A que no sabes qué es el reloj de la muerte?

Sí que lo sabía. Oí muchas noches aquel morse del bicho taladrador de la madera. Y con Comba había oído el sonido del piojo de los libros. El médico le pidió que le limpiase el polvo de la biblioteca y ella me llevó de ayudante. En realidad, se lo había pedido al Capitán, nuestro jefe, el dueño de Estación Real, que era a la vez posada, taberna y ultramarinos. Y estanco. Y hasta barbería, los fines de semana. Yo con estar al lado de Comba, me prestaba a cualquier trabajo. Mataría por ella. Y ahora esa declaración de amor, la de que mataría por Comba, atravesaba el tiempo y me acompañaba en la cárcel como una sombra irónica de las palabras. Porque yo maté por Comba. Eso es lo que hice, sí, no pongas esa cara. Esto último va por Aosta. Cuando me quedo en silencio, rumiando memoria, noto que me estudia, que intenta escuchar mis recuerdos. Y sospecho que ha llegado a una conclusión equivocada.

—¡El pequeño reloj de la muerte! —exclamó Aosta.

Sí, sabía a lo que se refería, pero me callé. Quería que hablase él. Porque hubo un tiempo en que Aosta era una tumba. No abría la boca ni jugando a la

baraja. Eso sí que me parecía imposible, chico. Eso no es disciplina. Es un suplicio. Yo me asfixiaría con el propio aliento si no rajo cuando juego una partida. Si no puedo ilustrar, no juego. Pierdes tamaño. No hay hombre. Ahí sí que establezco una conexión perfecta con las manos. Gritas: «¡De Herodes para Pilatos, matando el tres!». Golpeas con el as en la mesa. «¡Las orejas del lobo! ¡Me cago en el Imperio Austro-Húngaro!» El tute cabrón es así. Un espectáculo. Y más en prisión. Un Campeonato de Tute equivale a una Olimpiada. Hace años lo tuve por rival. A él, a Aosta. Cuando no se cruzaba conmigo una palabra. Cuando para él era sólo una sombra. En la partida, Aosta no decía ni pío, y su compañero, claro, le seguía la pauta, porque él entonces era un gerifalte. Jugar sí que jugaba. Colocaba las cartas como un geómetra. Con aquel silencio mudo. Irrespetuoso. Así que un día, el de la final, reventé en medio de la partida.

—¿Pero tú qué clase de terrorista eres, cojones?

Silencio, aquello sí que fue silencio. Toda la cárcel en suspense. Se oyó entonces un ruido inconfundible. No sé de dónde había sacado Aosta el hielo, pero estaba masticando hielo.

—Eres un bocazas —dijo, como quien nombra a su pesar una enfermedad incurable.

Y nada más. Posó su naipe en la mesa con la calma irritante de quien compone un puzzle histórico. Demasiada simetría para el tute cabrón. Los insultos se me agolpaban en los nudillos. Las manos se me enrojecieron de blasfemias que circulaban por las arterias. Aguanté. El caso es que, al final, le gané en absoluto silencio. Aosta cumplió con las reglas del Campeonato. El perdedor tenía que llevar durante un mes el presente de un desayuno bien surtido al vencedor en su calabozo. Lo hizo sin faltar un día. Con la competencia de un mayordomo. No añadió jamás una palabra al menú. No me regaló ni un adiós.

Ya dije que Aosta era un jefe. Él y los de su organización se consideraban a sí mismos presos políticos y hacían vida aparte. Yo era un común. Cada vez me parece más rara esa palabra que llevo pegada a los zapatos. Común. Cada común es un mundo. Y la mayoría de los comunes somos muy extraños.

Más tarde me cambiaron de prisión, y no volví a saber de Aosta hasta que vi su foto en un periódico. Se le citaba como uno de los que apostaban por el

abandono de las armas. Fui siguiendo sus pasos en los papeles. Por curiosidad. Trataba de imaginarme al hombre más silencioso de la Tierra, sopesando el bien y el mal, intentando convencer a sus camaradas, yo que sólo le había oído decir tres palabras en tres años. Por las noticias me enteré de que estaba casado y tenía un hijo ya adolescente, nacido poco antes de su detención y condena.

Fue con un nuevo traslado de prisión cuando me encontré a Aosta de auxiliar en la biblioteca. En verdad, era quien se ocupaba de ella. No salía de allí, había desaparecido de las noticias, al igual que el plan de paz, y creo que se alegró de verme.

—¿Sabes? Me consideran un traidor —soltó una tarde, después de enseñarme la foto de su hijo—. Él también ha dejado de escribirme.

Había adelgazado todavía más. Los huesos de los pómulos proyectaban sombra en las mejillas. Se le podrían contar las costillas a través de la camisa. Aquel día del incidente con Mac, yo iba a devolverle el original de sus memorias que, en realidad, ya había escrito y mantenía camufladas con una encuadernación antigua, con un título en el que podía leerse *Eclesiastés*.

—¿Qué? ¿Qué te pareció? —preguntó, mirando hacia su obra.

No entiendo de libros, ni de escritores, pero creo que callarse ante esa pregunta debe de resultar demoledor.

—Tal vez sobra un tercio —murmuró él con humildad.

—Al revés, creo que faltan cosas —le dije sin más.

Me había sorprendido que no dedicase ni una mísera línea al Campeonato de Tute. Y me dolió no figurar en sus memorias ni siquiera por haber resistido aquel silencio que estuvo a punto de ahogarme.

—Tú no fuiste —me dijo de repente, dejando el libro a un lado.

—¿De qué me estás hablando?

—Tú no lo hiciste. Está claro.

Sí, había adelgazado más y también se había hecho más expresivo. Sus ojos miraban de frente. Luminosos. Locuaces. Ahora sabía de lo que me estaba hablando, pero disimulé.

—¿Qué es lo que no hice?

—Tú no lo mataste. He estado pensando mucho y sé lo que pasó. Pero no podría escribirlo sin oírlo de tu boca.

Le interrumpí:

—¡Estás jodido de la azotea, Aosta! Van a tener razón tus antiguos colegas. Preocúpate por tu memoria y déjame en paz.

Pero él no se inmutó. Estaba poseído por una especie de paz beatífica, que diría el capellán de la prisión. Era un hombre que ya no pretendía dominar.

—Déjame explicarte cómo fue —me dijo tan tranquilo—. Espera. No te vayas. Escucha. El dueño de la pensión...

—¿Qué pensión?

—Bien, sí, ya sé, era taberna, fonda, ultramarinos, todo eso. El caso es que el dueño intentó abusar de la chica.

—¿De qué chica me hablas?

—¡De la tuya, de Comba! —dijo con una familiaridad que me ruborizó.

—No era mi chica —dije, apenado.

—Para ti, sí. Esperabas dejar de ser invisible algún día. Vivías para eso. Para que un día ella te descubriese.

Sí, estaba loco, Aosta. Todo lo que decía era verdad.

—Él, el que llamabais Capitán, le había echado el ojo desde que entró de criada, casi una niña. Esperaba su ocasión para la caza. Pero le entraron los celos con el médico. Un hombre culto, que la trataba con respeto. Un día le dejó un libro...

—Lo pidió ella, el libro —le aclaré.

—Y una noche, después de cerrar la taberna, el Capitán ordenó que le llevase algo de cenar a la habitación. Que estaba muy cansado, y...

—Sí, así fue —le interrumpí—. Su mujer estaba de viaje, para visitar al padre enfermo. Y él vio su oportunidad. Intentó violar a Comba. Ella gritó. Yo fui corriendo. Luchamos. Intentó disparar con el revólver que guardaba en la mesilla. Conseguí arrebátárselo. Y fui yo quien disparó. Hasta que se acabaron las balas. Y ya está. Todo eso es conocido. Puedes contarlo en tu libro. Por mí, puedes contar lo que te salga de los cojones.

Me sentía sofocado. Eché de menos a aquel Aosta huraño, que me ignoraba como a una sombra común.

—Pero no fue así —sentenció Aosta, tal como me temía—. Él intentó violarla y ella encontró el arma y se defendió. Cuando tú llegaste, él ya estaba moribundo. Tú agarraste el arma. Te declaraste autor. Tan convencido que

nadie dudó. Ella, al principio, negaba con la cabeza, pero había perdido el habla. Después, la reclamó una tía desde Uruguay. Y ya no volvió. Ni para el juicio.

—Lo de Uruguay te lo conté yo —le dije con enfado.

—Claro. ¿Cómo lo iba a saber, si no? Tú me contaste todo. De alguna forma, tú me lo contaste.

—¡Y una mierda! Lo maté yo. ¿Vas a robarme esa historia? ¡Es lo único que tengo, cabrón! Como me robes mi vida, te mato.

Agarré el bolígrafo y lo orienté hacia su cuello.

—Lo hiciste por amor —dijo él sin inmutarse—. Es una bonita historia.

Se arrepintió del adjetivo y corrigió:

—Una historia admirable, propia de un héroe.

—Lo que hice, lo sé yo. No hay nada de admirable en aquella noche. Fuerza, violencia y sangre. Un asco. Yo tenía un sueño y se jodió.

Dejé el bolígrafo encima del falso *Eclesiastés*, me di la vuelta y me largué.

—¡Oye! No voy a escribir nada de tu historia —oí que decía a mis espaldas.

—Eso espero —murmuré.

Nos saludábamos al cruzarnos en el patio o el comedor, pero aquélla fue nuestra última conversación carcelaria. Seis meses después, lo trasladaron a una prisión del norte. De nuevo se hablaba de un plan de paz. Redimí parte de mi condena por buena conducta y por jornadas de trabajo en talleres. Esto último no lo tomé como una penalidad. Me gusta trabajar con las manos. Hice algo de carpintería, pero donde encontré mi vocación, por decirlo así, fue como escayolista. Había un tipo que era un genio de las molduras. Sólo hablaba con las manos, haciendo formas con yeso y escayola.

Cuando salí de prisión, no me busqué trabajo como escayolista, pero aquel oficio me sería muy provechoso. Estuve una temporada en Capileira, en Sierra Nevada, en casa de los padres de un amigo ex convicto. No sé por qué, pero me gusta esa palabra. Si algún día tuviese un hijo le llamaría Exconvicto. Aquel lugar, un paraíso humilde, fue para nosotros una resurrección. Cuando se acercaba el verano, acepté los planes de Miguel, el

amigo, y bajé con él a la costa mediterránea, a Benidorm. Él tenía allí una peña de amigos que vivían en una nave industrial abandonada, donde se almacenaban sinfonolas y máquinas de juego seriamente averiadas. Es decir, cadáveres de *jukebox* y de tragaperras. Algunos de los ocupantes vivían de hacer milagros reparadores con esas ruinas mecánicas.

Pero Miguel, su novia Nina y yo nos dedicamos a las esculturas en la arena. Ellos tenían experiencia. Dominaban ciertas formas, y conocían figuras de éxito seguro para los paseantes y bañistas que dejaban sus monedas en el sombrero de los artesanos de la arena. Por ejemplo, el toro acostado, vencido, y el matador que se arrodilla delante de él, en un gesto de respeto. Clavaban en el lomo del animal unas banderillas de verdad, muy vistosas, y un pigmento de sangre recorría la piel de la arena.

Después de muchos intentos, conseguí hacer un portal de Belén. La gente se enternecía con la Navidad, incluso en bañador y en verano. Miguel y Nina me animaron, pero creían que con la Virgen y el Niño ya era más que suficiente. Yo quería ir más allá. Que estuviesen también los animales. La mula y el buey. Tenía esa lámina, sacada de un calendario del año que entré en prisión. No era diestro en los pigmentos, pero en cuanto a labrar las facciones había algo en mis manos que tenía complicidad con la arena humedecida.

Nunca pensé que iba a encontrar allí a Aosta. Y era él, sí, una mañana, más bien temprano. Uno de los paseantes madrugadores. Yo estaba humedeciendo con cuidado defensivo el portal de Belén, anticipándome a la descarga ruinosa del sol de Levante.

Levanto la cabeza y de frente está Aosta. Lleva de una correa un perro muy pequeño, fuera de escala, a mi modo de ver. Era rechoncho, el pequeño maltés, con unos labios y ojos que parecían injertos inquietos en la pelambrera.

—¿Has hecho tú eso?

—En parte —dije, mirando atrás al belén—. Ahora estoy de guardián. Por la noche, a veces, vienen cazadores de esculturas. Disparan a las obras. Y a nosotros, si pueden.

—Es genial. Está de puta madre.

—Trabajé mucho la mula. Y el buey. Son los dos que más trabajé. La

gente se fija mucho en los animales. El toro muerto, con las banderillas, ése arrasa. ¿Y tú qué haces por aquí?

Se encogió de hombros y me sonrió. Había vuelto el hombre silencioso. Pensé en decirle que era un buen sitio para ser una sombra. Pero yo también me callé.

Durante días, a diferente hora, lo veía pasear. Siempre dejaba una moneda en la gorra del belén. Y yo le hacía un gesto de complicidad muy valorado en la cárcel. Un simple guiño con el ojo izquierdo. En algún papel había leído que Aosta volvía a ser una pieza clave para negociar la paz. Con el tiempo, me fijé en algún detalle. Llevaba guardaespaldas o algo así. A cierta distancia. Un tipo que le precedía y otro que le seguía. Pese a vestir ropa sport, de verano, eran inconfundibles. Ahí sí que no me falla el olfato. Iban con sus gafas de sol y su neceser debajo del brazo. Supongo que con la bicha dentro.

Un día se quedó más tiempo del normal delante de la escultura de arena. Miré en el entorno. Los *secretas* de la escolta no parecían estar hoy a la vista. Desde luego, yo nos los veía, y creo que tengo buena vista para sol y sombra.

—Vuelvo ahora —le dije—. Tengo que ir a por agua para regar la escultura o se hará polvo en pocas horas.

Volvía con la regadera. Pude ver que él permanecía allí, custodiando mi obra. Todo ocurrió muy rápido. Del paseo marítimo descendió un joven con una mochila. Se acercó a él. Gritó: «¡Aosta!». El pequeño maltés soltó un ladrido. Aosta movió la cabeza ligeramente, como para exponer la sien: «Sí, soy yo, hijo». El joven le disparó con una pistola con silenciador y huyó. En realidad, no se fue a la carrera. Caminaba rápido y acabó confundiéndose con otros paseantes, que apuraban el paso con los auriculares puestos. Todos parecían escuchar la misma música.

Y yo también me alejé. Por la arena. Andando, como quien dice, hacia el Uruguay.

Dedicatorias

En las ediciones originales figuraban las siguientes dedicatorias:

Un millón de vacas: A Toño, que me presentó a su hermana.

¿Qué me quieres, amor?: A Yoyo, que dibuja alpendres para soñar. Dentro de esta obra, el relato «La lengua de las mariposas» estaba dedicado a Chabela; «El míster & Iron Maiden», a Arsenio Iglesias y Basilio Losada; «Dibujos animados», a las tortugas Ninja; «Una flor blanca para los murciélagos», a Camilo Nogueira, y «La llegada de la sabiduría con el tiempo», a Luisón Pereiro.

Ella, maldita alma: En memoria de mi madre, Carmiña, a quien había prometido un libro sobre las formas y los lugares del alma. A mi hermano Paco, por una deuda impagable. A mis tías Pepita y Paquita, siempre alegres mozas de Corpo Santo. A Miguel Munárriz y José Manuel Fajardo, que escribieron la primera frase del relato «Ella, maldita alma». Al amigo Alfonso Armada, que en su *Cuaderno de África* me inspiró el personaje de la fotógrafa Mireia. El relato «La novia de Liberto» está dedicado a Rafael Azcona, que canturreó *Les feuilles mortes*, a Xesús González Gómez, noray gallego en Barcelona y al pintor Alfonso Sanjurjo. Un recuerdo también para el mago Antón y su muñeco Facundo. «O'Mero» se me apareció después de una inolvidable conversación con Jaime Medal, curandero en los caminos del mar. A mi padre, que se comió una barra de pan y escuchó un loro en La Guaira.

En *Las llamadas perdidas* figuraba como cita inicial un poema de Robert Creeley:

Queman todo lo que tengo o lo poco que tengo.

*No me importa, etcétera.
El poema supremo, dirigido
al vacío —éste es el coraje necesario.
Esto es algo completamente diferente.*

Notas

[1] *Amor, a ti vengo ahora a quejarme / de mi señora, que te envía / donde yo duermo siempre a despertarme / y me hace sufridor de tan gran pena. / Ya que ella no me quiere ver ni hablar, / ¿qué me quieres, Amor? <<*

[2] En castellano en el original. <<

[3] En gallego, gorrión. (*N. de la T.*) <<

[4] En castellano en el original. <<

[5] Lugar emblemático de la provincia de Pontevedra en el que durante la guerra de Independencia las tropas gallegas derrotaron a las francesas, mandadas por el mariscal Ney. <<

[6] En la confluencia que forman las entradas de las rías de Ferrol, Ares, Mugardos, Pontedeume, Sada y Betanzos se levanta un peñasco rodeado de mar y conocido como Pena da Marola. El encuentro de diversas corrientes en ese punto provoca habitualmente que el mar esté muy agitado, por lo que la sabiduría popular dictamina que «O que pasou a Marola pasou a mar toda» («Quien atravesó la Marola, atravesó todo el mar»). <<

[7] En portugués en el original. «"Hijo"... / Y lo que a continuación se lee / es de una tal pureza y un tal brillo / que hasta desde mi oscuridad se ve.» <<

[8] Piedra o piedras que forman la cocina rústica. Se encuentran un poco elevadas sobre el nivel del suelo y sobre ellas se enciende el fuego. Normalmente están cubiertas a una cierta altura por una campana de piedra.
(*N. de la T.*) <<

[9] Tejer encaje entrecruzando bolillos, una especie de palitos torneados; se trata de un trabajo de artesanía tradicional de la comarca coruñesa de Camariñas. <<

[10] Lámina de hierro que se utiliza para coger percebes, mejillones o almejas.
(*N. de la T.*) <<

[11] *Están las nubes llorando / por un amor que se ha muerto. / Están las
calles mojadas / de tanto como ha llovido. <<*

[12] *Aparta verde laurel, / deja clarear la luna, / porque estoy en medio del monte / y no veo cosa ninguna. <<*

[13] Plataformas en las que se cría artificialmente el marisco, principalmente el mejillón. Se encuentran fondeadas sobre todo en las Rías Bajas gallegas. (N. de la T.) <<

[14] Cocaína, en la jerga de los contrabandistas. (*N. de la T.*) <<

[15] Dos amores me sostienen la vida: / la patria y lo que adoro en mi hogar, /
la familia y la tierra donde nací. / Sin estos dos amores no sé vivir. <<

[16] Que el mar también tiene mujeres, que el mar también tiene amores, está casado con la arena, le da cuantos besos quiere. <<

[17] ¡Despierta y aviva, corazón / que tienes ante ti las flores de Saltón!. <<

[18] En aquellos momentos la vida era más bella y el sol brillaba más que hoy.
Las hojas muertas se amontonan en la pala... <<

[19] «Las hojas secas caen al suelo», verso de una canción popular muy conocida en Galicia y Portugal, similar en el sentido a los versos de Jacques Prévert. <<

[20] No sé lo que me has dado / que no te puedo olvidar / de día en mi pensamiento / de noche en mi soñar. <<

[21] En castellano en el original. <<

[22] Teixeira de Pascoais, escritor portugués considerado como máximo representante del movimiento saudosista. <<

[23] De todos los amores el vuestro escojo: / mis damas giocondas... / Le temps s'en va! / Le temps s'en va!... (fragmento de un «Rondeau» de Álvaro Cunqueiro). <<

[24] ¡De lo mejor del país, / blanca camelia y flor de lis! <<

[25] ¡Eh tú, reina de Galicia, / la que me matas, / emigrante gioconda, / vieira peregrina, / rosa del mar, / cuida de mi vida, amor / cuida de mi vida! <<

[26] En gallego, juego de palabras entre O'Mero («El Mero»), apodo del personaje, y el antropónimo homófono «Homero». <<

[27] «La chispa», en gallego. <<